

Gaston Leroux

La esposa del Sol

Índice de contenido

Cubierta
La esposa del sol
Libro primero
Libro segundo
Libro tercero
Libro cuarto
Libro quinto
Capítulo último
Epílogo
Sobre el autor
Notas

LIBRO PRIMERO

Apenas entró el buque en la rada del Callao, cuando, aun antes de echar el ancla, fue invadido por una multitud de boteros vocingleros y tiránicos. Las escalas, las cámaras, los salones, se llenaron en un segundo de esta caterva de tunantes matriculados, como nuestros mandaderos, que tenían la pretensión de llevarse a todos los pasajeros. El tío Francisco Gaspar Ozoux (del Instituto de Francia, Academia de Inscripciones y Bellas Letras), sentado encima de sus baúles, en los que tenía perfectamente guardados todos sus documentos y los objetos gratos a su erudición, se defendió como un héroe.

En vano le dijeron que pasarían más de dos horas antes de que el vapor pudiera ser remolcado hasta el muelle de la Dársena; abrazóse a sus tesoros jurando que por nada del mundo se separaría de ellos... En cuanto a permitir a aquellos demonios que depositasen en sus frágiles esquifes un equipaje tan precioso, era una idea que no se le podía ocurrir decentemente. La emitió un mocetón que no debía tener nada de tímido, porque no manifestó el menor terror ante la cólera que desencadenó “illico” en el irascible anciano tan audaz proposición. Raimundo Ozoux encogió tranquilamente los hombros, que hubiese envidiado un atleta, y decidió dejar a su tío en el barco para que se las arreglase allí como pudiera. Él, por su parte, tenía demasiado afán por llegar cuanto antes para no saltar a un bote que, a una orden suya, se alejó a fuerza de remos hacia la orilla.

Con el corazón palpitante, Raimundo veía aproximarse poco a poco el país fabuloso, el “Eldorado” de su juvenil ambición, la tierra del oro y de las leyendas, el Perú de Pizarro y de los Incas... y de otra persona también, por lo menos para él, para Raimundo Ozoux, cuyo corazón palpitaba...

No le desilusionó el aspecto monótono de la costa. Poco le importaba que la ciudad fea, vulgar, se extendiese al nivel del mar, y que no irguiese, por sobre las olas, esas torres, esos campanarios, esos minaretes con los cuales las

ciudades antiguas dan desde lejos la bienvenida a los viajeros. Cuando dejó atrás la escollera, no prestó la menor atención a las obras modernas del “Muelle de la Dársena”, que hubiera podido seducir a un ingeniero recién salido de la Central... Nada de esto parecía interesarle...

LA LLEGADA DE UN PRETENDIENTE

A ruego suyo, el botero le indicó, aproximadamente, el lugar de la ciudad en donde se encontraba la calle de Lima, y la mirada del joven no volvió a apartarse de aquel punto. Cuando desembarcó, después de haber arrojado algunos centavos al marinero, rechazó brutalmente el asalto de guías, intérpretes, mozos de hotel y demás parásitos, para correr en la dirección indicada. Pronto llegó a la calle de Lima, que parecía ser la línea divisoria entre la ciudad antigua y la moderna. En la parte de arriba, al Este, habíase agrupado el alto comercio, con sus vastos edificios, sus calles anchas y rectas, sus tiendas francesas, inglesas, italianas, alemanas y españolas, que se suceden sin interrupción. En la parte de abajo encontrábase el laberinto de las callejuelas angostas y pintorescas, los porches, las galerías que avanzan las unas hacia las otras, ocupando casi todo el espacio disponible. Raimundo penetró en este laberinto, sufriendo empujones de los chinos, ágiles portadores de pesados bultos. Algunos “ranchos”, algunas tabernas frecuentadas por marineros, abrían sus puertas a la grata sombra de aquellas calles que el joven, que jamás había estado en el Callao, parecía conocer perfectamente. Apenas vaciló en una encrucijada un poco complicada. De pronto se detuvo en seco y se apoyó, algo pálido, en la caduca pared de un viejo caserón, cuyas ventanas entreabiertas dejaban llegar hasta él una voz femenina, juvenil, muy musical, pero al mismo tiempo muy firme, que decía en español a un interlocutor invisible:

—Como usted quiera, caballero; pero lo que es a ese precio, no encontrará usted más que guano fosfatado, que sólo tendrá el cuatro por ciento de ázoe, y para eso...

La discusión se prolongó en el interior de la casa durante algunos minutos, y luego hubo un cambio de cumplimientos; oyóse una puerta que se cerraba... y Raimundo, cada vez más emocionado, dio algunos pasos en dirección a la galería y adelantó la cabeza. Entonces pudo ver a una joven de una belleza

singular, pero de expresión algo severa, si bien la ocupación que en aquel instante absorbía toda su atención, y que consistía en consultar unos enormes libros y en escribir rápidamente algunas cifras en un cuadernito con un precioso lapicero suspendido del talle más airoso del mundo por una cadena de oro, si bien esta ocupación, repetimos, debía influir algún tanto en el fruncimiento de las cejas, en la acentuación de las arrugas de la frente y en la dureza momentánea del perfil. Aquella mujer no tenía la languidez criolla, ni tampoco ninguno de los rasgos característicos de la belleza española, salvo sus hermosos cabellos negros. Era la cabellera de Carmen en la cabeza de Minerva, de una Minerva de ojos azules, diosa de la sabiduría y excelente tenedora de libros. Al fin levantó la cabeza.

—¡María Teresa!

—¡Raimundo!

Dejó caer a sus pies con espantoso estrépito un voluminoso Diario verde y corrió a la ventana. Ya Raimundo cubría de besos sus manos. Y ella reía, reía... reía de felicidad al verle tan alto, tan apuesto, tan fuerte, con su hermosa barba rubia que le asemejaba a un mago de Asiria.

—¿Qué tal te va con el guano?

—No me va mal; ¿y tú?...; pero no os esperábamos hasta mañana.

—Hemos llegado con un día de adelanto.

—¿Cómo está Juanita?

—¡Oh! Mi hermana es toda una señora; acaba de tener un segundo rorro.

—¿Y París?

—¡Cuando salimos de él, llovía!...

—¿Y el Sagrado Corazón?

—Como puedes comprender, no hemos vuelto desde que tú...

—¿Según parece van a venderlo?

—¡Ay; que no sea yo lo bastante rico para comprarlo!... Si por lo menos me permitiesen reservarme el salón..., el rinconcito en donde Juanita y yo nos sentábamos a esperarte...

—Pero, ahora que me acuerdo: ¿y tu tío?, ¿qué has hecho de él?

—¡Sigue a bordo! No quiere separarse de su colección... Continúa tomando notas con el celo de un académico que acaba de descubrir América... Pero, ¿en dónde está la puerta, Dios mío, en dónde está la puerta?... No me atrevo a entrar en tu oficina por la ventana... Y, además, te molestaré...

—¡Enormemente! Da la vuelta a la esquina, la primera puerta a la derecha... y llama antes de entrar...

El joven se precipitó, encontró un zaguán a su derecha, que daba a un inmenso patio en el que se agitaba, en medio de cierta efervescencia, todo un pueblo de “colíes” chinos y de indios quichúas. Por el zaguán pasaban chirriando los camiones procedentes del puerto; algunos carros salían de vacío. Había una gran confusión de personas y de cosas en medio de una polvareda que ahogaba. Entusiasmado, el ingeniero murmuró: “¡Ella es quien dirige todo esto!” Y la encontró esperándole con alegre sonrisa en el dintel de su despacho.

Fue ella quien cerró la puerta. Le ofreció la frente.

—¡Bésame!

El joven la besó, temblando, en el pelo. Era la primera vez. María Teresa estaba mucho menos turbada que él. Y como el joven permaneciera de pie, con los brazos caídos, contemplándola en éxtasis, como un bobalicón, sin acertar a pronunciar una palabra, fue ella la que dijo:

—¿Me quieres?

—¡Ah! —suspiró el mozo, cruzando sus manos de boxeador.

—¿Y por qué no me lo has dicho antes?

—¿Es demasiado tarde? —exclamó el pobre Raimundo con acento de desesperación.

—No, tranquilízate. Acabo de enviar a paseo a mi cuarto pretendiente, don Alonso de Cuéllar, el mejor partido de Lima, querido Raimundo. Mi padre está furioso. Y, a propósito de mi padre, no me has preguntado por él...

—¡Oh, perdóname!... sí, sí; no te he preguntado por tu padre y por los niños... ¡No sé... no sé lo que digo!... ¡Te estoy contemplando hecho un tonto!...

—Mi padre está muy bien. Se alegra mucho de tu llegada, sobre todo de la de tu tío, porque tú, Raimundo, sólo vienes de acompañante. Sí. Se alegra mucho de dar hospitalidad a un miembro de la Academia. Desde hace un mes no habla más que de este acontecimiento en su Círculo y en la Sociedad de Geografía, de la que acaban de nombrarle secretario. ¡Oh! Papá se ocupa mucho, mucho de arqueología... En todas partes hace abrir hoyos para encontrar los huesos de nuestros antepasados... ¡Se entretiene! ¡Nos entretiene!... Nunca se ha sentido más joven ni más alegre... Cuando le conozcas mejor le querrás mucho.

—Por lo pronto dices que está furioso...

—¡Y con motivo!... ¿No tengo edad de casarme?... ¡Pronto cumpliré veintitrés años!... ¡Sí, señor!... Y ya me ha presentado cuatro pretendientes

jóvenes, guapos y ricos, a los que yo he mandado a paseo... ¿Sabes cómo me llaman en Lima? “La Virgen del Sol”.

—¿Y eso qué quiere decir?

—Mi tía Inés y la anciana Irene, que se saben de memoria todas las leyendas de este país, te lo explicarán mejor que yo. Según parece, es algo semejante a la antigua Vestal.

—María Teresa, tu noble padre, el marqués Cristóbal de la Torre, jamás aceptará por yerno a Raimundo Ozoux.

—¡No digas tonterías! Mi padre hará lo que yo quiera. Deja que yo elija el momento oportuno para confesarle todo, y no te preocupes más; eso es lo único que te pido. Nuestros amores no tendrán nada de novelescos, y dentro de tres meses nos casaremos muy prosaicamente en Santo Domingo, yo te lo aseguro.

—¡Pero si yo no tengo un céntimo!...

—¡Tienes salud, nos queremos y yo te doy todo el Perú!... Aquí, un ingeniero tiene en qué ocuparse, ¿sabes? Ya verás; ya he pensado en tus futuros trabajos. Iremos juntos a Cuzco...

—¡María Teresa!... ¡María Teresa, cuánto te quiero y cuán feliz soy al decírtelo!... ¿Por qué no hablamos de esto en París?

—Porque no lo sabíamos... Vivimos juntos, viéndonos todos los días... nos creemos buenos amigos, buenos camaradas... y luego nos separamos... y la distancia... la distancia y la ausencia nos hacen comprender que nos queremos...

—¡Oh!, yo lo sabía antes, María Teresa...

—Sí, pero yo he sido la primera en decírtelo...

Se estrecharon las manos y permanecieron así algunos instantes, en silencio...

De pronto oyóse en el patio gran algarabía y casi inmediatamente abrióse la puerta, empujada por uno de los empleados, que parecía enloquecido. Pero al ver a un extraño se detuvo y no dijo una palabra. María Teresa le mandó hablar. Raimundo entendía perfectamente y hasta hablaba el español. Por ello se enteró de la desgracia que afligía a la casa.

—Los indios han venido de las islas. Ha habido un combate entre los indios y los chinos. Ha resultado un “colí” muerto y tres gravemente heridos.

María Teresa no manifestó ninguna emoción. Preguntó con entonación seca y dura:

—¿En dónde ha sucedido eso?... ¿en las islas del Norte?

—No, en Chincha.

—¿No estaba allí Huáscar?

—¡Huáscar estaba allí! Ha vuelto con ellos. Aquí está...

—¡Que entre!

EN EL QUE EL INDIO HUÁSCAR ENTRA EN ESCENA

Salió el empleado, hizo una seña, y un arrogante indio penetró en el despacho. Por muy serena que María Teresa quisiera mostrarse, el recién llegado estaba todavía más sereno que ella. La joven se sentó ante su mesa. El indio se dirigió tranquilamente hacia ella, quitándose con noble ademán su enorme sombrero de paja. Era un indio de Trujillo, es decir, del país en el que se encuentran los indios más guapos, más altos y más robustos, y en el que todos tienen la pretensión de descender del mismísimo Manco-Capac, el primer rey de los incas. Sus hermosos cabellos negros caían hasta sus hombros, encuadrando un perfil de medalla de cobre rojo. Sus ojos, que no se apartaban de María Teresa, tenían una dulzura extraña que desde el primer momento desagradó a Raimundo. Llevaba sobre los hombros una especie de capote de colores vivos llamado “poncho”. Y pendiente del cinturón, en su vaina, un cuchillo.

—Cuéntame cómo ha pasado todo —dijo severamente María Teresa sin responder al saludo del indio.

Este, no obstante su sangre fría, manifestó alguna emoción al verse recibido de aquella manera delante de un extraño, y comenzó a hablar en quichúa. Pero inmediatamente la joven le rogó que hablase en español, indicándole, cada vez más secamente, que en la buena sociedad no se acostumbra a hablar delante de una tercera persona en idioma que ésta no entienda. Al recibir la lección, el indio frunció el ceño y miró un instante a Raimundo con expresión de desprecio.

—¡Espero! —dijo María Teresa—. ¡Tus indios me han asesinado a un chino!...

—El repugnante hijo de Occidente se reía de nuestros indios porque dispararon cohetes en honor del cuarto de luna.

—Yo no pago a tus indios para que se pasen la vida disparando cohetes.

—Era la fiesta del cuarto de luna.

—Sí, el cuarto... y la luna llena, y el sol, y las estrellas, y además todas las fiestas católicas. Tus indios siempre están de fiesta. Perezosos y borrachos, sólo los soportaba porque eran tus amigos; pero ahora que me matan mis más útiles servidores, ¿qué quieres que haga?

—¡Los repugnantes hijos de Occidente no son tus servidores! ¡No te aman!...

—Trabajan.

—Por una miseria... No tienen dignidad. ¡Son hijos de perros!

—Me sirven bien, y a los tuyos sólo les doy trabajo por compasión.

—¡Por compasión!

El indio repitió el vocablo como si lo escupiera. Su puño, levantando el poncho, se alzó por encima de su cabeza, en un gesto de amenaza y de desesperación, y luego volvió a caer. Encaminóse hacia la puerta, pero antes de abrirse volvió. Y desde allí dirigió a María Teresa breves frases en quichúa. Mientras hablaba, sus ojos parecían lanzar llamas. Por último, se embozó en su poncho y salió.

La joven no había cesado de jugar maquinalmente con su lápiz.

—¡Buen viaje! —exclamó.

—¿Qué te ha dicho?

—Que se marcha y que no le volveré a ver.

—¡Tiene un aspecto terrible!

—Se da mucha importancia. Me tiene harta. Es muy leal. Según me ha dicho, ha hecho todo lo posible por evitar la desgracia que acaba de ocurrir. Pero su gente es inaguantable. ¡Ah, esos indios, qué calamidad! ¡Un orgullo!... y no sirven para nada; de hoy en adelante sólo daré trabajo a los chinos...

—¡Vas a atraerte su odio, ten cuidado!

—¿Qué quieres que haga? Conservaba en mi casa a los indios de Huáscar, sabiendo perfectamente que no podía contar con su trabajo... pero me servían como de salvaguardia. ¡Y ahora me matan mis “colies”! ¡Que se vayan a otra parte a que los ahorquen!

—¿Y Huáscar?

—Que haga lo que quiera. Se ha criado en la casa. Adoraba a mi madre.

—Sentirá marcharse.

—¡Sí!

—¿Y no haces nada para impedirlo?

—¡No!... Pero oye, nos hemos olvidado de tu tío.

Llamó.

—¡El auto! —ordenó al criado—... ¡Ah!, ¿y los indios?
—Acaban de marcharse con Huáscar.
—¿Todos?
—Todos.
—¿Sin escandalizar, sin murmurar?
—Sin decir una palabra.
—¿No se han pasado por la caja?
—No... ¡Huáscar se lo había prohibido!
—¿Y los “colíes” de las islas?
—¡Oh! No han parecido por aquí...
—Pero, ¿y los heridos?... ¿y el muerto?... ¿qué han hecho de ellos?
—Los chinos se los han llevado a su barrio.
—¡Raza admirable!... ¡Pronto, el auto!

Se puso una gorrita coquetona y apresuradamente se calzó los guantes. Fue ella quien empuñó el volante.

Bajaron a toda velocidad hacia el muelle de la Dársena. El joven admiraba la habilidad con que evitaba todos los obstáculos, el aplomo con que guiaba, la precisión de sus menores movimientos en un barrio en el que todo eran sorpresas. Un “boy” de librea, acurrucado en el estribo, no manifestaba ningún terror cuando pasaban rozando las paredes.

—¿Sales mucho en automóvil en el Perú?

—¡No!... las calles no se prestan. El automóvil me sirve, sobre todo, en mis viajes cotidianos del Callao a Lima, adonde me voy todas las noches, como es natural. También lo empleo en algunos paseos a orillas del mar, para ir a los puertos de moda, a Ancón o a Corillos. ¡Un segundo, querido Raimundo!...

Había parado dulcemente y dirigía con la mano, un gracioso saludo a una carita afeminada, sonrosada y rodeada de rizos, que sonreía en una ventana, entre dos jarrones con flores. Hizo una seña y la cabeza desapareció para reaparecer de nuevo sobre los hombros de un gallardo anciano, que ostentaba un suntuoso uniforme y asomaba por una puerta baja, tras de la cual permanecía medio escondido. María Teresa saltó al suelo y confió rápidamente un secreto a la ensortijada cabecita; después volvió a ocupar su sitio en el auto junto a Raimundo, tocó la bocina y continuó su camino.

—Acabas de ver —dijo— al “señor inspector superior”, el jefe de la policía de aquí. Le he contado lo que ha ocurrido. Todo se arreglará perfectamente si los chinos no se quejan. He pasado por aquí porque tenía la seguridad de encontrarle.

—¿En dónde estaba?

—En casa de Jenny la obrera. ¡Estamos en el país del amor, querido Raimundo!

Llegaron a tiempo al muelle. El remolcador entraba en el puerto llevando tras sí el “paquebot” de la “Steam Pacific Navigation Company”, en donde el tío Francisco seguiría seguramente tomando notas: “Al entrar en el puerto del Callao llama nuestra atención, etc., etc...” Debía enviar sus crónicas a un importante periódico de la noche. Le hubiese convenido oír hablar a María Teresa de “su puerto” con entusiasmo. Sesenta millones llevaba gastados una Compañía francesa...; las mercancías pasaban directamente desde el puente de los barcos a los vagones del ferrocarril... 51.500 metros. Sí, señor, un puerto de más de cincuenta mil metros cuadrados... ¡Ah, cuánto amaba al muelle de la Dársena!... le amaba por la actividad de su comercio, por el movimiento de sus barcos, por la vida de sus muelles en los que, dentro de algunos años, cuando estuviera terminado el canal de Panamá, se embarcarían tantas riquezas... ¡Sería el renacimiento del Perú!... ¡La derrota de Chile!... ¡La venganza del desastre de 1878!... ¡Y San Francisco haría con ir tirando!

Raimundo la oía con estupor citar cifras como un ingeniero, calcular beneficios como un armador. Qué cabecita tan admirablemente organizada para agradarle a él, que en hombres como en mujeres aborrecía la imaginación, de la que, por lo demás, le habría disgustado profundamente la literatura difusa de su tío y las quiméricas hipótesis sobre las que seguía urdiendo una Historia Universal verdaderamente soporífera.

—Todo esto sería muy hermoso —añadió la joven frunciendo el ceño— si no hicieran majaderías. ¡Pero ya empiezan otra vez con las majaderías de siempre!...

—¿Cuáles?...

—¡Las revoluciones!

Se habían apeado en el muelle y esperaban a que atracase el vapor.

—¡Ah, también aquí! —dijo Raimundo—. Hemos presenciado una en Venezuela y otra en Guayaquil. La ciudad estaba en estado de sitio. No sé qué general que reinaba allí como señor y dueño desde hacía veinticuatro horas, se disponía a dirigirse a Quito, donde estaba bloqueado el Gobierno.

—Sí, es una especie de epidemia —observó la joven—; una epidemia que se extiende por los Andes. También en Bolivia se observa cierta agitación. Hay malas noticias del lago de Titicaca.

—¡Ah, pues no voy a poder hacer nada en Cuzco! —exclamó Raimundo, a quien parecía interesar vivamente lo que ocurría.

—Sí, no quería decírtelo... Te reservaba la noticia para mañana...; hoy todo debía ser alegría: pero los alrededores de Cuzco están en poder de los partidarios de García...

—¿Quién es García?

—Un antiguo pretendiente mío.

—Pero, por lo visto, todo el mundo te ha hecho el amor, María Teresa...

—Me han fastidiado más... ¡Ah, cuando llegué de París, figúrate, de París!..., en el primer baile de la presidencia, al que asistí después del luto de mamá, se me declararon todos... ¡Son insoportables estos muchachos! Ese García, que acaba de sublevar a los indios de los alrededores de Arequipa y de Cuzco, es terrible... ¡Quiere reemplazar a nuestro presidente...! Pero Veintemilla no lo consentirá.

—¿Han enviado tropas contra él?

—Sí, los dos ejércitos están en Cuzco... pero no se baten, como es natural.

—¿Pues a qué esperan?

—Según dicen, a que pase la fiesta del “Interaymi”.

—¿Qué fiesta es esa?

—La fiesta del Sol, que celebran los quichúas. ¡Esos indios, qué gente!... Figúrate que las tres cuartas partes de los ejércitos, presidencial y revolucionario, son indios sencillamente..., de modo que, amigos y enemigos, esperan la fiesta para emborracharse juntos. ¡Oh! Es de prever que García acabará por retirarse a Bolivia, pero entretanto no se venderá guano durante estos tres meses... ¡Y yo resultaré perjudicada!... ¡Hola, monsieur Ozoux! ¿Ha sido buena la travesía?...

Se dirigía a Francisco Gaspar, que desde, la “chupeta” agitaba su librito de memorias para saludarla, como hubiera podido hacer con un pañuelo. Atracó el “steamer” y tendieron las pasarelas. Los jóvenes subieron a bordo. María Teresa abrazó con alegría al anciano que tan paternamente le había servido de banquero durante su estancia en París. Y, lo mismo que su sobrino, lo primero que Francisco le preguntó fue:

—¿Qué tal le va con el guano?

LA COQUETERÍA DE LAS LIMEÑAS

Porque los Ozoux, que la habían conocido tan joven, tan risueña, tan “niña”, aún no “habían salido del asombro” que les causó la repentina resolución que tomó la joven, a la muerte de su madre, de regresar inmediatamente al Perú para dirigir una de las más importantes explotaciones de un abono natural que tiende a desaparecer de esas islas maravillosas, productoras, durante largo tiempo, del mejor guano del mundo.

Pero María Teresa no podía olvidar que en el Perú tenía una hermana y un hermano de corta edad, Isabel y Cristóbal, y conocía a su padre, que era aún más niño que ellos tres y que no sabía hacer más que gastar a lo gran señor, en sus viajes a París, todo el dinero que había ganado su madre.

Esta, hija de un armador de Burdeos, se había casado con el seductor marqués Cristóbal de la Torre, agregado a la Legación del Perú en el momento en que más necesidad tenía el apuesto aristócrata de dorar sus blasones. Se conocieron en Pontailac durante la temporada de baños. Al invierno siguiente, la marquesa se embarcaba con rumbo al Perú, al cual aportaba, a más de su dote, su espíritu práctico, su disposición para los negocios y un talento comercial poco común, lo que le permitió emprender, con gran desesperación de su marido, aquel negocio del guano, mientras los demás se arruinaban buscando oro en un país en el que había más que en el resto del mundo, pero que en aquella época carecía de medios de comunicación. Sin embargo, el marqués, viendo que podía sacar cuanto dinero quisiera de una caja siempre repleta, perdonó a su mujer el delito de haberle hecho tan rico, y a la muerte de aquélla no manifestó excesiva sorpresa el descubrir en la hija las útiles virtudes de la madre. La dejó hacer su voluntad y le agradeció infinitamente su propósito de ocuparse de todos los asuntos serios.

—¿Y en dónde está mi querido Cristóbal? —preguntó el tío Francisco Gaspar, mientras vigilaba la descarga de su equipaje.

—No le esperaba a usted hasta mañana... ¡Ya verá usted qué recepción! ¡La Sociedad de Geografía le prepara una recepción solemne, monsieur Ozoux!...

Una vez depositada en la administración la maleta que contenía los documentos, Francisco Gaspar consintió en subir al automóvil, que tomó a toda velocidad el camino de Lima. María Teresa quería llegar antes de la noche, que tan rápidamente sobreviene en aquellos países.

No bien dejaron a su espalda la población, formada por casas de adobes (ladrillos cocidos al sol), y por alguna que otra “villa” de buena apariencia, bordearon una especie de pantano cubierto de cañas y juncos, mezclados con grupos de plátanos y de tamariscos de tonos rojizos, y con bosquecillos de eucaliptos y de pinos araucarias. El paisaje estaba abrasado por el sol, por una sequía jamás mitigada por el más ligero chubasco, por lo que el campo que rodea a Lima y al Callao resulta medianamente seductor. Un poco más lejos vieron cabañas de bambú y barro.

Tal aridez, general en esta parte del Perú, hubiera dado a la región un aspecto de increíble desolación, si de cuando en cuando no hubiera aparecido alguna “hacienda”, granja rodeada de un verde oasis, con sus arrozales y sus campos de caña de azúcar y de maíz. Por los campos angostos y arcillosos que iban a parar a la carretera, pasaban bueyes, carretas y rebaños conducidos a la granja por pastores a caballo, y esta animación formaba un contraste inesperado con la aridez que alrededor reinaba. Y el tío Francisco Gaspar, no obstante los saltos del carruaje en aquella carretera mal cuidada, tomaba notas y más notas... Pronto distinguieron, juntamente con los contrafuertes de la cordillera, los campanarios y las cúpulas que dan a Lima aspecto de ciudad musulmana.

Llegaron bordeando el Rímac, arroyo junto al cual los negros pescadores de cangrejos, caminaban inclinados, llevando atado a la cintura un saco que sumergían en el agua, para que se conservasen vivas las víctimas que encerraba. Raimundo se puso muy contento: deliraba por los cangrejos. Al confesar su glotonería a María Teresa, le chocó el aire preocupado de la joven y la preguntó cuál era la causa de su preocupación.

—Una cosa extraordinaria —dijo—; no se ve un indio.

Pero, ya llegaban a Lima, a la famosa ciudad de los Reyes, fundada por el Conquistador. María Teresa, que amaba a Lima por lo que tenía de original, tuvo la coquetería de dar un rodeo, exponiéndose a destrozar los neumáticos del automóvil, en los puntiagudos guijos, recogidos del lecho del Rímac, para empedrar las calles. E inmediatamente se hallaron en un rincón en extremo

pintoresco. Las casas desaparecían bajo las galerías de maderas adosadas a las paredes. Estas galerías parecían verdaderas cajas talladas. Adornadas con enrejados y arabescos, semejaban pequeños retretes suspendidos en el espacio, y con su aspecto coquetón y misterioso recordaban los miradores turcos. Sólo que no era raro vislumbrar, en la penumbra de aquellas galerías, los más lindos palmitos del mundo, los más seductores rostros de mujeres que no se ocultaban, ni mucho menos. La limeña tiene fama de hermosa y de coqueta. En aquellos barrios, salían envueltas en la “mantilla”, ese amplio manto negro que cubre la cabeza y los hombros y que ninguna otra sudamericana sabe llevar con tanta gracia. Como el jaique de las moras, la “mantilla” oculta el rostro dejando ver tan sólo dos enormes ojos negros. Al entreabrirse, de cuando en cuando, permitía a Raimundo admirar al paso facciones armoniosas y una tez mate que hacía más blanca la misteriosa sombra en que se envolvía. El joven no disimulaba su entusiasmo, lo que le valió una reprimenda de María Teresa.

—¡Decididamente, resultan demasiado lindas con la mantilla! —dijo—. ¡Voy a enseñarte europeas!...

E hizo dar media vuelta al automóvil, que los llevó a los barrios nuevos, a las calles anchas, a los paseos, desde los cuales se descubre el magnífico panorama del campo y de los Andes cercanos. Atravesaron el “paseo de Amancaes”, que lleva el nombre de la flor color de oro, y allí, María Teresa no cesó de devolver saludos. Estaban en pleno barrio aristocrático. Allí, la negra mantilla de las limeñas había sido reemplazada por los tocados al estilo de París, porque la “mantilla”, demasiado discreta, le está vedada por la noche a toda mujer “distinguida”. Era la hora del paseo, del café en donde se pasa el tiempo tomando helados y charlando de amores, de trapos y de política. Llegaron cuando las primeras estrellas aparecían en el horizonte, como para un baile, sin nada a la cabeza. El gentío era inmenso y los carruajes avanzaban lentamente. Las mujeres, engalanadas y con una flor prendida en el pelo, paseaban en carretelas. Los muchachos, agrupados en torno a una fuente en el centro de la plaza, les sonreían, las saludaban...

—¡Esto es rarísimo; no se ve un indio! —murmuró María Teresa.

—¿Vienen por estos barrios?

—¡Ya lo creo; siempre vienen a ver el desfile de la Plaza Mayor.

De pie, delante de un café, peroraba un grupo de mestizos. Los nombres de García y de Veintemilla, el presidente de la República, corrían de boca en boca entre comentarios más ó menos amables. Un comerciante se lamentaba expresando el temor de que volviese la era de los “pronunciamientos”.

El auto dio la vuelta a la Catedral y no tardó en aventurarse por una calle bastante estrecha. Como María Teresa viera el camino libre, puso el auto a mayor velocidad, pero de repente lo paró en firme, sin poder evitar que se desviase ligeramente. Había estado a punto de arrollar a un hombre que permanecía en medio de la calle, inmóvil, orgullosamente embozado en su poncho. Reconocieron al indio.

—¡Huáscar! —gritó la joven furiosamente.

—¡Huáscar le ruega a usted que no pase por este camino, “señorita”!

—¡El camino es de todo el mundo, Huáscar! ¡Vete!

—Huáscar no tiene nada que decir a la señorita. ¡El carruaje pasará por encima de Huáscar!...

Raimundo quiso intervenir, pero María Teresa se lo impidió con un ademán.

—Escucha, Huáscar, tu conducta es extraña —dijo la joven—. ¿Quieres explicarme por qué no se ve un indio en la ciudad?...

—Los hermanos de Huáscar hacen lo que quieren. ¡Son hombres libres!...

La joven se encogió de hombros, pareció reflexionar, y luego, accediendo al ruego del indio, se dispuso a tomar otro camino. En el momento de alejarse, se volvió y, preocupada, dijo al indio, que no se había movido:

—¿Sigues siendo amigo mío, Huáscar?

Al oír estas palabras el indio se descubrió lentamente y levantó los ojos hacia las primeras estrellas, como si quisiera poner al cielo por testigo de que María Teresa no tenía en el mundo un amigo mejor que Huáscar. Esta fue su única respuesta.

La joven le gritó ¡“adiós”!, y el auto se alejó.

Se detuvo ante un magnífico hotel cuyo portero se precipitó al encuentro de María Teresa. Pero otra persona se le adelantó. Era el marqués Cristóbal de la Torre, cuyo carruaje acababa de llegar también en aquel momento. Lanzó un grito de verdadera alegría al ver a los viajeros a quienes no esperaba hasta el día siguiente. Saludó a Francisco Gaspar con palabras retumbantes, y señalándole la puerta de su hotel, le dijo:

—Apéese, señor, y descanse; aquí está usted en su casa^[1].

El marqués era un hombrecillo excesivamente elegante. Se “componía” lo mismo que un muchacho y no perdonaba medio que le permitiese aumentar en una pulgada su estatura, cuya exigüidad trataba de disimular calzando botas de tacones muy altos. Era vivaracho, bullicioso, una polvorilla. Cuando se movía, y era raro que permaneciese quieto, todo brillaba en él, sobre él y en torno de él; sus ojos, su llamativa corbata, sus alhajas; y cuanto le rodeaba

parecía como iluminado. Este movimiento incesante no era un obstáculo para que tuviese los modales más distinguidos del mundo, ni para que pudiera conducirse como un gran señor hasta en circunstancias en que otros, para lograrlo, hubiesen tenido que echar mano de toda su serenidad, su orgullo y su severidad. Su mayor alegría, fuera de su círculo y de la geografía, era hacer diabluras con su hijo Cristóbal, niño de siete años.

Parecían dos chiquillos escapados de la escuela y escandalizaban la casa con sus juegos, en tanto que Isabelita, que iba a cumplir seis años y que era muy amiga de la “etiqueta”, les reñía pomposamente con modales de infanta.

El hotel del marqués tenía la particularidad de ser semimoderno, semihistórico. Cuando menos se esperaba hallábanse en él curiosísimos rincones de caserón antiguo. Cristóbal había hecho transportar a su casa vetustos lienzos de pared de madera, galerías muchas veces centenarias, trozos de escaleras carcomidas, muebles rústicos de la época de la Reconquista, tapices descoloridos; en fin, todos los restos que había ido recogiendo piadosamente por todas las ciudades del Perú, en que habían vivido sus antepasados, y, como es natural, a cada objeto le correspondía una anécdota, de la que nunca se libraba el visitante benévolo. En esta morada histórica, el tío Francisco Gaspar y su sobrino Raimundo, fueron presentados a dos señoras ancianas que parecían haberse desprendido de un lienzo de Velázquez y haber caído al suelo, del que ya no podían levantarse. La tía Inés y su anciana dueña Irene, vestían con arreglo a la moda de los tiempos pretéritos, y se hubiera dicho que habían sido transportadas al hotel con todas las antigüedades. Se pasaban la mayor parte del día refiriéndose cuentos para infundirse miedo. Todas las leyendas del Perú habíanse refugiado en aquel rinconcito, al que todas las noches, después de cenar, acudían, temblando, a escucharlas, los dos Cristóbales, padre e hijo, y la infantita Isabel, en tanto que al otro extremo de la habitación, María Teresa, a la luz de la lámpara, ponía al día su correspondencia con los encargados de sus almacenes de guano.

Francisco Gaspar experimentó una alegría inmensa al encontrar aquellas imágenes vivientes de la Nueva España en un escenario en el que sentía exaltarse más y más su imaginación. Inmediatamente se hizo amigo de las dos damas, corrió a mudarse de traje, volvió en seguida a reunirse con ellas y a la hora de comer se sentó a la mesa entre ambas. Comenzaban ya sus relatos, cuando María Teresa creyó deber hablar de cosas serias y puso a su padre al corriente de lo ocurrido entre indios y chinos. En cuanto se enteraron de que María Teresa había despedido a los indios, Inés criticó aquel acto e Irene se

lamentó. Según ellas, la joven se había conducido con mucha imprudencia, precisamente en vísperas de la fiesta del “Interaymi”. El marqués fue de su opinión, y cuando supo que también Huáscar se había marchado, puso el grito en el cielo. Huáscar siempre había sido muy adicto a la casa, ¿qué había pasado para que la abandonase de una manera tan brusca? María Teresa explicó brevemente que, desde hacía algún tiempo, no le agradaban los modales de Huáscar y que se lo había dado a entender.

—Eso es otra cosa —dijo el marqués—. De todos modos, no estoy tranquilo... no veo en los indios su indiferencia acostumbrada... Hay algo en su actitud... hay algo en tomo nuestro... El otro día, en la Plaza Mayor, sorprendí una conversación sospechosa entre unos mestizos y ciertos jefes quichúas.

EN VÍSPERAS DE LA FIESTA DEL SOL

—¿Cómo se explica —preguntó Raimundo— que no hayamos encontrado indios desde nuestra salida del Callao y que no hayamos visto ni uno sólo en la ciudad?

—¡Ah! Pues por una razón muy sencilla —exclamó Inés—; porque se acerca la fiesta. Tienen reuniones secretas. Desaparecen, ocultándose en la sierra o sencillamente en cuevas sólo de ellos conocidas, en verdaderas catacumbas como las que tenían los primeros cristianos. Basta una orden enviada desde el rincón más escondido de los Andes, para que se desvanezcan como sombras, para reaparecer luego como una nube de langosta.

—Mi hermana exagera —interrumpió el marqués—, y aquí, para entre nosotros, no son muy peligrosos...

—Pero a pesar de ello estás intranquilo, Cristóbal, tú mismo lo has dicho.

—¡Oh! Los creo muy capaces de entregarse a alguna manifestación inesperada...

—¿Acaso se sublevan alguna vez? —preguntó Francisco Gaspar—. Yo los creía tan embrutecidos...

—No todos lo están... Si, hemos tenido algunos motines, pero nunca han sido cosa grave.

—¿Son muchos? —interrogó Raimundo.

—Forman las dos terceras partes de la población —respondió María Teresa—. Pero no son más capaces de sublevarse seriamente que de trabajar. La aventura de García es lo que los ha alborotado un poco. Hacía mucho tiempo que estábamos tranquilos. ¿Qué dice el presidente? —preguntó la joven a su padre.

—El presidente no está muy apurado; según parece, esta efervescencia se reproduce cada diez años.

—¿Por qué cada diez años? —preguntó el tío Gaspar, que había sacado su librito de memorias.

—Porque cada diez años los indios quichúas celebran con mayor solemnidad la fiesta del Sol —replicó, inclinando la cabeza, la anciana Irene.

—¿Y en dónde se celebra esta fiesta? —interrogó Raimundo.

—¡Ah! No se sabe a punto fijo —replicó la tía Irene a media voz, como si fuese a confiar a sus oyentes un gran secreto—. Según parece, en esta fiesta llevan a cabo numerosos sacrificios... Las cenizas de las víctimas las arrojan a los arroyos, que de esta suerte arrastran en su carrera los pecados de toda la nación...

—¡Admirable! —exclamó Francisco Gaspar—. ¡Me gustaría asistir a esa fiesta!

—¡Calle usted! —gimió la tía inclinando la cabeza sobre su plato—. En esa fiesta decenal del sol, hay sacrificios humanos...

—¡Sacrificios humanos!...

—¿Pero usted hace caso de mi tía? —exclamó riendo María Teresa.

—¡Ya lo creo! —protestó el tío—. ¿Y por qué no hemos de creerla? En las fiestas del sol, entre los incas, esos sacrificios eran cosa corriente, y mis notas y documentos, las obras de Prescott y todo lo que se ha escrito sobre el Perú, nos demuestran que los indios quichúas, así como han conservado el antiguo lenguaje, conservan aún las costumbres de otros tiempos.

—¡Pero si se convirtieron al catolicismo después de la conquista española! —observó Raimundo.

—¡Oh, lo que es eso declaro que no es para ellos un obstáculo! —dijo el marqués—. ¡Tienen dos religiones en vez de una, y mezclan los ritos con una inconsciencia estupenda!...

—Pero ¿qué es lo que quieren? ¿Restablecer el imperio de los incas?

—¿Acaso saben lo que quieren? —replicó María Teresa—. Antes de la conquista española, bajo el imperio de los incas, todos, hombres, mujeres y niños, tenían la obligación de trabajar con arreglo a las fuerzas y facultades de cada uno. Desde que no está sujeto a la inflexible disciplina de los hijos del sol, el indio no se ha aprovechado de su libertad sino para entregarse a la pereza. De ahí su miseria y una esclavitud material que le hacen recordar la prosperidad de otros tiempos y clamar solapadamente por el restablecimiento del imperio de los descendientes de Manco Capac. Por lo menos eso es lo que he creído comprender de las explicaciones de Huáscar, al cual le respondí que si volviesen aquellos tiempos, sus hermanos no serían más dichosos que ahora, porque han perdido el hábito del trabajo. Por lo que a mí respecta, me alegro muchísimo de haberme desembarazado de la cuadrilla de Huáscar... Me ha costado un chino...; pero no me ha salido caro...

—¿Y es verdad que aún hacen sacrificios humanos? —insistió Raimundo.

—¡No! ¡Qué tontería! —replicó María Teresa.

La tía Inés y la anciana Irene acapararon al tío Francisco Gaspar.

—¡María Teresa no sabe!... ¡Se ha educado en París!... No puede saber... ¡Monsieur Ozoux, escúchenos usted!... No hay por qué reír... hace mal en reírse de esa manera... Porque estamos completamente seguras, ¿lo oye usted?, completamente seguras (¡bastantes pruebas tenemos, señor!) de “que cada diez años (así era como medían el tiempo los incas), cada diez años los indios quichúas ofrecen una esposa al Sol!...”

—¿Cómo que le ofrecen una esposa? —preguntó el tío, que ya ni respiraba.

—Sí, monsieur Ozoux... Le sacrifican una muchacha en secreto, en templos que datan de aquella época, en los que jamás ha penetrado el extranjero...; ¡es horrible, pero cierto!...

—¿Sacrifican una muchacha? ¡La matan!

—¡Sí! ¡La matan! ¡Como “es” para el Sol!...

—¿Cómo la matan?... ¿La queman?

—¡No, no!... ¡De una manera más horrible aún, monsieur Ozoux, sí, más horrible!... La hoguera la dejan para ceremonias mucho menos importantes. Pero en la ceremonia decenal del “Interaymi” ofrecen al Sol una virgen enemiga, la más bella que pueden encontrar y la más noble de la raza enemiga, y “la emparedan viva en el templo del Sol” ¡Sí, monsieur Ozoux... como se lo decimos a usted!

María Teresa no podía contener la risa al ver el asombro de Francisco Gaspar. Este dirigió una mirada de niño rencoroso a quien privan de una diversión. Creyóse obligado nuevamente a defender a las dos ancianas. En todo caso, lo que decían concordaba perfectamente con lo que se sabía acerca de las vírgenes del Sol. Y juzgó la ocasión excelente para lucir su erudición. Los sacrificios humanos se habían practicado siempre entre los incas. Ya ofrecían las víctimas al dios del día, ya al mismo rey, y muchas veces estas víctimas eran voluntarias. Que era lo que sucedía en la ceremonia de los funerales reales, en la que, al par que las lágrimas, corría la sangre por todas partes. En tales ocasiones todas las mujeres del Inca querían inmolarsse.

—Prescott, que en unión de Wiener —continuó el tío Francisco Gaspar— es el que ha escrito la obra más hermosa sobre el imperio de los incas y la conquista del Perú por los españoles, Prescott nos dice, apoyándose en testimonios dignos de fe, que más de mil servidores, esposas y esclavas, eran

sacrificadas de esta suerte sobre la tumba del monarca. Y las esposas legítimas eran las que daban el ejemplo, hiriéndose ellas mismas...

—¡Ah, qué locas!... ¡Ah, qué locas!... —exclamó la tía Inés cruzando las manos.

La anciana Irene se santiguó y murmuró una oración.

El marqués tomó la palabra para felicitar a Francisco Gaspar.

—Todo eso es exacto, mi querido huésped —le dijo—, y veo que nuestros trabajos de la Sociedad de Geografía y de Arqueología no le enseñarán a usted nada nuevo. Tanto mejor; así será más grata nuestra labor. Si usted quiere, mañana mismo, después de la recepción, le llevaré a las excavaciones que he practicado últimamente en los alrededores de Ancón, y allí podrá usted comprobar que al Inca le enterraban con sus útiles más preciosos y con sus mujeres, que debían seguirle a sus encantados palacios del Sol.

—¿Qué quiere decir eso de la “Virgen del Sol”? —interrogó Raimundo.

—Las Vírgenes del Sol —contestó Francisco Gaspar con infantil alegría—, “las elegidas”, como las llamaban, eran doncellas consagradas al servicio de la divinidad, a las que separaban de sus familias en edad temprana para recluirlas en conventos, en donde vivían bajo la dirección de ciertas matronas ya de edad, las “mamaconas”^[2] envejecidas entre los muros de aquellos monasterios. Estas maestras venerables instruían a las vírgenes consagradas en sus deberes religiosos. Se ocupaban en bordar y en hilar, y con la más hermosa lana de vicuña tejían tapices para los templos y telas para el Inca y para el ornato de su palacio^[3].

—¡Oh! —murmuró la anciana Irene moviendo la cabeza—; su obligación consistía, sobre todo, en cuidar de la conservación del fuego sagrado que obtenían en la fiesta de Raymi.

—Sí, sí, ya lo sé —aprobó el académico—. Vivían completamente aisladas. Desde el momento en que entraban en el establecimiento, renunciaban a toda clase de relaciones, hasta a las relaciones con su familia y sus amigos. Sólo el Inca y la Coya, o reina, podían entrar en el recinto sagrado. Se vigilaban escrupulosamente sus costumbres y todos los años se nombraba un inspector para que estudiase la institución y diese su parecer sobre el estado de su disciplina.

—Y ¡ay de la desgraciada convicta de una intriga! —exclamó la tía Irene—. ¡Con arreglo a la severa ley de los incas, debía ser enterrada viva, y la ciudad o el pueblo a que pertenecía era completamente arrasado y “cubierto de piedras”, como para borrar hasta el recuerdo de su existencia!...

—¡Eso es! —aprobó Francisco Gaspar.

—¡Delicioso país! —dijo Raimundo.

—¡Ah, hijo mío, esto prueba que estaba admirablemente civilizado, puesto que hasta en las ceremonias de sus templos encuentras las costumbres de la antigua Roma!... ¡Ah! Cuando Cristóbal Colón abordó a la costa en donde sólo vio salvajes desnudos y toscamente armados, no sospechó que tras de aquellas tribus primitivas, en la costa opuesta había todo un mundo con sus costumbres, sus monumentos, su historia, sus leyes y sus conquistas; dos pueblos: el de los aztecas, en Méjico, y el de los incas en el Perú, que hubiesen podido rivalizar con la civilización mediterránea. Es como si un príncipe de Oriente hubiese descubierto el mundo antiguo desembarcando en la Escitia. ¡Hubiera podido volverse a sus estados creyendo que no había visto más que un desierto, y sin sospechar siquiera que tras de aquel desierto estaba Roma!...

—De todos modos, hubiera dado muestras de ser un poco “corto de alcances” —insinuó tímidamente Raimundo—. El verdadero conquistador, antes de ver su conquista, la adivina...

—Esta gloria les estaba reservada a los Pizarro y a los Cortés —exclamó el vehemente marqués.

—¡Sí, vinieron a destruirlo todo!... —comentó el tío.

Afortunadamente Cristóbal no le oyó, y él se interrumpió a tiempo. María Teresa, que estaba enfrente de él, le había dado un pisotón por debajo de la mesa. Comprendió y se mordió los labios. Uno de los primeros La Torre, antepasado del marqués, había acompañado a Pizarro en su “obra de destrucción”.

Las dos ancianas le habían oído y mostraban algún asombro ante un juicio tan rotundo y tan poco “católico”, sobre una empresa que a sus ojos había sido, ante todo, la lucha de la verdadera religión contra los infieles. Pero María Teresa vigilaba y obligó a las dos peruanas a reanudar inmediatamente sus cuentos de viejas.

—Todo eso es muy hermoso —dijo—; pero no prueba que esos sacrificios humanos existan en nuestros días.

—¡Ah, desgraciada, nadie duda más que tú! —exclamaron las dos ancianas al mismo tiempo.

—¿Quién los ha presenciado?

TRES MUCHACHAS EMPAREDADAS VIVAS

La tía Inés movió la cabeza.

—Mira: en mi juventud tenía yo una criada quichúa, de las orillas del lago Titicaca, que me contaba cómo en el espacio de tres años había visto con sus propios ojos, en la fiesta decenal del “Interaymi”, emparedar vivas a tres muchachas de la ciudad.

—¿De qué ciudad? —preguntó Raimundo.

—¡De Lima!

—¡Se sabría! —exclamó Raimundo, a quien hacían mucha gracia las dos ancianas, y a quien María Teresa incitaba solapadamente para que las sacase de sus casillas.

—¡Pues se sabe, joven! —insistió la tía—. Sabemos perfectamente los nombres de las dos últimas muchachas emparedadas vivas en el templo del Sol, la una hace veinte años y la otra hace diez.

—¡Sí, sí, lo sabemos, lo sabemos! —repitió Cristóbal riendo.

Y la dueña repitió en voz más baja:

—¡No, no! ¡No hay por qué reírse!...

Pero Cristóbal reía cada vez de mejor gana.

—¡Lloremos a las pobres criaturas! —y fingió llorar—. ¡Arrebatadas al amor de sus padres, en la flor de su edad!...

—Hermano, ¿podrías decimos cómo han desaparecido Amelia de Vargas y María Cristina Orellana?

—¡Sí, sí, que nos lo diga! —exclamó Irene.

—¡Ya pareció aquello!... ¡ya pareció!... ¡lo esperaba! —replicó el marqués.

—Te ruego que hables con formalidad, hermano. Tú conociste a Amelia de Vargas...

—La muchacha más linda de la Plaza Mayor. ¡De esto hace veinte años!... ¡Cómo pasa el tiempo!... ¡Sí, en efecto, desapareció hace veinte

años!... ¡con un pariente suyo!...

—Anteayer oí decir que se trataba de un torero —interrumpió María Teresa—. Según parece, esa historia se trae a colación cada diez años, cuando se acerca el “Interaymi”!

—Es una aventura que en sus tiempos alboroto toda la ciudad... Después de una tremolina en la plaza de toros, los padres de Amelia, que la acompañaban, buscaron inútilmente a su hija... Había desaparecido y no volvió a aparecer... Se la llevaron los indios y todo el mundo sabe perfectamente que la emparedaron viva...

—¡Oh, poder de la imaginación popular!... Lo que sucedió es lo que acabo de contar, porque el pariente de que antes he hablado y que la protegía, desapareció al mismo tiempo que ella. ¡Se fueron a vivir a otra parte!

—¡Eso lo dices por decir, hermano!... ¡Afortunadamente, aún nos queda María Cristina de Orellana!...

—¡Evidentemente! —replicó el marqués—. La aventura de ésta fue más triste...; se paseaba con su padre por los alrededores de Cuzco, y entró en los subterráneos cuyas revueltas nadie conoce. Y se perdió. ¿Hay cosa más natural? Entonces fue cuando el gobierno mandó tapiar los subterráneos^[4].

—Sí, y desde entonces —prosiguió la tía— está loco su padre. Sigue vagando por las ruinas de Cuzco y alrededor de los subterráneos llamando a su hija... desde hace diez años. Que le digan a él que no la raptaron los indios para la ceremonia del “Interaymi”.

—¡Pero si tú misma dices que está loco!...

—Perdió la razón al adquirir la certidumbre del horrible sacrificio. Pocos días antes de su desaparición en los subterráneos de Cuzco, María Cristina había recibido un extraño regalo, una maciza y antigua pulsera de oro con un disco en el centro que representaba el Sol.

—Querida Inés, demasiado sabes que en este país los plateros nos aderezan el sol con toda clase de salsas.

—Sí, pero esta pulsera era “la verdadera”... la misma que, según parece, le habían enviado a Amelia...

—¡Ah! ¡Cómo inventas, Inés, cómo inventas! ¿Cómo quieres que con consejas como las tuyas se escriba la “Historia”?... ¡Sobre todo, mi querido huésped, no tome usted notas, se lo suplico!

—No invento nada, testarudo —replicó la anciana—. “Era la verdadera pulsera del Sol de oro”, la pulsera del sacrificio... la que desde la muerte del último rey inca, Atahualpa, quemado, vivo por Pizarro, envían cada diez años los sacerdotes incas a aquella a quien eligen para esposa del Sol, y que debe

ser emparedada viva... ¡No habló poco el pobre Orellana de la “pulsera del Sol de oro”!... ¡Toda la ciudad habló de ella!...

—Sí, sí, Inés, todo el mundo tiene la imaginación muy exaltada cuando se acerca el “Interaymi”!... —e inclinándose hacia Francisco Gaspar, añadió el marqués:

—No puede usted figurarse, querido huésped, lo que los miembros de la Sociedad de Geografía y Arqueología tenemos que luchar... para desembarazarnos de todas estas leyendas... Usted, que es un verdadero sabio...

—¡Oh! El sabio no debe desdeñar las leyendas —respondió el académico—, y le aseguro a usted que, por mi parte, estoy muy satisfecho de mi viaje y contentísimo de hallarme en un país en el que aún está tan vivo su recuerdo...

En aquel momento entró un criado y se dirigió hacia María Teresa. Llevaba un cuaderno y una cajita.

—¡Un certificado! —dijo—. El cartero vino hace poco y le dije que volviese por la noche... ¡La señorita debe firmar aquí!

María Teresa firmó.

—¡Toma! —exclamó—; viene de Cajamarca... ¡Pues yo no conozco a nadie en Cajamarca! ¿Qué será?... ¿Permiten ustedes?...

Y rompió el bramante, los sellos y abrió la cajita de madera.

—¡Una pulsera! —exclamó riendo algo nerviosamente—. ¡Vaya una coincidencia rara!... ¡Palabra!... “¡la pulsera de la esposa del Sol”!...

Todos se levantaron, excepto las dos ancianas, a las que les faltaron las fuerzas. Todas las miradas se clavaron en el macizo aro de oro mate, con su disco figurando el sol, cuyos rayos parecían apagados, empañados por el polvo de muchos siglos.

—¡Ah, vaya una broma ingeniosa! —dijo riendo María Teresa.

—¡Caramba...! —exclamó el marqués, cuya voz parecía ligeramente alterada—, ¡muy ingeniosa!... Es la venganza más bonita, por lo demás, y muy delicada, del bueno de Alonso de Cuéllar, cuya mano acabas de rehusar. Por eso me decía, con su triste y afectuosa sonrisa: “Me vengaré de la Virgen del Sol...” ¡Como no quieres casarte!... Pero, ¿por qué ponéis esa cara? —añadió volviéndose hacia las dos ancianas—. ¡Vaya, supongo que no iréis a ponerlos malos por una simple broma!

María Teresa hacía admirar la pulsera a Francisco Gaspar y a Raimundo.

—Papá, dile a don Alonso que acepto su regalo y que le llevaré como prueba de nuestra buena amistad... ¡Es preciosa!... ¡Ya no se hacen estas alhajas!... ¿Qué opina usted, monsieur Ozoux?

—¿Yo? —respondió Francisco Gaspar—, yo juraría que esa pulsera tiene cuatrocientos o quinientos años, por lo menos...

—Todavía suelen encontrarse estos tesoros en las excavaciones que se hacen alrededor de las tumbas reales, pero ya van escaseando... ¡No me chocaría que don Alonso hubiese ido a buscar esta pulsera a Cajamarca! —observó el marqués.

—¿En dónde está Cajamarca? —preguntó Raimundo.

—¡Joven ignorante!... —Contestóle su tío—. Cajamarca es, sencillamente, la antigua Caxamarxa de los Incas, la segunda capital de su imperio, en la época de Pizarro.

—¡Y la ciudad en donde su último rey fue ¡quemado vivo! —murmuró la voz sofocada de la tía Inés.

Todos se precipitaron hacia ella, porque se había puesto mala. Fue necesario llevarla a sus habitaciones. La anciana Irene, más blanca que sus tocas, la siguió, trazando sobre su frente la señal de la cruz.

¿QUIÉN HA ENVIADO LA PULSERA?

Al día siguiente de la llegada a Lima del tío Francisco Gaspar, se verificó su solemne recepción en la Sociedad de Geografía, cuya admirable labor y cuyos trabajos arqueológicos, estadísticos e hidrográficos^[5] supo elogiar con una emoción compartida en breve por todos los presentes. Su triunfo fue enorme, y el genio francés fue, a su vez, celebrado en su persona. Pero el más satisfecho, el más orgulloso era Cristóbal, que se apropiaba parte de la gloria del académico Ozoux.

A la salida de esta sesión memorable, a la cual, como es natural, asistieron Raimundo y María Teresa, quien, a despecho de los lloriqueos de las dos ancianas, se había puesto su pulsera, el marqués se encontró a don Alonso de Cuéllar, muchacho en extremo simpático.

—Querido —le dijo—, yo le creía a usted en Cajamarca.

Don Alonso abrió unos ojos como platos. No comprendía.

—¡Mire usted, Cuéllar... no finja usted asombro! No me enfadaré. Se ha vengado usted muy ingeniosamente de la negativa de María Teresa.

—¿Yo?...

—¡Vamos... la pulsera!...

—¿Qué pulsera?

En aquel momento María Teresa y Raimundo se reunieron al marqués. María Teresa había visto a su padre hablar, riendo, con don Alonso, y creyó que ya se había desvanecido el misterio de la pulsera.

—¡Gracias, amigo mío! —dijo tendiendo a don Alonso la mano en que lucía la maciza joya—; como ve usted, la llevo en prenda de nuestra amistad.

—Pero yo no me hubiera permitido... —protestó el joven mirando alternativamente al marqués, a María Teresa y a Raimundo.

—¿Habla usted en serio? ¿No ha sido usted?...

—¡Se lo juro!... Pero, ¿qué quiere decir todo esto... y qué pulsera es esa?...

—¿No la conoce usted? Según parece, es “la pulsera del Sol de oro”, que los sacerdotes indios envían a la esposa del Sol en la fiesta decenal del “Interaymi” —contestó María Teresa sonriendo como una chiquilla traviesa, porque no le habían convencido del todo las protestas de aquel que había pedido en vano su mano—. Y como usted es quien me ha puesto el nombre que todos me dan en Lima, supusimos que, a pesar de todo, quería usted mostrarse amable con la “Virgen del Sol”...

—¡Siento no haber pensado antes en eso! —suspiró don Alonso—. ¡Hubiera sido, efectivamente una venganza muy bonita, histórica e ingeniosa! Y ya que se propone usted usarla, no me perdonaré nunca el no haber tenido la admirable idea de enviarle esa pulsera. El mérito de este rasgo corresponde, indudablemente, a alguno de esos desgraciados que han aspirado al mismo honor que yo y que no han sido más afortunados... Mire usted, aquí se acerca, precisamente, Pedro Ribera, triste y socarrón. ¡Palabra de honor! ¡Tiene cara de ser el autor de la broma!

Y le llamó. Pedro Ribera tampoco sabía de lo que le hablaban. Lo mismo que Cuéllar, se extasió ante la singular alhaja, y, lo mismo que él, lamentó no haberla enviado.

El marqués estaba ya algo violento y arrepentido de haber hablado de la pulsera a sus amigos. No podía pedirles, sin ponerse en ridículo, que guardasen silencio acerca de una aventura que, después de todo, no era muy desagradable, y sabía que, antes de dos horas, en los paseos, en las horchaterías, en los cafés, en la plaza Mayor, no se hablaría más que de la misteriosa pulsera de la Virgen del Sol. María Teresa comprendió perfectamente lo que sentía su padre.

—Oye, papá, ¡esta pulsera es ridícula! Que desaparezca hasta que el que nos ha dado esta pequeña sorpresa se tome el trabajo de darse a conocer... y no hablemos más de esto!...

Tras estas palabras se quitó la pulsera con un movimiento lleno de gracia y la guardó en su portamonedas.

—Se me ocurre una cosa —dijo Raimundo—. ¿Habrás sido Huáscar?

—¿Huáscar? ¿Por qué había de ser Huáscar? —preguntó el marqués.

—¡Toma! Como esta es una alhaja india antigua, y como no conozco más que a ese indio y sé que es muy adicto a su casa de usted, he pensado que tal vez no se le haya ocurrido cosa mejor que regalar a su hija de usted esta pulsera que se habrá encontrado y de la que no sabría qué hacer!...

—¡No hablemos más de ello!... ¡no hablemos más de ello!... —dijo María Teresa ruborizándose ligeramente—, ¡y ya sea Huáscar u otro

cualquiera, nos importa poco!... Y, además, no debemos ser tan impacientes... Mañana o pasado se presentará en casa de regreso de la Sierra, algún amigo de papá que me dirá besándome la mano: “Qué: ¿no usa usted mi regalito?”

—¡Caramba! Menester será que eso suceda un día u otro —dijo Raimundo con la mayor tranquilidad.

El marqués, que en el fondo estaba algo inquieto, notó inmediatamente aquella indiferencia de Raimundo. No le pareció natural.

—¡Apuesto a que ha sido usted! —exclamó radiante de alegría.

—¡Cómo!... ¿Yo?... acabo de llegar... ¿cómo quiere usted que haya sido yo?

—Puede usted haber comprado esa alhaja en Guayaquil y haberla expedido a un corresponsal francés de Cajamarca para que él la reexpidiese aquí... ¡sí, sí!... ¡ha querido usted anunciar su llegada!... ¡Debe usted haber leído la leyenda de “la pulsera del Sol de oro” en uno de los libros de su tío!...

—¡Papá, papá!... Monsieur Ozoux es un muchacho formal... un ingeniero que ha venido al Perú para tratar de agotar las minas de oro gracias a un nuevo sifón...

—¡Si, sí! Ya me has hablado de ese sifón. Pero eso no es un obstáculo para que haya enviado la pulsera.

—¿Con qué título, papá?...

—¡Con el título de novio, hija mía!...

Esta vez María Teresa enrojeció hasta las orejas y Raimundo tosió y sonrió como un tonto. El marqués contemplaba a ambos con insistencia y malicia.

—¡Vaya!, ¡di que no es cierto!... ¡si crees que no he adivinado!... ¿Me tomas por tonto?... demasiado sabía yo que habías dejado un pedacito de tu corazón en París, y sólo por convencerme de ello te he presentado tantos pretendientes. ¡Ah, monsieur Ozoux, le quiero a usted mucho!... ¡y es usted un mozo afortunado!...

—Caballero... —balbuceó el pobre Raimundo a quien se le saltaban las lágrimas—... caballero... le aseguro a usted que nunca pensé... que nunca hubiera podido pensar...

—¡Calle usted!... Y ponga usted mismo a María Teresa la pulsera de sus esposales...

—¡Y con qué alegría me la pondré esta vez! —exclamó la joven. Y, después de mirar en torno a suyo para cerciorarse de que no había cerca

ningún importuno, se arrojó al cuello de su padre, o mejor dicho, cogió a su padre en sus brazos, le besó tiernamente, le dejó en el suelo, se volvió hacia Raimundo y, abriendo su portamonedas delante del joven, le cuchicheó rápidamente al oído.

—Dí que la has enviado tú... ¿qué te importa?...

Raimundo, temblando, ajustó el aro de oro al brazo de María Teresa. Los oídos le zumbaban tan espantosamente, que le era imposible oír las palabras de triunfo del marqués, el cual estaba radiante de alegría porque había adivinado el secreto de los enamorados y el misterio de “la pulsera del Sol de oro”... Raimundo se contentaba con aprobar con un movimiento de cabeza todo lo que el otro decía.

—¡Ah! Como se suele decir, añadió Cristóbal, puede usted jactarse de habernos tomado el pelo...

Y corrió en busca del tío Francisco Gaspar, al cual ofrecían un champagne de honor.

UN PARTIDO DE BOLOS CON CRÁNEOS

Raimundo y María Teresa permanecieron solos unos instantes, durante los cuales se miraron amorosamente. Pero casi en el acto los volvió a la realidad el griterío entusiasta de toda la caterva geográfica. Los jóvenes se dejaron arrastrar por el alud.

—Pero, ¿qué dirá tu padre —preguntó Raimundo— cuando se dé a conocer el que ha enviado la pulsera?

—¡Bah!, ¡nos perdonará! Te he hecho mentir para tranquilizarle... porque, en confianza, te diré que los cuentos de la tía Inés y de Irene le han impresionado un poco... Mi padre es un chiquillo. Le querremos mucho, ¿no es verdad?

Los carruajes oficiales, las carretelas, habían sido invadidas ya por los miembros de la Sociedad, que se disponían a visitar en compañía de Francisco Gaspar las últimas excavaciones incas de los alrededores de la ciudad, para dirigirse después, por el ferrocarril, a las excavaciones de Ancón. El marqués se había sentado frente al académico y ambos estaban radiantes. María Teresa les saludó al pasar y les gritó que pronto irían a reunirse con ellos. En efecto, habían convenido en que aquella tarde se reunirían para comer y pasar la noche en la “villa” que el marqués poseía a orillas del mar, entre Lima y Ancón, lo cual permitiría a Francisco Gaspar abandonarse, desde el día siguiente por la mañana, a su pasión científica, porque aquella morada veraniega, atestada ya, como un museo, de los tesoros históricos arrancados últimamente a la tierra, se alzaba, precisamente, en medio de las ruinas.

Pero los dos jóvenes, menos aficionados a las cosas de los muertos que los miembros de la Sociedad de Geografía y Arqueología, se entretuvieron en Lima porque María Teresa quería enseñar a Raimundo a apreciarla y a amarla. Hasta después de dar un largo paseo por Amancaes no pensaron en reunirse con la comitiva. Partieron en automóvil por un camino infernal, amenazados ya por las sombras de la noche y perseguidos por siniestras

bandadas de “gallinazos”, esos buitres negros hambrientos, a los que, sin embargo, toleran y hasta respetan en las calles del Perú, porque el municipio sabe que contribuyen a la limpieza de la población.

El automóvil avanzaba por una llanura inmensa en la que se sucedían las haciendas y los “potreros”, praderas en las que se crían caballos y que están separadas unas de otras por tapias, especie de cercas de tierra de un metro de altura sobre poco más o menos. Luego la llanura sólo ofreció a la vista un arenal, vasta extensión lúgubre cubierta de huesos, de los esqueletos de aquellos desgraciados que los coleccionistas habían desenterrado dejándolos blanquear al sol.

—¡Qué alegre es este camino! —exclamó Raimundo.

María Teresa, sin cesar de dirigir lo mejor que podía su carruaje, señaló con la mano unos mestizos que habían dejado solos a los caballos en una hacienda para jugar una partida de bolos con unos cráneos soberbios: una tibia les servía de hito^[6].

Pronto llegaron a los alrededores de Ancón, en donde encontraron al marqués, a Francisco Gaspar y a todos los miembros de la Sociedad que se paseaban por las más importantes “huacas”, cementerios indios del tiempo de los incas. Todo estaba lleno de oscuras cavidades. En cada una de ellas había dormido una momia a la que habían arrancado de su sueño milenario. Raimundo y María Teresa se apearon del auto, pero no se unieron a los grupos. Paseábanse solos, tristes, por entre aquellas ruinas fúnebres. Habían despedido al auto, que el “boy” condujo a su garage de Ancón.

—¿Por qué no dejar dormir en paz a los muertos cuando la vida es tan bella? —dijo la joven estrechando la mano de Raimundo.

Este la hizo sentarse en un montículo, al abrigo de todas las miradas; se arrodilló a su lado y le juró que la amaría toda su vida; se lo juró por todos los muertos que había en aquel paraje. Y en aquel sombrío cementerio unieron sus labios. El rumor de un discurso les volvió a recordar la muerte.

El presidente de la Sociedad, seguido de toda su gente, explicaba los trabajos conforme iba pasando por delante de las excavaciones más recientes.

—Paseando por esta necrópolis —decía— puede uno evocar la sombra de los incas y creerse por un instante entre ellos... He aquí una fosa de dos metros, en el fondo de la cual ha sido hallado un bulto cubierto de arena. Este bulto era el perro que sacrificaban sobre la tumba del amo y que debía acompañarle, como su mujer y sus servidores; el perro tenía aún al cuello la cuerda que había servido para estrangularle y las patas atadas. Después encontramos el cadáver de la esposa, que también tenía una cuerda al cuello y

que debió ser estrangulada, lo mismo que el perro, tal vez porque no tendría valor para darse la muerte por su propia mano. Por último tuvimos la alegría de oír al obrero gritar: “¡Aquí está el muerto!”^[7] porque, para los indios, todo cadáver que no sea el del amo no es digno de interés. Y pronto, en efecto, el mismo jefe —enorme envoltorio de telas— salía de la fosa y era depositado aquí, a mis pies. Desatamos las bandeletas y los paños en que estaba envuelto. Los paños y la momia se hallaban en un estado de conservación maravilloso...; la piel se adhería aún a los huesos de la cara, y el jefe había conservado su cabellera y todos los dientes. ¡No hacían más los egipcios, señores!...^[8]

En aquel momento promoviése cierto tumulto y corrió el rumor de que los obreros acababan de hacer un descubrimiento sensacional: el de tres jefes incas “con unas cabezas rarísimas”.

Los grupos volvieron sobre sus pasos y Raimundo y María Teresa, los siguieron. Y presenciaron una exhumación de momias verdaderamente fantástica.

En aquellas tumbas habían hallado, primero, saquitos llenos de maíz y de hojas de coca, y jarros que habían debido contener chicha, en fin, todo lo necesario para el gran viaje. Luego, encontraron vasos de oro, ánforas de plata, copas, estatuillas, joyas; todo un tesoro que un azadonazo acababa de descubrir y que había sido depositado al borde de la fosa. Por último, las tres momias de los jefes fueron desenterradas o, mejor dicho, extraídas de entre la arena con mil precauciones, Y un miembro de la Sociedad les descubrió el rostro... fue un espectáculo casi aterrador...

Para comprender lo que Raimundo y María Teresa vieron, es preciso saber que los incas, como aún hacen, por lo demás, en nuestros días, los vascos de la montaña, “daban a los cráneos de las personas vivas la forma que querían”. Los cráneos de los niños los deformaban por medio de tablitas unidas y atadas con cuerdas; ya daban al vértice de la cabeza la forma de un cono; ya le aplastaban para que el cráneo se desarrollase en sentido lateral; ya le convertían en una enorme calabaza, etc.... En la actualidad conocemos la razón de estas diferentes deformaciones. Los incas, no desconocieron las ciencias frenológicas, y, por precursores de Gall y de Spezhurn, trataban de desarrollar tal o cual cualidad guerrera o intelectual aumentando tal o cual parte del cerebro. Pero, se ha comprobado que sólo se permitía deformar las cabezas de los hijos de Inca, destinados a las más altas funciones. El pueblo estaba condenado a vivir con su cráneo y su cerebro ordinarios.

Como hemos dicho, aparecieron las cabezas de tres jefes: ¡qué aparición!

Una de aquellas cabezas, era cuneiforme, es decir, que se alargaba como un enorme “pilón de azúcar”. Y resultaba verdaderamente repugnante aquella frente de pesadilla, de monstruo apocalíptico, rodeada de cabellos que parecían pertenecer a un vivo y que la brisa del mar agitaba suavemente; la segunda cabeza estaba aplastada como un capacete, muy inclinada hacia atrás. La tercera parecía una verdadera caja cuadrada, “una maletita”^[9].

FANTASMAS EN UN BALCÓN

María Teresa retrocedió ante aquella espantosa visión, y a despecho de la curiosidad que su prometido manifestaba, le arrastró lejos de todas aquellas sepulturas violadas. De esta suerte llegaron a la playa que, en Ancón, es generalmente un lugar tranquilo y apacible. Las olas del Pacífico van a morir en ella en una calma absoluta. Las corrientes y la resaca son allí poco sensibles. Del mar emana una paz inmensa. Los limeños han convertido este puerto en un balneario de los más conocidos, pero que, en aquella estación, estaba aún desierto. María Teresa y Raimundo llegaron a la “villa” del marqués de la Torre al anochecer, impresionados todavía por las extrañas caras de los muertos que acababan de ver. En vano querían reír, en vano trataban de bromear. La brisa, que al ocultarse bruscamente el sol había empezado a soplar con mayor violencia, levantaba en la oscuridad blancos y ligeros remolinos de arena que, al girar en tomo suyo, parecían otros tantos fantasmas que hubieran salido del fondo de las “huacas” para echarles en cara su impiedad y sus sacrilegios. Aquellos muchachos no se asustaban fácilmente. Sin embargo, se alegraron mucho cuando, al llegar a las puertas de la “villa”, se les acercó un enorme mayordomo, el criado de Cristóbal, un ser de carne y hueso, quien les dijo que el marqués y Francisco Gaspar habían llegado ya. Una criadita quichúa, llamada Concha, se arrojó a los pies de su ama con las demostraciones acostumbradas de amor y de adhesión, asegurándole que durante su ausencia estaba muerta y que sólo vivía verdaderamente en su presencia.

—Mira qué criadas tenemos aquí por ocho “soles” al mes —dijo María Teresa, completamente repuesta ya de sus emociones y solicitada por ¡os detalles de la administración de la casa—. Y hay que tener en cuenta que esta chiquilla hace admirablemente el “puchero”, un cocido criollo del que ya me hablarás, querido Raimundo.

—¡Ama! —dijo la criadita sonriendo complacida con sus enormes labios que le llegaban de oreja a oreja—; le he preparado el “locro” que tanto le gusta.

Aquella noche despacharon la cena en un momento porque todos estaban cansados, y Francisco Gaspar debía levantarse al amanecer. Raimundo y María Teresa se habían atracado prosaicamente de “locro”, maíz cocido en agua azucarada con pedacitos de carne, aliñado con pimienta picante y rociado con “chicha”, la bebida de rigor para todos estos platos populares, y cuando se encontraron en el principal en el momento de separarse para dirigirse a sus habitaciones, pudieron recordar, riendo, su miedo de la playa, después de su huida de las “huacas”. La mano de María Teresa no acertaba a separarse de la de Raimundo.

—¡Tenga muy buenas noches la Virgen del Sol! —dijo el joven, y depositó un beso precipitadamente en el disco del sol que brillaba en la muñeca de su novia—. Supongo que no dormirás con esa pulsera, que viene no se sabe de dónde, no se sabe de quién...

—Desde esta tarde la tengo cariño... y como tú has puesto en ella los labios, Raimundo, la conservaré... no quiero otra prenda de nuestra felicidad...

Y entró en su cuarto...

Aún no había cruzado el dintel cuando lanzó un grito terrible y salió, enloquecida, a la escalera.

—¡Allí están!... ¡Allí están!... —balbuceó dando muestras del mayor espanto.

—¿Quiénes?... ¿quiénes? —interrogó Raimundo, aterrado al verla en un estado tal de agitación y de excitación nerviosa. Daba diente con diente.

—¡“Los tres cráneos vivos”!...

—María Teresa, ¿pero te has vuelto loca?...

—Te digo que están ahí los tres, “los tres cráneos vivos están apoyados contra los cristales de mi balcón”... Me han mirado, al entrar en la alcoba, con unos ojos en los que han vuelto a brillar las pupilas. ¡Raimundo, Raimundo! ¡No, no, no entres... llama a papá!

El joven entró en la habitación, iluminada por la luz que aún vacilaba en las manos de María Teresa. Se dirigió a la galería, que daba por un lado a la plaza y por el otro a la llanura iluminada por la luna en que durante el día las sacrílegas piquetas habían profanado las moradas milenarias de los muertos... Y no vio nada que no fuese completamente normal. Volvióse hacia la joven,

que, siempre temblando, se apoyaba en la puerta, y le dijo que indudablemente había sido víctima de una alucinación...

—Vamos, María Teresa, tú que eres tan sensata...

—¡Raimundo, te digo que los he visto!...

—Pero, ¿qué es lo que has visto?...

—Allí, en el balcón, detrás de los cristales... los tres cráneos de los tres jefes incas, los tres horribles cráneos que me miraban...

—¡Pero, María Teresa, vuelve en ti! Demasiado sabes que los hemos visto sacar de la fosa... Tal vez estén aún allí...; ¿cómo quieres que vengan a pasearse por tu balcón?... ¿Crees en aparecidos, en fantasmas?...

—¡No, no!... ¡pero te juro que los tres hombres que he visto no estaban muertos, estaban vivos!

Raimundo, para tranquilizarla, se creyó obligado a lanzar una carcajada.

—¡No te rías!... ¡no te rías!... ¡Les he reconocido perfectamente! Estaban los tres: “el cráneo en forma de capacete, el que parecía un pilón de azúcar y el que figuraba una maletita”. ¡Exactamente, exactamente!... ¿qué venían a hacer aquí? ¿Podrías decírmelo?...

Cristóbal, atraído por el ruido que hacían los dos jóvenes, se burló del miedo infantil de María Teresa. El tío Francisco Gaspar se presentó también, con su gorro de algodón. Su aparición hizo reír a todos, excepto a María Teresa. Para que se tranquilizase fue preciso que el mayordomo diese la vuelta a la casa. Regresó sin haber visto nada sospechoso.

—Indudablemente los muertos de esta tarde te han trastornado, hija mía; sin embargo, te creía más animosa, dijo Cristóbal.

María Teresa no quiso dormir en su cuarto y se hizo preparar otro en el extremo opuesto de la “villa”. Entretanto, Raimundo conseguía calmarla. La joven comprendió al fin que la había impresionado, “que no había podido menos de impresionarla el fúnebre espectáculo de aquella tarde”... y al fin convino en que, efectivamente, los cráneos de los muertos no salen de las tumbas para pasearse por detrás de los balcones de las muchachas.

Reconocía que había estado ridícula, y se retiró con Raimundo al balcón del salón del piso principal para poder confesarle, a él, que la creía tan sensata, hasta qué punto estaba avergonzada de sí misma.

Aquel balcón daba al mar, cuyas olas, por aquella parte, venían a morir al pie de la “villa”. La inmensa paz del océano acabó por calmarla por completo. Y se quitó su pulsera tranquilamente.

—Tal vez sea esto lo que me tiene tan nerviosa —dijo—. La verdad es que antes de usar esta pulsera desconocida, nunca fui tan tonta que viese

fantasmas en mis ventanas...

Y arrojó la pulsera al mar.

Raimundo no trató de impedirselo.

—¡Te aseguro que no me disgusta esta solución! —dijo—. Te regalaré un anillo, como hace en Francia cada hijo de vecino, y por lo menos sabremos de qué joyería procede!...

Todos se fueron a descansar. La noche transcurrió sin incidentes. Pero a eso de las siete de la mañana, un grito horrible, que resonó en el cuarto ocupado por María Teresa, obligó a Raimundo y a los criados a precipitarse en aquella dirección...

Penetraron en la habitación. María Teresa estaba sentada en la cama, jadeante, con la mirada extraviada. Contemplábase fijamente el brazo. María Teresa acababa de despertarse con “la pulsera del Sol de oro”!...

LIBRO SEGUNDO

LA EVOCACIÓN DEL PASADO

El suceso era tan extraordinario, que Raimundo experimentó un terror casi tan grande como el de María Teresa. No sabía qué decir al ver el espanto de la joven. La víspera por la noche la había visto arrojar la pulsera al mar desde lo alto del balcón, ¡y he aquí que al despertar la infernal alhaja brillaba de nuevo en el brazo de su prometida!

¿No había motivo para que se preocupasen hasta los más escépticos?

Recordó, repentinamente, todas las consejas que le habían contado las dos ancianas, y en vano trataba de rechazar la idea de la cruel leyenda. Esta se aparecía ante ambos jóvenes en todo su horror.

En aquel momento, el marqués y Francisco Gaspar, atraídos por los gritos y la agitación de los criados, entraron en la alcoba. Vieron a los dos jóvenes mudos y despavoridos. Cristóbal, temiendo alguna catástrofe, pidió precipitadamente algunas explicaciones que en el acto le dieron. Le dijeron la verdad. Raimundo le confesó que, a ruegos de María Teresa, había cargado con la responsabilidad del envío de una joya cuyo origen ignoraba, y contó cómo la joven, antes de retirarse a descansar, se había desembarazado brutalmente de la pulsera fatal.

María Teresa temblaba de fiebre. Su padre la estrechó en sus brazos.

Más que el relato de aquella inverosímil aventura, impresionó a Cristóbal el estado de su hija. La había visto siempre tan dueña de sí misma, aun en las circunstancias más difíciles, que experimentaba, a su vez, invencible angustia al verla tan “medrosa” ante aquel misterio.

En cuanto a Francisco Gaspar, entusiasmado en el fondo al ver el giro que tomaban los acontecimientos, destinados a proporcionarle materia para uno de los capítulos más interesantes de su viaje trasatlántico, repetía: ¡No es posible!... ¡No es posible!...

Y tan posible era, que todo se explicó de la manera más sencilla y hasta de la manera más prosaica.

Conchita volvió de la compra.

Regresaba de Ancón y llegaba desalada con el propósito de ayudar a su ama a vestirse. Encontró la casa en conmoción, y arriba, en la alcoba de María Teresa, a toda la familia reunida alrededor de la famosa “pulsera del Sol de oro”.

Entonces, con infantil ingenuidad, contó que al dirigirse a primera hora al mercado por el camino de la playa, como tenía por costumbre, había visto brillar una cosa en la arena. Se agachó y recogió la maciza pulsera del Sol de oro, medio enterrada ya. Reconoció la alhaja por haberla visto la víspera en el brazo de su ama, y no dudó que ésta la había dejado caer, sin advertirlo, desde lo alto del balcón. Conchita, que quería a su ama, corrió, contentísima, a la alcoba de María Teresa. Esta dormía aún. No la despertó, pero le puso la pulsera en la muñeca con conmovedora solicitud. Y a esto se reducía la aventura que había estado a punto de trastornar los cerebros mejor equilibrados. Una carcajada general acogió el fin del relato de Conchita, que huyó sofocadísima y algo avergonzada.

—¡Estamos locos todos! —exclamó el marqués.

—¡Esa pulsera acabará por hacernos perder el juicio! —dijo Raimundo—. Es menester que nos desembaracemos de ella a todo trance.

—¡Guárdate de ello!, ¡volvería de nuevo a mi poder, y esta vez no respondería ya de mi razón! —replicó María Teresa que, en aquel momento, reía lo mismo que los demás y hasta algo más nerviosamente que los demás—. ¿Saben ustedes lo que debemos hacer? —añadió—. Pasearnos, cambiar de aires... hacer una excursión a la montaña, enseñar la “sierra” a Raimundo y a monsieur Ozoux. Hoy volveremos a Lima. No les diremos nada a la tía Inés ni a Irene, que nos calentarían más la cabeza. Yo iré con Raimundo a dar una vuelta por el Callao, en donde ustedes se reunirán con nosotros. Allí tomaré las disposiciones necesarias y daré mis órdenes para que los negocios no padezcan con mi ausencia. Por la noche tomaremos todos el vapor.

—¡El vapor para ir a la sierra! —exclamó Cristóbal.

—¡El vapor para ir a Pacasmayo, querido padre!

—¡Pacasmayo; pero si acabamos de venir de allí! —gimió Francisco—. Permanecemos cuatro horas frente a aquella costa que no ofrece ningún atractivo.

—¿Que no ofrece ningún atractivo, querido monsieur Ozoux? —replicó María Teresa—. ¿Dice usted que no ofrece ningún atractivo? ¿Sabe usted adónde se va desde Pacasmayo?... ¿No, no lo sabe usted? Pues bien; voy a decírselo: ¡Se va a Cajamarca!

Francisco Gaspar se llevó la mano al corazón.

—¡A Cajamarca... la antigua Caxamarxa de los incas!

—Usted lo ha dicho, señor académico.

—¡El sueño de toda mi vida!

—Pues bien; vamos a realizarle, querido maestro, y al mismo tiempo, querido papá, averiguaremos el nombre del misterioso remitente de esta misteriosa joya, ya que la pulsera del Sol de oro me la han enviado directamente de Cajamarca.

—¡Tienes razón, hija mía! —aprobó Cristóbal—; decididamente es preciso saber a qué atenerse acerca de este enojoso asunto.

—Y si es una broma de uno de mis pretendientes desahuciados —añadió María Teresa, que jugueteaba con la pulsera—, tengan ustedes la seguridad de que me la pagará. ¡Bien se reirán en Lima!

Tras estas palabras echó a todos de su cuarto y llamó, para que la ayudase a vestirse, a Conchita, la cual llegó en el momento oportuno para recibir un soberbio bofetón, destinado a enseñarle a despertar a su ama el día en que volviese a encontrar una pulsera “del Sol de oro” en la arena de la playa. La niña, sorprendida al verse tratada de aquella manera, no pudo contener las lágrimas. Entonces, la joven la atrató de caramelos. María Teresa no se conocía. Hubiese querido estar tranquila, y cada uno de sus movimientos revelaba su excitación. Sobre todo no se perdonaba el haber tenido miedo.

Puede decirse, en principio, que en el Perú no existen caminos y que al lado de la carretera enlosada, construida por los incas, que atravesaba todo el país, desde los confines de Bolivia a la capital del Ecuador, y comparada con la cual las obras más grandiosas de la época galo-romana representan una suma de trabajo insignificante, los caminos actuales no son, en realidad, sino verdaderos caminos de herradura^[10]. De ahí la necesidad, cuando se quiere penetrar en el interior del Perú, de dirigirse por mar a un punto cualquiera de la “Costa”, para tomar uno de esos ferrocarriles que, atravesando los Andes, llevan a los viajeros al corazón de la “Sierra”. Porque el Perú, físicamente, se divide en tres zonas paralelas al mar: la “Costa”, que se eleva gradualmente desde el borde del Océano hasta una altura de 1.500 a 2.000 metros en la vertiente occidental de los Andes; y la “Sierra”, cerros y mesetas, que comprende la región intra-andina, cuya altitud varía entre 2.000 y 4.000 metros; y por último la “Montaña” (región de los bosques) que se extiende por junto al Amazonas, con una altitud decreciente de 2.000 a 500 metros. Entre estas tres zonas, todo difiere: aspecto, clima y producciones.

La “Costa” es rica; la “Sierra” ofrece valles rientes y relativamente templados; la “Montaña” presenta el aspecto de un verdadero océano de verdor. Lo más curioso de este curioso país es la multiplicidad de sus aspectos en un espacio relativamente reducido. Como para penetrar en la “Sierra” es preciso subir a una de las montañas más altas del mundo y a una montaña emplazada en las regiones ecuatoriales, ocurre que pasa uno unas cuantas horas en lugares en donde se encuentran reunidos y cultivados los árboles de todas las latitudes, las plantas de todos los climas: el nogal crece al lado de la palmera; la remolacha junto a la caña de azúcar; aquí se ve un huerto lleno de magníficos manzanos; más allá un grupo de plátanos que extiende majestuosamente sus anchas hojas. En este país maravilloso hay hacendados que pueden hacer servir a sus huéspedes, en la misma comida, hielo recogido unas horas antes en sus tierras, en la región de las nieves, y un limón “dulce”, fruto esencialmente tropical, recién cogido en su huerta.

¡Ah, cuántas notas podía tomar Francisco Gaspar! ¡Cuántos espectáculos nuevos! ¡Cuántas maravillas y cuántas hermosas páginas en perspectiva! Raimundo y el marqués y hasta la misma María Teresa se reían de su celo de colegial que no quiere perder un detalle.

LA SOMBRA DEL CONQUISTADOR

Estuvo a punto de volverse loco una vez que le escondieron su pluma. En fin, se divertían; y parecía que habían olvidado completamente la pulsera de oro, que, por lo demás, había quedado al cuidado de la tía Inés y de la dueña Irene, las cuales no bien se marcharon los viajeros, la llevaron a Santo Domingo, depositándola en el altar de la Virgen, que preserva de los maleficios y conjura los sortilegios.

La llegada a Pacasmayo excitó particularmente la alegría del tío Ozoux. El desembarco se verificó en una enorme almadía que, cediendo al empuje del eterno oleaje, subía unas veces casi hasta la cubierta del vapor, para descender luego a unos cuantos metros más abajo. Para llegar a la almadía era preciso subirse en un tonel que levantaba una cabria; después, cuando el tonel bajaba hasta el nivel de la almadía, no había que hacer más que calcular bien el tiempo para saltar del tonel a la almadía.

María Teresa dio el ejemplo y salió bastante airoso de este complicado ejercicio gimnástico; el marqués, que estaba acostumbrado, pareció volar por los aires; Raimundo supo medir el salto de tal suerte, que pudo bajarse del tonel con las manos en los bolsillos; en cuanto a Francisco Gaspar, combinó tan mal su desembarco, que el tonel chocó brutalmente con la almadía en el preciso en que el sabio pensaba en otra cosa, por lo que el desdichado miembro del Instituto de Francia, (Academia de Inscripciones y Bellas Letras), salió despedido como por un resorte. Inútil es decir que al llegar a la orilla, el excelente tío Francisco, que estaba aún dominado por la exaltación literaria producida por aquel desembarco excepcional, y que no se había preparado para el inevitable choque, rodó desde la almadía a la arena, en donde la última ola de la “barra” le puso como nuevo. Tuvo que desnudarse a medias y secarse al sol antes de continuar un viaje comenzado bajo tan felices auspicios.

Hasta el día siguiente por la mañana no salieron los viajeros de Pacamayo, sin que sucediese nada digno de su atención.

Sin embargo, Raimundo hubo de notar la serie de coincidencias por las cuales se agregó a su pequeña caravana cierto “gentleman” de tez un poco cobriza que, de no haber ido vestido con un terno a la última moda, podía haber pasado fácilmente por uno de aquellos tipos de la raza india de Trujillo, de la cual Huáscar era, indudablemente, uno de los más gallardos representantes. Pero el viajero llevaba su traje con soltura, y durante el camino había estado muy cortés, especialmente con María Teresa, a la cual había tenido ocasión de prestar esos servicios que se deben, en viaje, a una mujer, aun cuando no le haya sido uno presentado. Aquel hombre se había embarcado al mismo tiempo que ellos en el Callao; había desembarcado en la misma almadía; había pasado la noche en Pacasmayo, en la misma fonda, y al día siguiente había tomado el mismo tren que ellos para ir a Cajamarca.

El espectáculo que ofrecía la primera Cordillera de los Andes era tan “arrebataador”, que nadie advirtió en los primeros momentos que aquel hombre se había deslizado en el coche ocupado por el marqués y sus compañeros. Pero él supo llamarles la atención, y de una manera tan inesperada, que los viajeros, sin darse cuenta exactamente de lo que sucedía o de lo que experimentaban, sintieron inmediatamente un malestar insoportable.

Hasta entonces habían admirado el paisaje y las diversas transformaciones de una naturaleza que cambia constantemente de aspecto; acababan de entrar en los desfiladeros más salvajes que se puedan imaginar, cuando el desconocido dijo con voz grave:

—¿Ven ustedes este circo, señores? Aquí fue en donde Pizarro envió sus primeros mensajeros al último rey de los incas.

Todos volvieron la cabeza. El desconocido no parecía ver a nadie. De pie en la plataforma, con los brazos cruzados, no apartaba los ojos de las rocas al pie de las cuales el aventurero más grande de la tierra se había detenido antes de conquistar un imperio.

—¡Con ellos iba uno de mis antepasados! —exclamó el marqués.

El desconocido ni siquiera miró a su interlocutor, pero pronunció con una entonación tan extraña esta frase: “¡Lo sabemos, lo sabemos!”, que Cristóbal y sus compañeros se preguntaron quién sería aquel ente original con quien tenían que habérselas. Su majestuosa inmovilidad no dejaba de preocuparles.

Al fin, tras un instante de silencio, continuó el desconocido:

—Sí, no hemos olvidado que con Pizarra iba un Cristóbal de la Torre. Señor marqués, conocemos vuestra historia. Cuando Pizarro, que había salido

de la colonia española de Panamá con la convicción de que al otro lado del Ecuador encontraría un imperio fabuloso más rico que el que Hernán Cortés acababa de ofrecer a Carlos V...; cuando Pizarro, después de arrostrar mil peligros y de agotar todos los recursos, vio que los suyos estaban a punto de abandonarle, sacó la espada y trazó una raya en la arena, de Este a Oeste. Volviéndose inmediatamente hacia el Sur, dijo: “Amigos y compañeros: ¡Allí nos esperan los trabajos, el abandono y la muerte; en el lado opuesto, el bienestar y la oscuridad; pero también en el Sur hallaremos el Perú y sus riquezas, la gloria, la inmortalidad! ¡Que cada uno de vosotros tome la resolución más propia de un valeroso castellano! ¡Yo, por mi parte, me dirijo hacia el Sur!”. Al decir estas palabras, cruzó la línea. Siguió el bizarro piloto Ruiz y luego Pedro de Candía, caballero natural, como su nombre lo indica, de una de las islas de Grecia. Once más atravesaron sucesivamente la línea, mostrando así su deseo de compartir los trabajos y la gloria de su jefe. Entre estos once estaba Juan Cristóbal de la Torre. ¡Lo sabemos, “señor”... lo sabemos!...

—Pero, ¿quién es usted, caballero? —preguntó brutalmente el marqués, a quien los modales del desconocido, que, sin embargo, se conducía con la mayor cortesía, comenzaban a exasperar.

El otro pareció no haberlo oído. Continuó como si tributase un homenaje a las hazañas del antepasado:

—¿No es verdad, señores, no es verdad, señorita, que causa verdadera admiración el espectáculo de aquel reducido número de valientes consagrándose de esta suerte a una empresa audaz y que parecía mucho más difícil que ninguna de las que relataban los anales de la caballería andante? Un puñado de hombres, sin víveres, sin ropas, casi sin armas, se vieron abandonados en una roca solitaria con el propósito confesado de emprender una cruzada contra uno de los imperios más poderosos que jamás han existido, y, sin embargo, no por ello vacilaron en arriesgar sus vidas.

Y entre aquellos hombres había un Cristóbal de la Torre... ¡Señor marqués, permítame usted que le felicite, y permítame también que le presente a su servidor Huayna Capac Runtu, empleado en el Banco franco-belga de Lima. Podemos viajar juntos, marqués, porque ambos somos nobles. Yo soy de estirpe real. Huayna Capac, rey inca, que no contaba más que diez y seis años cuando sucedió a su padre, tuvo por mujer legítima a Pillan Huaco, que no le dio hijos. Casó en segundas nupcias, con otras dos mujeres legítimas: Rava-Bello y su prima Mama Runtu. ¡Yo soy un descendiente de ese Huayna Capac y de esa Mama Runtu!

—¿De modo que sus jefes le han dado a usted licencia? —preguntó con cierta insolencia el marqués.

Un relámpago cruzó por los ojos de Huayna Capac Runtu.

—Sí —dijo con voz sorda—, mis jefes me han dado licencia para asistir “a la fiesta del Interaymi”...

Raimundo no pudo menos de estremecerse al oír esta frase que tantas veces se había pronunciado con motivo del incidente de “la pulsera del Sol de oro”. Miró a María Teresa, a quien preocupaba el giro que tomaba la conversación entre su padre y aquel singular viajero. Recordaba perfectamente en aquel momento haber visto a aquel individuo en las oficinas del Banco franco-belga, y hasta haber hablado varias veces con él en el Callao, en sus propias oficinas, adonde había ido para liquidar cuentas con motivo de los pedidos de guano fosfatado que hacían desde Amberes. Entonces le había parecido el más insignificante de los empleados de una casa de comercio, y el indio había pasado junto a ella sin dejar más que una imagen harto borrosa en su memoria. Sólo en aquel instante en que el pseudo-peruano confesaba con orgullo que era un indio quichúa, descubría en él los rasgos de la raza de Trujillo y el aspecto general que hacían de él un hermano de Huáscar. Sabía por experiencia cuán suspicaces son los indios, y temía que el imprudente marqués desencadenase una tempestad sin darse cuenta. Intervino amablemente:

—La fiesta del “Interaymi”...; ¡pero esa es la fiesta de los indios! ¿Acaso van a celebrarla más particularmente en Cajamarca? —preguntó.

—¡Este año —contestó el indio— se celebrará particularmente en todos los Andes!...

—¿Y no admiten ustedes profanos?... ¡me gustaría muchísimo asistir a esa fiesta, de la que tanto se habla!... Se dicen acerca de ella tantas cosas, tantas cosas...

—Tonterías, señorita, tonterías, créalo usted —replicó el indio, que, ante la noble peruana adoptó nuevamente los modales sencillos de un verdadero chiquillo. Y, sonriendo con una extraña sonrisa, que mostró unos dientes deslumbradores, una mandíbula que a Raimundo le pareció feroz, añadió ceceando ligeramente con voz dulce y apagada:

—¡Ya sé, hablan de sacrificios!...; pero esos son cuentos de viejas... ¡En el “Interaymi” sacrificios humanos!...; pero, míreme usted a mí, con mi temo de casa de Zárate, y dígame si tengo trazas de ir a presenciar una matanza sagrada! ¡No... algunos ritos que nos recordarán nuestro pasado esplendor, algunas invocaciones al Dios del día, un piadoso recuerdo a nuestro último

rey, al desgraciado Atahualpa, nuestro mártir, y nada más, créalo usted!... Y a fines del próximo mes, volveré tranquilamente a sus oficinas de la calle de Lima, señorita, para presentarle las letras de la casa franco-belga.

Las últimas palabras del indio tranquilizaron por completo a Raimundo. Una sonrisa de María Teresa y un mohín de Francisco Gaspar (nuevamente desorientado por el prosaísmo de aquel descendiente de los Incas, empleado en una casa de comercio), borraron los desagradables pensamientos que la palabra “Interaymi” hiciera cruzar nuevamente por la imaginación de los viajeros.

Raimundo miró el paisaje cuyo aspecto era cada vez más sombrío. El tren se deslizaba por el fondo de un abismo, entre dos murallones de espantosa elevación. En lo alto, en una faja de hielo de un azul deslumbrador, algunos cóndores desplegadas sus enormes alas, describían grandes círculos.

—¡Y por semejantes caminos vino Pizarro a conquistar el imperio de los Incas! —exclamó Raimundo—; pero, ¿cómo siendo su ejército tan reducido no fue completamente destrozado?

—¡Caballero —dijo con terrible ironía el empleado de la casa de comercio—, no fue destrozado porque “venía como amigo”!

—De todos modos, no se apodera uno así como así de un imperio. Cuando se dirigieron a Cajamarca, ¿cuántos hombres acompañaban a Pizarro?

—Habían recibido refuerzos —dijo el marqués retorciéndose el bigote—; “¡eran ciento setenta y siete”!

—Menos nueve —rectificó el indio del terno.

—O sean: ciento setenta y siete, menos nueve, igual a ciento sesenta y ocho, si no me engaño —murmuró Francisco Gaspar escribiendo en su sempiterno librito de apuntes.

—¿Por qué menos nueve? —preguntó María Teresa.

—Porque Pizarro —replicó el descendiente de Mama Runtu, que parecía conocer la historia de la conquista de Nueva España mejor que los descendientes de los españoles— hizo con sus nuevos compañeros lo que había hecho con los primeros. No les ocultó las dificultades de la empresa y les dio a escoger. Pizarro se detuvo en medio de la sierra para dar descanso a su fuerza y revistarla más detenidamente. ¡Oh, tienen ustedes motivo para estar orgullosos! En total eran entonces ciento setenta y siete hombres, de los cuales sólo setenta y siete iban a caballo. No había más que “tres arcabuceros” y algunos ballesteros, que en junto no excedían de veinte. Y “con estas fuerzas” se dirigió Pizarro al encuentro de un ejército de cincuenta mil hombres y contra un pueblo de más de veinte millones de habitantes,

porque, bajo el imperio de los Incas, el Perú comprendía lo que ahora llamamos el Ecuador, el Perú, Bolivia y Chile. Entonces, señores, fue cuando se dio cuenta de que aún le seguían demasiados soldados. Observó con inquietud que algunos de ellos tenían una expresión sombría y que estaban muy lejos de comunicar con su entusiasmo ordinario. Comprendió que si aquella disposición de ánimo se generalizaba le impediría llevar a cabo su empresa, y pensó que era preferible cortar de una vez la parte gangrenada a esperar que el mal se propagase a todo el ejército. Reuniendo sus hombres les dijo que su situación era tan crítica que exigía toda su energía. No podía pensar en proseguir la expedición quien dudase de la victoria. Si alguno se arrepentía de haber tomado parte en ella, aún podía retirarse. No tenía que hacer más que volverse a orillas del Océano, a San Miguel, en donde Pizarro había dejado algunos compañeros. El, por su parte, seguido de aquellos que quisieran compartir su suerte, fueran muchos o pocos, proseguiría la aventura hasta el fin. Entonces se retiraron nueve: cuatro pertenecían a la infantería y cinco a la caballería. Los otros aclamaron a su general.

—Obedeciendo las órdenes del hombre que servía a Pizarro como un segundo hermano —exclamó el marqués—, mi antepasado Cristóbal de la Torre.

—¡Lo sabemos, lo sabemos! —repitió con su inquietante ironía el extraño empleado del Banco franco-belga.

—¿Y podríamos saber por qué nos cuenta usted todas estas cosas? —interrogó el marqués con altivez.

—Para probarles a ustedes que los vencidos saben la historia de “su país” mejor aún que los vencedores... —replicó el otro inmediatamente y con un énfasis un poco ridículo para un hombre que tan bien llevaba el terno de la casa Zarate y Compañía (la mejor sastrería del paseo de Amancaes).

—¡Dios mío, qué hermoso es esto! —exclamó de repente María Teresa, que cortó por segunda vez la discusión llamando la atención de los viajeros hacia el paisaje.

UN COLOQUIO EN LA OBSCURIDAD

En aquel momento cruzaba el tren un puente desde el cual podía verse un panorama de una belleza sin igual. Enfrente, alzabase la cadena prodigiosa de los Andes —peñascos sobre peñascos—; más abajo, por una brecha de la montaña, percibíanse los bosques, siempre verdes, cortados aquí y allá por mesetas cultivadas a manera de jardines, con su chocita rústica suspendida en sus abruptas laderas, y, a poco que se levantase la vista, veíase el nevado picacho de los cerros que centelleaban al sol; espectáculo que ofrecía una mezcla tan salvaje de grandiosidad y de belleza como ningún otro paisaje de montaña puede ofrecer.

Pero este espectáculo era aún más terrible que hermoso, y los abismos que el tren cruzaba a cada instante hacían estremecer a María Teresa, que apoyada en el brazo de Raimundo y pensando en la insensata audacia de los “conquistadores”, murmuró:

—¡Y, sin embargo, esta muralla no pudo detener a los soldados de Pizarro!

Desgraciadamente estas palabras fueron oídas por el indio que, esta vez, replicó con acento francamente hostil:

—¿No es verdad que hubiéramos podido destrozarles?

Al oír esto el marqués se acercó de un salto al descendiente de los reyes incas. Se empinó, y dándole despectivamente unos golpecitos en el hombro, le dijo:

—¿Por qué no “lo hicieron ustedes”, señor?

—¡Porque “nosotros no somos traidores”!

Raimundo no tuvo tiempo más que para coger por la cintura y sujetar entre los brazos al vehemente marqués, que ya se lanzaba como un bólido contra el insolente indio.

En aquella situación Cristóbal se agitaba como un endemoniado y estaba soberanamente ridículo. Algunas palabras de María Teresa consiguieron

calmarle casi instantáneamente. La joven, que conocía el orgullo de su padre, le hizo comprender, a media voz, cuánto se rebajaba, él, marqués de la Torre, discutiendo con un humilde empleado del Banco franco-belga.

—Tienes razón —declaró Cristóbal irguiéndose y dirigiendo a su interlocutor, que no se había movido, una mirada de una insolencia tal que Huayna Capac Runtu palideció. El indio había comprendido también el sentido de la observación de María Teresa, y la cuestión estaba a punto de tomar un giro más desagradable aún, cuando el tren se detuvo. La línea, que en aquella época estaba en construcción, terminaba allí. Faltaban unos cuarenta kilómetros para llegar a Cajamarca, y estos cuarenta kilómetros tenían que recorrerlos en mulas, porque se hallaban en plena sierra.

A los viajeros, por lo demás, les entusiasmó lo pintoresco del campamento, en donde iban a pasar la noche. En las laderas de los montes habían construido algunas barracas de tablas, en las que se alojaban los obreros. Alrededor de la cantina había hasta media docena de tiendas bastante cómodas, en donde se instalaban los viajeros que no tenían que marchar a Cajamarca hasta el día siguiente. Unas treinta muías pastaban la escasa hierba, en completa libertad. Los eternos “gallinazos” seguían describiendo amplios círculos en el cielo teñido de púrpura. La comida servida al borde de un barranco, del que ascendía la música tumultuosa de un torrente, fue muy alegre. El empleado del Banco había desaparecido. María Teresa se lo encontró de repente junto a su tienda, ya de noche. La saludó humildemente y le pidió perdón por el incidente del tren. Aseguró que no había creído que sus palabras, que se referían a sucesos tan remotos, pudiesen disgustar al señor marqués, a quien respetaba profundamente. Por último añadió que sabía que el marqués estaba en muy buena armonía con el director del Banco franco-belga, y que confiaba en que aquel incidente no tendría consecuencias.

La joven le tranquilizó, disimulando la risa. ¡El feroz descendiente de los incas tenía miedo de perder su destino!

Cuando el indio se alejó, María Teresa corrió a contarlo todo a su padre y a Raimundo, que se rieron muchísimo. Luego todos se acostaron, el tío Ozoux, que pasó gran parte de la noche poniendo en orden sus notas y escribiendo una larga carta a su importante periódico de la noche, carta en la que decía que estaba rehaciendo toda la historia de la conquista del Perú, con ayuda de Pizarro y de un indio descendiente de los reyes incas. Describía a este indio atribuyéndole los rasgos y el aspecto más salvajes del mundo; adornaba con plumas sus cabellos y, como es natural, olvidaba decir que se vestía en una sastrería de Lima.

María Teresa, como todas las noches, desde aquélla en que se aparecieran en su balcón el cráneo “en forma de pilón de azúcar”, el cráneo “en figura de capacete” y el cráneo que semejaba una “maletita”, durmió con un sueño bastante agitado.

Daba vueltas y más vueltas en su cama de campaña, sin lograr el descanso de que tan necesitada estaba.

De repente se sentó en el lecho, prestando oído. Habíale parecido oír afuera, junto a su tienda, una voz muy conocida.

Deslizóse sin hacer ruido hasta la puerta de lona de su improvisada alcoba, y, levantándola con una mano, pudo ver lo que sucedía afuera. Dos sombras se alejaban iluminadas por la luna.

Inmediatamente reconoció al empleado del Banco franco-belga, pero vaciló ante su acompañante, al que no veía el rostro. Al fin las dos sombras se detuvieron, se volvieron hacia la tienda, que señalaron con la mano, y esta vez María Teresa no pudo contener una exclamación: —¡Huáscar!

¿Qué hacía allí Huáscar? ¿Y qué significaba aquel coloquio, a media noche, enfrente de su tienda, con aquel irregular Huayna Capac Runtu? ¿Por qué señalaban la tienda en que ella descansaba? ¿Qué quería decir todo aquello?... Los dos bultos echaron a andar nuevamente. En aquel momento, el relincho de un caballo turbó la paz de la noche. Y la joven vio el caballo que, atado a una estaca, piafaba de impaciencia. Huáscar saltó a la silla mientras el empleado del Banco desataba al bruto sin interrumpir por ello la misteriosa conversación, y señalando de cuando en cuando la tienda de María Teresa. Al fin el jinete se ocultó tras de las tiendas, y el empleado desapareció al mismo tiempo que él. Todo recobró la calma, y la pequeña meseta en que acampaban los viajeros quedó desierta.

APARECE HUÁSCAR.—¿CRUEL ALUCINACIÓN?

María Teresa no pudo cerrar los ojos en toda la noche. Aquella inesperada reaparición de Huáscar la preocupaba, y no era de lo más a propósito para calmar la inquietud, a la sazón latente en el fondo de su corazón, por más que intentase sofocarla, y que apenas se atreviese a confesarla a sí misma, porque se avergonzaba de lo que ella llamaba su pusilanimidad.

¿Tenía algo que temer de Huáscar? No podía creerlo. Se daba exacta cuenta de que el indio la amaba, pero como un perro fiel, y hubiese jurado que podía contar con su adhesión en el caso en que corriese algún peligro.

¡Y sin embargo!... ¡Sin embargo!... Sin embargo, ¿qué? ¿De qué peligro se trataba? ¡Le daban ganas de abofetearse! Se consideraba más tonta que las dos viejas que vivían en Lima, consagradas a sus recuerdos, en medio de sus vetustos muebles, con sus estúpidas consejas. Resolvió no hablar a Raimundo ni a su padre de lo que había visto aquella noche. No quería pasar por una chiquilla que se asusta de las gentes que se pasean a la luz de la luna.

Pero se dijo que a la primera ocasión interrogaría muy categóricamente a Huayna Capac Runtu.

Esta ocasión se presentó al comenzar la jornada al día siguiente.

Todos los viajeros se habían puesto en camino montados en sus mulas. El pequeño grupo formado por María Teresa, el marqués, Raimundo y Ozoux, iba a la cabeza. Francisco Gaspar, que había saltado a la silla alegremente, quiso apearse cuando el camino le pareció demasiado peligroso. Montado en su mula se creía diez veces a mayor altura de los precipicios que si hubiese ido a pie, y en algunas ocasiones hubiese querido trepar por el sendero a cuatro patas, para mayor seguridad. Al ver a su mula como suspendida al borde de una roca, sentía un terror insensato. Temía que resbalase a cada instante. Incapaz de resistir más, se detuvo, y como en aquel momento no podían pasar dos mulas de frente por el sendero, obligó a detenerse a toda la caravana.

Lo peor era al intentar apearse; se agitaba con tal torpeza, que estuvo a punto de hacer perder el equilibrio a su montura. Le gritaron que permaneciese quieto. El contestaba que consentía en no bajar, pero que no daría un paso más. Su situación era de las más ridículas.

En esto, el empleado del Banco se apeó de su mula, y deslizándose por entre las peñas y las caballerías llegó hasta la mula que montaba Francisco Gaspar, a la que cogió por la brida, obligándola, con gran habilidad, a franquear el paso difícil, a pesar de los aspavientos del tío. Raimundo, el marqués y María Teresa tuvieron que darle las gracias. María Teresa, montada en su mula, se encontró a su lado.

—¡Buenos días, señor Huayna Capac Runtu! —dijo con amable sonrisa.

—¡Bah, señorita, dejemos todos esos nombres ilustres que murieron con mis antepasados; hoy día sólo tengo derecho a usar aquél con el cual me conocen en el Banco! Me llamo Oviedo... sencillamente.

—¡Ah! Ahora recuerdo...; sí, sí, le he visto varias veces a fines de mes. Oviedo, del Banco franco-belga... Pues bien, señor Oviedo; ¿podría usted decirme qué es lo que hacía esta noche, cerca de mi tienda, con mi antiguo empleado Huáscar?

Oviedo Huayna Capac Runtu no pestañeó. Pero su mula resbaló ligeramente. La contuvo con mano firme.

—¡Ah!, ¿vio usted a Huáscar? Llegó a media noche al campamento e hizo que me despertasen. Es un antiguo amigo. Sabía que yo iba a Cajamarca, y como él también va a allá, no quiso pasar sin estrecharme la mano. Efectivamente, estuvimos un rato cerca de la tienda de usted. Cuando supo que estaba usted allí (se lo dije yo), me recomendó que velase por usted... y se marchó en seguida.

—¿Y por qué necesito que alguien vele por mí? —preguntó María Teresa—. ¿Corro algún peligro?

—¡Ninguno! ¡Pero corre usted el peligro a que todos estamos expuestos aquí! Estos desfiladeros son peligrosos. Una mula puede dar un paso en falso. Eso sucede muchas veces. Una silla mal puesta puede torcerse... y causar la muerte. Eso es lo que quería decir Huáscar, y por eso es por lo que yo escogí esta mañana la mula que usted monta y por lo que yo mismo la cinché.

—Gracias, caballero —dijo la joven con un tono bastante seco, porque se sentía en extremo mortificada.

En aquel momento se acercó a ella Francisco Gaspar. Ya había recobrado su sangre fría, porque a la sazón el sendero era más ancho. Habló con desenvoltura de aquel camino de cabras y trató de disculpar su miedo.

—La verdad es —añadió— que me pregunto cómo pudo pasar Pizarro por aquí con su pequeño ejército.

María Teresa dirigió al académico una mirada que seguramente le hubiera hecho rodar al abismo de haberla sorprendido el sabio. Pero Francisco Gaspar cometía las indiscreciones con la mayor tranquilidad del mundo y llevaba la conversación al terreno que le interesaba, por peligroso que fuese.

—Sí, es increíble —replicó el empleado—. Pero, mire usted, siempre me ha gustado estudiar este problema. A veces el camino era tan difícil, que en muchos sitios los jinetes tuvieron que apearse y llevar sus caballos de las riendas, trepando como Dios les daba a entender. Un paso en falso podía precipitarles a abismos de millares de pies de profundidad. Los desfiladeros de la Sierra, practicables para el indio medio desnudo, resultaban imponentes para el hombre de armas cargado con su armadura. Todos estos senderos presentaban, evidentemente, puntos de defensa, y los españoles cuando entraban en estos desfiladeros rodeados de rocas, debían buscar con una mirada recelosa al enemigo.

—Pero, ¿qué hacía el enemigo entretanto? —interrogó Raimundo acercándose a su vez.

—El enemigo no hacía nada, “señor”...; el enemigo esperaba, al otro lado de la Sierra, la “visita” de los españoles... Había habido un cambio de mensajes del que resultaba que debían encontrarse como “amigos”...

—Dispense usted, señor empleado del Banco franco-belga —dijo el marqués—; ¿quiere usted permitirme una pequeña observación, una pregunta?... ¿Cree usted que si el rey Atahualpa hubiese podido imaginar por un segundo que sus cincuenta mil hombres no podrían defenderle contra ciento cincuenta españoles, hubiera esperado en su tienda a Pizarro y a sus compañeros? No se dirigió contra ellos porque despreciaba su debilidad... sencillamente. ¡E hizo mal, señor Runtu!

El indio se inclinó humildemente en su silla.

—Sí, señor marqués, hizo mal.

E irguiéndose en tanto que su mano señalaba una roca situada a gran altura, destacándose sobre el cielo, exclamó:

—Hubiera debido aparecer en aquellos desfiladeros, como ese jinete que aparece por encima de nuestras cabezas, y no se hubiese llevado a cabo la insensata empresa, y “el Sol nuestro dios reinaría aún en el imperio de los Incas”.

Al decir esto, la figura del empleado del Banco franco-belga parecía agrandarse en su silla. Su gesto romántico abarcaba la mole colosal de los

Andes, que parecía estar allí para servir de pedestal al indio de lo alto del picacho, que, montado en su caballo, permanecía inmóvil, como una estatua de bronce. Miraba la caravana que pasaba a sus pies.

—¡Huáscar! —exclamó María Teresa.

Y todos, en efecto, reconocieron a Huáscar. Y hasta el momento en que salieron de la primer cadena de los Andes, estuvieron viéndole, unas veces delante, otras detrás, siempre inmóvil, mientras ellos pasaban, por sobre sus cabezas, como un protector o como una amenaza. Su alta silueta ecuestre no cesaba de dominarles y de perseguirles.

Los viajeros pasaron otra noche en tiendas de campaña, y al día siguiente llegaron al valle de Cajamarca, que hallaron embellecido con todas las galas de la Naturaleza. Dilatábase como una alfombra de verdor rico y variado, ofreciendo un contraste notable con la sombría silueta de los Andes que le rodeaban. ¡Tal debió aparecer este risueño valle ante los ojos deslumbrados de los soldados de Pizarro! En la época del “conquistador” lo habitaba un pueblo más adelantado que todos los que los españoles pudieron hallar al otro lado de las montañas, como lo probaba el lujo de sus vestidos y el aseo y la holgura de sus personas y de sus casas^[11]. Hasta donde la vista podía alcanzar, la llanura ofrecía el aspecto de un campo cuidadosamente cultivado. A través de las praderas deslizábase un ancho río que facilitaba el riego abundante por medio de acequias y acueductos subterráneos. El valle, cortado por setos verdescentes, aparecía cuajado de plantas diversas, porque el suelo era rico y el clima, aunque menos cálido que el de las regiones abrasadoras de la costa, favorecía aún más las ricas producciones de las latitudes templadas. A los pies de los aventureros extendíase la ciudad de Cajamarca con sus blancas casas que centelleaban al sol, semejante a una piedra preciosa que relumbrase al pie de la Sierra.

Una legua más allá, en el mismo valle, Pizarro había podido ver unas columnas de vapor que se elevaban hasta el cielo indicando la situación de los famosos baños calientes, muy frecuentados por los príncipes peruanos.

Pero en aquel mismo lugar se ofreció a los ojos de los soldados de Pizarro un espectáculo menos agradable. En las laderas de los cerros vieron una nube blanca de tiendas de campaña tan compactas como copos de nieve, que cubrían el suelo en un espacio, al parecer, de muchas millas^[12]). “Todos nos quedamos absortos —exclamó uno de los conquistadores— al ver a los indios ocupando tan soberbia posición, y tantas tiendas mejor dispuestas de lo que era costumbre entre los indios. Ante este espectáculo sintieron cierto sobresalto y hasta algún terror los corazones más esforzados. Pero era

demasiado tarde para retroceder o para dar muestras de desaliento. Así, pues, adoptando el continente más bizarro que nos fue posible, nos preparamos a entrar en Caxamarxa, luego de haber reconocido fríamente el terreno.”

Enardecido por estos recuerdos y exaltadísimo al verse en un paraje en el que había tenido lugar la aventura más increíble del mundo, Francisco Gaspar, alzándose sobre sus estribos, no cesaba de saludar en términos entusiastas la Caxamarxa de sus sueños. Asesorado por Oviedo Runtu, señalaba el sitio exacto en donde esperaban Atahualpa y sus cincuenta mil guerreros. Este ejército prodigioso en aquella América descubierta por Cristóbal Colón, tan sólo cuarenta años antes de que Pizarro emprendiese su insensata conquista, este ejército formidable no asustaba a Francisco Gaspar, que parecía un conquistador y que no estaba muy lejos de creerse un héroe de la historia antigua cuando exclamaba: “¡Adelante!”

Nadie dice lo que sintió el monarca peruano al ver la belicosa cabalgata de los cristianos, con sus banderas flotantes y sus armaduras que centelleaban a los rayos del sol poniente, salir de entre las sombrías quebradas de la Sierra y adelantarse en actitud hostil hacia los hermosos dominios sólo hollados hasta aquel instante por la planta de los pieles rojas, pero sí sabemos que cuando los viajeros vieron alejarse a Francisco Gaspar arrastrado por su mula desbocada, lanzaron todos una sonora carcajada. Excitadas por las risas y las exclamaciones de alegría, todas las demás mulas siguieron a su compañera, unas al trote, otras al galope. El ruido que tras sí oía sólo senda para excitar a la montura del desdichado académico, tanto que el desenlace previsto de esta carrera no se hizo esperar.

La mula tropezó y el académico salió por las orejas, yendo a parar a unos cuantos metros de distancia. Todos se precipitaron hacia él. Cuando le rodearon ya estaba de pie. No se había hecho ningún daño, y parecía entusiasmado.

—¡Señoras y señores —exclamó—: así es como Pizarro ganó su primera batalla!

Y explicó a María Teresa y a Raimundo, que le escuchaban sonrientes, que, en efecto, en uno de los primeros encuentros que con los incas tuvo el aventurero español, algún tiempo después de su desembarco y antes de cruzar los Andes, hallábase a punto de sucumbir ante un ejército más fuerte, cuando uno de sus soldados fue despedido de la silla. Ahora bien: fue tal el estupor de los incas —que desconocían los caballos y que, por consiguiente, ignoraban el arte de la equitación— al ver “dividirse en dos” a aquel animal maravilloso

(caballo y jinete), que hasta entonces habían creído “uno solo”, que abandonaron el campo gritando como locos.

Como es natural, nadie creyó a Francisco Gaspar que, sin embargo, contaba la verdad. Pero toda esta historia de la conquista del Perú es tan fantástica, que es preciso perdonar a los incrédulos que no han leído los textos auténticos conservados en los archivos de Madrid, y de los cuales había tenido buen cuidado Francisco Gaspar de sacar copia antes de embarcarse con su sobrino para llevar a cabo el nuevo descubrimiento de América. Aún se reían de la aventura cuando llegaron a Cajamarca.

UN REGALO DE ATAHUALPA

Entraron en la ciudad al anochecer, y lo que desde el primer instante llamó la atención de todos los viajeros, fue el gran número de indios que encontraban por las calles, y su silencio.

Cajamarca cuenta de ordinario con doce o trece mil habitantes; aquella noche seguramente encerraba el doble. Por lo demás, la caravana había encontrado en el camino largas hileras de indígenas procedentes de la costa o de la montaña, que se dirigían a la Ciudad Santa, porque Cajamarca es una ciudad sagrada para los indios. Puede decirse que es la necrópolis de los Incas, y no da uno un paso por sus calles o por sus plazas públicas sin encontrar infinidad de recuerdos del antiguo esplendor del imperio desaparecido.

Fácil era adivinar, por la actitud de los quichúas que recorrían las históricas calles, que toda aquella muchedumbre se dirigía a aquel lugar en piadosa peregrinación. Y no fueron los viajeros los más asombrados, sino los habitantes de la ciudad, que no recordaban haber presenciado nunca semejante invasión. Ni aun los más ancianos tenían memoria de que la fiesta del “Interaymi” hubiera congregado nunca ostensiblemente tan inmensa multitud; hasta en la solemnidad decenal, el indio, “más bien que exhibirse, lo que hacía era ocultarse”.

¿Qué significaba aquella agitación? Las autoridades estaban bastante inquietas, pero no tenían ningún pretexto para intervenir. Las escasas fuerzas de que disponían a la sazón en Cajamarca, y que habían ido a la ciudad en previsión de lo que pudiera ocurrir cuando García tremoló en el otro extremo del Perú el estandarte de la rebelión, ex citando el fanatismo de los indios, habían sido acuarteladas.

Las puertas de las ocho iglesias estaban guardadas militarmente por temor a una sorpresa, porque cada uno de aquellos edificios podía ser transformado fácilmente en una fortaleza. Y por último, parte de la fuerza pública estaba

formada en la plaza central, no lejos de las ruinas del palacio en donde se encuentra la famosa piedra sobre la cual fue quemado Atahualpa, el último rey inca.

Este era el eje de aquella manifestación muda, el objeto de los largos viajes de los indios a través de la montaña. Por lo menos, tal parecía ser —la visita a aquella piedra— el fin religioso que los había llevado en tan gran número a Cajamarca.

El marqués, estupefacto, recordaba con inquietud que la gran sublevación india de 1818 había sido precedida de manifestaciones análogas. ¿Serían, realmente, las fiestas del “Interaymi”, que debían comenzar al día siguiente y durar dos semanas, la señal de uno de aquellos motines populares que el Gobierno peruano creía tener motivos para no temer desde hacía mucho tiempo?

En el momento en que Cristóbal se dirigía esta pregunta, se detuvo bruscamente ante un edificio que, según anunciaba un letrero, era la Administración de Correos. E inmediatamente echó pie a tierra. Raimundo y María Teresa cambiaron una sonrisa. Al fin iban a saber el nombre del bromista que había enviado la “pulsera del Sol de oro”.

Y refrenaron sus mulas, esperando el regreso del marqués con una indiferencia tal vez algo afectada.

Al cabo de cinco minutos salió el marqués de la Administración de Correos.

—Ya sé el nombre y las señas —dijo con aire preocupado.

—¿Y cómo se llama nuestro corresponsal? —preguntó María Teresa.

—¡Se llama Atahualpa! —replicó el marqués, montando nuevamente en su muía.

—¡Sigue la broma! —dijo María Teresa con voz algo alterada.

—Así parece —murmuró Cristóbal—. He hablado con el empleado que recibió el paquete postal, y que ha recordado fácilmente al remitente, porque también a él le chocó el nombre de “Atahualpa”. La cajita la trajo un indio quichúa, que al ser interrogado por el empleado aseguró que Atahualpa era su verdadero nombre, lo que, después de todo, es muy posible.

—Puesto que han dado sus señas, vamos a hacerle una visita —dijo Raimundo.

—Iba a proponerlo —replicó Cristóbal.

Y espoleó a su mula, poniéndose a la cabeza de la caravana. Francisco Gaspar cerraba la marcha, sin dejar de tomar notas, apoyado el librito de memorias en la perilla de la silla.

Cruzaron un riachuelo que desemboca en un afluente del Marañón; pasaron por junto a las ruinas de San Francisco, la primera iglesia construida en el Perú, y el marqués, después de preguntar varias veces si era aquel el camino que debía seguir, condujo a sus compañeros a una plaza que hervía en indios.

En uno de los lados de la plaza alzábanse vetustos murallones que aún conservaban aspecto de palacio. Aquella había sido la última morada del último rey inca. Allí había vivido rodeado de esplendor y allí se había preparado el martirio.

Allí había habitado Atahualpa, y allí era adonde el empleado de Correos había enviado a Cristóbal de la Torre.

Arrastrada por la multitud, la caravana tuvo que efectuar una extraña evolución que la llevó al palacio, cuyas puertas franqueó sin saber cómo.

Los viajeros se hallaron en un vasto recinto lleno de indios, unos de pie, mostrando orgullosamente sus frentes de jefes; otros, prosternados en torno de una piedra central, la piedra sagrada, la piedra del mártir.

Detrás de esta piedra, de pie en un banco, un indígena, envuelto en su poncho de un rojo brillante, un poncho que ninguno de los españoles que estaban allí había podido ver aún sobre los hombros de un indio, hablaba... y todos le escuchaban en medio de un silencio solemne.

Hablaba en indio quichúa.

Pero a la llegada de Cristóbal, de María Teresa, de Raimundo y de Francisco Gaspar, oyóse una voz que interrumpió aquella especie de salmodia del hombre del poncho rojo. Y aquella voz decía:

“—¡Habla en español! ¡Así todos lo entenderán!”

El marqués y María Teresa se volvieron.

El empleado del Banco franco-belga estaba detrás de ellos, saludándoles y diciéndoles que había intervenido en obsequio suyo.

Cosa extraordinaria: esta interrupción, que hubiese podido parecer sacrílega, no fue seguida de ningún murmullo. ¡Y el indio del poncho rojo habló en español!

Decía:

—En aquella época, el inca era todopoderoso y su ejército formidable. La ciudad tenía sus casas de arcilla y sus tres murallas en espiral, construidas con sillares. Era una plaza muy fuerte, y en ella había una ciudadela y un convento habitado por Vírgenes del Sol. El inca hospitalario, que no temía nada y que no conocía la traición, dejó entrar a los hombres blancos en esta ciudad, que hubiera podido ser su prisión, y en donde fueron recibidos como

amigos, como nobles enviados del otro ilustre emperador que reinaba al otro lado de los mares.

Ahora bien: también en aquella época el jefe de los extranjeros dividió su pequeño ejército en tres partes y se dirigió hacia la ciudad en son de guerra, porque no conocía el corazón generoso del inca. Entonces el inca dijo: “Puesto que recelan de nuestra hospitalidad, salgamos de esta ciudad que será para ellos un asilo y la paz volverá a sus espíritus.” Por esta razón, cuando el conquistador se acercó con sus soldados formados en batalla, nadie salió a recibirle, y recorrió las calles a caballo sin encontrar alma viviente y sin oír otro rumor que el eco de los pasos de sus guerreros.

Al llegar aquí, el hombre rojo pareció recogerse, y luego prosiguió:

—Esto sucedía ya bastante entrado el día. El extranjero envió inmediatamente una embajada al campo inca. El hermano del extranjero, que se llamaba Fernando, fue al campamento, con veinte caballeros; solicitó hablar con el Inca. Este le recibió en su trono, ceñida a su frente la diadema real.

Estaba rodeado de sus oficiales y de sus mujeres. Las palabras del extranjero eran dulces como la miel. El Inca les dijo: “Decid a vuestro capitán que observe un ayuno que terminará mañana. Entonces le visitaré con mis principales jefes. Entretanto le permito ocupar los edificios públicos de la ciudad, pero ni uno solo más, hasta mi llegada; entonces ordenaré lo que convenga.”

Ahora bien: después de pronunciadas estas palabras, sucedió que un caballero español, para demostrar su gratitud al Inca, que hasta entonces no había visto un hombre a caballo, desplegó sus talentos de caballista. Pero como algunos de los presentes dieran muestras de terror, mientras el Inca permanecía impassible, el Inca les condenó a muerte, como era justo. Después de lo cual los embajadores bebieron la “chicha” en los vasos de oro que les presentaron las Vírgenes del Sol. Y se volvieron a Cajamarca. Ahora bien: llenos de tristeza contaron a su jefe lo que habían visto: la magnificencia del campamento, la fuerza y el número de las tropas, su excelente disposición y su disciplina; la desesperación hizo presa en el corazón de los soldados del extranjero, sobre todo cuando llegó la noche y vieron las hogueras de los incas que iluminaban las laderas de los montes y brillaban en la oscuridad, tan numerosas como las estrellas del cielo.

El hombre rojo se recogió de nuevo; luego prosiguió:

—Pero el extranjero, a quien nada detenía en la senda del mal, revistó sus tropas, dirigiéndoles la palabra envenenada que debía reanimar su valor. Al

día siguiente, por la tarde, el cortejo del Inca se puso en marcha. Por sobre la multitud veíase al rey, a quien llevaban en hombros los principales de la nación.

Tras él, hasta donde alcanzaba la vista, desplegábase su ejército por las vastas praderas^[13]. En toda la ciudad reinaba un profundo silencio, sólo interrumpido de cuando en cuando por el grito del centinela, que indicaba desde lo alto de la fortaleza los movimientos del ejército del Inca.

Primero entraron en la ciudad unos cuantos centenares de servidores, que mientras andaban entonaban cantos de triunfo que en los oídos del extranjero debían resonar como cantos del infierno. Luego aparecieron los guerreros, los guardias, los nobles de vestiduras recubiertas de plata, de cobre y de oro. Nuestro Atahualpa, el hijo del Sol, era conducido en una litera y estaba sentado, dominando a todos, en un trono de oro macizo. Ahora bien: el cortejo llegó hasta el centro de la plaza sin que los indios vieses un solo hombre blanco. Cuando Atahualpa, el hijo del Sol, entró en esta plaza con seis mil de los nuestros, preguntó: “¿En dónde están los extranjeros?” En aquel momento un fraile, a quien nadie había visto hasta entonces, se adelantó hacia el Inca, con una cruz en la mano. Acompañábale un indio intérprete que expuso al Inca los principios de la fe del extranjero y le pidió que abandonara su dios por el de los cristianos. Atahualpa respondió: “¡Vuestro Dios fue sacrificado por los hombres que había creado! Pero el mío —dijo señalando su divinidad, que en aquel mismo momento se ocultaba tras las montañas—, *mi Dios, vive aún en los cielos, desde los cuales contempla a sus hijos!*”

Al pronunciar estas palabras el orador del poncho rojo, todos los indios que rodeaban a Cristóbal y a sus compañeros, se volvieron hacia el sol que iba a desaparecer tras de los Andes, y lanzaron un extraño grito de alegría, un grito de esperanza y de adiós al astro del día, transmitido de generación en generación. Por una hendidura del muro veíase la inflamada púrpura del atardecer inca, y la escena tenía tal majestad que María Teresa y Raimundo no pudieron menos de estremecerse. Sí, no cabía duda; el dios Sol tenía aún sus fieles como en la trágica noche de la derrota de Atahualpa. No había más que ver a aquellos hombres, exaltados, trémulos, que al cabo de tantos siglos conservaban el mismo idioma, las mismas costumbres. La conquista no les había hecho cambiar. ¡Habían conservado la tradición! Y tal vez, después de todo, no fuese una leyenda aquello de que “en esa ciudad, cuya existencia no conocían ni sospechaban las otras razas, en una ciudad defendida por el baluarte inaccesible de los Andes y las nieves eternas, había sacerdotes que se ocupaban incesantemente en mantener vivo el fuego sagrado”. Su historia,

más duradera aún que sus monumentos, cuyas maravillosas ruinas causan, sin embargo, al viajero tanta admiración como las de las llanuras de Lucsor y de Karnac, su historia inmortal, con todos sus detalles particulares pasaba de boca en boca a través de los tiempos. Y el milagro de la inmovilidad del relato sólo se había cumplido quizá porque aquel pueblo no conocía la escritura. Nada de escritura (estaba prohibida), nada de literatura entre los incas, nada de ficciones poéticas. Sólo la memoria fiel, auxiliada por los “quipos” (cuerdas con nudos que servían para contar y recordar), sólo la memoria fiel repetía las mismas palabras y “hacía comenzar nuevamente las mismas cosas a las mismas horas”, desde tiempo inmemorial.

Los indios escucharon de rodillas el relato de la muerte de Atahualpa. Cosa singular; la mayor parte de ellos, al prosternarse, hacían la señal de la cruz. ¿Cuál era el origen de este signo? ¿Debía considerarse únicamente como una nueva prueba de aquella extraña mezcla que de los dos cultos, el antiguo y el nuevo, había hecho el pueblo indio perseguido en otro tiempo por la Inquisición? ¿Se remontaba a una época más lejana aún? Ciertos historiadores pretenden que los primeros conquistadores observaron que los aztecas y los incas hacían la señal de la cruz, y de ello dedujeron que la civilización de los imperios podía haber sido originada o acelerada por la estupenda aventura de los náufragos cristianos, que iban en pos de lo Desconocido a través de la India, la China y los mares del Pacífico. ¡Cuántos problemas suscitados y jamás resueltos!

Indiferente al drama que en aquel momento se representaba en torno suyo, el ilustre Francisco Gaspar Ozoux, miembro del Instituto de Francia, sólo vivía para el pasado, pues su filosofía de pacotilla no veía la relación que existía entre la tragedia antigua y el gesto del Hombre del poncho rojo y los movimientos de aquella multitud que había arrastrado a los descendientes del Conquistador hasta aquella misma sala en que lloraban la muerte de Atahualpa...

Con su acento monótono, el sacerdote rojo recordaba las terribles fases de la espantosa catástrofe:

—Pizarro y sus soldados, apercebidos a la lucha, permanecían ocultos en las vastas salas de los palacios que rodeaban la plaza. Allí fue a buscarles el fraile que había osado hablar a Atahualpa del verdadero Dios. “No veis —le dijo a Pizarro— que, en tanto que gastamos el tiempo en discutir con ese perro ciego de orgullo, el campo se llena de indios. ¡Atacadle! ¡Os doy la absolución!”

Habían llegado al desenlace del drama, a lo que el hombre rojo llamaba: “el crimen del extranjero”. Para referirle se empinó sobre su banco y su ademán amenazador dominó la multitud, y hasta al mismo Cristóbal, caballero en su mula, y a sus compañeros.

Entonces supieron cómo, precipitándose a la plaza, Pizarro y sus compañeros lanzaron su antiguo grito de guerra: “¡Santiago y a ellos!” Todos los españoles que había en la ciudad respondieron con el mismo grito de guerra, y saliendo de las espaciosas cuadras en que estaban ocultos invadieron la plaza, e infantes y jinetes acometieron a los indios. Apoderóse de éstos el pánico. No sabían adónde huir para evitar la muerte que les amenazaba.

—Nobles y plebeyos fueron arrollados en las espantosas cargas de los jinetes que herían a diestro y siniestro, sin miramientos, en tanto que sus espadas, que centelleaban en la obscuridad, llenaban de espanto a los pobres indígenas que por vez primera veían a los jinetes en su aspecto más horrible. No opusieron resistencia ninguna; verdad es que no tenían armas. Todas las salidas estaban cerradas, pues la entrada de la plaza había quedado obstruida por los que habían perecido haciendo inútiles esfuerzos para huir, y era tal la angustia que experimentaban los supervivientes ante la terrible acometida de sus agresores, que un grupo numeroso de indios derribó, tras de convulsivos esfuerzos, un muro de piedra y de cemento que formaba parte de la muralla de la plaza. Aquel muro cayó, dejando una brecha de más de cien pasos, por la que se precipitó al campo la multitud, siempre encarnizadamente perseguida por la caballería, que saltando por encima de los escombros se lanzó sobre los fugitivos, sembrando e campo de cadáveres^[14]. En medio de esta confusión, la litera de Atahualpa y su trono de oro macizo se veían zarandeados terriblemente, en tanto que el rey presenciaba la matanza de los suyos. Los soldados españoles, merced a un esfuerzo supremo, consiguieron llegar hasta él y quisieron matarle. Pero Pizarro, que era el que más cerca de él se hallaba, gritó con estentórea voz: “El que tenga apego a la vida, que no toque al Inca”; y, al extender el brazo para protegerle, fue herido en la mano por tino de sus soldados.

La lucha se trabó entonces con más encarnizamiento que nunca en torno a la litera real. Esta vacilaba cada vez más y como al fin muriesen varios de los nobles que la llevaban a hombros, rodó por el suelo. Pizarro y sus hombres recibieron al Inca en sus brazos. La “borla” imperial fue arrancada inmediatamente de las sienes del monarca por un soldado llamado Estete, y Atahualpa, seguido de una numerosa escolta, fue conducido a la sala

inmediata al lugar en que el sacerdote quichúa refería con su voz trémula, ora doliente, ora amenazadora, estos sucesos memorables y tristes.

En el mismo instante cesó toda resistencia. La noticia de la prisión del Inca corrió rápidamente por la ciudad y por toda la nación. El encanto que hubiese podido mantener unidos a los peruanos estaba roto. Nadie pensaba más que en su propia seguridad. Hasta los mismos soldados acampados en las llanuras inmediatas, cobraron miedo al conocer la fatal noticia y se dispersaron.

Aquella noche Pizarro hizo comer a Atahualpa a su mesa. El Inca mostraba un valor sorprendente y nada podía hacerle perder su impassibilidad.

Al día siguiente comenzó el saqueo. Jamás los españoles habían podido soñar con tanto oro y con tanta plata. Y entonces fue cuando Atahualpa descubrió en sus vencedores, bajo las apariencias del celo religioso que tendía a convertirle, una pasión oculta más poderosa que la religión o la ambición: el amor al oro. Un día le dijo a Pizarro que si quería ponerle en libertad se comprometía a cubrir de oro el piso de la sala en que se hallaban.

Sus oyentes le escuchaban con una sonrisa de incredulidad; y como el Inca no recibía respuesta, dijo con énfasis: “que no solamente cubriría el suelo, sino que llenaría de oro aquella estancia hasta donde alcanzase con la mano”; y poniéndose de puntillas tocó con su mano la pared.

Todos los ojos expresaron sorpresa; porque aquellas palabras parecían el necio alarde de un hombre demasiado deseoso de recobrar la libertad para calcular el valor de sus frases. Pero Pizarro estaba verdaderamente preocupado. A medida que se internaba en el país, muchas cosas que había visto y otras que había oído, habían venido a confirmar los maravillosos relatos que acerca de las riquezas del Perú le habían hecho. El mismo Atahualpa le había descrito con los más brillantes colores la opulencia del Cuzco, la primera capital de los incas, en la que los techos de los templos estaban revestidos de oro, las paredes cubiertas de tapices y el suelo enlosado con losas del precioso metal. Todo aquello debía tener un fundamento. En todo caso era conveniente aceptar la proposición del Inca, pues de esta suerte podía reunir todo el oro de que éste disponía y evitar que los indígenas robaran o lo escondieran.

Aceptó, pues, el ofrecimiento de Atahualpa y, trazando en la pared una línea roja a la altura indicada por el Inca, mandó al notario que hiciese constar en un acta los términos exactos del convenio. La estancia tenía unos diez y

siete pies de ancho por veintidós de largo y la línea estaba trazada en la pared a nueve pies del suelo^[15].

Al llegar a esta parte de su salmodia que hemos resumido aquí en un relato necesario para hacer resurgir el pasado a los ojos de nuestros lectores, el sacerdote rojo se detuvo, se acercó a la pared y con el dedo señaló una línea roja bastante visible aún, diciendo: “¡Esa es la señal del rescate!”^[16].

Aquella estancia debía, pues, llenarse de oro hasta la altura indicada por la línea, pero se convino en que el oro no debía estar fundido en lingotes sino conservar la forma de los objetos con él fabricados, para que el Inca tuviese en su favor el espacio que de esta suerte ocupaban. Atahualpa prometió además llenar de plata por dos veces una habitación inmediata de grandes dimensiones y pidió dos meses para cumplir su promesa. En breve marcharon a todas las provincias del imperio los emisarios del Inca, elegidos entre los prisioneros.

Como es natural, el Inca estaba muy vigilado, porque, al mismo tiempo que su cautividad garantizaba la seguridad de Pizarro, su persona representaba para él a la sazón una fortuna fabulosa. En su infortunio Atahualpa recibió la visita de los principales señores de la corte, que no se presentaban jamás delante de él sino descalzos y con un saco sobre los hombros, en señal de respeto. Los españoles observaban con curiosidad estos actos de vasallaje o mejor dicho de sumisión servil, que el Inca contemplaba con indiferencia, como si fuesen la cosa más natural del mundo; y formaron una idea muy elevada del carácter de un príncipe que, aún hallándose reducido a la impotencia, podía inspirar a sus súbditos tales sentimientos de respeto. Entre tanto, la estancia comenzaba a llenarse de objetos preciosos. Pero las distancias eran grandes y la recaudación se llevaba a cabo lentamente. La mayor parte de las remesas se componían de fuentes macizas, algunas de las cuales pesaban dos o tres arrobas. Algunos días, los indios entregaban objetos que valían 30 o 40 mil “pesos de oro”, y a veces, cincuenta y hasta sesenta mil “pesos”. Las codiciosas miradas de los conquistadores acariciaban los tesoros que los indios conducían sobre sus hombros y que depositaban a los pies de su infortunado monarca. ¡Pero, cuán grande era el espacio que aún quedaba por llenar! Como sus soldados comenzaban a impacientarse, Pizarro envió a su hermano Fernando a Cuzco con algunos jinetes y una orden del Inca. Y los peruanos tuvieron que despojar a toda prisa sus casas y sus templos.

Las planchas que los enviados de Pizarro arrancaron con sus propias manos del templo del Sol, ascendían a setecientas, y aunque no fuesen muy

gruesas, las comparan por las dimensiones a la tapa de un baúl de diez o doce pulgadas de largo. El edificio estaba rodeado de una cornisa de oro puro, pero tan sólidamente embutida en la piedra, que desafió todos los esfuerzos de los conquistadores.

Los mensajeros, además de la plata, llevaban consigo doscientas “cargas” de oro completas. Gracias a ello aumentó de una manera considerable el tributo de Atahualpa; y aunque el tesoro quedase aún muy por bajo de la línea trazada, el monarca veía acercarse con satisfacción el momento en que al fin lograría ver reunido su rescate.

Los españoles no tuvieron paciencia para esperar ese momento. Por el reino corrían rumores de que iba a estallar una rebelión. Era preciso volver cuanto antes a Cuzco con los refuerzos que acababan de llegar de Panamá. Pero por nada del mundo hubiesen dejado los aventureros tras ellos semejante tesoro. Decidieron repartírselo.

Sin embargo, antes de proceder al reparto, era preciso reducirlo todo a lingotes de un valor y de un peso uniformes; porque el botín se componía de infinidad de objetos diversos en los que el oro alcanzaba muy distintos grados de pureza. Estos objetos consistían en cubiletes, aguamaniles, bandejas, vasos de todas formas y tamaños, ornamentos y utensilios para los templos y los palacios reales, losas y láminas para decorar los edificios públicos, imitación curiosa de plantas, la más bella era el maíz, cuya espiga de oro aparecía encerrada en sus anchas hojas de plata, de las que pendía una bellota formada de hilos del mismo metal. Admirábase mucho también una fuente que lanzaba un brillante chorro de oro, en tanto que en el pilón, pájaros y animales del mismo metal jugueteaban en el agua. La delicadeza del trabajo, la belleza y la perfección del dibujo, excitaron la admiración de jueces más inteligentes que los groseros conquistadores del Perú^[17].

Antes de destruir aquellas muestras del arte indio, decidieron enviar a Carlos V algunos de aquellos objetos que se descontarían del quinto real. Darían una idea de la habilidad de los indios y constituirían al mismo tiempo una prueba de la importancia de la conquista.

Los encargados de fundir la vajilla fueron los orfebres del país, a los que de esta suerte obligaron a destruir su propia obra. Trabajaban día y noche; pero la cantidad de metal que había que fundir era tan considerable, que tardaron un mes entero. Cuando todo estaba reducido a lingotes, de un valor uniforme, los pesaron cuidadosamente bajo la vigilancia de los inspectores reales. Vióse entonces que el valor total del oro era de un millón trescientos veintiséis mil quinientos treinta y nueve “pesos de oro”, cantidad que,

teniendo en cuenta el mayor valor del dinero en el siglo XVI, equivaldría en la actualidad a más de tres millones y medio de libras esterlinas, o sea un poco menos de quince millones y medio de dólares, es decir, “setenta y siete millones de francos”.

La cantidad de plata se calculó en cincuenta y un mil seiscientos diez marcos^[18].

Efectuado el reparto de todas estas riquezas, el rey cautivo estorbaba a los conquistadores. Poner a Atahualpa en libertad era la mayor de las imprudencias. ¿Qué hacer entonces?... Entonces imaginaron una infamia. Primero acusaron al Inca de preparar disimuladamente la rebelión de sus súbditos contra los españoles en Cajamarca. Atahualpa respondió a Pizarro:

—¿No soy un pobre prisionero tuyo? ¿Cómo he de poder formar los proyectos que me imputáis, cuando yo sería la primera víctima si llegasen a realizarse? Y bien poco conocéis a mi pueblo si creéis que semejante rebelión puede estallar sin una orden mía, “pues en mis Estados, ni los mismos pájaros se atreven a volar contra mi voluntad”^[19].

Pero estas protestas de inocencia no convencieron a las tropas, entre las que cada vez iba tomando más cuerpo el rumor de una sublevación general. Se decía que un ejército considerable había acampado en Guamachucho, a menos de cien millas del campamento, y que de un momento a otro podían ser atacados. El tesoro que los españoles habían reunido representaba un bonito botín, y el temor de perderlo acrecía su desconfianza.

Habían duplicado las patrullas y tenían los caballos constantemente ensillados y embridados. Los soldados dormían completamente armados y Pizarro recorría con frecuencia el campamento para ver si los centinelas estaban en sus puestos. En una palabra, el pequeño ejército se preparaba a rechazar un ataque repentino.

Pero los aventureros reclamaban, ante todo, la muerte de Inca. Pizarro se resistió, o fingió resistirse a cometer semejante traición, pero al fin tuvo que ceder y el Inca fue juzgado.

Convicto de haber tratado de promover una insurrección contra los españoles, fue condenado a ser quemado vivo.

Cuando le comunicaron la sentencia, Atahualpa se manifestó en extremo sorprendido. ¡Era joven, era valiente y tenía que morir!

Esta convicción tristísima abatió por un momento su valor, y exclamó, con los ojos llenos de lágrimas: “¿Qué hemos hecho yo y mis hijos para merecer esta suerte? ¡Y me matáis vosotros —dijo dirigiéndose a Pizarro—, vosotros que sólo habéis encontrado en mi pueblo cariño y benevolencia,

vosotros a quienes he entregado la mitad de mis tesoros, vosotros que sólo beneficios habéis recibido de mí!”

La sentencia del Inca fue proclamada a toque de clarín en la plaza de Cajamarca; dos horas después de ponerse el sol, los soldados españoles se formaron en la plaza a la luz de las antorchas, para presenciar la ejecución. Era el 29 de Agosto de 1533.

“Atahualpa salió de esta sala cargado de cadenas! ¡El mártir pasó por esta puerta!”

El hombre rojo descendió nuevamente de su banco; iba, venía, señalaba el camino que siguiera Atahualpa al ser conducido al suplicio, en tanto que su acento se tornaba más solemne, más evocador que nunca. Había tenido la habilidad de callar todo cuanto en este lúgubre episodio que acabamos de transcribir podía hacer más potente la inmensa audacia de los “conquistadores” y la cobardía de los súbditos del Inca. Sólo había hablado de traición.

Al llegar a esta parte de su relato y referir cómo el desdichado monarca había subido a la hoguera, el orador se volvió bruscamente hacia el punto de la sala en donde el marqués Cristóbal de la Torre y sus compañeros permanecían inmóviles, aprisionados por la multitud. Y en aquel momento era evidente que hablaba para ellos, para los extranjeros. Su palabra tornóse amenazadora, profética.

—¡En verdad, en verdad os digo que serán malditos los hijos de aquellos cuya boca mintió! ¡Morirán como perros y no conocerán jamás los encantados palacios del Sol, los hijos de aquellos que han asegurado que Atahualpa, en el momento de morir, abjuró de nuestra santa religión! ¡El hijo del Sol permaneció fiel al astro del día!...

Y, en efecto, esta afirmación era, sin duda alguna, la expresión de la verdad. Todo lo que los testigos oculares cuentan acerca de Atahualpa, de su valor, de su carácter y de su impasibilidad, no concuerda en manera alguna con el relato de su conversión que nos han transmitido los frailes. Estos pretenden que cuando el Inca fue atado al poste del suplicio, rodeado por los haces de leña que habían de consumirle en breve, el dominico Valrude prometió al rey que si consentía en recibir el bautismo, la muerte cruel a que estaba condenado sería conmutada por la pena más dulce del “garrote”. Le estrangularían antes que quemarle. Y Atahualpa consintió y recibió el nombre de Juan, en honor de San Juan Bautista, cuya fiesta se celebraba ese día.

En tanto que el indio protestaba de esta suerte y maldecía de los verdugos, en tanto que exclamaba: “¡Así murió el último rey de los Incas, como un vil

malhechor!"; en tanto que señalaba como en un éxtasis la piedra en que Atahualpa había exhalado el último suspiro, un murmullo de cólera y de odio comenzaba a resonar en la vasta sala en torno a los extranjeros. Todos los rostros vueltos hacia ellos, tenían una expresión amenazadora. ¡Sin duda consideraban un sacrilegio enorme el atrevimiento de haber franqueado el dintel de aquel recinto en semejantes momentos! ¡Tantos siglos de esclavitud no habían logrado humillar sus frentes hasta tal punto que no pudiesen alzarlas en ciertos instantes, y parecía natural que ello sucediese en una circunstancia como aquélla!

¡DEJAD PASAR A LA VIRGEN DEL SOL!

Hombres, mujeres y niños, cuantos habían entrado en el recinto detrás de los jefes, se agrupaban en torno a la pequeña caravana en actitud tan evidentemente hostil, que Raimundo exclamó: “¡Es preciso salir de aquí!”

—¡Sí, salgamos, salgamos cuanto antes! —exclamó María Teresa.

El marqués se dignó consentir en ello, aunque le repugnaba manifestar temor, sucediese lo que sucediese. Cuando trataban de hacer avanzar a sus monturas, estalló a su alrededor un griterío espantoso, un inmenso clamor tristísimo de los indios que lloraban la muerte de Atahualpa. Y algunos puños se alzaron contra ellos.

La situación era de las más críticas.

Cristóbal gritó: ¡Adelante!

Y clavó el primero sus espuelas en los ijares de su mula, que se encabritó en medio de un tumulto espantoso y volvió a caer sobre la multitud que gritaba sin cesar.

Los cuchillos salieron de sus vainas y ya iba a correr la sangre, cuando en la sala se produjo una gran confusión. Un hombre de elevada estatura se abrió paso hasta la caravana, y todos se apartaron con respeto ante él. Empujaba a derecha e izquierda a los que no se apresuraban a hacerle sitio. María Teresa, Cristóbal y Raimundo reconocieron a Huáscar.

El indio se acercó a la mula que montaba María Teresa, a la que cogió por el freno, y su voz sonora dominó todos los rumores: “¡El que toque a la Virgen del Sol —exclamó—, es hombre muerto!” Al pronunciar el indio estas palabras, todos los puños, todos los brazos amenazadores volvieron a caer, y un gran silencio sucedió inmediatamente al griterío. Entonces oyóse de nuevo la voz de Huáscar: “¡Dejad pasar a los extranjeros!”

Y echó a andar delante de ellos.

Sin otro tropiezo llegaron a la plaza en donde los guardias municipales se pusieron inmediatamente a su disposición, haciéndoles comprender lo

peligroso que resultaba para ellos el permanecer en aquel barrio, entre indios fanáticos, la víspera del “Interaymi”.

—Vamos a acompañarlos a ustedes a la fonda —dijeron.

Y les acompañaron. Cristóbal hubiese querido dar las gracias a Huáscar, pero el indio había desaparecido.

María Teresa y Raimundo estaban muy pálidos y no decían una palabra. Francisco Gaspar parecía aturdido y ya no tomaba notas.

En la fonda sólo encontraron una habitación, en la que se encerraron inmediatamente, y Raimundo fue el primero en pronunciar la frase fatal:

—“¡Si fuese verdad!”

—¡Sí, sí —exclamó María Teresa—, “si fuese verdad!”

—¿El qué? ¿Si fuese verdad el qué?... ¿El qué? —interrogó, medio enloquecido, el marqués, que había comprendido perfectamente los que los dos jóvenes habían querido decir.

—“¡Si fuese verdad eso de la Esposa del Sol!”

Permanecieron un instante sin hablar, anonadados por la sospecha horrible, absurda, monstruosa. Y se miraron inquietos y asustados, como niños que oyen referir un tremebundo cuento de hadas, y Raimundo murmuró con voz sorda:

—Ya han oído ustedes a Huáscar: “¡El que toque a la Virgen del Sol es hombre muerto! ¡Dejad pasar a la Virgen del Sol!...”

—Tal vez sea esa su manera de hablar —insinuó Francisco Gaspar—. “¡No puede ser más que eso!”

—¿El qué? ¿El qué? —exclamó el marqués que había perdido por completo la cabeza y que lamentaba el viaje a Cajamarca.

Francisco Gaspar explicó tímidamente:

—No puede ser más que eso, porque no puede ser otra cosa... no puede “ser lo otro”. Si María Teresa tuviera que ser la “esposa del Sol no la hubiesen dejado marcharse... se hubieran apoderado de ella”.

—¡Ah! Pero ¿qué es lo que está usted diciendo, mi querido huésped?, ¿acaso se ha vuelto usted loco? —exclamó Cristóbal, que no sabía lo que se decía—. ¿Cree usted que pueden apoderarse de nosotros así como así?... ¡somos los amos!... ¡tenemos policía, soldados!... ¡todos esos miserables son nuestros esclavos! Palabra de honor; me parece que estamos soñando despiertos.

—¡Sí, sí, soñamos despiertos! —murmuró María Teresa moviendo con aire pensativo su hermosa cabeza.

—¡Yo opino que debemos salir de Cajamarca lo antes posible! —dijo Raimundo sin más explicaciones.

Y se asomó a una ventana para ver lo que sucedía delante de la fonda. Era de noche. La plaza estaba desierta. En aquel momento reinaba completo silencio en Cajamarca. De repente llamaron a la puerta de la habitación. Era un criado con una carta, dos letras dirigidas a María Teresa. La joven leyó en alta voz: “Márchese, regrese a Lima; salga de Cajamarca esta noche.” Aquella esquela no estaba firmada, pero María Teresa no vaciló.

—Este consejo nos lo da Huáscar —murmuró.

—¡Y es preciso seguirlo! —dijo Raimundo.

Nuevamente llamaron a la puerta; esta vez era el jefe de policía que se hacía anunciar.

Le recibieron.

Quería saber lo que había pasado y si Cristóbal tenía realmente alguna queja de los indios. Al darle parte de lo ocurrido, le habían dicho que los quichúas estaban muy indignados contra los extranjeros que habían tenido el atrevimiento de penetrar en el palacio de Atahualpa, a la hora de la oración, precisamente la víspera del “Interaymi”.

Añadió que un empleado del Banco franco-belga de Lima, que pretendía conocer al marqués y a su familia y haberse criado en su compañía, había ido a buscarle para aconsejarle que dijese al marqués y a sus compañeros, que después de la imprudencia cometida no se dejasen ver al día siguiente en las calles de la ciudad, sobre todo en los barrios frecuentados por los indios.

Era evidente que el jefe de policía temía alguna complicación, y que hubiese dado cualquier cosa por ver a Cristóbal y a sus compañeros a cien leguas de la ciudad. Le tranquilizaron anunciándole que habían decidido marcharse aquella misma noche. Inmediatamente, dispuso lo necesario para el viaje con el mayor celo, procuró a los viajeros mulas de refresco y un buen guía, y les dio por escolta cuatro soldados que debían acompañarles hasta la primera estación del ferrocarril.

La comitiva se puso en marcha a eso de las once de la noche y recorrió el mismo camino, haciendo las mismas jornadas en la mitad de tiempo que a la ida. Raimundo daba prisa a todos, y él, siempre tan sereno, parecía el más inquieto. Hasta la noche siguiente, cuando se vieron instalados en un vagón del ferrocarril de Pascamayo, no se dieron cuenta los viajeros de que aquella huida era algo ridícula.

—Somos más niños que la tía Inés y que la anciana Irene —declaró el marqués riendo.

Y todos fueron de su opinión.

Reanudada de nuevo la vida ordinaria civilizada, no comprendían cómo habían podido dejarse dominar por aquel pánico insensato, y todo por una cosa muy natural: el mal humor de un pueblo que ve interrumpidas sus ceremonias o su culto por la presencia de unos extranjeros, y que, por lo demás, debía de haber olvidado ya el incidente. Lo mejor sería que ellos lo olvidasen también cuanto antes.

El viaje terminó lo más agradablemente del mundo, entre carcajadas, porque Francisco Gaspar volvió a “enjuagarse” al embarcar con la misma agilidad de que hiciera gala al desembarcar.

Una vez en Lima, recobraron por completo la tranquilidad. Y antes de veinticuatro horas se había desvanecido el recuerdo de su “chiquillada” como ellos decían. Además, María Teresa encontró al regresar mucho trabajo atrasado. El guano reclamaba prontas decisiones, y la joven tuvo que dedicarse por completo a los negocios y a los números. ¡La verdad era que no tenía tiempo de pensar en la famosa pulsera del Sol de oro! En el Callao, no levantaba la cabeza de los libros de caja hasta el momento en que Raimundo llamaba a su ventana para anunciarle que ya era hora de volver a Lima.

Una tarde (unos ocho días después de los acontecimientos de Cajamarca), los golpes de costumbre resonaron más pronto que de ordinario. María Teresa se levantó para recibir a su novio. Abrió la ventana. Pero aún no había acabado de abrirla, cuando retrocedió lanzando un grito sordo. No era Raimundo quien estaba allí, delante de ella... Era... era... ya no distinguía nada en la obscuridad. Se restregó los ojos como si hubiera querido rechazar una alucinación... Y luego tuvo el valor, si, el verdadero valor de inclinarse nuevamente hacia la calle... Parecíale que un bulto extraño y deforme se movía y se balanceaba en la obscuridad... un bulto que parecía el “cráneo en forma de pilón de azúcar”, oscilando sobre su base...

Se volvió temblando de pies a cabeza... y entonces... y entonces creyó ver también, en los dos rincones más oscuros del despacho, balanceándose también con movimientos de péndulo conforme se iban acercando, “el cráneo en figura de capacete y el cráneo semejante a una maletilla...” ¡Pudo creer en un momento de locura, pudo creer que aún duraba la obsesión de todas aquellas historias que había oído contar a propósito de la “pulsera del Sol de oro”! Hizo un esfuerzo prodigioso para rechazar aquella visión: ¡Vamos! ¡Vamos!... Demasiado sabía ella que los cráneos de las momias no se aparecen nunca sobre los hombros de seres vivos... Y, sin embargo, se acercaban, oscilando, balanceándose. Entonces lanzó un grito espantoso para

rechazar la horrible visión, para pedir socorro: ¡Raimundo!... pero el grito se ahogó en su garganta. Las tres momias vivas se arrojaron sobre ella, el “cráneo en forma de pilón de azúcar” había saltado por el agujero negro de la ventana; y ahora los tres cráneos se inclinaban sobre ella, la sujetaban, la hacían enmudecer, la inmovilizaban y la sacaban por el agujero negro de la ventana. Y aquel boy de sonrisa singular empuñaba el volante. Y el automóvil se alejó a toda velocidad en cuanto se acomodaron en él con su carga los tres monstruos, los tres espectros horrendos que ahogaban los gritos de la “esposa del Sol” apoyando en su boca sus repugnantes manecitas de momias vivientes...

LIBRO TERCERO

En el Callao, Raimundo subía melancólicamente por la “calle de Lima” esperando que llegase la hora de ir a recoger a María Teresa. Volvía de la Dársena y pensaba en las desagradables noticias que le habían dado los ingenieros del puerto. Estos señores ingenieros de Caminos y Canales no le habían ocultado que, dada la situación política del país, no le sería fácil emprender cualquier clase de trabajo en las minas de oro abandonadas de Cuzco. Desde hacía dos días se batían al otro extremo del Perú, o hacían como que se batían. En fin, el caso era que gastaban pólvora.

El pretendiente García, a quien creían en Arequipa disponiéndose a celebrar tranquilamente sus triunfos, había conseguido sorprender con gran parte de sus tropas la retaguardia del ejército republicano acampado entre Sicuani y Cuzco. Y hasta corría el rumor de que Cuzco había caído en su poder.

Si la noticia se confirmaba, aún pasaría mucho tiempo antes de que se celebrase la paz entre los beligerantes que se disputarían el Perú palmo a palmo; con lo que el presidente Veintemilla se vería en una situación cada vez más difícil.

Ahora bien: Veintemilla, por intervención del marqués de la Torre y gracias a las negociaciones diplomáticas de la Sociedad francesa de las minas que debía aportar los fondos necesarios, había concedido amablemente a Raimundo Ozoux la licencia indispensable para comenzar los trabajos o por lo menos para ensayar su nuevo sifón. ¿De qué le serviría esta licencia después de la victoria de García?

Activo, tan amante de los negocios como María Teresa, Raimundo se desesperaba al pensar que seguramente tendría que esperar meses y meses, cruzado de brazos, el término de una revolución que estaba aún en sus comienzos. Al llegar a la calle de Lima miró su reloj y vio que aún podía

disponer de algunos instantes antes de ir a buscar a María Teresa. No quería molestarla obligándola a interrumpir sus trabajos, y sabía que tampoco a ella le gustaba que la distrajesen. Los dos se amaban con toda el alma, pero “los negocios son los negocios”.

Entró, para leer los periódicos, en el “Círculo de los Amigos de las Artes”, que era especie de café en el que los parroquianos tenían a su disposición, completamente gratis, las principales publicaciones del nuevo y del antiguo mundo.

En aquel momento la vasta sala de la planta baja estaba llena de socios, que discutían acaloradamente acerca de las noticias de última hora. No se hablaba más que de Cuzco. El nombre de la ciudad que un tiempo fuera capital del Perú, descubrir en García algunas buenas cualidades, del Callao que hasta entonces habían sido acérrimos partidarios de Veintemilla, comenzaban a descubrir en García algunas buenas cualidades, cuando en la calle pregonaron un periódico oficial unos chiquillos desgraciados y jadeantes, a los que el público arrebató su mercancía de las manos.

Un socio de “Los Amigos de las Artes” se subió a una mesa con el periódico en la mano, y leyó una proclama del presidente de la República, en la que aconsejaba la calma y desmentía categóricamente la toma de Cuzco por los insurrectos. Además, Veintemilla anunciaba que el general García estaba encerrado en Arequipa con sus tropas, que todos los desfiladeros de la sierra habían sido tomados por los republicanos y que éstos hostilizarían incesantemente al traidor hasta arrojarle al mar u obligarle a huir a los arenales de Chile.

En la nota oficiosa se censuraba la conducta de los indios quichúas y se atribuía a las fiestas del “Interaymi” la importancia excepcional de los motines populares en los barrios extremos. Estas fiestas seguirían su curso normal y los indios volverían a su apatía de siempre.

Entonces era cuando Veintemilla prometía dar el último golpe que desembarazaría para siempre al país de García y sus secuaces. Terminada la lectura, los “Amigos de las Artes” aclamaron con entusiasmo al presidente.

Todos eran amigos de Veintemilla. La proclama les parecía admirable. “¡Es verdaderamente magnífico! —¡Es cosa inaudita! —¡Dios mío, mucho me alegro!”^[20].

Raimundo salió del Círculo un poco más tranquilo, aunque sólo atribuyese relativa importancia a las afirmaciones oficiales del periódico de la noche.

Dirigióse rápidamente al almacén situado al otro extremo de la ciudad, porque se había hecho de noche y temía llegar tarde. Penetró en el dédalo de

callejones, que con tanta emoción recorriera a su llegada al Perú, callejones que ya entonces conocía sin haberlos visto jamás, hasta tal punto se habían grabado en su memoria las descripciones que de ellos hacía María Teresa en sus cartas a su hermana Juana.

Desde lejos vio luz en la ventana que daba a la “veranda”, y observó que esta ventana estaba abierta lo mismo que el primer día.

—Me espera —se dijo, y su corazón palpitó con mayor violencia. Dio algunos pasos más y adelantó la cabeza. Así había hecho la primera vez, así la había visto inclinada sobre sus libros con cantoneras de cobre tomando notas y alineando números en su cuaderno, en tanto que su voz clara y firme, su voz “decidida”, de buena comerciante que conoce bien su oficio, decía a un interlocutor a quien él no veía: “Como usted quiera, caballero. ¡Pero por ese precio sólo encontrará usted guano fosfatado que no tendrá más que un cuatro por ciento de ázoe, y para eso!...” ¡Oh, siempre le parecía estar oyendo aquella frase!... ¡no le había hecho sonreír! Al oírla, aumentó su amor, si cabe: hasta tal punto le gustaba en la mujer, y sobre todo en la muchacha, desde que lograron inspirarle tan cordial aborrecimiento las “cabecitas sin seso” que encontraba alrededor de su hermana en salones y balnearios, la formalidad y el sentido práctico y aun comercial. Era un excelente y honrado hijo de familia burguesa, que tal vez no se enamorase de la peruana sino al saber que era capaz de dirigir una casa de comercio. En todo caso aquello le llenó de alegría y venció su timidez. Y entonces fue cuando su hermana Juana recibió sus primeras confidencias.

“Es bonita” —había dicho Juana—. “Tiene un cerebro de hombre” —había respondido el joven.

Y, sin embargo, ¿cómo a pesar de “sus cerebros de hombre” había podido impresionarles en un momento dado, como a dos mujeres, ¡oh!, como a dos mujerucas débiles y medrosas, una historia... una historia...? “Verdaderamente era una historia rara la de “la pulsera del Sol de oro”... ¡Cómo se reiría de todo aquello cuando se casase, cuando al hablar de la Virgen del Sol pudiese decir: “¡mi mujer!”

—¡Buenas noches, María Teresa!

Nadie responde. Raimundo se acerca a la ventana.

—¡Buenas noches, María Teresa!

Pero María Teresa no está allí. Raimundo se pone de puntillas, se encarama en el alféizar, mira: ¡nadie!... Y ¿qué es esto?; esas mesas caídas, esos libros, esos papeles que cubren el suelo.

—¡María Teresa! ¡María Teresa!

Raimundo salta por la ventana y entra en el despacho. Enloquecido, mira a su alrededor. Grita. ¡No comprende lo que sucede! ¿Qué quiere decir aquel espantoso desorden y qué significa aquel silencio más espantoso todavía? Su voz sonora y trémula al mismo tiempo, llama a los criados. Pero ni uno solo se presenta. ¡Ni un criado! ¡Ni un guarda! ¡Ni un empleado; nadie! ¡Y las puertas están abiertas!

—¡María Teresa! ¡María Teresa!

EN EL QUE TORNA A APARECER EL EXCELENTE NATIVIDAD

Raimundo sale al patio desierto y luego se precipita nuevamente al despacho. Sólo encuentra en él la certidumbre de su desgracia. Todo prueba que ha habido lucha, violencia, rapto. Los muebles caídos en los rincones, la cortina de la ventana arrancada, un cristal roto. Ya no es un grito el que se escapa de la boca del desesperado joven, es un gemido ronco, son suspiros, sollozos: “¡María Teresa! ¡María Teresa!” ¡La han robado!... ¡Y ya no duda de que son los indios los que se la han llevado como una presa! Los indios de aquel Huáscar, en quien ella tenía una confianza tan grande y que la amaba, no como un hermano, sino como un admirador. ¡Ah! Raimundo había visto los ojos de Huáscar cuando Huáscar miraba a María Teresa. Y un hombre, sobre todo un hombre que ama a María Teresa, no puede equivocarse cuando sorprende una mirada como aquélla.

Raimundo, jadeante, se acerca a la ventana. Interroga la obscuridad, las tinieblas, el silencio. Y vuelve a gritar: “¡María Teresa! ¡María Teresa!”... pero nadie le responde. Y ahora busca un indicio, una pista que le permita volar en socorro de su novia. ¿Cómo se habrán atrevido los miserables a cometer semejante crimen? Ve a la desdichada forcejeando entre los brazos de Huáscar y llamándole a él, a Raimundo, mientras él se paseaba tranquilamente por los muelles de la Dársena o escuchaba las necesidades de los “Amigos de las Artes”.

¿Por qué no iría antes a buscarla?... ¡Hubiera sorprendido a Huáscar!... ¡Ah! De aquél era de quien hubiera debido desconfiar, a aquél era a quien hubieran debido vigilar, en vez de dejarse alucinar por aquella ridícula historia de la “pulsera del Sol de oro” y de hacerse repetir, como si hubiesen sido unos chiquillos, todas las estúpidas leyendas de las “esposas del Sol”!

¡Un indio que ama a una blanca! ¡Y que desea vengarse!... ¡Aquello sí que no era un sueño!... Representábase a aquel Huáscar, la primera vez que le había sido dado a él, a Raimundo, penetrar en aquella estancia, y le veía aún

en un rincón, orgullosamente embozado en su poncho y levantando la mano con aire amenazador antes de desaparecer, cuando María Teresa le despidió a él y a los suyos. ¡Todas estas ideas bullen, se agitan, se agolpan a su mente presa del delirio!... ¡Ah, poder recogerse, razonar... reflexionar, saber!... De un salto se encuentra nuevamente en la calle, apenas iluminada por un farol colgado de una cuerda en una plazoleta. Sólo hay allí puertas de almacenes, muros de aspecto sombrío, obscuridad...

¡Ah, al volver la esquina oye voces! Recuerda que allí existe una taberna, el único lugar en que hay un poco de vida en aquel barrio muerto. Corre allí. La puerta está abierta. Entra. Y se precipita sobre un hombre: el portero, Domingo, que se vuelve asustado.

—¿En dónde está tu ama?...

Domingo parece no comprender; responde tímidamente que: “creía que la señorita se había vuelto a Lima con Raimundo, como todas las noches, porque acababa de ver pasar el automóvil”.

—¿Qué automóvil?

Domingo se encoge de hombros. ¡No hay tantos automóviles en Lima y en el Callao!

—¿Quién lo guiaba?

—¡El “boy”!

—¿Libertad?

—Sí, señor, Libertad.

—¿Y no te dijo nada al pasar?

—¡Oh, no me vio!

—Y tu ama ¿la viste?

—Llevaba la capota levantada... no tuve tiempo de ver nada. ¡Iba tan de prisa el coche, esta es la verdad! “¡Juro que es la verdad!”^[21].

Y Domingo levantó la mano como para poner a Dios por testigo.

Raimundo le preguntó, zarandeándole:

—¿Qué hacías aquí? ¿Por qué no estabas en tu puesto, cerca de tu ama?

—Un “quichúa” me convidó a beber una copita de “pisco”, de legítimo “pisco”.

Raimundo le empujó obligándole a echar a andar delante de él; le sacó a la calle, le hizo entrar en el despacho, en desorden.

—¡Es “horroroso, horroroso”!...^[22].

Y Domingo se disponía a tirarse de los pelos, pero Raimundo le cogió de la garganta y trató de adivinar la verdad en aquellos ojos que se salían de las

órbitas, prontos a escaparse de entre los párpados como los huesos de la pulpa de las cerezas. ¿Necio o traidor? ¿Imbécil o cómplice?

Raimundo no acabó de ahogarle. Necesitaba aún algunos detalles exactos, que esperaba obtener después de aquella demostración de su fuerza. Los obtuvo inmediatamente; era indudable que el golpe se había llevado a cabo con la complicidad del “boy”, aquel Libertad, un miserable mestizo a quien María Teresa había recogido por lástima y también a causa de su inteligencia, y al que destinó a cuidar el auto. La hora y el día del rapto habían sido bien elegidos: el sábado por la tarde no quedaba nadie en los almacenes.

—¿Cuando tú fuiste a beber con el quichúa, estaba ya aquí el automóvil?
—preguntó Raimundo.

—Sí, señor; hacía ya media hora.

—¿Y ya estaba la capota levantada?

—¡No! Libertad esperaba solo en el pescante, como siempre.

Raimundo, abandonando a Domingo, se alejó corriendo hacia la Dársena, por el único camino que podía haber seguido el auto. La circunstancia de que el rapto se hubiese verificado en el automóvil de María Teresa, facilitaba extraordinariamente la persecución de Raimundo. En primer lugar, el auto no podía haber ido muy lejos, a causa de la falta de caminos practicables. En segundo lugar, se podía encontrar su pista inmediatamente.

Corriendo siempre, tropezó bajo un farol con un bulto que salía de un soportal con ciertas precauciones y que se manifestó muy enojado al recibir el empujón. Por el pelo rizado, por la frescura juvenil de aquella carita afeminada, reconoció Raimundo al hombre a quien, el día de su llegada al Callao, viera asomado a una ventana de aquel mismo barrio entre dos jarrones llenos de flores: el amigo de Jenny la obrera, el jefe de policía. Lanzó un grito tal y se arrojó sobre él con tal ímpetu, que el otro retrocedió asustado:

—¿Quién va?

—¡Dispéñeme usted, “señor inspector superior”! Soy Raimundo Ozoux, el prometido de la señorita de la Torre. ¡Unos bandidos acaban de raptarla!

—¿Qué está usted diciendo? ¡Es posible! ¿La señorita María Teresa?...

Rápidamente, en unas cuantas palabras, Raimundo puso al comisario al corriente del drama, acusando categóricamente a los indios y a Huáscar. Al comisario le contrariaba grandemente esta aventura, que venía a sorprenderle en el momento en que se disponía a ir en busca de la cena de Junny, pero era un hombre bueno y valiente que sabía cumplir con su obligación; se puso en el acto a la disposición de Raimundo, pero le pidió permiso para subir un

instante a casa de su amiguita a fin de enterarla de aquel desagradable contratiempo.

El ingeniero, desesperado, ni siquiera le respondió y siguió andando hacia el puerto, interrogando a todos los tenderos que encontraba a las puertas de sus comercios, sin descuidar el menor detalle que pudiera ponerle sobre la pista del automóvil.

Raimundo estaba persuadido de que ya no volvería a ver al comisario, pero se engañaba, porque sintió que corrían tras él y reconoció al policía.

—¿Ya no me esperaba usted? ¡Pues aquí estoy! ¡Todo el mundo puede contar siempre con “Natividad”!

Se llamaba Pérez; pero por su linda cabecita de Niño Jesús le habían puesto en el Callao el sobrenombre de “Natividad”. Y él era el primero en reírse de tal mote, pues desempeñaba su difícil cargo con un buen humor poco común. Sin embargo, Natividad tenía su pesadilla: los indios. Aborrecía a los quichúas, a los que consideraba hipócritas, haraganes, viciosos y capaces de cometer las mayores infamias a poco que les incitase a ello un hombre inteligente. El golpe que acababan de dar no le sorprendía.

Un poco antes de llegar al puerto, en el momento en que los dos hombres desembocaban en la calle de San Lorenzo, Natividad detuvo a Raimundo y le empujó contra la pared. Y para disipar par las lúgubres tinieblas de la angosta calle, no había más luz que la que se filtraba por los cristales de una puerta baja, a pocos pasos de distancia. Ahora bien; aquella puerta baja acababa de abrirse y por ella había aparecido una cabeza que miraba hacia la calle con precaución. Raimundo estuvo a punto de lanzar un grito de alegría. ¡Acababa de reconocer a Huáscar!

El indio silbó, e inmediatamente dos bultos surgieron del extremo opuesto de la calle como si se destacasen de las paredes. Los recién llegados iban cubiertos con amplios sombreros indios. Se acercaron a Huáscar, que a la sazón había salido a la calle, después de cerrar la puerta tras sí.

Los tres individuos cambiaron rápidamente algunas palabras en voz baja, en indio “aimara”; luego los dos bultos bajaron hacia el puerto, Huáscar entró en la casa de la vidriera iluminada y la calle volvió a quedar sumida en un profundo silencio.

Durante todo este tiempo, Natividad no cesó de estrechar la mano de Raimundo, imponiéndole de esta suerte la inmovilidad. El joven temblaba de impaciencia.

—¿Qué es? ¿Qué sucede? ¿Ha entendido usted lo que han dicho? ¿Estará María Teresa encerrada allí, con ese miserable?

Natividad no respondió, pero se deslizó tras la puerta y, exponiéndose a ser descubierto, miró por los cristales. Raimundo se acercó. Desde donde estaban podían ver distintamente una sala llena de indios, los cuales estaban sentados alrededor de unos mesas, sin beber ni fumar, y guardaban un silencio extraño y terrible. Huáscar se paseaba de un lado para otro, recorriendo toda la estancia, absorto, al parecer, en los más sombríos pensamientos. De repente desapareció por una puerta que daba a una escalera que debía poner en comunicación el piso bajo con el principal. Natividad no necesitaba ver más. Tal vez temiese ser descubierto. Se llevó a Raimundo hacia un soportal.

—No sé —dijo—, ni puedo comprender lo que hacen esos indios aquí, en plenas fiestas del “Interaymi”. ¿Qué significa esta reunión? La mayor parte de los quichúas del Callao se han marchado a la sierra, y no volverán lo menos hasta pasados diez días. En todo caso, no es razonable pensar que Huáscar pueda ser el autor del rapto. ¡El que quiere raptar a una noble peruana, no necesita confiar su secreto a todos los indios del Perú, que en seguida vendrían a venderle por unos cuantos “centavos”!

—¡Esperemos! —dijo Raimundo—. Seguramente encontraremos el automóvil, pero vacío. En mi opinión, Huáscar está enterado del rapto de María Teresa, si no es el autor de él. ¡No le perdamos de vista!

—No tendremos que esperar mucho tiempo —contestó el comisario escuchando un ruido que se cía al final de la calle—. Ahí están los indios, que vuelven con las caballerías y no sé... ¡Ah! Pero... a propósito del “Interaymi”, ¿será?... ¿será?...

¡Oh, oh!... ¡silencio!...

A la sazón resonaban contra los puntiagudos guijos de la calle los cascos de los caballos que se acercaban rápidamente. El comisario y Raimundo tuvieron que retroceder más aún, y ocultándose en una callejuela que cortaba en ángulo recto la calle de San Lorenzo, y desde la cual podían ver todo lo que pasaba junto a la puerta baja detrás de la cual estaban reunidos todos los indios de Huáscar. Al ruido que hicieron las monturas se abrió aquella puerta, y aparecieron todos los indios, de pie en la sala y esperando, al parecer, a alguien, porque todos volvían la cabeza hacia la puerta.

Primero apareció Huáscar, después un indio, a quien Raimundo reconoció inmediatamente por haberle oído salmodiar la terrible historia de Atahualpa junto a la piedra del mártir, en Cajamarca, y por último se presentó un joven vestido a la europea, con un correcto terno de casa de Zárate: Oviedo Huayna Runtu en persona. Ahora bien: ¡cosa increíble! Todos aquellos indios que ni siquiera habían pestañeado al ver a Huáscar y al sacerdote de Cajamarca, se

arrodillaron ante Huayna Runtu, ante el empleado del Banco franco-belga, e inclinaron las frentes, extendiendo las manos hacia adelante en señal del más profundo respeto. En aquel momento llegaban a la puerta baja todos los caballos y mulas. Entonces salieron a la calle algunos criados con faroles. El empleado del Banco franco-belga fue el primero en montar a caballo, ayudado por Huáscar, que le tenía humildemente el estribo.

Luego Huáscar montó a su vez y por último saltó a la silla el sacerdote de Cajamarca. Colocáronse ambos a uno y otro lado de Huayna Runtu, algo detrás. Entonces, a una señal de Huáscar que había vuelto la cabeza, sucedió una cosa singular que, en opinión de Natividad, proyectaba una luz siniestra sobre la situación. Al montar a caballo, los indios del séquito volvieron del revés sus ponchos, y a la claridad de los faroles y de las antorchas mostraron unos ponchos rojos”.

—¡Los ponchos rojos! ¡Los ponchos rojos! —murmuró Natividad con voz ahogada oprimiendo el brazo de Raimundo.

Oyóse una especie de silbido al final de la calle, al que respondió otro silbido lejano que resonó al otro extremo del muelle de la Dársena... y la comitiva se alejó.

Raimundo quiso seguirla, pero el comisario le detuvo.

—¡Escuche usted! ¡Escuche!; es preciso saber hacia dónde se dirigen.

SOBRE LA PISTA DE LOS PONCHOS ROJOS

Y escuchó. Cuando se irguió ya sabía a qué atenerse...

—¡Van por el camino de Chorrillos! ¡O mucho me engaño, o se proponen reunirse con el automóvil!...

—¡Un caballo... un caballo!... —gemía Raimundo—. ¡No podemos quedarnos aquí!...

—¡Bah! Sígame usted; tenemos una cosa que vale más que un caballo. ¡Tenemos el teléfono y el ferrocarril! —dijo Natividad.

Y repitió:

—“¡Los ponchos rojos!, ¡los ponchos rojos!”

—Pero ¿qué es eso de los “ponchos rojos”?... —exclamó Raimundo—. Rojos o pardos, esos ponchos forman parte de la cuadrilla de Huáscar y le han ayudado en su empresa... ¡Esto me parece más claro todavía que esta noche tropical!

—Sí, monsieur Ozoux, soy de su opinión —replicó Natividad, corriendo, con la lengua fuera, tras del joven que por indicación suya se dirigía a la estación—. ¡Tenía usted razón!... “¡Son ellos!... ¡Son ellos!” ¡Son ellos los que han raptado a la señorita de la Torre!... “¡los ponchos rojos!”... “los sacerdotes del Sol!”...

Raimundo se detuvo bruscamente. ¡Las últimas palabras de Natividad le habían hecho entrever con espanto la suerte que le estaba reservada a María Teresa! Y en su horrible angustia se le aparecieron las figuras de las dos ancianas, Inés e Irene. ¡Tenían razón! ¡Por qué no las habría creído en lugar de burlarse de ellas!...

—¡Ah!, ¡desgraciada! —sollozó.

Y echó a correr como un loco. Mientras corría le gritaba al comisario:

—Hará usted detener a todos esos miserables, ¿eh? ¡Les encerrarán!... ¡les castigarán!... ¡la salvaremos!

—¡Haremos lo que podamos! Son más de treinta, y en este momento no tenemos ni un soldado en el Callao; todos han sido incorporados al ejército enviado contra García, y las tropas están en la sierra.

—¡Pero puede usted telefonar a Lima!

—“¡Y me tomarán otra vez por loco, como hace diez años” —respondió enigmáticamente Natividad.

—Pero ¿llegaremos a Chorrillos antes que ellos?

—¡Ya lo creo! Dentro de diez minutos sale un tren.

—¡Ah, mejor hubiera sido que me hubiera usted procurado un caballo! ¡Deme usted un caballo! —exclamó Raimundo—, ¡que yo les siga!, ¡que yo les alcance!, ¡que yo sepa siquiera adonde van!, ¡yo solo les perseguiré!

—¡No, no; iré con usted; no me separaré de usted!

Y volviendo a su idea fija, Natividad añadió para sí:

—¡No quisieron creerme hace diez años! ¡Y, claro, volvemos a las mismas, volvemos a las mismas!

Pero Raimundo no le escuchaba. Quería hacer algo inmediatamente y temía perder la pista tomando el tren...

Así se lo dijo al comisario.

—El camino que han tomado —respondió Natividad— sigue la misma dirección que la vía férrea. Yo hablaré con el conductor del tren. Si vemos un automóvil en lo alto de la carretera, hacemos detener el tren. Si vemos a los “ponchos rojos”, los adelantamos y les esperamos a pie firme en Chorrillos, cuyas autoridades estarán prevenidas. No se ha perdido nada, monsieur Ozoux.

Llegaron a la estación. Allí, Natividad tuvo tiempo para telefonar a la Comisaría, mandando a sus subordinados que se pusieran inmediatamente en comunicación con Chorrillos. La policía de Chorrillos debía oponerse, por todos los medios, al paso de un automóvil procedente del Callao.

Raimundo y el comisario hablaban febrilmente con el jefe de estación en el andén, cuando vieron aparecer de un tren de Lima y correr hacia ellos al marqués de la Torre, al tío Francisco Gaspar y a Cristobalito.

—¿María Teresa? ¿En dónde está María Teresa? —exclamó el marqués en cuanto vio a Raimundo.

Y corrió hacia él.

—¿Por qué está usted solo? ¿En dónde está mi hija? ¿Qué ha sucedido, Dios mío? ¡Hable usted!

Cristobalito estaba ya abrazado a las piernas de Raimundo, y pedía, llorando, noticias de su hermana. El tío Ozoux parecía más agitado que

ninguno y daba vueltas alrededor del grupo moviendo sus largas piernas. Silbó la locomotora. Natividad se precipitó a su vez sobre Raimundo y obligó a todos a subir al tren, que ya se ponía en marcha. Raimundo pudo al fin decir: “Sí, los indios la han robado! ¡Pero sabemos en dónde está: en Chorrillos!”

De esta suerte, en pocas palabras anunciaba la desgracia tratando al mismo tiempo de disminuir su importancia. Sin embargo, tuvo que hablar, que dar explicaciones. El marqués juraba que mataría con sus propias manos a todos los indios quichúas. Cristóbal sollozaba. Pero ¿cómo estaban ellos allí? ¿Por qué habían ido al Callao?

Raimundo supo que, al ir a la iglesia al toque de oraciones, Inés e Irene habían advertido que había sido robada la “pulsera del Sol de oro”, que ellas depositaran a los pies de la Virgen de Santo Domingo. Horrorizadas por el sacrilegio, regresaron al hotel con los más siniestros presentimientos y con el afán de ver a María Teresa para aconsejarla que estuviese en guardia. La primera persona con quien tropezaron fue el marqués, que no estaba menos alarmado que ellas. Volvía del Círculo, en el que no había puesto los pies desde hacía una semana, pues todo el tiempo de que disponía lo consagraba a enseñar las necrópolis al tío Ozoux. Ahora bien: en el Círculo se había encontrado una carta redactada en los mismos términos que la que les hiciera huir de Cajamarca, y en la que le aconsejaban que velase día y noche por María Teresa mientras durasen las fiestas del “Interaymi”, y sobre todo que no dejase a su hija ir al “Callao el sábado próximo”... Y el sábado próximo era aquél; es decir, el mismo día en que encontraba aquella carta que le esperaba desde su regreso de Cajamarca... Y ya eran cerca de las siete de la noche, y ni María Teresa ni Raimundo habían vuelto del Callao. No había que vacilar. Era preciso correr en su busca.

Las dos ancianas, e Isabelita, habían querido ir también, hasta tal punto que presentían la catástrofe; pero resolvieron dejar en casa a las mujeres y el marqués tomó el primer tren acompañado de Francisco Gaspar y seguido de Cristobalito, a quien ninguna orden, ninguna amenaza pudo obligar a permanecer en Lima.

El relato simultáneo de las tribulaciones de la familia de la Torre en Lima y el del rapto de María Teresa en el Callao, se mezclaba en espantosa confusión a las interjecciones de unos y otros, a las maldiciones del marqués, a los sollozos de Cristobalito y a los desgarradores suspiros de Raimundo.

El joven se había arrancado el cuello y la corbata, porque se ahogaba. “¡Que fuese posible semejante cosa en plena civilización, en un país en donde

se viajaba en ferrocarril! ¡Era incomprensible!” Porque no se trataba de la audaz, hazaña de un miserable loco de amor, sino que se hallaban pura y simplemente “ante un rapto que debía concluir en un crimen ritual”. Las palabras del comisario, que había acabado por hacerse oír entre los llantos y las explicaciones de todos, no permitían abrigar acerca de esto la menor duda. Lo más extraordinario era que al mismo tiempo que se mostraba muy apenado por el triste suceso, porque era un buen hombre, parecía contentísimo, en el fondo, de que este suceso hubiese podido ocurrir, porque era un funcionario del que se habían reído mucho y al que nunca tomaban en serio sus jefes cuando hablaba en sus informes de ciertas costumbres desconocidas de los indios, de las ejecuciones rituales de los niños y del sacrificio incaico de las mujeres. Le tildaban de poeta. Y por ello sentía justa indignación. Los acontecimientos se encargaban de vengarle: ¡el rapto de una peruana durante las fiestas del “Interaymi”!, y en qué circunstancias: ¡con todo el cortejo de “ponchos rojos”!

¡No se habían reído poco al oírle hablar de los “ponchos rojos!” Pues bien: ya los tenían en campaña!...

Todos le escuchaban silenciosos y desesperados. Viendo aquel dolor Natividad se encargó de tranquilizarles. Los indios no podían ir muy lejos con su preciosa carga. Todos los desfiladeros de la sierra estaban tomados por las tropas de Veintemilla y les sería muy fácil encontrar refuerzos en cuanto la cuadrilla de fanáticos saliese de la “Costa”. Lo esencial era no perder su pista.

Precisamente en aquel momento el tren seguía un camino paralelo a la carretera de la costa y los ojos de los viajeros no se apartaban de la faja blanca y desierta iluminada por la luna.

Dejaron atrás algunas casitas de adobes, algunas chozas de bambú, y se hallaron por fin en la soledad del desierto de arena. Asomados a las ventanillas, Raimundo, el marqués y el comisario, trataban de ver algo. Francisco Gaspar tuvo que coger en brazos a Cristobalito para que también él pudiese mirar. El pobre niño sollozaba a cada momento: “¡María Teresa!... ¡María Teresa!... ¡hermana mía!, ¿por qué me han quitado mi hermanita?” El marqués y Raimundo no podían contener las lágrimas al oírle. De repente todos se pusieron de pie: “¡El automóvil!” fue un grito único que se escapó de sus labios.

Acababan de ver el auto, en la carretera, parado a la puerta de una “hacienda!”... El comisario se precipitó de un salto sobre el timbre de alarma. Y el tren se detuvo. Acudió el conductor. Nuestros viajeros habían saltado ya a la vía. El comisario le dijo que desde Chorillos les enviase inmediatamente

policía, soldados y sobre todo caballos, en fin, cuantos socorros pudiera procurarles.

El tren reanudó su marcha. Raimundo corría como un loco por la llanura, sin escuchar al comisario que le aconsejaba prudencia y le suplicaba que no diese la voz de alarma.

Llegó el primero a la carretera y, ya sin aliento, se acercó al automóvil. Llevaba el revólver en la mano, dispuesto a saltar la tapa de los sesos al primer indio que se le presentase. Pero, no vio a nadie. No había nadie en el auto ni junto al auto Parecía abandonado en aquella carretera desierta frente a aquella “hacienda” misteriosa cuyas paredes envueltas en sombras solo aparecían iluminadas aquí y allá por los lívidos rayos de la luna.

¡LA HAN ASESINADO! ¡LA HAN ASESINADO!

La puerta de la “hacienda” estaba abierta. Raimundo penetró en el zaguán. Todo parecía abandonado. No había un alma en el patio rodeado de edificios, algunos de los cuales estaban en ruinas. Aquello era todo lo más una “higuera”, o más bien una “chacra”, es decir, una hacienda pequeña cuyos propietarios debían cultivar hortalizas que después venderían en la ciudad. Raimundo tenía a su derecha la “bodega” o depósito para las mercancías y los aperos de labranza y a la izquierda la “casa” en la que debía vivir el propietario. Las puertas de la casa estaban también abiertas. El marqués y el comisario se reunieron con Raimundo en el momento en que éste volvía al automóvil del cual cogió un farol que encendió. Todos guardaban el mayor silencio.

No se oía el más ligero rumor en la llanura. Y penetraron en la casa.

Apenas entraron en la primera habitación, notaron el olor singular, el perfume intenso, acre y tenaz que la llenaba toda. Dieron prudentemente algunos pasos y de pronto lanzaron exclamaciones de horror. Los muebles aparecían caídos en el suelo, en el mayor desorden. Raimundo resbaló en un charco de sangre. ¡Sangre, todo estaba lleno de sangre! Raimundo y el marqués, dominados por terrible angustia, gritaron desesperadamente: “¡María Teresa! ¡María Teresa!” Y callaron repentinamente, porque ambos tuvieron al mismo tiempo la sensación de “que les habían respondido”.

—¡Dios mío! —exclamó el joven—, ¡la han asesinado!, ¡la han asesinado!

Y corrió hacia una escalera que subió hasta el piso principal, de donde salía un lamento prolongado que, a la sazón, todos oían distintamente...

Y el joven resbaló de nuevo, tuvo que apoyar en los escalones una mano que se empapó en algo tibio. Y miró con espanto aquella mano: ¡estaba roja!... ¡sangre!

¡Deseaban encontrar una pista! ¡Habían encontrado una... y que no podía engañar! La pista conducía al gemido, a los lamentos de agonía que atravesaban las paredes y los techos, que resonaban lúgubrementemente en toda la hacienda. Y cruzaron dos habitaciones, dos habitaciones por las que alguien había sido perseguido, en las que había luchado, en las que se había defendido!... “¡María Teresa!... ¡María Teresa!”... ¡Un descansillo, una puerta, un cuarto oscuro y en el cuarto oscuro los lamentos!... ¡y un cuerpo con el que tropiezan!... un cuerpo junto al cual se arrodillan, un cuerpo al que sus brazos enlazan, un cuerpo palpitante que levantan... ¡Libertad!, ¡es Libertad el que muere! ¡Y todos dan gracias al cielo, porque el que muere es Libertad!

El desdichado “boy” está cosido a puñaladas. Le han herido en el pecho, en la espalda, en la cara, en todas partes. Jadea, pide aire. Le arrastran hasta una ventana. Le interrogan y se enteran de que expía su crimen... Pero Raimundo sólo le escucha para saber en dónde está María Teresa... y en cuanto Libertad señala con un gesto la remota sierra, el camino que sube desde la carretera a la montaña, vuelve a bajar como un loco porque ha comprendido que los sacerdotes rojos están ya lejos con su novia.

En la carretera encuentra al tío Ozoux que en vano intenta consolar a Cristobalito, el cual ha subido al auto; ha encontrado allí el abrigo de su hermana y atruena toda la “costa” con sus sollozos y sus gritos desgarradores: “¡María Teresa! ¡María Teresa!”

El niño se arroja en brazos de Raimundo sollozando: “¡Se la han llevado los infames!” pero se ve tan brutalmente rechazado por el joven enloquecido que pide a gritos un caballo, que comprende de pronto que sus lloriqueos de niño están de más! ¡Ah!, ¡un caballo!, ¡una mula! Algo para emprender la persecución!... ¡Y aquel automóvil inútil que después de haber servido para el rapto no puede servir para nada!... ¡para nada!... no puede servir para recorrer aquellos senderos de la montaña por donde los sacerdotes rojos han huido con su presa. Pero, de repente el niño, da la voz de alarma... Le ha parecido oír detrás de la bodega, en el fondo del patio, como el rumor producido por unos cascos al chocar contra unas tablas, y también ha creído oír un relincho. ¿Se engañará? ¿No habrá caballerías en la cuadra?... ¡Corre allá... son llamas!... tres pobres llamas escuálidos, cansados de haber llevado, durante muchos años, cargas demasiado pesadas, y que ahora ni siquiera serían capaces de llevar a aquel niño!... ¡Sin embargo, un llama no relincha! Y Cristobalito ha oído un relincho...

Da la vuelta a la casa y de repente se acurruca contra la pared... en medio de la llanura hay un jinete, inmóvil, como si vigilase la hacienda. Y junto a él, en la misma inmovilidad expectante, un animal ligero, fino, de jarretes de cabra, de largo cuello, de orejas enhiestas siempre en acecho, un llama de la Cordillera que debe seguir a aquel jinete como el perro sigue a su amo. ¡Un caballo y un llama! ¡Cristobalito no se atreve ni a respirar!...

—¡Sí, pero hay un jinete que sobra!...

En el momento en que se hace esta reflexión, el caballo da una huida, el jinete lanza un juramento y se oye un tiro. Un bulto que parece surgir de la tierra y que se había deslizado disimuladamente hasta allí, acaba de disparar su revólver.

El jinete extiende los brazos y cae, rueda por la arena, en tanto que el bulto se precipita sobre el caballo y salta a la silla. Acércase Cristobalito.

—¡Dile a tu padre que por lo pronto ya he despachado a uno!, ¡y que tengo un caballo! —le grita Raimundo que es el autor de la hazaña.

Y lanza su montura por el camino de la sierra.

Pero el niño no le responde y corre con toda la velocidad de sus piernecillas tras el llama que a su vez corre tras el caballo. Se coge a su lana y le habla como se debe hablar a los llamas; salta a sus lomos, se los oprime con sus nerviosas piernecillas... y los dos jinetes pasan como dos flechas por delante del tío Ozoux que levanta al cielo azul sus largos brazos con los cuales parece medir toda la inmensidad de su desesperación!...

Entretanto, en el primer piso, Libertad terminaba su siniestra e interesante confesión. El comisario retuvo al marqués haciéndole comprender la importancia que podían tener las últimas palabras del miserable “boy” y cuán inútil sería la presencia de Cristóbal en una carretera en la que nada podía hacer, mientras no le proporcionasen caballos. Natividad esperaba los socorros pedidos por teléfono, ya del Callao ya de Chorrillos. Y pensaba que no tardarían en llegar. Pensaba sobre todo, en que era una suerte que el marqués estuviera a su lado para recibir al mismo tiempo que él la declaración que había de venir a confirmar cuanto en otro tiempo dijera acerca de los crímenes misteriosos de los indios. Y atormentó a Libertad hasta que éste exhaló el último suspiro.

Esta declaración incoherente, interrumpida por el sufrimiento, suspendida por el estertor, y terminada con la muerte, demostró con una claridad mayor que la de aquella maravillosa noche tropical, que el rapto había sido preparado de antemano y que hacía lo menos dos meses que habían elegido a la hija del marqués de la Torre para futura víctima del “Interaymi”.

Por aquella fecha comenzaron los indios a poner a prueba la fidelidad del “boy” que no supo resistir mucho tiempo ante una oferta pecuniaria bastante importante. No le pidieron más que una cosa: que estuviese dispuesto cierta noche para guiar él mismo el auto y conducirlo adonde le dijese “sin que tuviera que preocuparse de lo que sucediera a su espalda”. Consintió en todo, mediante doscientos “soles” de plata de los cuales le habían dado cincuenta en el acto.

—¿Y con quién hiciste el trato? —preguntó el comisario.

—Con el empleado del Banco franco-belga, que iba algunas veces al almacén y que se llama Oviedo.

El marqués dio un salto:

—¡Oviedo Huayna Runtu! ¡El hombre que no se había separado un momento de ellos durante su viaje a Cajamarca! ¡El indio que se vestía en casa de Zárate!, ¡el que les había seguido paso a paso desde su salida de Lima! Si aquel miserable había dispuesto en el Callao el rapto de María Teresa, había debido contrariarle, en efecto, la salida de la joven para Cajamarca... Esto explicaba sus asiduos cuidados y también la visita al jefe de policía de Cajamarca para aconsejarle que hiciera comprender a los viajeros el peligro que corrían y la conveniencia de regresar cuanto antes a Lima y al Callao. Tal vez fuese él mismo el que había enviado a la fonda aquel aviso anónimo que bajo las apariencias del interés y de la compasión, debía hacer caer más pronto a la pobre María Teresa en el lazo que le habían tendido.

—¿Y cuándo supiste el día y la hora señalada para dar el golpe? —preguntó el comisario al desgraciado, al que tenía que incorporar cada vez más porque se ahogaba por momentos.

—Hoy mismo. Oviedo fue a buscarme y me dijo: “¡Hoy va a ser! Un indio te dirá: “Dios anki tiourata” (“buenos días” en “aimara”), en seguida, te subirás al automóvil y suceda lo que suceda no volverás la cabeza. Ya te dirán adónde y por dónde debes ir, y no te detendrás hasta que te lo digan “bajo pena de muerte”.

Libertad relata en breves frases, algunas de las cuales quedan sin concluir, el rápido drama.

Eran poco más de las seis y media cuando el “boy”, que estaba en la calle, sintió que le tocaban en el brazo, y oyó la frase “Dios anki tiourata” pronunciada por un hombre cuyo aspecto le hizo retroceder un paso. Hasta entonces, sólo había visto cabezas como aquella en los panteones (cementerios) incas y poco le faltó para creer que era algún espectro. Pero se

rehízo, saltó al auto y persuadido de que en ello le iba la vida esperó sus órdenes. Aunque no volvió la cabeza, no pudo menos de oír lo que ocurría en la ventana y comprendió que raptaban a la hija del marqués de la Torre.

En aquel momento, se arrepintió de lo que había hecho, pero ya era demasiado tarde para retroceder. Obedeciendo las órdenes que le dieron, bajó hacia el muelle de la Dársena por la calle de San Lorenzo. En la calle de San Lorenzo le hicieron detenerse un momento ante una puerta baja por la que salió un indio al que reconoció inmediatamente: era Huáscar. Huáscar se acercó al automóvil y miró al interior, diciendo luego en quichúa: “Está bien, ¡hasta ahora!” y dio a Libertad la orden de proseguir su viaje por la carretera de Chorillos y de detenerse en la “hacienda” de Ondegardo, que conocía perfectamente por haber comprado varias veces en ella aguardiente de maíz. Se dirigió a la “hacienda” a toda velocidad. Ningún ruido salía del interior del coche. ¿Estaría muerta la “señorita”? Hubiera podido creerse. ¡Ni una palabra, ni un suspiro, nada! Al detenerse delante de la “hacienda” observó que la puerta estaba abierta y que la casa parecía abandonada. Volvióse entonces instintivamente y vio tres gnomos cuyas cabezas horripilantes, la una como un pilón de azúcar, la otra cuadrada y la tercera oblonga, salían del agujero de un “poncho rojo”. Y se disponían a bajar con grandes precauciones el cuerpo de la “señorita” a quien reconoció bajo el velo amarillo que la cubría. Parecía dormida.

La transportaron a la casa. Y él, Libertad, aguardó en el pescante, sin pensar más que en cobrar, en llevar el automóvil al Callao, en escaparse a la sierra y en salir cuanto antes de aquel espantoso enredo.

En aquel momento sintió el mestizo tras sí el galope de un grupo de jinetes, y casi inmediatamente se vio rodeado por unos treinta hombres, envueltos todos en ponchos rojos. A la cabeza de aquellos hombres iban Oviedo y Huáscar, el cual mandó a Libertad penetrar con él en la casa.

No se asombró poco Libertad al entrar en la primera habitación y encontrar allí media docena de mujeres todas vestidas de negro, envueltas en sus jaiques de luto que no dejaban ver más que sus ojos, todas de pie en la puerta de otra estancia, a la cual habían transportado indudablemente a la hija del marqués de la Torre.

—¡Las mamaconas! —exclamó el comisario que sudaba a chorros por los esfuerzos que hacía para obligar a Libertad a terminar su declaración, al llegar el “boy” a esta parte de su confesión—. ¡Las “mamaconas”! ¡Ah! Ahora ya sabemos con quién tenemos que habérnoslas! ¿Y qué más?... ¿qué más?... concluye antes de morir, desgraciado! ¡Y Dios te perdonará!

—Sí, las mamaconas, ¡eran las mamaconas!... ¡Pero Dios tendrá piedad de mí! —gimió el moribundo—, ¡yo no sabía que querían raptar a la hija de usted, señor marqués!... ¡Pero no está perdida!... ¡No! ¡Dios no lo permitirá, “señor”!... ¡La salvarán ustedes antes del espantoso sacrificio!... Sí, sí... me enteré de todo aquí... los ponchos rojos no sabían que yo hablo el “aimara”... ¡No tuvieron ningún reparo en hablar delante de mí!... ¡Decían que “Atahualpa tendría una esposa muy bella”!, ¡y que el Sol y los hijos del Sol podían estar satisfechos!... ¡Y todos se prosternaron cuando la señorita pasó!...

LA “SEÑORITA” EN MANOS DE LAS MAMACONAS

La viste pasar! —exclamó el marqués que inclinado sobre Libertad parecía beber su aliento al recoger sus últimas palabras.

—Sí, la vi... señor... ¡Vi a la señorita!... ¡A la señorita a quien vendí por doscientos soles de plata!... Y que me perdonará cuando la haya usted arrancado del poder de esos monstruos, porque es buena... era buena... era muy buena... mi ama... ¡y yo la he vendido... por doscientos soles de plata...!

—¿Cómo pasó?, ¿cómo la viste? —preguntó febrilmente el comisario—. ¿Ya no estaba dormida?...

—Salió de la sala sostenida por otras mujeres con velos y jaiques negros... y los tres horribles gnomos bailaban a su alrededor... Parecía estar sin fuerzas... indudablemente la habían hecho beber algún narcótico... o respirar algún perfume terrible... de los que ellos conocen... ¡de los que ellos conocen!... sí... vi... por última vez... a la “señorita”, iba envuelta en un manto de oro... y llevaba la cara cubierta por un velo de oro... sólo se le veían los ojos... sus ojazos inmóviles... que no me vieron... que no parecían ver a nadie... unos ojos de muerta viva que me hicieron caer de rodillas a mí también... Andaba sostenida por las dos mujeres en sueños... y las mamaconas la rodeaban... y los gnomos bailaban en silencio... Salió de la casa con todas las mujeres y todos los hombres, algunos de los cuales llevaban antorchas apagadas... Y al llegar a la carretera, todos montaron a caballo y las mujeres en muías... en unas muías magníficas que habían traído de la sierra... ¡ah!... ¡unas mulas como no he visto otras!... ¡mulas de mamaconas!... ¡Ah! Me muero, pero, antes, es preciso que diga que me asomé a la ventana... que lo vi todo desde la ventana... En los “ranchos”, mientras bebía “pisco” con los quichúas, había oído hablar muchas veces de las “mamaconas”... ¡Pues bien: asusta el verlas!... ¡asusta el verlas!... Andan como fantasmas negros... Todo lo tenían preparado aquí, en esta hacienda

abandonada... a cuyos dueños y a cuyos guardas tal vez hayan matado... Una “mamacona” cogió a la “señorita” y la acomodó junto a sí, en su mula... Y todas las mamaconas iban detrás, para llevar a la “señorita” por turno, seguramente... La señorita, entre aquellos brazos negros parecía un envoltorio amarillo... y no se movía más que si hubiese estado muerta... Delante iban los tres gnomos a caballo precedidos por Oviedo Runtu, que dio la señal de marcha... Yo me deslicé hasta la ventana para verlo todo... ni siquiera me acordaba de que no me habían pagado... Se alejaron al trote, ¡todos! Los ponchos rojos cerraban la marcha... y desaparecieron por el atajo, por la torrentera que sube hacia la “sierra”...

Llevaban al... templo del Sol... a la esposa del Sol... porque... celebran la fiesta... del “Interaymi”... inter... a...y... mí! ¡Pero los alcanzarán ustedes... en la “sierra”!... ¡Y Dios me perdonará!

Tras estas palabras cerró los ojos y creyeron que había muerto... pero respiró de nuevo y de nuevo movió los párpados...

—¿Y así, quién te hirió? —preguntó Natividad—, ¿fue tal vez al tratar de salvar a tu ama cuando te ocurrió este percance?

El moribundo sonrió con amargura, porque comprendía que el “inspector superior” se burlaba de él por su traición y su cobardía.

—No me ha sucedido más que lo que merecía —dijo el “boy” (y trató de hacer la señal de la cruz, pero no pudo levantar el brazo)—. Sí... cuando me volví, no había en la sala nadie más que Huáscar y yo: entonces le dije: “¿Me pagarás?” Huáscar no me respondió... pero me señaló mis doscientos “soles” de plata encima de una mesa, me precipité sobre los doscientos “soles”. No había ni uno más. Dije: “¡No es mucho para un trabajo como este! Yo no sabía que iban a robar a mi ama!” Entonces se dignó hablarme. ¿“Si hubieses sabido que querían robar a tu ama, qué hubieras hecho?” “Pues hubiese pedido lo menos cuatrocientos “soles” —le respondí—. ¡Dame cuatrocientos “soles” y no diré nada!”

Esta respuesta fue la que me perdió. Huáscar, desde que empezó a hablarme, tenía la mano escondida bajo el “poncho”. Se acercó a mí con una sonrisa espantosa y de repente me dio una puñalada que me hizo vacilar. Al pronto no comprendí, y creí que me había dado un puñetazo... pero su brazo se alzó de nuevo sobre mí armado del largo cuchillo... huí aullando... se precipitó hacia mí y me hirió por la espalda... escapé... me persiguió... pude llegar hasta este piso... gritando, pidiendo gracia... pero no cesaba de herirme, y vine a caer aquí en donde me dejó creyéndome muerto y en... donde... voy... a morir...

En efecto, comenzó el estertor, pero ni el marqués ni el comisario disponían de tiempo para presenciar su agonía...

Tenían que hacer otras cosas más interesantes que cerrarle los ojos. Afuera acababa de oírse un disparo.

Se precipitaron a la ventana para ver lo que pasaba en la carretera. El tío Ozoux no hacía más que dar vueltas alrededor del automóvil. Le preguntaron en dónde estaban Raimundo y Cristobalito. Y él, como fuera de sí, les respondió que los estaba buscando y en el mismo instante, cruzando la carretera con la rapidez del rayo y corriendo hacia el barranco que pasaba bajo la línea férrea, y subía hacia la sierra, vieron a Raimundo en su caballo... y a Cristobalito en su llama. Los llamaron, pero es probable que los otros ni siquiera les oyesen.

Aún no se había extinguido, alejándose hacia el barranco, el rumor de esta insensata carrera, cuando se oyó el galope de unos caballos a la derecha, por la senda que conduce a Chorrillos. Algunos jinetes aparecieron en la carretera.

—¡Estamos salvados si tenemos caballos! —exclamó Natividad—... Es indudable que nuestros indios se dirigen a Cuzco, o a los alrededores del Titicaca, a través de la sierra; pero seguramente tropezarán con las tropas de Veintemilla. Lo que hace falta es seguirlos hasta allí, y contarle todo al primer oficial que encontremos el cual nos ayudará. Los miserables saben perfectamente lo que se hacen y por eso abandonan la “costa”. No hubieran ido muy lejos. ¡Los hubiese hecho detener en Cañete o en Pisco!

Bajaron y corrieron por la carretera al encuentro de los jinetes.

El tío Ozoux hizo una pregunta al marqués que ni siquiera le respondió; pero, no bien se apearon los jinetes, que eran soldados enviados desde Chorrillos obedeciendo las órdenes dadas por teléfono por Natividad, cuando el marqués saltó sobre un caballo y se alejó a todo escape por el mismo camino que habían seguido un instante antes Raimundo y su hijo.

—¡Qué locura! —murmuró Natividad—. Si alcanzan a la cuadrilla están perdidos...

—Pero, ¿qué debemos hacer, señor comisario? —imploró Francisco Gaspar a quien la suerte de aquella pobre muchacha enternecía literalmente, pero que no pedía más, en semejantes circunstancias, que quedarse a retaguardia.

—¡Seguirlos desde lejos! —replicó Natividad.

—¡Muy bien!... ¡Perfectamente!, ¡averiguar adónde van!... ¡y hacerles prender!

—Gracias a los informes exactos que nosotros daremos... Todavía hay un gobierno en el Perú, todavía hay policía, todavía hay soldados que no vacilan en sacrificarse por el gobierno!... —exclamó Natividad.

Al decir esto se volvió hacia los cuatro soldados que le había enviado y que representaban toda la fuerza armada que quedaba en la “costa”.

Francisco Gaspar aprobó este plan que le pareció de perlas, sobre todo cuando supo que aquél a quien él llamaba el comisario, y que desempeñaba un alto cargo: “¡inspector superior!”... iba a hacerse acompañar por los soldados. Precisamente en aquel instante, llegaron del Callao tres agentes de policía montados en sendas muías que cedieron a su jefe ya que éste las necesitaba para su expedición.

Natividad entró un instante en la casa y en una hoja de su librito de memorias que debían llevar al Palacio de la Presidencia y entregar al propio Veintemilla, escribió unas palabras dando cuenta al presidente del rapto de la hija del marqués de la Torre por los sacerdotes quichúas del “Interaymi”. ¡Qué desquite para Natividad a quien diez años antes, había estado a punto de hacer caer en desgracia el mismo Veintemilla, en aquella época simple jefe de la policía en Lima, que ni siquiera quería oír hablar de los extraños “informes” de su subordinado Pérez, el cual pretendía probar en ellos el rapto “ritual” de la pobre María Cristina de Orellana!

Uno de los policías recibió la comisión y salió inmediatamente para el Callao. Los otros dos quedaron encargados de retirar el cadáver del “boy” y de comenzar una indagatoria en la casa y por los alrededores de la “hacienda”. Luego, el inspector superior invitó a Francisco Gaspar a montar y ambos, caballeros en sus muías, se pusieron a la cabeza de la caravana. El soldado a quien el marqués arrebatara su montura, montó en la tercera mula. Cuando los militares vieron que los llevaban hacia la sierra, cuando ellos creían volver a Chorrillos, empezaron a refunfuñar, pero el “inspector superior” les cerró la boca dándoles la orden de marcha en nombre del “supremo gobierno”.

Natividad tuvo buen cuidado de proveerse de las recias mantas de los dos agentes que quedaban en la hacienda y de sujetarlas a su silla.

—¡En marcha! —ordenó.

Y se internaron a buen paso en el barranco que cortaba el camino.

—Iremos tan deprisa como las “mamaconas” —dijo en voz alta el comisario.

—¡Las “mamaconas”!, ¿pero estaban aquí? —exclamó Ozoux espoleando su montura hasta hacerla emparejar con la del comisario.

—¡No faltaba nada, señor!, ¡los ponchos rojos!... las “mamaconas”!... y “los tres jefes del templo, los únicos que, además de las mamaconas tienen derecho a tocar a la Esposa del Sol!”... Pero, señor, hace quince años que estoy diciendo a todo el que quiere oírme, que nada ha cambiado entre los salvajes!... ¡Nada!... ¿No conservan su idioma tan puro como en tiempos de los Incas? ¿No beben, no comen, no rezan, no se casan lo mismo que hace quinientos años? ¿Se ha notado algún cambio desde la conquista en sus “costumbres aparentes?”... ¿Por qué han de haberse modificado sus “costumbres ocultas?”... ¿Por qué?, ¿por qué han de haber cambiado, sobre todo en lo que concierne a la religión que es, por principio, inmutable? ¡La religión católica no ha hecho más que confundirse con la antigua sin modificarla! ¡Ah!, ¡si hubiesen querido creerme! Mire usted, esta cuestión me interesa. En los comienzos de mi carrera me encontré ante un crimen que era imposible explicar normalmente... pero que resultaba perfectamente comprensible “religiosamente”, sobre todo tomándose el trabajo de pensar que aún teníamos que habérmolas con los incas. ¡Me enviaron a paseo!... Comprendía que me iban a “poner en la calle” y me incliné, acepté la versión oficial del crimen... pero seguí trabajando por mi cuenta... no me contenté con aprender a fondo el quichúa, sino que aprendí también el “aimara” que es el idioma sagrado que, se habla en los alrededores de Cuzco y del lago Titicaca... Ese lago fue la cuna del pueblo inca... y hacia ese lago, no lo dude usted, es hacia donde los indios nos llevan... No hacia un lienzo de muralla de todos conocido, sino a su templo oculto... aquel en el cual no han dejado de officiar sus sacerdotes desde la conquista española...

EL RAPTO DE CRISTOBALITO

¡Ah! Con qué entusiasmo se explicaba el buen Natividad en la alegre noche tropical, aferrado a su sueño, a su sueño inca y cabalgando en su mula que le llevaba al templo del Sol, a salvar a la Esposa del Sol... Había olvidado por completo a Jenny la obrera.

—Los alcanzaremos, ¿no es verdad? —preguntó Francisco Gaspar que desde hacía algunos instantes miraba al “inspector superior” con recelo, temiendo que se burlase en su persona de toda la Academia, pues aquel comisario le parecía hartamente sereno... casi alegre, en tan horribles circunstancias...

—Sí, señor, tranquilícese... ¡Cumpliré con mi deber!... “¡Dios mío! Estoy contento!”^[23] —exclamó Natividad—. “¡Es una gran satisfacción!...” ¿Adónde quiere usted que vayan si les seguimos los pasos?... ¡En la sierra se encontrarán con los soldados de Veintemilla!... En la “costa”, todos los “corregidores” están a las órdenes del “inspector superior”... ¿Quiere usted una manta, “señor”?... Esta noche cae un poco de “garna” (rocío)... pero, nos alejamos de la “costa”... y ya, mire usted... mire usted las “lomas” que anuncian la presencia de la sierra... Para penetrar en la cordillera no han tenido más remedio que pasar por aquí... Al amanecer veremos sus huellas... ¡Con tal de que no hayan hecho ninguna tontería esos señores, esos chiquillos que van delante!... ¡Vaya si es valiente ese pequeño que se ha marchado montado en su llama!... Pero pronto los encontraremos... ¡no se escala la Cordillera con la misma facilidad con que un “torero” salta la “barrera” en “la plaza”!...

Francisco Gaspar sonrió entonces de una manera tan singular que Natividad interrumpió su discurso y le preguntó “qué le sucedía”. El otro se contentó con responder: “¡Yo me entiendo! ¡Yo me entiendo!” Pero Natividad no le comprendía.

Antes de amanecer llegaron a los primeros contrafuertes de los Andes. Las caballerías no parecían muy fatigadas, y después de un corto descanso en una “quebrada”, en donde encontraron pasto para los animales y en donde pudieron prodigarles los cuidados necesarios, reanudaron la ascensión de la gigantesca cadena, a la luz de la aurora que llegaba hasta ellos, como proyectada por monstruosa fragua, a través de la cortadura de los Andes, por la cual iban a aventurarse.

Interrogados acerca de lo que habían podido ver u oír durante la noche, los mestizos de la “quebrada” no quisieron decir palabra. De todos modos podían tener la seguridad de que la escolta de la Esposa del Sol no se había detenido allí, porque de hacerlo no hubiese dejado nada en las arcas ni en las cuadras. El tío y Natividad —el cual reveló su cualidad de “inspector superior”— hallaron medio de cambiar dos caballos de los soldados por dos mulas, siempre en nombre del “supremo gobierno!”

En la primera etapa, en el sendero rocoso que seguían, encontraron muchos cardos pisoteados, y las grandes flores amarillas del amancaes que aparecían tronchadas y cuyas hojas aún frescas cubrían el suelo, indicaban que por allí había pasado una numerosa comitiva.

—¡Ya estamos sobre la pista, ilustre maestro! —dijo Natividad en el francés más correcto, para demostrar a su distinguido interlocutor, que en el Perú, un comisario de policía puede hablar el “quichúa” y el “aimara” y no ignorar “la bella lengua francesa”.

—¡Sí!, ¡sí! —contestó Francisco Gaspar—, siga usted, ¡siga usted, amigo!

Y tosió con una expresión maliciosa que llenó de consternación a su compañero, al cual comenzaba a inspirarle alguna desconfianza el estado mental del ilustre Ozoux.

El buen Natividad no tardó en sentirse atormentado por otra preocupación. Aún no veían a ninguno de los viajeros que habían salido antes que ellos en persecución de los indios. ¡Cosa extraña! Este detalle no parecía alarmar a Francisco Gaspar que sólo se ocupaba en contemplar las bellezas de la naturaleza. ¡Subían!... ¡Subían!... ¡Ya sólo veían los picachos de la sierra y el cielo!... y el camino era cada vez más difícil... y trepaban por él haciendo zig-zags. Las muías y el caballo, inquietos, adoptan actitudes inverosímiles; algunos animales salvajes huyen delante de ellos... más lejos, algunas cabras parecen suspendidas en el espacio, con las cuatro patas apoyadas en la punta de una peña... Comienza a sentirse frío. Además, la escolta militar ha empezado nuevamente a lamentarse de la manera más nauseabunda. El “inspector superior” se ha visto obligado a recordar a aquellos guerreros

quichúas que se dirigen a la sierra por orden del “supremo gobierno”, pero ellos han contestado escupiendo groseramente en el suelo, que les importa tres pitos el “supremo gobierno”.

—¿Tiene usted confianza en esos hombres? —pregunta el ilustre académico.

—Tanta como en mí mismo —contesta Natividad, que jamás desconfía de nada.

—Pero, ¿de qué raza son?

—¡De la raza quichúa!... ¿De dónde quiere usted que saquemos nuestros soldados, si no los sacamos de entre los indios?

—¡Lo que es éstos no parecen tener vocación! —observó Francisco Gaspar.

—¡Es un error, “señor”, un error grandísimo! ¡Están satisfechísimos de ser soldados! ¿Qué serían si no fuesen soldados?

—¿Han solicitado serlo? —continuó el académico que, con gran asombro de Natividad, sacó del bolsillo su libro de memorias.

—¡Qué disparate, “ilustre señor”!... ¡Verá usted cómo nos arreglamos!... Es muy sencillo... Un destacamento recorre los pueblos del interior y se apodera a viva fuerza de los indios que no se han ocultado a tiempo... ¡Como es natural, a estos reclutas los llamamos soldados voluntarios!...

—¡Ah, ah, delicioso! ¿Y no temen ustedes que sus voluntarios les fusilen cuando les entregan el armamento?

—¡Oh, señor, en cuanto pasan unos días se acostumbran de tal manera a la disciplina que no se quieren volver a sus casas, y esos mismos indios se convierten en reclutadores implacables! Son muy buenos soldados. ¡Estos están de mal humor porque los llevamos a la montaña, pero se dejarían matar por Veintemilla!

—¡Vaya! ¡Tanto mejor! —murmuró Ozoux con gran filosofía.

Y añadió estas palabras que hicieron subir de punto el estupor del comisario:

—Mire usted, yo creo que se pueden marchar, porque de todos modos encontraremos a los indios.

Natividad dio un brinco. “Pero ¿qué clase de hombre es éste?” —se preguntó. Pero el camino atrajo en aquel momento toda su atención.

—¿Qué es esto? ¡Ah, ah, han acampado aquí!

En efecto; en el sendero que se ensanchaba bruscamente formando una especie de plazoleta, podían verse aún las huellas de la permanencia de una cuadrilla bastante numerosa.

En este rincón habían encendido fuego; en aquel otro habían comido. Latas de conservas y restos de vituallas cubrían el suelo. Allí había descansado indudablemente por primera vez la escolta de la “Esposa del Sol”. Natividad aceleró el paso.

—¡Lo raro es que aún no hayamos visto al marqués, ni a Cristobalito, ni a su sobrino de usted!

—¡Bah, bah, señor inspector superior, no se preocupe usted tanto — respondió flemáticamente el tío—; ya los encontraremos... un día u otro!

—¿Cómo?

—Digo que... ¡Ah... mi mula se niega a avanzar! ¡Arre, mula!

Decididamente Francisco Gaspar se había vuelto muy valiente. ¡Cuánto había cambiado desde su primer viaje a la Cordillera, desde su visita a Cajamarca! Entonces había estado ridículo. Ahora daba muestras de una serenidad heroica; iba a la cabeza de la caravana y se reía de la inquietud de sus compañeros de viaje.

Pero su mula seguía sin avanzar, no obstante los furiosos talonazos del jinete. El comisario se inclinó.

—¡El cuerpo de un llama!

Se detuvieron ante el cadáver del animal que interceptaba el camino. Natividad se apeó, tocó al llama, le levantó la cabeza, le examinó el hocico y encontró la herida de la cual había brotado la sangre, porque había sangre en los guijos, luego hizo rodar el cadáver hasta el abismo y volvió a montar en su mula.

—No hay duda —dijo—, es el llama que montaba Cristobalito. El niño no se ha separado de su montura hasta que ésta ha exhalado su último aliento.

Para excitarle le ha pinchado con su cuchillo y le ha hecho en el lomo una herida bastante profunda, porque el llama suele ser de ordinario perezoso.

—¡Pobre niño! —exclamó Natividad—. ¡Qué habrá sido de él!

—Tranquilícese, señor inspector. ¡No iba solo! Raimundo no le habrá abandonado... y aun suponiendo que mi sobrino le haya dejado solo, el marqués le habrá recogido seguramente.

—Es posible —confesó Natividad inclinando la cabeza.

—¿Montan ustedes en llamas?

—¡No! Sólo los niños, que suelen montar cuando el llama lo consiente. Sí, a los niños ricos se los compran con ese objeto. ¡Cristobalito tendría seguramente el suyo!

—¡Jamás hubiese creído que un llama fuese capaz de semejante carrera y de tal ligereza!

—¡Oh, no creo que éste haya formado nunca parte de esos rebaños que conducen los “arrieros”, los cuales los han acostumbrado a no ser otra cosa que bestias de carga! Debía ser un animal de lujo que no había perdido su viveza y su agilidad de cabra, a menos que no fuese un llama acostumbrado ya a llevar niños... ¡Y además, Cristobalito no debía pesar mucho!... Pero ¿en dónde encontró ese animal y en dónde encontró su caballo su sobrino de usted? ¡En las cuadras de la “hacienda”, sin duda! ¡De todos modos, bien lo lamento! ¡Si no hubiesen encontrado nada aún estarían con nosotros! ¡Y hasta el mismo marqués nos hubiera esperado! ¡Con tal de que no les haya sucedido una desgracia!

Al dar la vuelta a un peñasco que les cerraba el paso, se hallaron de pronto frente al marqués, montado en su caballo, y frente a Raimundo que iba a pie.

Cristobalito no está con ellos. Raimundo estaba pálido y el marqués lívido. Por lo menos así los vio Natividad, porque a Francisco Gaspar, que no tenía puestas las gafas, el semblante de los dos hombres no le pareció muy inquietante. Natividad les preguntó inmediatamente por Cristobalito.

—¡Los miserables me han robado mis dos hijos! —contestó lúgubrementemente el marqués.

He aquí lo que había sucedido:

El marqués montaba un caballo muy malo, y sólo con mil trabajos pudo hacer aquella enorme jornada. Durante la ascensión estuvo a punto, más de una vez, de abandonar su montura; pero la idea de que aún podía serle útil le hizo tener paciencia. En algunas ocasiones se vio obligado a apearse y a llevar al caballo de la brida.

Al fin, al amanecer, el bruto se mostró menos reacio y pudo cruzar la meseta en donde los indios habían acampado. Una vez allí buscó en vano un rastro, una indicación cualquiera de su hija. ¡Nada! ¡Nada; ni un indicio!... ¡Ah, la “Esposa del Sol” debía estar bien guardada!... Al fin llegó al sitio en que yacía el cadáver del llama que montaba su hijo. Ni por un instante pasó por su imaginación la idea de que el niño no estuviera con Raimundo; pero a pesar de ello continuó su camino, presa de la mayor ansiedad. Un poco más lejos lanzó una exclamación de sorpresa al ver a Raimundo. ¡Raimundo solo, Raimundo sin Cristobalito!... El novio de María Teresa explicó al desesperado padre la espantosa escena a que acababa de asistir. Ante todo, Cristobalito, en cuanto dejaron a su espalda las primeras lomas y entraron en la sierra, adelantó a Raimundo, hasta tal punto que el joven no tardó en perderle de vista. Dos horas después, Raimundo se quedó sin caballo, porque éste dio un paso en falso y rodó hasta el torrente, matándose.

No tuvo tiempo más que para tirarse al suelo por el lado contrario y asirse a un peñasco, del cual permaneció suspendido durante un instante; luego continuó a pie su caminata por aquel sendero de cabras, y al fin llegó al campamento en el cual los indios habían debido pasar las últimas horas de la noche, lo que le hizo abrigar la esperanza de que no estuviesen muy lejos... Siguió su camino, y de repente vio a Cristobalito rodar por el sendero con el llama.

Raimundo le llamó, y el niño le oyó, puesto que en cuanto se levantó volvió la cabeza, pero inmediatamente reanudó su carrera gritando:

—¡María Teresa! ¡María Teresa!

Y cuando el ingeniero, levantando los ojos, miró el camino que serpenteaba por la ladera del monte, vio a los indios y a las “mamaconas”.

El niño estaba muy cerca, y ellos parecían esperarle.

En efecto; en cuanto el chiquillo llegó al alcance del primer indio que caminaba a retaguardia, éste se inclinó y le izó hasta su silla, en tanto que el pequeño cautivo seguía gritando:

—¡María Teresa! ¡María Teresa!...

Raimundo se precipitó tras él, pero estaba muy lejos, y los indios en cuanto se apoderaron del niño se alejaron a buen paso. El ingeniero se detuvo, rendido, y pocos instantes después se reunía con él el marqués.

—Estas noticias no son malas —declaró Natividad en cuanto le pusieron rápidamente al corriente de los acontecimientos.

—Los indios van delante de nosotros. No podemos perder su pista. No tienen más remedio que pasar por Huancavelica. ¡Allí encontrarán quien les dé el alto! Tranquilícese usted, señor marqués.

El comisario hizo que un soldado se apease y cediese su montura a Raimundo. Cuando el soldado vio lo que querían de él, protestó indignado. Pero no le pidieron su opinión y siguió gruñendo mientras trotaba a pie detrás de sus compañeros.

Así llegaron a un sitio en donde el camino se bifurcaba. Uno de los senderos seguía subiendo, el otro bajaba para ir a desembocar bastante lejos a otro torrente que, como es natural, se dirigía hacia la costa. Raimundo, el marqués y todos sus compañeros habían tomado ya el sendero que seguía subiendo, cuando el soldado que iba a pie declaró que abandonaba la expedición y que se volvía a la “costa”; luego añadió que se quejaría al “supremo gobierno” de que el “inspector superior” se hubiese permitido quitarle su caballo. El comisario le contestó deseándole feliz viaje.

El soldado se alejó, pues, por el camino que bajaba a la costa, pero casi en seguida reapareció agitando un sombrero que acababa de encontrar en un peñasco.

—¡El sombrero de Cristóbal! —exclamó el marqués.

Y todos retrocedieron. Indudablemente aquel era el indicio más precioso.

El niño indicaba de esta suerte su camino; pero hasta este indicio hubiera resultado inútil a no haber quitado al soldado su montura. El marqués le entregó una moneda de oro, y el indio declaró que estaba dispuesto a dejarse matar por “el caballero”.

Pero Natividad estaba perplejo y temía que todo aquello fuese una estratagema de los indios para despistarles. Tomaron, pues, el camino de la costa adoptando antes todo género de precauciones, y hasta que encontraron la prueba real del paso de las mulas y de los caballos por la arena del torrente a cuya orilla caminaban, no se tranquilizó el comisario.

—¡Se han vuelto a la “costa”! —replicó—. Les habrán dicho que es imposible pasar por la sierra y llegar a Cuzco sin tropezar con las tropas de Veintemilla... ¡Pero si vuelven a la costa, son nuestros!... ¿Adónde han ido?... ¿A Cañete? ¿Y luego?... ¡Por lo pronto, dando este rodeo, han evitado el pasar por Chorrillos! ¡Pero será preciso que se detengan! ¡Han perdido la partida!...

Y reanudaron la marcha con mayor entusiasmo después de dejar descansar a las caballerías durante una hora.

El soldado montó a la grupa de uno de sus compañeros.

—¡Han perdido la partida! ¿Creía usted realmente que no podíamos ganarla? —preguntó quedamente Francisco Gaspar al comisario con una expresión un tanto enigmática.

—¡Ya lo creo que he tenido motivos para temerlo, “ilustre señor”! ¡Y en confianza, le diré que ya es hora de que la ganemos, porque no veré llegar sin angustia el último día del “Interaymi”, si para entonces esos miserables tienen aún en su poder a los hijos del marqués de la Torre!

—Pero ¿cree usted que también martirizarían al hijo?

—¡Más bajo, “señor”, más bajo!... ¡No hay un ser demasiado bello, demasiado tierno, demasiado joven ni demasiado inocente para “el Sol”! ¿Comprende usted?

—Casi, casi —replicó el tío—. Casi, casi...

—Si usted supiese los horrores de que son capaces... cuando se trata de derramar sangre sobre las losas sagradas... Ya ha visto usted que aún tienen los mismos sacerdotes que antiguamente...; no le hablo a usted de los

“ponchos rojos”, que son nobles quichúas a quienes reeligen cada diez años, sino de los tres gnomos, de los tres monstruos que se apoderaron de la “señorita”... Ellos, ya se lo he dicho a usted, son los encargados de proporcionar las víctimas y la esposa que ha de ser sacrificada... Si ha visitado usted nuestros cementerios le habrán enseñado momias verdaderamente horribles. En las “huacas” siempre se encuentran Juntos los tres monstruos, con sus enormes cabezas deformadas por las tabletas y las cuerdas de las “mamaconas”... Desde su más tierna infancia, los tres niños destinados al horrible ministerio, eran entregados a las “mamaconas” y las hechiceras les desfiguraban el cráneo para darles, las virtudes necesarias: el valor, la astucia, la sed de sangre... Nacidos el mismo día, debían morir al mismo tiempo. En cuanto uno de ellos sucumbía, los otros dos debían matarse junto a su tumba. Y cuando moría el rey, se mataban generalmente al comenzar la ceremonia fúnebre, para dar ejemplo a los principales servidores, a las esposas y a las concubinas. Los españoles presenciaron el sacrificio de mil personas, entre indios e indias, junto a la tumba de Atahualpa^[24]. Los tres monstruos guardianes del templo dirigían siempre estas matanzas. Hoy tenemos la prueba (la tenemos delante de nosotros), “corremos tras ella”, de que estos terribles dignatarios no se encuentran solamente en los cementerios... ¡Todavía existen!... En alguna parte, en el fondo de los Andes, no sabemos dónde, hay aún un lugar sagrado en el que las “mamaconas” siguen moldeando los tres cráneos de los guardianes del templo. ¡Y están constantemente en funciones!... Ya le he hablado a usted del rapto de María Cristina de Orellana, le he hablado también de cierto crimen “ritual” que quise castigar y al que tuve que “echar tierra”, por orden de la superioridad. Pues bien: ahora puedo decirle a usted, “señor”, que se trataba de dos pedazos del cuerpo de un niño, de un niño de cinco años, que encontré sobre una piedra en la cueva de un “rancho”, del cual acababan de huir los indios apresuradamente porque les habían anunciado mi llegada. ¡Le cortaron en dos, por la cintura, de una sola cuchillada, como el que corta en dos pedazos una avispa!... ¡Y “se bebieron su sangre”!... Pues bien, amigo mío, ¿quién estuvo a punto de perder su destino por haber descubierto este crimen? ¡El pobre Natividad!... ¡Ya se convencerán; ya no volverán a tratarme de imbécil!... Usted que es un sabio, ¿habrá oído hablar del “Templo de la Muerte”?... ¿Sí? Pues bien: ¿sabe usted cuántas víctimas se han encontrado en el Templo de la Muerte alrededor de la momia de Huayna Capac? ¡Cuatro mil; cuatro mil seres humanos, algunos de los cuales se sacrificaron voluntariamente, en tanto que a los otros los descuartizaron, los estrangularon

o los ahogaron en honor al muerto!^[25]. ¡Ahí tiene usted lo que pasaba en el Templo de la Muerte!... ¿Y en la “Casa de la Serpiente”? Pero prefiero no decirle a usted lo que sucedía en la “Casa de la Serpiente”...

—Otro día me lo dirá usted —respondió Francisco Gaspar—; pero permítame que le felicite. Todo lo que me dice usted es muy interesante. El Gobierno supremo ha tenido el acierto de darme por compañero de viaje al más interesante y más erudito de los comisarios. Tenga usted la seguridad, “señor inspector superior”, de que les estoy muy agradecido y de que les expresaré toda mi satisfacción.

—¿Qué quiere usted decir? —preguntó Natividad completamente aturdido.

—¡Nada, nada; era una broma!

Natividad, ofendido, espoleó su mula, en tanto que Francisco Gaspar, detrás, sonreía con ironía.

En aquella lamentable y trágica expedición honraba verdaderamente a la Academia francesa... Era el que daba menos muestras de cansancio.

Acostumbrado a vivir en las bibliotecas, no podía imaginar que estaba presenciando una tragedia real. Aquello le producía el efecto de una especie de expedición instructiva, organizada expresamente para él, para Francisco Gaspar, de la Academia, por los cuidados del Gobierno y de la Sociedad de Geografía, y destinada a proporcionarle asunto para sus obras.

Admitía aquellas costumbres en los tiempos pretéritos, pero el presente no llegaba a alarmarle. Tras serias reflexiones, se persuadió de que todo aquello terminaba bien. ¿No era ésta, por lo demás, la opinión de Natividad, cuyas monstruosas afirmaciones le parecían la evocación de un profesor de Historia, demasiado poseído del asunto?

Y aquella historia surgía a la sazón a cada instante ante ellos... Habían vuelto a la “costa”; las ruinas admirables de acueductos que hubiesen maravillado a los romanos, los restos del camino inca que atravesaba de un extremo a otro la América del Sur, desde Chile al Ecuador, aparecían ante ellos, entre torbellinos de un polvillo sofocante, cual nobles despojos de un pasado que parecía bien muerto. ¡Los Incas habían muerto! Y querían hacerle creer que los Incas de “entonces” los habían robado, para ofrecérselos a su dios, una joven y un niño de la época actual... ¡Vamos, se habían propuesto hacerle viajar por el país de los sueños... por el país de la quimera!... Pero al mismo tiempo pensó que se burlaban de él... Esta idea no le disgustó. “¡Ah, se burlan de mí! —pensaba sonriendo—. ¡Pues bien! “¡No me engañarán!”... ¡Veremos quién es el que se ríe más!”

EL ESCEPTICISMO DE FRANCISCO GASPAR

Cuanto más reflexionaba, más se convencía de que todos los que le rodeaban y los que le “precedían” se habían puesto de acuerdo para excitar su curiosidad y hacerle comulgar con ruedas de molino. Todo había sido hábilmente dispuesto por Raimundo, el marqués, María Teresa y Natividad. Francisco Gaspar recordaba perfectamente que la primera noche, cuando ocurrió el incidente del “colí”, María Teresa había tranquilizado a su padre, diciéndole que “su amigo Natividad se encargaba de todo”. Pues bien: su amigo Natividad se había encargado de todo una vez más. “¡Vaya una broma!...” Y procuraba no perder ningún detalle del paisaje. Llegaron a un pueblecillo situado al nivel de la sierra; como por arte de magia desapareció la molesta polvareda. Hallábase en medio de frondosos jardines que debían a un riachuelo nacido en la cordillera una bienhechora fecundidad. Francisco Gaspar hubiera pasado con gusto algunas horas en aquel oasis. Pero Raimundo, el marqués y hasta el mismo Natividad parecían como fuera de sí. Desde que estaban en terreno llano aceleraban el paso cuanto podían. El tío se guardó muy bien de protestar. Estaba decidido a hacerles creer hasta el último momento que habían conseguido engañarle. No se detenían más que para averiguar el camino que seguía la cuadrilla, y la tarea resultaba bastante difícil. No encontraban un alma. Las fiestas del “Interaymi” parecían haber despoblado el país. Y los pocos indios que se dejaban ver, mostraban a las primeras preguntas marcada desconfianza y hasta cierta hostilidad.

Era necesario armarse de paciencia y de dulzura y obsequiarles, además, con un “trago de aguardiente”, del cual los soldados llevaban siempre en su cantimplora abundante provisión. A veces, ni el dinero bastaba para desatarles la lengua. Aún al preguntarles las cosas más insignificantes, tropezaban con el sacramental “manatiancho” (no sé) o con un “no he visto nada, señor”. Afortunadamente, algunos mestizos se mostraron más complacientes y dieron toda clase de detalles acerca de la fuga de Huáscar y de sus compañeros. La

cuadrilla atravesaba la “costa” a todo escape. Sin embargo, los indios habían disimulado sus trajes de ceremonia que hubieron de lucir, por exigirlo el ritual, en la recepción de la Esposa del Inca. Iban de prisa, y nadie había visto si efectivamente llevaban consigo una mujer prisionera y un niño. Por otra parte, al oír estas últimas preguntas todos manifestaban la mayor sorpresa, y como si no comprendiesen lo que se les decía, no añadían una palabra más; volvían la espalda y se alejaban sin que fuese posible detenerlos. Huáscar llevaba a los viajeros dos horas de delantera, todo lo más, pero a cada nueva etapa ganaba terreno, no obstante toda la diligencia de sus perseguidores. Al fin llegaron a Cañete. El comisario no se explicaba aquella táctica que conducía a los indios hacia el mar, a una ciudad en donde tropezarían también con autoridades. Era ya de noche cuando Raimundo, siempre delante de todos, el marqués, el comisario, Francisco Gaspar y los soldados entraron en Cañete. Llegaron durante una fiesta nocturna que se celebraba entre el estruendo ensordecedor de los cohetes y el tumulto de una retreta.

La mayor parte de los indígenas estaban ebrios. Cañete es una ciudad pequeña, en la que resulta más notable aún que en cualquiera otra la mezcla de lo antiguo y lo moderno. Las chimeneas de las fábricas alternan con los acueductos construidos en la época de los Incas, y que aún hoy día distribuyen las aguas del río Cañete por las huertas de los alrededores.

Río arriba véñese todavía los vestigios de una gran fortaleza india que el virrey de la Manelova hizo demoler hace doscientos años, para emplear los materiales en la construcción del fuerte del Callao.

Allí, no obstante toda la autoridad del “gobierno supremo”, el espíritu de la raza india, sobre todo entre el pueblo, es todavía lo bastante poderoso para levantar la cabeza en épocas de trastornos políticos. Y a Natividad no le costó ningún trabajo comprender que estaban “en una época de trastornos políticos”.

Su primera visita fue para el “corregidor”, el cual le dijo que aquella fiesta se celebraba en honor de García, cuyos triunfos habían desencadenado el entusiasmo de la plebe.

Confirmábase, en efecto, que se había apoderado de Cuzco y hecho retroceder a las tropas republicanas. El comisario, por su parte, puso al “corregidor” al corriente de la terrible situación en que se hallaban los hijos del marqués de la Torre.

El “corregidor” se hizo el sueco.

Dio a entender que no creía aquella historia de aparecidos, y que si la cuadrilla de indios de que el comisario hablaba hubiese tenido semejante

crimen sobre la conciencia, jamás se hubiese atrevido a pasar por la ciudad.

—Pues no se pueden quedar en la sierra —dijo Natividad—; de modo que no tienen más remedio que ir a alguna parte. ¿Pensarán embarcarse; se propondrán ir por mar a Arequipa y desde allí dirigirse a Cuzco?

—¡Es muy posible! —se apresuró a responder el corregidor para desembarazarse del comisario—. En efecto, hoy han estado en las afueras de la población, se han provisto de víveres y han continuado su camino hacia Pisco. Una vez allí han podido embarcarse. Y además, ¿qué quiere usted que yo haga en su obsequio? ¡No dispongo de un solo soldado, de un solo agente! ¡Toda la policía se ha incorporado al ejército enviado contra García!

En aquel momento pasó por delante de las ventanas del “corregidor” una cabalgata extraña, una procesión en la que todos cantaban y bailaban, y al frente de la cual vio Natividad a sus cuatro soldados.

Abrió la ventana y les mandó retirarse; pero sus amenazas, en “nombre del gobierno supremo”, no produjeron efecto, y se separó del “corregidor” en un estado de ánimo de los más lamentables. ¿Iban a escapársele los indios en el momento en que creía tenerlos en su poder? Sin dar ninguna explicación a los desgraciados que le esperaban, les gritó:

—¡Vamos a Pisco!

Todos le interrogaron. El no quiso responder a ninguna pregunta.

Ni el mismo Francisco Gaspar, que quería saber si aquella fiesta del “Interaymi” tenía, entre el pueblo bajo, la misma significación de la del 14 de Julio en Francia, logró obtener respuesta.

El marqués, al enterarse de que los indios se dirigían a Pisco, pensó que aquella espantosa situación iba a terminar al fin. En Pisco no sería un desconocido, aunque sólo había estado allí dos o tres veces; pero a su hija le conocían en la población perfectamente, porque iba con mucha frecuencia a vigilar sus depósitos de guano, a visitar los almacenes del puerto y a inspeccionar los trabajos de los “colíes” en las islas Chinchas, que están enfrente. Allí tenía empleados, amigos; el marqués de la Torre era considerado allí como un personaje, por los negocios que en Pisco hacía su hija. Ya sabría él cómo hablar al “corregidor”. Llegaron a Pisco rendidos, con las caballerías reventadas. Contrastando con la agitación enfermiza de sus tres compañeros, Francisco Gaspar mostraba una calma estupenda, con cierto airecillo de inteligencia que le hubiera hecho pasar por loco si hubieran tenido tiempo de observarle. En Pisco, el entusiasmo del pueblo era aún mayor que en Cañete.

Acababa de llegar la noticia de la toma de Cuzco.

El marqués se puso al frente de la pequeña fuerza y la guió hacia sus almacenes, en donde creía encontrar algún empleado que le daría detalles acerca de la llegada y la salida de los indios; pero los almacenes estaban desiertos y no encontró en ellos alma viviente.

—¡A casa del “corregidor!” —ordenó.

Los cuatro viajeros acababan de entrar en la ancha y única calle que conduce al “arenal”, inmensa plaza en la que se hunde uno en arena hasta el tobillo, cuando les cerró el paso una inmensa fogata triunfal. Los indios quemaban hoja sagrada del maíz, siempre en honor de García, exponiéndose a prender fuego a las casitas de un solo piso, pintarrajeadas de blanco y azul habitadas por los mestizos ricos de la provincia que habían huido para no comprometerse.

La parte del vecindario que se dejaba ver estaba enloquecida por el alcohol y los cohetes. Habían saqueado una fábrica de “pisco”, aguardiente de mucha fama que ha tomado el nombre de la ciudad y que se hace de una especie de uva. Excitados por la bebida, los indígenas iban a buscar a la fogata manojos de hojas de maíz inflamados, con los que se golpeaban unos a otros gritando en “aimara”:

—¡Que el mal huya de ti! ¡Que el mal huya de ti!

Y algunos se hacían espantosas quemaduras, de lo cual ni siquiera parecían darse cuenta en medio de su exaltación.

Natividad vio un mestizo que estaba apoyado en el quicio de una puerta, inmóvil y triste, porque sin duda tenía algo que perder en aquella fiesta: su casa, que podía quemarse; su bodega, que tal vez fuese saqueada.

Le preguntó en dónde podría ver al corregidor.

El mestizo le respondió sencillamente:

—¡Sígueme!

Y todos le siguieron. Y él los llevó por una acera de madera que comenzaba a arder, hasta el “arenal”, frente a la iglesia.

Adornaban aquella plaza cuatro palmeras raquílicas. En torno a una de ellas bailaba el populacho... y al pie de aquella palmera una hoguera comenzaba a alargar sus lenguas de fuego que la grisácea luz del día hacía palidecer.

De una rama de la palmera pendía un bulto. El mestizo indicó aquel bulto al “inspector superior”.

—Ahí tiene usted al “corregidor” —dijo.

Natividad, el marqués y Raimundo se detuvieron mudos de horror. Entonces el mestizo habló al oído a Natividad, y éste se alejó aterrado.

—¡Huyamos, huyamos! —gritó aterrado a sus compañeros.

—Pero ¿qué pasa? —preguntó con flema Francisco Gaspar, abriendo el compás de sus largas piernas.

—Pasa... “¡que se lo van a comer”!...

—¡No es posible! —replicó Francisco Gaspar, sonándose para disimular su sonrisa. Pero el comisario no estaba en disposición de admirar tan pasmosa serenidad. Natividad huía realmente, porque no tenía ningún interés en ser testigo de una escena que aún se recordaba con horror en Lima. Pensaba en el trágico fin de los hermanos Gutiérrez, usurpadores de la presidencia.

Elevados al Poder por la plebe, fueron asesinados en la calle por esta misma plebe, colgados luego en la Catedral y, por último, “devorados por el populacho, que había encendido una hoguera en la plaza pública para asar a sus presidentes”^[26].

El marqués y Raimundo apenas podían seguir al comisario; Francisco Gaspar cerraba la marcha murmurando para sí:

—¡No me asustarán con su pelele!

LIBRO CUARTO

EL DICTADOR

En Arequipa era día de fiesta. El vecindario de la ciudad y el de la campiña se agolpaba en la espaciosa plaza pública y en las calles de alrededor para presenciar la entrada triunfal del vencedor de Cuzco, el bizarro general García, a quien llamaban ya “el buen dictador”, el cual había prometido a sus partidarios que antes de quince días habría purgado al país del presidente Veintemilla, de las Cámaras y de todo el sistema parlamentario que, según él, había arruinado al Perú.

Los arequipeños estaban perfectamente preparados para oír este lenguaje. La política había dominado siempre en aquella ciudad; allí habían nacido todas las revoluciones. Terriblemente turbulentos, los vecinos de Arequipa pensaban que llevaban mucho tiempo sin ver un “salvador” a caballo. Por esta razón, ya que aquel día debía presentarse ante ellos con su más lucida escolta, ellos se pusieron sus mejores vestidos. Las mujeres eran las que daban muestras de mayor presunción. Llevaban rosas en la cabeza y tenían además las manos llenas de flores, destinadas éstas al héroe. Los indios, después de vender sus gallinas en el mercado, se sumaron en gran cantidad a la corriente que arrastraba a todo aquel gentío hacia el camino seguido por el vencedor.

La plaza principal parecía haber restaurado, para aquella solemnidad, las ruinas de sus porches algo excesivamente zarandeados por el último temblor de tierra, o por lo menos las había ocultado con tapices vistosos, banderas, gallardetes y guirnaldas. Las vetustas torres, llenas de grietas, de las iglesias, las historiadas ventanas, las macizas puertas y las floridas galerías, estaban atestadas de gente. Por encima de la ciudad, el Misti, uno de los volcanes más altos del mundo, erguía una caperuza completamente nueva, resplandeciente por la nevada de aquella noche. Y, de improviso, empezaron a repicar las campanas y los cañonazos rasgaron los aires. Luego hubo un gran silencio.

Después se oyó ruido de trompetas. Y mil aclamaciones se alzaron hasta el cielo. Era que comenzaba el desfile de las tropas... Al contrario de lo que

pasa en Europa en donde la impedimenta de un ejército sigue a éste, en Arequipa abría la marcha. Y, jamás derrota alguna podrá dar idea de lo que era el desfile de las extrañas cuadrillas que precedían al ejército: indios tirando de bestias cargadas de equipajes, de fusiles rotos, de utensilios de cocina y de vituallas; y a continuación, todo un regimiento de mujeres encorvadas bajo el peso de los morrales repletos de armas, de niños en mantillas o de provisiones.

A todos los aclamaban: hasta a los llamas portadores de gloriosos trofeos, hasta a las mujeres, las rabonas, como allí las llaman. Procedían de Bolivia, porque era Bolivia la que solapadamente prestara estos preciosos auxiliares a García. Las rabonas son una institución admirable que sacaría de apuros a más de una intendencia europea^[27]. El equipo del soldado en campaña comprende en América, no sólo el armamento militar, sino además una mujer que le acompaña a todas partes, que le procura las provisiones, que le prepara la comida, que lleva su equipaje y que atiende a su subsistencia.

Cuando hubieron pasado las últimas rabonas, les llegó la vez a las tropas, al frente de las cuales, como es natural, iba García. Montado en un soberbio caballo y vestido con un uniforme resplandeciente, brillaba como una estrella de primera magnitud en medio de la constelación de un lucido estado mayor. Muy alto, su cabeza y su largo plumero descollaban entre los generales y coroneles que a su lado cabalgaban. Su enorme penacho multicolor ondeaba orgullosamente al viento. Acompañábale un estrépito ensordecedor de bélicos clarines. Era apuesto, arrogante, admirable. Estaba contento. Se retorció el bigote negro y enseñaba los blancos dientes. Llevaba unas botas que relucían como espejos.

Cuando pasaba bajo los balcones, sonreía a las damas. Estas le llamaban por su nombre de pila: ¡Pedro! Y le arrojaban flores que se arrancaban del pecho o le espolvoreaban por completo con hojas de rosa. Así dio, lentamente la vuelta a la plaza por dos veces. Luego se detuvo en el centro, entre dos cañones, con su estado mayor detrás y delante de dos indios que enarbolaban su pendón, compuesto de cuadraditos de tela de diferentes matices. Estos indios llevaban un sombrero todo cubierto de plumas de colores vistosos y sobre los hombros tenían una especie de sobrepelliz. A cada instante tremolaban su extraña bandera, en señal de la adhesión y de la sumisión de todas las tribus indias al nuevo gobierno.

Entretanto, formaban alrededor de la plaza quinientos infantes y doscientos jinetes. Algunas muchachas, ataviadas con flotantes túnicas y

luciendo los colores de García, se adelantaron entonces hacia el general llevando en las manos las coronas que iban a ofrecer al vencedor.

Le endilgaron un breve cumplimiento que él escuchó sin dejar de retorcerse el bigote y enseñando los blancos dientes. También movía ligeramente la cabeza con un gesto de protección. Cuando terminaron, se inclinó galantemente, cogió las coronas y se las ensartó todas en el brazo, como hubiera hecho un panadero con sus roscones. Y levantó aquel glorioso brazo para imponer silencio.

Todo calló, en la tierra y en los cielos.

Entonces gritó el dictador: “¡Viva la libertad!” lo que le valió una ovación enorme. Levantó nuevamente el brazo de las coronas. Escucharon. El general comenzó a exponer su programa: “¡Libertad para todo, excepto para el mal! ¿Con semejante programa, nos hace falta el parlamento?” —¡No! ¡No! ¡No! —rugió la multitud enloquecida—. ¡Viva García! —Y, naturalmente, enviaron al diantre a Veintemilla: “¡Muera! ¡Muera Veintemilla! ¡Muera! ¡Muera el ladrón de salitre!”^[28], porque acusaban a Veintemilla de haber hecho algunos chanchullos en las últimas concesiones de fosfatos.

García era un orador. Quiso probarlo una vez más y contó en unas cuantas palabras históricas su admirable campaña y cómo acababa de combatir con las tropas de “los ladrones de salitre”, en la llanura de Cuzco, ayudado por sus valientes soldados.

Para que todos le oyesen y le vieses, se alzó sobre los estribos; pero —acontecimiento increíble, indigno de la divinidad que hubiese debido procurar que nada turbase tan hermosa fiesta— en aquel momento comenzó a caer un espantoso chaparrón.

Hubo un amago de desbandada general.

Los que estaban bajo las galerías no se movieron, pero los demás corrieron en busca de un abrigo. Hasta los mismos infantes se dispersaron. En cuanto a los jinetes, que eran una especie de húsares, echaron pie a tierra a toda prisa, despojaron a sus caballos de las sillas y se las pusieron en la cabeza, a manera de paraguas. Las mujeres, las “rabonas”, se levantaron las sayas en forma de campana sobre sus rodetes. García estaba furioso al ver semejante tumulto en lo mejor de su triunfo.

El chaparrón no le había hecho retroceder un paso y amenazó con la pena de muerte inmediata al general y al coronel que hicieran además de abandonarle. Se dieron por advertidos y aguantaron la ducha. García ni siquiera se había dejado caer sobre su silla. Siempre erguido, siempre de pie sobre sus estribos, clavaba en el cielo una mirada terrible. Y le enseñó el

puño, aquél del cual pendían las coronas. Entonces el jefe del Estado Mayor se acercó a él, hizo tres veces el saludo militar, y le dijo:

—¡Excelencia, no es el cielo el culpable! “¡El cielo jamás se hubiese atrevido!” El culpable es su excelencia, que ha atraído a las nubes con sus cañones. Los cañones de su excelencia son los que han revuelto el tiempo.

—¡Tiene usted razón! —exclamó García—. ¡Y puesto que los cañones han hecho el daño, yo les ordeno repararlo!

Inmediatamente, por orden suya se colocó la batería en la posición conveniente y comenzó el fuego bajo las nubes hasta que los elementos se aplacaron, lo que no tardó en suceder. Entonces dijo con voz sonora:

—¡He vencido a los elementos!

Y dio orden de romper filas^[29].

VENGO A BUSCAR AL AMO DEL PERÚ

En un rincón de la inmensa plaza de Arequipa, en una de las ventanas del hotel del Jockey Club, que era una especie de parador para arrieros, el marqués de la Torre y Natividad asistían con impaciencia al triunfo del dictador. Hubieran dado cualquier cosa por que la ceremonia terminase cuanto antes, porque García era ya su única esperanza.

En Pisco habían adquirido la certidumbre de que la escolta de la “Esposa del Sol” se había embarcado en un remolcador que pertenecía al marqués y que servía de ordinario para llevar las barcazas cargadas de guano desde las islas Chinchas al Callao, lo que probaba una vez más que desde hacía mucho tiempo venían preparando el golpe, sin descuidar el menor detalle, y que se habían servido de los indios despedidos por María Teresa, que estaban enterados de todo lo concerniente al servicio de almacenes y de navegación.

El “paseíto” que los “ponchos rojos” habían dado por la sierra no había tenido otro objeto que despistar, pero el viaje lo habían dispuesto por la costa para ir, después de trasladarse por mar de Pisco a Moliendo, a la ciudad de Arequipa, desde donde debían dirigirse a Cuzco.

Embarcados a su vez el marqués, Raimundo, Francisco Gaspar, siempre tranquilo, y Natividad que comenzaba a desesperar de todo, se hicieron llevar a fuerza de oro a Moliendo, tomaron después el ferrocarril y llegaron a Arequipa algunas horas después que los ponchos rojos.

Halláronse en una población en la que todo andaba manga por hombro y en la que nadie se tomaba el trabajo de responder a sus preguntas. Y como por una verdadera casualidad reconocieran desde lejos a Huáscar que se paseaba tranquilamente por aquella ciudad en connoción, le siguieron y descubrieron la casa en donde estaban presos María Teresa y su hermano.

Era una casita de adobes, que se alzaba al final de una calle, a la entrada de la “campiña”, a orillas del río Chile. Diez ponchos rojos armados montaban la guardia alrededor de la casucha. El marqués y Raimundo ni

siquiera pudieron acercarse. A unos cuantos metros de la casa vieron aparecer algunos guardias que les invitaron a retirarse.

¡De modo que los mismos soldados de García velaban por la “Esposa del Sol”!

Aquello era inconcebible.

—García no sabe, indudablemente, lo que pasa —dijo el marqués—; de lo contrario, hubiera arrebatado inmediatamente mi hija a esos salvajes. ¡Le conozco! Tiene sus defectos, pero es un hombre civilizado. Me pidió la mano de mi hija... ¡Vamos a buscarle!

Pero Raimundo no quería separarse de la casa en donde estaba María Teresa. ¡Si le hubiesen escuchado no hubiesen esperado la intervención de García y se hubieran hecho matar como pajaritos!... Al fin Natividad consiguió hacérselo comprender. En estos tiempos de revueltas, eso pronto se hace. ¡Pin! ¡Pan!... dos, tres cadáveres más en el río Chile no le harían salirse de madre, y tampoco habrían de salvar a María Teresa y a su hermanito... Raimundo prometió no hacer locuras y se deslizó en una embarcación, en la que permaneció inmóvil con los ojos fijos en la puerta por delante de la cual pasaban y repasaban, arma al brazo, los ponchos rojos y los soldados. El marqués y Natividad regresaron a la única posada en que habían podido encontrar un cuarto, y se hicieron servir algo de comer mientras esperaban impacientemente la llegada de García. Cuanto más reflexionaba, mayor era la confianza de Cristóbal. En el fondo estaba en muy buena armonía con García. Y además le prometería su apoyo y el de sus amigos. Sería su agente en Lima. En fin, un hombre civilizado no podía consentir que se realizase semejante crimen.

Natividad era, naturalmente, de esta opinión. La idea de ser presentado al vencedor de Cuzco no le desagradaba. Ciertamente, no pronunciaría palabras que pudiesen comprometerle, pero siempre es bueno conocer a los que pueden llegar a ser los amos.

En cuanto a Francisco Gaspar, se había perdido o, mejor dicho, le habían dejado en contemplación ante la altiva silueta del Misti, y no le habían vuelto a ver.

Seguramente estaría metido en algún rincón, tomando notas sobre la entrada triunfal del nuevo dictador.

García, en todo el esplendor de su gloria, desagradó profundamente al marqués, que amaba el boato, pero que no por ello dejaba de tener gustos delicados.

—No le hubiese creído tan farolón —dijo a Natividad—; en Lima era más sencillo, pero siempre pensé que tenía sangre de mestizo en las venas.

—El éxito le ha hecho perder la cabeza —observó Natividad—. No sabe colocarse en el justo medio.

—¡A pesar de todo, me devolverá mis hijos! —afirmó el marqués.

Cuando García salió de la plaza, echaron a andar detrás de su Estado Mayor, después de haber dicho dos palabras al fondista. A la entrada de la calle en donde se alzaba el palacio del dictador los detuvieron, pero el marqués mostró tanta altivez, tanta insolencia y tanta impaciencia, habló con tanto aplomo de su amigo García, que acabaron por dejarles pasar a él y a Natividad, a quien el marqués llevaba cogido de la mano.

En el Cuerpo de guardia el marqués entregó su tarjeta. El oficial volvió en seguida rogando a aquellos “caballeros” que le siguieran. No se lo hicieron repetir. En todas partes había soldados, pero muchos estaban fatigados, y el marqués y Natividad tuvieron que saltar más de una vez por encima de los militares que dormían en los escalones de la escalera de honor, con el fusil entre las piernas.

Al fin el oficial empujó una puerta y se encontraron en la alcoba de su excelencia, que presidía en aquella estancia un Consejo de ministros nombrados el día anterior. Algunos de aquellos elevados funcionarios estaban sentados en la cama, otros en la mesa y hasta en un lío de ropa sucia. Así se discutían los asuntos más graves.

Fueron recibidos más que cortésmente. García, que estaba inclinado sobre una jofaina, y que, en mangas de camisa, se disponía a afeitarse, corrió inmediatamente al encuentro del marqués, haciendo caer en torno suyo una lluvia de burbujitas de jabón. Se disculpó:

—Dispéñeme, señor. ¡La sencillez antigua! ¡La sencillez antigua!... ¡Le recibo a usted en mi cuarto como a un amigo... porque supongo, querido marqués, que vendrá usted a verme como amigo, como amigo del nuevo Gobierno! Permítame que se lo presente.

Empezó por el ministro de la Guerra, que estaba a caballo en el almohadón de la cama, y acabó por el ministro de Correos y Telégrafos, un feísimo mestizo que mascaba hojas de coca sentado en el lío de la ropa sucia.

—Como usted ve, no nos andamos con etiquetas. Yo soy un hombre de la madera de Catón. ¡La antigüedad, no hay como ella para formar hombres! ¡Los buenos “padres” nos lo enseñaban, y he recibido una excelente educación!

Muy campechano, lanzó una carcajada, les rogó que se sentasen donde pudieran y continuó:

—¡Ya comprenderá usted que toda la faramalla, toda la etiqueta es para el público, para el pueblo! ¡Es necesario deslumbrar al pueblo! ¡Si no deslumbramos uno al pueblo, es hombre al agua, marqués!

Ceceaba un poco y revolvía a uno y otro lado unos ojos negros enormes. Parecía un coco para asustar a los niños. Pero su aspecto funambulesco no le impedía ser magnánimo como Héctor y astuto como un mono.

—¿Han presenciado ustedes la revista? ¡Qué soldados!, ¿eh? ¡Qué ejército! ¡Y si le vieran ustedes al entrar en fuego! ¡Pin!, ¡pan! Tan alegres como si estuvieran disparando cohetes. ¡Y la lluvia! ¿Vieron ustedes cómo cesó la lluvia?... ¿Qué dicen de mí en Lima, marqués?

Aquella verbosidad era una táctica. Mientras hablaba estudiaba al marqués y examinaba también a Natividad, aunque no lo pareciese...

Trataba de adivinar sus pensamientos, preguntándose si no los habría enviado Veintemilla como embajadores, y calculaba ya su respuesta en el caso de que le prometiesen la amnistía o le hiciesen proposiciones de paz con la oferta remuneradora de algún importante Gobierno. Y decidió rechazarlo todo, dispuesto a arriesgar hasta su último “sol” (era muy rico) y su vida, por de contado.

El marqués pudo al fin hablar:

—¡He venido a buscar al amo del Perú!...

Al oír estas palabras, García, que aún no había acabado de lavarse, levantó la cabeza y miró al marqués por encima de la toalla con que se enjugaba el rostro, demasiado moreno efectivamente, para un hombre de “pura raza”... “El amo del Perú...” García sabía que el marqués de la Torre era amigo de Veintemilla... ¿Qué querían decir aquella visita y aquella frase?... Y se propuso estar sobre aviso. Natividad, por su parte, al oír al marqués, bajó la cabeza, más rojo que una cereza. “Estoy definitivamente comprometido”, se decía, y lamentaba haber dado aquel paso.

El marqués repitió:

—He venido a buscar al amo del Perú para pedirle a él que todo lo puede, a él cuya divisa es: “¡libertad para todo, excepto para el mal!”, que me devuelva mi hija y mi hijo que me han sido robados.

—¡Qué dice usted! —exclamó García—. ¡Qué dice usted! ¡Le han robado sus hijos; es un crimen abominable que será castigado con la muerte de los culpables! ¡Se lo juro a usted! ¡Pongo por testigo a mi antepasado, Pedro de la Vega, que dio su vida por la noble causa de la religión luchando contra los

infieles el año de gracia de 1537, en que recibió diez y siete heridas en la batalla de Xauxa, combatiendo al lado de su pariente de usted, marqués, el ilustre Cristóbal de la Torre!

El marqués había afirmado siempre en el círculo de sus amistades que García no descendía de aquel Pedro de la Vega, y García sabía cuál era, acerca de este punto, la opinión del marqués; pero éste no se cuidó de exponerla nuevamente en aquel momento.

—¡Precisamente esos infieles son los que me han robado mi hija!...

—¿A María Teresa? ¿Qué me dice usted? ¡Los infieles!, ¿qué infieles?

—¡Excelencia! Ya conoce usted a mi hija María Teresa. Los indios quichúas se han apoderado de ella en mis almacenes del Callao...

—¡Miserables, bandidos!

—Al comenzar la fiesta del “Interaymi”, para sacrificarla en su templo, como sacrificaban antiguamente a las “Vírgenes del Sol”...

—¿Cómo... qué? ¿Qué dice usted?... ¿Sacrificar a la señorita?... ¿Quién le ha dicho a usted eso?... ¡Es mentira; no es posible!...

—Pero, excelencia, estoy seguro de que me la han robado... Permítame usted que le presente al señor Natividad, inspector superior de policía en el Callao, un hombre que, lo mismo que yo, se consagrara por completo a usted y que lo ha presenciado todo. ¡Hable usted, Natividad!...

Anonadado por la presentación del marqués. Natividad confirmó lo dicho por su amigo con algunas palabras vagas y tímidas. Parecía haber perdido la cabeza. Se decía: “¡De esta hecha, si García ne se mete a Veintemilla en el bolsillo, no me queda otro recurso que marcharme a Bolivia!...”

—Pero bien: ¿por qué viene usted a decirme eso? ¡Le han robado a su hija en el Callao! ¡Yo no soy responsable de ese rapto! ¡Veintemilla es “aún” el amo del Callao! ¡A Veintemilla es a quien debe usted quejarse! ¡Yo, desgraciadamente, no puedo hacer nada por usted! —suspiró hipócritamente García, que no tenía el menor deseo de mezclarse en semejante asunto, ya que su intervención podía acarrearle disgustos con los quichúas, sus partidarios y aliados.

—¡Excelencia; mi hija y mi hijito —porque Cristobalito está también en su poder— se encuentran aquí, en esta ciudad, y la casa transformada en prisión de mis hijos está custodiada por soldados de usted!

—¡Es imposible, lo sabría yo; y si por un misterio que es necesario aclarar, fuese así, no necesito decirle a usted, marqués, que ha hecho bien en venir a buscarme!

—¡Ya conocía yo su generosidad, excelencia; ya sabía yo que no acudiría a usted en vano! ¡Mis hijos están salvados, nunca lo olvidaré, y puede usted contar conmigo y con todos mis amigos de Lima, excelencia! ¡Y el señor (señalando a Natividad) tiene también muchos amigos! ¡Toda la policía del Callao es partidaria de usted! ¡Espera impacientemente su llegada!... ¡Excelencia, dispéñeme!... No podemos perder un solo instante... ¡Acompáñeme hasta las puertas de la ciudad, hasta Río Chile, y mi fortuna y mi vida son suyas!

—¡Me es imposible moverme de aquí —repuso el dictador suspirando—; espero al cónsul de Inglaterra, que me ha pedido una entrevista, pero pongo a las órdenes de usted a mi ministro de la Guerra, que le acompañará y le será tan útil como yo, querido marqués!

Dicho esto “silbó” a “su” ministro de la Guerra, que se levantó de bastante mala gana.

—Ve a ver lo que pasa a orillas del Río Chile —le dijo García—, y vuelve pronto a decirme lo que hayas visto. ¡En confianza, señores, les diré a ustedes que me parece que les han engañado, pero tengan la seguridad de que les ayudaré cuanto pueda en esta extraña aventura!

Y abrió él mismo la puerta para dar a entender que la audiencia había terminado.

El marqués, a falta de García, arrastró rápidamente tras sí al ministro de la Guerra, cuyas enormes espuelas despertaban, con su tintineo, los ecos de la escalera de honor. Natividad les seguía. García cerró la puerta.

—¿Qué nueva complicación será esta? —se preguntó en voz alta, visiblemente contrariado—. Apuesto a que Oviedo Runtu anda por medio. ¡Si es verdad que ha robado a la señorita de la Torre, no adelantarán mucho nuestros asuntos en Lima!

Abrióse la puerta y un oficial anunció al cónsul de Inglaterra. Este se presentó dirigiendo al vencedor mil cumplimientos. Era un rico comerciante de la localidad, que había provisto de víveres al ejército y que había conseguido que García le hiciese algunos pedidos, prometiéndole el apoyo de Inglaterra. García elogió una vez más sus tropas y con este motivo el cónsul declaró que los soldados nada son sin un buen general. García se inclinó, pero el otro, deseando extremar su cumplimiento, tuvo la torpeza de añadir:

Porque aquí para entre nosotros, excelencia, ya conocemos esas tropas quichúas, no valen nada, y si no hubiesen sido por usted...

—¿Que mis tropas no valen nada? —rugió García. ¡Sabe usted, señor cónsul, las marchas que han hecho por la sierra después de un combate

terrible?... ¡Y cualquiera lo hubiese dicho esta mañana!... ¿Ha visto usted renquear a alguno de mis soldados?...

—¡No!, ¡pero todos están durmiendo en la escalera! —replicó el cónsul.

—¡Mis soldados durmiendo en la escalera!...

DEVUÉLVAME USTED MIS HIJOS

El general abrió la puerta y corrió a asomarse a la escalera de honor. Allí vio tumbada toda su escolta que “roncaba como un solo hombre”. En el acto la despertó con una voz de trueno que despabiló a los pobres húsares. Creyeron que había llegado su última hora. García, pálido de rabia, llamó al oficial y le mandó reunir todos sus hombre en el rellano. La puerta de la alcoba había quedado abierta.

—¡Mis soldados no duermen nunca! —gritó García al cónsul de Inglaterra—. ¡Mire usted a esos hombres, señor cónsul, y dígame si tienen ganas de dormir! Un poquito de gimnasia, muchachos, ¿eh?... ¡Vamos, uno, dos!... ¡uno, dos!... ¡paso gimnástico! ¡Y “saltad todos por la ventana”!

Su brazo terrible les señalaba la ventana de la alcoba que estaba a unos cinco o seis metros de la calle empedrada de agudos guijos. Daba miedo verle. Los soldados no vacilaron. Todos saltaron; sólo quedó en la estancia el oficial.

—¡Bien, comandante, es preciso que vaya usted a reunirse con sus hombres!

Y como el comandante vacilase, le cogió por debajo de los brazos y le tiró a la calle. El cónsul de Inglaterra, los ministros y García, que se reía muy satisfecho, se asomaron a la ventana.

Abajo, los soldados que habían saltado sin hacerse mucho daño, recogían a tres de sus camaradas que se habían roto las piernas; en cuanto al comandante, se lo llevaban en aquel momento. Se había fracturado el cráneo^[30].

Apenas terminó este ejercicio cuando llegó el ministro de la Guerra, siempre seguido del marqués y de Natividad.

—¿Qué hay? —preguntó García cerrando la ventana.

—¡Se trata de los “ponchos rojos!” —respondió el ministro guiñando el ojo a su ilustre amo—. Oviedo Runtu es el que les ha dado orden de custodiar

la casa y el que se ha llevado allá algunos soldados para que los ayuden en caso de necesidad. Por lo demás, los “ponchos rojos” saldrán de Arequipa para Cuzco mañana por la noche.

—¿Y qué? —interrogó García retorciéndose nerviosamente su enorme bigote...

—¡Pues que no saben una palabra del rapto de la joven y del niño!

—Excelencia, es preciso registrar esa casa —exclamó el marqués que había perdido la sangre fría—. Es preciso registrarla de arriba abajo; ¡los miserables tienen escondidos allí a mis hijos!... ¡no hay un instante que perder!... ¡No consentirá usted que esos fanáticos se lleven a mis hijos a Cuzco!... ¡Ya ve usted de lo que son capaces!... ¡Lo que se proponen es espantoso!... ¡Dentro de unos días terminarán la fiestas del “Interaymi” y el horrible sacrificio se habrá consumado!... ¡Es un padre, un amigo quien se lo suplica a usted!... ¡El general García no consentirá que empañe su gloria un crimen tan espantoso!... ¡Los nobles peruanos jamás le perdonarían el haberse convertido, aunque inconscientemente, en cómplice de semejante horror; jamás le perdonarían el no haber hecho, por lo menos, cuanto estuviese en su mano para impedirlo!... ¡En fin, excelencia, se trata de la vida o la muerte de mi hijo Cristóbal, el heredero de una familia ilustre que ha luchado siempre por la civilización al lado de la de usted!... ¡Y de mi hija, a quien usted amaba!...

Esta última consideración tal vez no hubiese hecho una impresión muy profunda en el ánimo del general que, como todos los grandes hombres, se jactaba de no mezclar los asuntos del corazón con los de la política, pero había sido precedida de una frase que le conmovió vivamente: ¡“el heredero de una familia ilustre que ha luchado siempre por la civilización “al lado de la de usted”! Estas palabras le hicieron olvidar todo lo demás. García se volvió bruscamente hacia su “ministro de la Guerra”.

—¡Pero algo habrás visto!... ¡Habrás entrado en esa casa!

—¡No; excelencia! ¡Imposible!... ¡Esa casa es “terreno vedado!” Los “ponchos rojos” y las “mamaconas” llevan consigo las “huellas sagradas” que han ido a buscar a Cajamarca y que llevan a Cuzco para celebrar la fiesta del “Interaymi”! ¡Si yo violase esa casa, todos nuestros soldados quichúas, advertidos por los que la custodian por orden de Oviedo Runtu se sublevarían!

—¡Dejadnos! —murmuró García poniendo a todos sus ministros a la puerta del cuarto (un fruncimiento de sus cejas bastó para hacerles desaparecer). Y se quedó solo con Natividad y el marqués que temblaba de

ira, de dolor y de impotencia, y que no conseguía reprimir sus lágrimas ardientes.

—¡Marqués, si es cierto que sus hijos de usted están en manos de esos miserables, es una desgracia espantosa, porque no puedo hacer nada por usted!

El marqués recibió el golpe, y al pronto creyeron que se iba a desmayar. Se apoyó en la pared y sollozó.

—Escúcheme usted, García —articuló al fin—. Si ese crimen se consuma, yo le hago a usted responsable de él ante el mundo civilizado. La sangre derramada caerá sobre su cabeza. ¡El Perú no se lo perdonará nunca!

Luego cayó de rodillas y sollozó:

—¡Devuélvame usted mis hijos!

García se precipitó hacia él y le levantó entre sus fuertes brazos como hubiese podido levantar a un niño. Pero el marqués se había rehecho ya, se escurrió de entre sus manos como una anguila, se afirmó sobre sus piernecillas y le gritó:

—¡Déjame!... ¡déjame!... no eres más que un general de asesinos...

García palideció. Natividad, aterrado, creyó que iba a devorar al marqués, porque se oyó el castañeteo de las mandíbulas. Cristóbal no teniendo más que añadir a semejante injuria, se dirigió a la puerta, esperando por lo demás, que el otro le hiriese, le asesinase por la espalda. De repente, el acento ceceoso y dulce del dictador le sorprendió y le hizo detenerse.

—No se vaya usted aún, marqués, no puedo hacer nada por usted, pero puedo darle un buen consejo.

Cristóbal se volvió; el general le hacía seña con la mano de que se sentara. Pero el marqués esperaba. Había perdido ya un tiempo precioso con aquel hombre.

—¡Hable usted —dijo—, el tiempo pasa!

—¿Tiene usted dinero? —preguntó bruscamente García.

—¿Dinero?, ¿para qué?... para...

Iba a decir “para pagarle a usted”... pero no terminó su frase al advertir una mirada suplicante de Natividad que le hacía señas para calmarle, por detrás del dictador. Este notó que alguien estaba representando una pantomima a su espalda y se volvió; vio a Natividad, le cogió de un brazo y le obligó a salir sin más explicaciones. Una vez cerrada la puerta, se sentó ante una mesilla cubierta de papelotes, apoyó los codos en el tablero, dejó caer la cabeza entre sus enormes manos y pronunció estas palabras de un tirón, a media voz, sin mirar al marqués que permanecía de pie, receloso:

LA OMNIPOTENCIA DE OVIEDO RUNTU

Yo nada puedo contra los “ponchos rojos” ni contra las “mamaconas”. ¡Ya ha oído usted al ministro de la Guerra! La casa en donde esos sacerdotes y esas sacerdotisas viven, el sitio por donde pasan son sagrados. Llevan consigo las reliquias y las huellas de su Atahualpa. ¡Acaba usted de decirme que también tienen en su poder a sus dos hijos! ¡Nada me lo prueba, y nada “puede” probármelo, puesto que esa prueba me es imposible, me está prohibido ir a buscarla! Pues bien: a pesar de ello, admito que lo que usted asegure sea la horrible verdad. Ahora, razonemos. ¿Quiénes tienen prisioneros a sus hijos? Usted me responde: ¡los soldados de usted! ¡Es falso!, ¡yo no tengo nada que ver en todo este asunto! ¿Quién los ha llevado a esa casa? Oviedo Runtu. Los soldados de Oviedo Runtu. ¿Quién es Oviedo Runtu? Seguramente le habrá usted visto en Lima, seguramente le conocerá usted. Dice usted: ¡Es un empleado del Banco franco-belga! Yo respondo: sí, sí y no... es un empleado de una casa de comercio, pero también es el hombre a quien en la actualidad obedecen todos los indios quichúas civiles y militares. ¡Esto es extraordinario, pero es así! Ese indio que se viste en la sastrería de moda en Lima, ese quichúa ha aprendido a leer, a escribir, a contar, se ha resignado a ganarse la vida como un humilde empleado, en suma, a tener una profesión como un hombre civilizado. Entre tanto ha vivido con nosotros, entre nosotros, ha intervenido en nuestros asuntos, ha estudiado nuestras costumbres, se ha dado cuenta del mecanismo de nuestras instituciones financieras, base de todo buen Gobierno y lo que constituye su fuerza. Gana doscientos “soles” en un escritorio y “tal vez sea rey”!... ¡yo no lo sé! ¡Pero es muy posible!... En todo caso sueña con la regeneración de su raza y con sublevar al Perú; todos los jefes quichúas y aimaras son servidores suyos. Huáscar, a quien usted ha tenido empleado en su casa, es su brazo derecho. Cuando yo levanté en armas la provincia de Arequipa. Huáscar vino a verme de parte de Oviedo Runtu y me ofreció su alianza. ¡Y no pude

rehusarla!... ¡Y me he unido a Oviedo Runtu porque no podía hacer otra cosa!... ¿Me ha comprendido usted, marqués?... No soy yo el autor de sus desgracias... ¡Es Oviedo Runtu!... ¡Se le encuentra usted en su camino como yo le encontré en el mío!... ¡Y lo siento por usted tanto como por mí, créame!

—¡El es, en efecto, quien lo ha dispuesto todo, quien ha preparado el rapto de mi hija y lo ha llevado a cabo con ayuda de los ponchos rojos!

—¡Lo ve usted!... ¡no haga caer el peso de una acción tan abominable sobre los hombros de un hombre que ha soñado con poner el Perú a la cabeza de las repúblicas más civilizadas de la América del Sur!... ¡Por el momento, me encuentro con las manos atadas por ese hombre!... pero tendremos una explicación y le aseguro a usted que lograré meterle en cintura, porque en el fondo, no obstante su temo de casa de Zárate, no es más que un salvaje. Pero un salvaje que manda a otros salvajes, empleando, como es natural, medios destinados a impresionar su imaginación. El “Interaymi”, del cual ordinariamente apenas oímos hablar “en nuestros círculos”, va a celebrarse este año de una manera excepcional. Oviedo ha podido prometer a sus congéneres una buena presa, una hermosa víctima... ¡Dadas las costumbres de nuestros quichúas, de nuestros Incas (porque no hay que darle vueltas, todavía tenemos que habérmolas con los Incas), dadas sus costumbres todo es posible! Lo que también es posible es que ame a su hija de usted, y que la haya robado para sí, sencillamente. Escúcheme usted, se lo suplico; examino todas las hipótesis y termino repitiéndole a usted: “Cualquiera que sea la hipótesis que admitamos, no puedo hacer nada por usted, no puedo hacer más que darle un consejo. Nosotros no podemos luchar contra esos “ponchos rojos”, pero “usted puede sobornarlos”. Son quichúas. Por medio del dinero se consigue de ellos cuanto se quiere. Cómpreles usted; ahí tiene usted, ahí tiene usted por qué le pregunté antes: “¿tiene usted dinero?”

—¡No!, ¡no lo tengo! —respondió el marqués que había escuchado atentamente al dictador—. Salí con tanta precipitación... ¡ya no tengo dinero!...

—¡Pues bien, marqués: yo lo tengo!...

Y silbó de cierta manera. Inmediatamente se abrió la puerta y se presentó el ministro de Hacienda.

—¿En dónde está el tesoro de guerra? —preguntó García.

—¡Debajo de la cama! —respondió el ministro.

Y se arrodilló para coger una maleta de madera, con flejes de hierro, que llevó arrastrando hasta la mesa ante la cual estaba García sentado.

—¡Vete! ¿Qué esperas?

Cuando estuvieron solos, el general sacó una llavecita de su cartera, abrió la maleta y cogió un fajo de billetes de banco que arrojó sobre la mesa... Luego, arrastró por sí mismo el tesoro de guerra hasta su cama, y rechazándolo lejos de sí de un vigoroso puntapié, cogió el fajo de billetes que dejara sobre la mesa, se lo entregó al marqués, y le dijo:

—¡Tome usted! Luego los contará y me los devolverá en Lima, cuando yo sea presidente. ¡Con esto tiene usted bastante para volver blancos todos los ponchos rojos, créame! Esos señores conocen el valor de estos papelitos. Y tal vez sea el mismo Oviedo Runtu quien les ha enseñado a conocerlos. ¡Adiós, marqués y buena suerte!

—¡Excelencia! —exclamó el marqués, dando nuevamente tratamiento a aquel hombre al que acababa de llamar asesino... —¡no le doy a usted las gracias, pero si consigo lo que deseo!...

—¡Sí, si... ya sé... su fortuna, su vida, me pertenecen!...

—Excelencia, una palabra... voy a tratar también de sobornar a los soldados de su excelencia, que vigilan la casa juntamente con los “ponchos rojos”.

—¡Sobórneles! ¡Sobórneles!

—Y le advierto, excelencia, que si no consigo lo que deseo, aunque seamos pocos y estemos seguros de nuestra derrota y de nuestra muerte, mis amigos y yo atacaremos a los sacerdotes del Sol y a su escolta. ¿Puedo contar con la neutralidad de su excelencia?

—¡Pues claro está! —exclamó García, alegremente—. ¡Y si por casualidad le hace usted “pupa” a Oviedo, al descendiente de Huayna Capac, descuide usted, no le haré comparecer ante ningún consejo de guerra!

Se estrecharon las manos y el marqués se marchó. Aún no había salido de la alcoba cuando García se encogió de hombros.

—¡Su hija está perdida! —dijo—, ¡pero él ya es mío! ¡Imbécil! ¡Nada de esto hubiese sucedido si me la hubiera dado en matrimonio!

El marqués se reunió con Natividad, quien le esperaba, lleno de ansiedad, al pie de la escalera principal, que había bajado algo atropelladamente, merced al empujón del estupendo García.

En la calle encontraron a Raimundo que iba a buscarles. Para que Raimundo hubiese abandonado su puesto de observación, era necesario que hubiera ocurrido algo muy grave. El joven estaba pálido, muy agitado.

—¿Qué pasa? —preguntó el marqués.

Raimundo le respondió:

—¡Vengan ustedes pronto! ¡Volvámonos al parador! Ya es hora de adoptar una resolución, una resolución desesperada; ¡pero es preciso intentar algo! ¡Yo me muero! ¿Qué ha dicho García?

—Que no puede hacer nada por nosotros; ¡pero me ha dado un consejo y dinero, y tal vez no esté todo perdido! Pero, ¿por qué ha abandonado usted su puesto de observación? ¿Qué ha sucedido? ¿Siguen allá?

—¡Sí!... sólo un hombre ha salido de la casa custodiada por los ponchos: ¡Huáscar!... le seguí decidido a aprovechar el primer paraje un poco solitario para tener con él una explicación definitiva. ¡Quería pedirle que nos devolviese a María o matarle como a un perro! Pero se dirigió en seguida a la calle Mayor, llegó a la plaza y con gran asombro mío entró en nuestra posada. Como no me había visto, pude esconderme en el portal mientras él estaba en la taberna, y le oí decir al posadero que quería hablar con el marqués de la Torre. El posadero le respondió que había usted salido y que debía haber ido a ver al dictador, porque al marcharse le había usted preguntado las señas del general. Al oír esto, Huáscar preguntó si volvería usted, y el posadero le respondió que sí. Huáscar dijo entonces: “Le esperaré”. Y yo vengo a avisarle a usted que está esperando.

—¡Están salvados! —exclamó el marqués cuyo rostro se había iluminado conforme Raimundo hablaba—. ¡Seguramente están salvados!; Porque, para qué había de buscarme, para qué había de querer hablar conmigo si no tuviese la intención de salvar a mis hijos!

—Eso es lo que yo pensé al pronto —replicó Raimundo—, pero le he estado examinando con disimulo y me ha parecido que tiene una expresión muy sombría. Verdad es que desde que le conozco le tengo miedo. ¡Le tengo miedo! ¡No olvidemos que tenemos que habérnoslas con un fanático y que quiere vengarse de María Teresa!

—La marquesa, que era la bondad personificada, le salvó de la miseria más espantosa. ¡No creo que lo haya olvidado! —dijo precipitadamente Cristóbal acelerando el paso—. Me ha chocado mucho verle mezclado en este asunto, pero siempre he pensado que se ha visto complicado a pesar suyo y que tal vez sólo haya intervenido en todo esto con el fin de salvar a María Teresa. ¡Indudablemente fue él quien me envió o me hizo enviar el aviso que encontré en el círculo, demasiado tarde, desgraciadamente!

—¡Ojalá acierte usted! —replicó Raimundo, que estaba muy lejos de compartir la confianza del marqués—, pero, puesto que ha venido a buscarnos, no debemos dejarle marchar hasta que consigamos descubrir sus

planes. Y le juro a usted que estoy dispuesto a degollarle como a un cordero si no responde como es debido a nuestras preguntas.

—¡No olvidemos, Raimundo, que tienen rehenes!

—¡Rehenes a los que asesinarán aunque respetemos a Huáscar! ¡Ah, marqués, tengo ansia de batirme, tengo ansia de matar! ¡Quisiera morirme!

—¡Y yo quisiera salvar a mis hijos, monsieur Ozoux!

Esto fue dicho con una entonación tan glacial, que Raimundo sintió frío en el corazón. No pronunció una palabra hasta que llegaron a la posada.

Al entrar, Natividad vio en el zaguán, arrimado a la pared ocultándose, o mejor dicho, creyendo ocultarse tras un carrito y mirando con extraña fijeza lo que sucedía en la taberna en donde estaba Huáscar, a un hombre de singular catadura.

Era un anciano alto, esqueletado, cuyo cuerpo temblón se apoyaba en un cayado. Un capote hecho un guiñapo flotaba sobre sus hombros. Algunos mechones de pelo blanco caían a lo largo de un rostro espantosamente pálido, de ojos sin brillo. Natividad se detuvo y contempló a aquel espectro preguntándose:

—Pero, ¿en dónde he visto yo esta cara?...! ¡Esta cara no me es desconocida!...

El marqués entró rápidamente diciendo a Raimundo:

—¡Vaya usted a buscar a Huáscar, dígame que le espero en mi cuarto y llévemele!

La escalera que era preciso subir para ir al piso principal, arrancaba del zaguán. Al poner el marqués el pie en el primer escalón, vio a Natividad parado y mirando al hombre cuyo retrato acabamos de hacer.

Entonces miró al viejo a su vez; llamóle la atención aquel fantasma y, mientras seguía subiendo, se preguntaba:

—¿Pero dónde he visto yo ese espectro?, ¿no es la primera vez que le veo!

Apenas hubo entrado el marqués en su cuarto, cuando apareció Huáscar entre Raimundo y Natividad, como un prisionero entre sus dos guardianes. El indio se quitó el sombrero, dio los buenos días al marqués en “aimara”: ¡Dios anki tiurata! —lo que para un quichúa es una prueba de gran veneración, porque este idioma era el que adoptaban los sacerdotes incas en las fiestas del “Interaymi” y cuando hablaban al pueblo congregado en las ceremonias del culto al Sol. Luego, como el marqués le miraba severamente sin responder a su saludo tomó la palabra en español.

—¡Señor! —dijo con voz ruda, pero firme—; le traigo a usted noticias de la señorita y del niño. Si el Dios de los cristianos, a quien mi bienhechora y los “padres” me enseñaron a invocar, secunda los esfuerzos de Huáscar, pronto le serán devueltos a usted los dos, sanos y salvos.

Cristóbal, a despecho de los sentimientos tumultuosos que le agitaban y de su impaciencia por conocer el plan de Huáscar y el fin que se proponía, se esforzaba en mostrarse frío, tan dueño de sí como el indio. Se cruzó de brazos y preguntó:

—¿Por qué tú y los tuyos habéis cometido el crimen de robarlos?

Huáscar replicó:

—¿Por qué tú y los tuyos habéis cometido el crimen de dejároslos robar? ¿No te avisé? ¿Pudiste creer ni por un momento que el que te avisaba no era Huáscar? ¡Por ti, Huáscar ha traicionado a sus hermanos, a su dios y a su patria! Pero recordó que la madre de la señorita recogió un día en las calles del Callao a un niño completamente desnudo, y juró salvar a la señorita del terrible honor de entrar en los palacios encantados del Sol.

El indio calló. El marqués le tendió la mano. El no la estrechó.

—Gracias, señor —dijo el indio con voz ronca.

Y una triste sonrisa resbaló por sus pálidos labios.

—Y mi hijo, Huáscar, ¿me le devolverás también?

—¡Su hijo de usted no corre ningún peligro, señor! ¡Huáscar vela por él!

—¡Sí, sí!, ¡velas por mi hijo, velas por mi hija y tal vez mañana me quedaré sin mis hijos!

—¡Te quedarás sin hijos —replicó Huáscar con expresión cada vez más sombría— si no haces todo lo que Huáscar te diga! Pero si haces todo lo que Huáscar te diga, te juro por los manes de Atahualpa que espera a tu hija y a quien traiciono, para mi condenación eterna, que la señorita se salvará.

—¿Y qué es necesario hacer?

—¡Nada! Para eso ha venido Huáscar a buscarte. Para decirte: ¡No hagas nada! ¡Quédate aquí! ¡Quédate aquí con tus amigos! No vuelvas a acercarte a la casita de “adobes” del río Chile. ¡No persigas a los ponchos rojos! “¡No despiertes su desconfianza!” ¡No hagas nada para ponerlos en guardia! ¡Y déjame obrar a mí! Respondo de todo si me das tu palabra de que no volveremos a veros rondar a nuestro alrededor ni a ti ni a los tuyos. Os conocen. Vuestra aparición, por misteriosa que sea, es anunciada en el acto y las mamaconas forman la “cadena negra” alrededor de la prometida del Sol, ¡dispuestas a matarla en cuanto aparezcan los primeros rostros extraños “y a ofrecerla muerta a Atahualpa si no pueden entregársela viva!” No abandonéis esta posada o, por lo menos, no salgáis de los límites de esta plaza. Si me juras eso, puedo prometerte una cosa, y es que esta noche, a eso de las doce, te traeré aquí a tu hijo, a tu querido Cristóbal, a quien pronto sucederá tu hija en tus brazos!

El marqués fue a coger un pequeño crucifijo que estaba colgado en la pared encima de la cama y se acercó a Huáscar.

—La marquesa te hizo educar en nuestra santa religión, —dijo—; júrame que verdaderamente harás lo que acabas de decir, ¡júramelo por Cristo!

Huáscar extendió la mano y juró.

—Yo no necesito más que su palabra de usted —dijo al marqués después de haber jurado.

—¡La tienes! —declaró Cristóbal—. ¡Y te esperamos aquí a las doce!...

—¡A las doce! —repitió Huáscar que se puso otra vez su sombrero y se dirigió a la puerta.

—Señores —preguntó el marqués volviéndose hacia Raimundo y Natividad cuando se oyeron los pasos del indio en la escalera—, he dado mi palabra y la cumpliremos. Creo firmemente que Huáscar nos sacará con bien de esta espantosa aventura. No tenemos ningún motivo para dudar de él después de la prueba de abnegación que por dos veces nos ha dado, avisándonos en Cajamarca y en Lima.

—¡Opino lo mismo! —dijo Natividad.

Pero Raimundo callaba.

Había observado varias veces la mirada del indio, y estaba seguro de no haber encontrado en ella esa franqueza sublime de que alardeaba en sus discursos.

—¿Qué dice usted de esto, Raimundo? ¿Qué efecto le ha causado?

—¡Mal efecto! —replicó el joven—. Ahora, tal vez me engañe, me doy cuenta de que Huáscar me aborrece y yo no le quiero. Nos hallamos en mala disposición de ánimo para juzgarnos el uno al otro. ¡Entre tanto, somos sus prisioneros! —agregó.

Pero, la triste reflexión de Raimundo se perdió entre el ruido que hizo Natividad al abrir la ventana. Al mismo tiempo, exclamó:

—¡Le aseguro a usted que yo he visto esa cara en alguna parte!

—¡También yo!, ¡seguramente no me es desconocida!... —replicó Cristóbal que se había acercado a Natividad.

Raimundo se unió a ellos. En la plaza descubrió el enorme anciano esqueletado al que ya viera en el portal.

Siempre apoyado en su bastón, deteniéndose nuevamente y ocultándose de una manera pueril, ya detrás de un carro, ya bajo un cobertizo, seguía a Huáscar. El indio se había vuelto dos o tres veces hacia aquel hombre y luego prosiguió su camino sin preocuparse más de él. De repente, el marqués, que permanecía pensativo en la ventana, retrocedió, muy pálido.

—¡Oh! —murmuró—; ¡reconozco a ese hombre! ¡Es el padre de María Cristina de Orellana!

En el mismo instante, Natividad lanzó una sorda exclamación:

—¡Sí, sí! ¡El es! ¡Todos le conocimos en Lima antes de su desgracia!...

Quedaron anonadados por la aparición de aquel fantasma que surgiera ante ellos como para recordarles que también él había tenido una hija, bella y amada, una hija que desapareció diez años antes, durante las fiestas del “Interaymi”... una hija a la que no volvería a ver nunca. El marqués ya no dudaba de esta desgracia. Se dejó caer, aterrado, en una silla, y cuando le sirvieron la cena, no la tocó, no obstante las palabras de aliento de Natividad que le recordaba las promesas de Huáscar. En cuanto a Raimundo, después de oír la exclamación del marqués, bajó a la plaza, y, en la rinconada en que está la calle que conducía a la casita de “adobes” del río Chile, alcanzó al gigantesco anciano esqueletado y le puso la mano en el hombro. Volvióse el otro y contempló un instante a Raimundo.

—¿Qué me quiere usted? —le preguntó con una voz débil y sin inflexiones.

—Quisiera saber por qué sigue usted a ese hombre. —Y señaló a Huáscar, que doblaba la esquina.

—¡Cómo!, ¿no lo sabe usted? —preguntó el viejo asombrado—. ¿Ignora usted, pues, que pronto llegará el solemne día del “Interaymi”? He seguido a ese hombre que manda la escolta de la Esposa del Sol. Es el jefe de los “ponchos rojos” que llevan a “mi hija” a Cuzco, en honor del gran Atahualpa. Pero, ahora no la dejaré morir, como la última vez. La salvaré y nos volveremos muy tranquilamente a Lima, en donde la espera su novio. ¡Gracias, señor!...

Y se alejó con toda la velocidad de sus largas piernas, apoyándose en su bastón.

—¡El desdichado está loco! —dijo en voz alta Raimundo que se cogió la cabeza con las manos como si tuviese miedo de perder también él la razón. Sufría aún más que durante su loca persecución por la costa, más que en el horrible instante de descubrir el rapto. Aquella extraordinaria situación de “inmovilidad”, a dos pasos de María Teresa condenada al tormento y encerrada en una casa, en plena ciudad civilizada, llenaba su corazón de un dolor frenético. ¡No poder hacer nada, nada más que esperarlo todo de la benevolencia, de la gratitud y acaso de la traición de Huáscar! ¡Pero en fin, las horas pasan! Pensó apretando sus puños impotentes... Sería preciso hacer algo, no dejarse detener por los guardias, los soldados de García que velaban inconscientemente por aquella presa sagrada. ¡Soñaba con correr a la casita de “adobes”, aguantar el tiroteo de los milicianos y de los ponchos rojos, forzar la puerta de aquella cárcel y penetrar en ella ensangrentado y jadeante para expirar a los pies de María Teresa!

¿Y luego? ¿La salvaría de aquel modo?

El marqués tenía razón: era necesario contenerse, reflexionar, valerse de la astucia, tratar de sobornar a aquellos miserables... ¡entrar en tratos con ellos!... ¡Ya verían lo que debían hacer a las doce, cuando volviese Huáscar!... ¡Las doce, cuántas horas faltaban aún! Dio por dos veces la vuelta por la plaza, preguntándose si no sería posible levantar en armas aquella ciudad, publicando a gritos la verdad...

En aquellas casas, tras de aquellas galerías, de aquellas colgaduras, de aquellas guirnaldas, no había todo un pueblo que se rebelaría seguramente al enterarse de que aquellos infames indios se proponían sacrificar a una cristiana. Estuvo a punto de detenerse en medio de la plaza y de gritar:

“¡Socorro!”... “¡Socorro!”... pero un gran ruido de música y de cánticos le hizo volver la cabeza. Del fondo de una calle lejana llegaban rumores de fiesta, y ante Raimundo apareció aquel vecindario al que él quería sublevar contra García y que sólo obedecía a García, quien lo mismo que Pilatos en presencia de Jesús, había dicho “que se lavaba las manos”.

La multitud se acercaba al son de tambores y trompetas y a la luz de antorchas y faroles, porque ya era de noche. Y llegó a la plaza aquel cortejo que era una cabalgata y al mismo tiempo una procesión. Figuraban en él antorchas y cirios, banderas, cruces y misteriosos emblemas que tal vez tuvieran dos mil años de fecha. Los “padres”, que en el Perú constituyen todo el clero de las provincias del interior, sólo han logrado alcanzar algún ascendiente sobre los indios, respetando sus supersticiones... Así, en una manifestación a la vez civil, patriótica y religiosa como aquélla, veíanse confundidos de la manera más estrambótica y más salvaje al mismo tiempo el cristianismo y el paganismo propio de los indios. Evidentemente, ni la aristocracia del Perú, ni aun la de Atahualpa figuraban en la fiesta, pero en aquella plaza resplandeciente de luz, como si en ella hubieran encendido una inmensa hoguera, se apiñaba la muchedumbre enloquecida que cantaba, reía, fumaba, bebía y bailaba, en tanto que los indispensables “buscapiés” estallaban entre las piernas de todos. Unos entraban en la iglesia, en donde seguían bailando, y otros penetraban en el teatro, guardando en cuanto se veían dentro el más religioso silencio. Esperaban al dictador para comenzar la representación. Raimundo, cada vez más furioso, se cruzó de brazos, contemplando “el entusiasmo popular”. “¡Imposible hacer nada con estos brutos!” Y resolvió ir a la casita de “adobes” a pesar de lo que había dicho Huáscar; y, quebrantando sin ningún remordimiento la palabra del marqués, abandonó la plaza, oprimiendo nerviosamente su revólver en el bolsillo de su americana. ¿Qué locura iba a cometer? ¿Qué se proponía? Esto fue precisamente lo que le preguntó el propio Huáscar, que acababa de aparecer ante él.

—¡Señor!, ¿adónde va usted?

Y le puso la mano en el brazo, deteniéndole.

—Demasiado sabe usted adonde voy —respondió bruscamente Raimundo.

Y quiso continuar su camino. Huáscar se opuso a ello.

—Vuélvase a su casa, señor —le dijo el indio con voz firme—, y antes de dos horas estaré yo allí con el marquesito. Pero si da usted un paso más, no respondo de “su novia”.

La voz de Huáscar tembló al pronunciar estas palabras: “su novia”. Raimundo miró a Huáscar: sólo vio odio en los ojos del indio.

—¡María Teresa está perdida! —se dijo, presa de la mayor desesperación. De repente, una luz divina iluminó el abismo al fondo del cual se sentía rodar con María Teresa.

—Huáscar —dijo con solemne entonación—, si salva usted a la hija del marqués de la Torre...

Se detuvo un instante, porque el corazón le daba contra el tórax tan rudos golpes, que por un momento creyó ahogarse. Los pocos instantes de silencio que precedieron a aquél en que pronunció las palabras que tenía que decirle a Huáscar, que debía decirle, le parecieron eternos, y debía conservar para siempre en su memoria la sombría visión de aquel rincón de una calle triste y desierta, de aquel oscuro soportal en el cual se habían refugiado el indio y él y hasta el cual llegaban con intermitencias los gritos de la Plaza Mayor y el ruido muy cercano de los “buscapiés”, que los chiquillos hacían estallar en las calles inmediatas entre las piernas de los transeúntes. A la derecha, en una ventana de un piso principal, lucían con parpadeos de lamparilla hasta seis vasos de colores, en los que la familia de arequipeños, que en aquella casa vivía, había encendido sendos cabitos de vela en honor de García antes de salir a presenciar la retreta y la recepción triunfal en el teatro municipal. Esperó a que un indio que pasaba encorvado bajo el peso de una carga de “pellones” (mantas para los caballos) se alejase en dirección al río Chile, y hasta que dejó de oír en el empedrado el ruido del “polco” con que los quichúas calzan sus pies desnudos, no comenzó de nuevo a hablar. Tal vez esperase, inconscientemente, que algún suceso imprevisto le impidiese decir estas palabras que su interlocutor oyó con la inmovilidad de una estatua: “Si la salvas te juro por mi Dios, que María Teresa no será mi mujer”. Huáscar no respondió al pronto. Semejante proposición debió cogerle desprevenido. Al fin dijo:

—¡La salvaré! Y ahora vete. Vuelve a la posada. Iré a las doce.

Y se dirigió al río Chile, sin ocuparse de Raimundo. Este volvió a la “Plaza Mayor”, aturdido, persuadido de que había salvado a María Teresa. Estaba tan absorto en sus pensamientos y saboreaba con tal fruición el amargo goce de su sacrificio y de su victoria, que no veía nada de lo que pasaba en torno suyo y estuvo a punto de hacerse atropellar por un escuadrón de húsares que arrollaba a la multitud a su paso. Entonces no tuvo más remedio que levantar la cabeza. Rodeada por aquel escuadrón que pasaba galopando, vio una carretela arrastrada por cuatro caballos empenachados, y en la carretela

dos hombres: el general García, con todos sus entorchados, todas sus condecoraciones y todas sus plumas..., y junto a él, con un correcto frac negro que encuadraba la irreprochable pechera blanca, la figura serena y misteriosa de Oviedo Runtu. En cuanto reconoció a este último, Raimundo se abrió paso por entre la multitud, crispando las manos prontas a estrangularle. Pero la muchedumbre le arrolló y se encontró de repente en el teatro sin poder darse exacta cuenta de cómo había entrado allí. Quiso salir inmediatamente, pero no lo consiguió. García, inclinado sobre el antepecho del palco presidencial, rodeado de su brillante Estado Mayor, cuyos entorchados centelleaban a la luz de las candilejas, saludaba a la multitud que le aclamaba.

Raimundo estaba colocado de tal manera que no podía ver a Oviedo Runtu, el cual se ocultaba modestamente detrás de una columna del palco, dejando al general toda la gloria. El público gritaba y palmoteaba con entusiasmo.

EN EL QUE APARECE DE NUEVO EL TÍO GASPAR

Una actriz de París, “de la Comedia Francesa”, recitó unas estrofas en español en las que llamaba a García “salvador de la Patria”. Levantóse el telón y apareció sobre un pedestal un busto de general, que había servido ya para otros muchos generales, y que en aquella ocasión representaba al general García. Este monumento estaba rodeado por toda la compañía que entonó un coro. Después de lo cual desfilaron los artistas pronunciando cada uno de ellos un discursito delante de la estatua y cubriéndola de palmas y coronas.

En el momento en que el busto iba a desaparecer bajo aquella hojarasca símbolo de la gloria, presentóse una señorita vestida de india quichúa, con la túnica de lana abierta en el pecho, una docena de faldas de diferentes colores puestas una sobre otra, y el manto de lana sobre los hombros sujeto bajo la barbilla por un enorme alfiler de plata en forma de cuchara.

Inmediatamente la aclamó todo el elemento indio de la sala. Y ella, a su vez, para demostrar que nada faltaba en el triunfo de García, cantó, en quichúa, una canción en la que decía que también el pueblo indio tenía puestas todas sus esperanzas en el salvador de la patria. Al terminar la última copla, gritó, como era natural: “¡Viva el general García!”, pero algunas voces contestaron inmediatamente: “¡Viva Huayna Capac Runtu!”

Se produjo un tumulto espantoso. Todos los indios que había en la sala y también muchísimos mestizos que recordaban su origen y que estaban cansados de verse despreciados por los blancos, se pusieron de pie y comenzaron a gritar: “¡Viva Huayna Capac Runtu”, en tanto que la raza puramente peruana, que ocupaba los palcos, se abstenía de toda manifestación.

Pero en el palco presidencial, el general García atraía hacia su pecho constelado la pechera de deslumbradora blancura del empleado del Banco franco-belga y abrazaba delante de todos al ilustre descendiente de los reyes Incas.

Aquello fue el delirio. La representación había terminado. Raimundo fue arrastrado afuera como había sido arrastrado adentro. Había visto lo bastante para comprender la inutilidad de la visita del marqués al dictador. Este no podía nada contra los indios y el verdadero amo era Oviedo. Raimundo sólo confiaba ya en Huáscar. Corrió a la posada.

Encontró al marqués y a Natividad inquietos por su ausencia y por todo lo que había podido hacer durante aquel tiempo. Por lo que hace a Francisco Gaspar, nadie le había visto desde la llegada a Arequipa, y nadie se ocupaba de él.

Raimundo les dijo que se había encontrado a Huáscar y que éste había renovado las promesas hechas al marqués, y en tal forma, que a la sazón creía en su buena fe. La cita era, como siempre, para las doce. El indio debía traer a Cristobalito.

No volvieron a cruzar una palabra hasta las doce; no hacían más que mirar por la ventana, por ver si descubrían en la plaza algo que confirmase sus esperanzas. Natividad estaba tan impaciente como sus compañeros. Natividad tenía buen corazón, y había avanzado tanto que ya le hubiese sido difícil retroceder sin desmerecer a sus propios ojos. Además, se había comprometido de tal manera desde el punto de vista administrativo, que, bien mirado, le convenía más seguir hasta el fin al marqués, el cual, sucediera lo que sucediera, no le dejaría morir de hambre.

Al fin llegó la media noche y el reloj de la iglesia lanzó las doce campanadas.

El teatro estaba vacío desde hacía mucho tiempo. La plaza aparecía casi desierta. Los faroles se habían apagado. Pero la noche era clara y podían verse perfectamente los transeúntes que, a lo largo de los porches, regresaban a su domicilio. Ni uno solo se dirigiría a la posada del Jockey Club. Las doce y cuarto. Ninguno de los tres hombres se atrevía a pronunciar una palabra.

¡Las doce y media, y nada! El marqués lanzó un suspiro desgarrador. A la una menos cuarto Raimundo se acercó a la lámpara que lucía sobre una mesa. Examinó minuciosamente el revólver, vio que funcionaba bien, lo cargó y dijo con voz sorda:

—Huáscar nos ha hecho traición, nos ha engañado como a unos niños. Ha venido aquí sin ocultarse, en pleno día, como si no temiera responder ante los suyos de semejante paso; estaba de acuerdo con ellos. Ha conseguido terneros encerrados aquí durante algún tiempo, cuyo valor conoceremos después. Yo ya no tengo ninguna esperanza. María Teresa está perdida; pero llegaré hasta ella o moriré antes que ella.

Y salió.

El marqués no dijo nada, pero cogió su revólver y siguió a Raimundo.

Natividad siguió al marqués.

Atravesaron la plaza. Cuando llegaron a la calle que conducía a la casita de “adobes”, Natividad preguntó al marqués qué era lo que pensaba hacer contra cincuenta hombres armados.

—Al primer “poncho rojo” que veamos, le ofreceré mil “soles” por “hablar” —contestó—. Si no lo acepta o si no me comprende, le salto la tapa de los sesos. ¡Después, ya veremos!

Al llegar al sitio en que fueran detenidos aquel día por un húsar quichúa del ejército de García, les sorprendió no tener que parlamentar con aquel centinela. Estaba libre el paso y ello les hizo concebir una nueva esperanza. Pero cuando dieron un centenar de pasos más y vieron la casita de “adobes” sin guardias y con la puerta abierta, un horrible presentimiento oprimió sus corazones. Precipitáronse a la casa, entraron en ella. Las habitaciones estaban desiertas. En una de ellas había ese olor particular, ese perfume violento de resina aromática que ya llamara la atención del marqués y de Natividad al penetrar en la primera estancia de la hacienda de Ondegardo, en el camino de Chorrillos.

—¡Oh, el perfume mágico! —suspiró Natividad.

—¡María Teresa!... ¡María Teresa!... ¡hija mía!... ¡Cristóbal, mi niño querido! —sollozaba el marqués—, ¿en dónde estáis? ¡Aquí nos habéis esperado! ¡Aquí es donde debíamos de haberos salvado!...

Su desesperación y sus inútiles palabras fueron interrumpidas por el ruido de una lucha en la puerta. Acudieron. Raimundo acababa de echar el guante a un mestizo que temblaba de terror entre sus manos. Era el amo de la casucha, que volvía, quién sabe de dónde, y que estaba borracho. La amenaza de muerte le devolvió toda su lucidez y tuvo que decir cuanto sabía.

A eso de las once de la noche había entrado en el patio un coche cerrado; ignoraba a quién obligaron a subir a aquel coche, pero cierto número de mujeres y todos los ponchos rojos lo escoltaran a pie hasta la estación. Podía afirmar, porque siguió al cortejo por pura curiosidad, puesto que ya le habían pagado. En la estación, el indio a quien llamaban Huáscar, le vio y le dio dinero para que se alejase, haciéndole prometer que no regresaría a su casa hasta el día siguiente por la mañana.

—¡Miserable! —rugió Raimundo—; demasiado comprendía que vendríamos aquí. ¡A la estación, pronto!...

Cuando llegaron allá les costó un trabajo ímprobo encontrar a un empleado, dormido en un banco, que no tuvo ningún inconveniente en decirles que una cuadrilla de indios había salido a eso de las once y cuarto en un tren especial encargado aquella tarde por Oviedo Runtu “para sus servidores”. Este empleado, después de asegurar al marqués que no conseguiría ningún tren especial para aquella noche, cualquiera que fuese el precio a que lo pagara, y de aconsejarle que si quería ir a Sicuani esperase el tren de la mañana, se volvió a dormir tranquilamente.

Fue aquella una noche espantosa para los tres viajeros. Trataron inútilmente de ver de nuevo a García, y vagaron por las calles hasta el amanecer. Cristóbal empezaba a divagar y ofrecía los síntomas precursores de la locura. Raimundo volvió a la casita de “adobes” y cayó de rodillas en la habitación más escondida, impregnada aún del perfume mágico. La atronó con sus sollozos. Cuando salió el tren, fueron tres espectros los que subieron al mismo departamento. Natividad estaba casi tan enfermo como los otros dos. Aquel fabuloso viaje en pos de la muerte había acabado por colocarlos al margen de la humanidad. Los viajeros que los divisaron huyeron literalmente, como si hubieran visto a unas fieras. Raimundo y el marqués movían las mandíbulas como animales rabiosos.

El tren no iba más que hasta Sicuani, pero no llegaron allí el mismo día; tuvieron que apearse y hacer noche en Juliaca, a cuatro mil metros de altura sobre el nivel del mar, y allí volvieron a encontrar las huellas del paso reciente de la cuadrilla india. El frío era intenso y penetrante, y el malestar que se siente en las montañas les acometió, les atontó, les hizo desplomarse sobre las banquetas, y no les abandonó hasta el día siguiente en Sicuani, importante aldea quichúa que estaba completamente desierta. Afortunadamente para ellos, de Sicuani a Cuzco había una línea de automóviles que seguía funcionando, no obstante los trastornos civiles y militares. El marqués, que no quería fiarse de nadie, compró a un precio disparatado un auto, con el propósito de que sirviese para algo más que para hacer honradamente el viaje. Al salir del patio de la estación con su auto se encontraron con el tío Francisco Gaspar, que se dirigía hacia ellos tranquilo, ágil y fresco como una rosa.

—¿Qué ha sido de ustedes? —les preguntó el bueno del sabio—. Les perdí de vista en Arequipa, pero me dije: “Nos encontraremos seguramente en donde estén los ponchos rojos.” Y como tropecé con uno, no volví a separarme de él. Le seguí hasta una casita que hay a orillas de un río y que estaba custodiada por soldados. Y me dije: “Aquí es en donde están nuestra

pobre María Teresa y nuestro Cristobalito.” Y les esperé a ustedes allí. No fueron ustedes, y me dije: “Se han marchado antes que los “ponchos rojos”, por que saben adonde van a celebrar esas ceremonias, ¿no es verdad?” Por eso, aquella noche, cuando tomaron el tren, me marché con ellos. En la estación me decían: “Imposible, es un tren especial”; pero le di dos “soles” al empleado y me subí al furgón. No les vi a ustedes al llegar, ni en Cuzco tampoco, y pensé: “Vendrán en el tren de mañana por la mañana”; ¡y aquí me tienen ustedes!

No sospechaba Francisco Gaspar que en aquel instante corría el peligro de ser asesinado por el marqués o por Raimundo, que le hubiesen matado muy sencillamente, que le hubiesen suprimido por no oír su odioso hablar reposado, ni ver por más tiempo su excelente aspecto.

—¿Adónde han llevado a María Teresa? —le preguntó Raimundo brutalmente, cuando debía de haberle dado las gracias, puesto que después de todo había sido más hábil que ninguno.

—¡Ah, “demasiado lo saben ustedes! ¡A la Casa de la Serpiente!”

—“¡La Casa de la Serpiente!” —exclamó el joven, y con su crispada mano asió a Natividad por la manga—. ¡Usted me ha hablado de esa casa! ¿Qué casa es esa?

—¡Esa casa —respondió Natividad con voz débil— es la antesala de la muerte!

EN LA CASA DE LA SERPIENTE

María Teresa abrió los ojos. ¿De qué sueño despertaba? ¿Qué sueño comenzaba en aquel instante? La lastimera voz de Cristobalito la volvió de una manera precisa y dolorosa a la horrible realidad. Tendió los brazos para que el niño se precipitase en ellos, pero no sintió sus besos ni sus lágrimas. Sus párpados se abrieron con trabajo para sacudir el mágico sopor que aún la embargaba. Su pálida frente desaparecía bajo sus cabellos sueltos y flotantes; entreabrió los dientes para respirar, y parecía una ahogada aún no completamente muerta que vuelve a la superficie de las aguas en busca de aire y de vida. Así resurgía ella de lo profundo de las tinieblas y de los sueños en que la sumía casi instantáneamente la bolsita sagrada, siempre dispuesta en las repugnantes manos de las tres momias vivientes. También las “mamaconas” tenían temibles perfumes que quemaban a su alrededor, “para reducirla a la inmovilidad”. Y la Esposa del Sol se convertía en estatua cuando ellas quemaban en vasos preciosos la resina de “sandía”, más aromática que el incienso, más adormecedora que el beleño y más alucinante que el opio. Entonces podían cantar sin temor de que las interrumpieran. María Teresa estaba lejos de allí, y no las oía ni veía nada de lo que pasaba a su alrededor. Cosa singular: “en este estado de transportamiento” se trasladaba, “en espíritu”, a su despacho de los almacenes del Callao, en el preciso momento en que Raimundo llamara desde la ventana a María Teresa y en que ella dejara caer el enorme libro verde. Luego le atormentaba la idea de que había dejado sin acabar una carta que estaba escribiendo al corresponsal de la casa de Amberes, para recordarle que al precio que indicaba sólo podía contar con “guano fosfatado”, que no tendría más que un 4 por 100 de ázoe, y, “para eso”... No terminó aquella carta, porque llamaron a la ventana, que abrió inmediatamente, y cuando creía ver a Raimundo... se encontró con los tres cráneos monstruosos de las tres momias vivientes que avanzaban en la obscuridad con su movimiento de péndulo y se precipitaban sobre ella, y

apoyaban brutalmente en su boca sus manos apergaminadas por la eterna noche de las catacumbas. Cuando salía de su pasado letargo imaginaba haber soñado; pero al abrir los ojos y volver a la realidad no sabía si, por el contrario, era entonces cuando empezaba a soñar.

Cuando María Teresa abrió los ojos esta vez, se hallaba en la Casa de la Serpiente.

Sabía que el día que se despertase en aquella casa estaría muy próxima su muerte, porque sólo debían hacerla entrar en ella para entregarla a Huayna Capac, el penúltimo rey de los Incas, que iría a buscarla para llevarla a las encantadas moradas del Sol y ofrecerla a Atahualpa. Las “mamaconas” la habían enterado de este detalle, como era su obligación. Porque durante el viaje le permitieron gozar de algunos momentos de lucidez, durante los cuales la alimentaron con el néctar necesario para conservarla viva hasta el instante de la ceremonia, y la instruyeron en los principios de una religión de la que era la presa sagrada. Le enseñaron sus deberes de Esposa del Sol.

Al principio creyó que sería lo bastante afortunada para perder la razón. Le acometió una fiebre tan espantosa en los brazos de sus guardianes, que pudo creer que su alma abandonaría este mundo antes de que aquellas martirizasen su cuerpo. Pero como se habían criado en la “montaña” conocían los secretos que curan estas fiebres. En el primer descanso le hicieron beber un agua rojiza, mientras cantaban: “La fiebre ha extendido sobre ti su túnica emponzoñada. El odio que hemos jurado a tu raza nos ha impulsado a jurar que nunca revelaremos el secreto que la cura; pero te ha acometido el mal, y nuestro amor a la Esposa del Sol es más poderoso que nuestro odio a los tuyos. ¡Bebe, en nombre de Atahualpa, que te espera!...”^[31].

De este modo volvió a la vida para morir; pero después de cada etapa, en el momento de reanudar la marcha, tornaban las tres momias vivientes con su bolsita sagrada, y por ello bastaba con que las “mamaconas” quemasen cantando la “sandía” en el fondo de los vasos preciosos, para que no fuese nuevamente otra cosa que una estatua inerte entre sus ágiles manos. Así la hicieron atravesar todo el Perú; así llegó a Arequipa, a la casita de “adobes” que debía ser la última etapa antes de la Casa de la Serpiente. Allí vio aparecer por primera vez a Huáscar, que llevaba en sus brazos una ligera carga cubierta con un velo. Tuvo fuerzas para levantarse al verle llegar. Y le gritó: “¡Vienes a salvarme!” Le dijo esto sin preocuparse de todos los oídos que había a su alrededor. El otro le respondió: “Pertenece al Sol, pero antes de que te lleve consigo te proporcionaré una gran alegría. Vas a poder abrazar a tu hermanito.” Entonces levantó el velo y le presentó el niño dormido. Ella

lanzó un grito y quiso precipitarse hacia adelante, pero Huáscar retrocedió porque estaba prohibido tocar a la Esposa del Sol. Los tres guardianes del templo estaban allí, balanceando sus repugnantes cráneos. Dieron orden a una de las mamaconas de llevar el niño dormido a María Teresa. Entonces ésta le cogió en sus brazos con desesperación y le besó llorando. Era la primera vez que lloraba desde que estaba presa. Sus lágrimas cayeron sobre los párpados del niño, que abrió los ojos.

La joven dijo: “¿Cómo le tenéis aquí? ¡No le haréis ningún daño!” Y Huáscar, en tanto que el niño, colgado del cuello de su hermana sollozaba sobre su pecho: “¡María Teresa! ¡María Teresa!”, respondió:

—Haremos lo que él quiera. Yo no deseo otra cosa que devolver el niño a su familia. El es el que vino a buscarnos. El es quien decidirá su suerte; “¡que tenga cuidado con lo que habla!” Esto es todo lo que puedo decir y hacer por vosotros. Pongo por testigos a los tres guardianes del templo.

Estos balanceaban sus repugnantes cráneos para aprobar todo lo que decía Huáscar.

María Teresa, que cubría al niño de besos, levantó su hermoso rostro en el que se reflejaba un nuevo espanto:

—¿Qué queréis decir? ¿Qué queréis decir con eso de: “que tenga cuidado con lo que habla”? ¿Acaso puede un niño tener cuidado con lo que habla?

Huáscar se dirigió entonces a Cristobalito:

—¡Niño! ¿Quieres venirte conmigo? ¡Te llevaré con tu padre!

—Quiero quedarme con María Teresa —respondió Cristóbal.

—El niño ha hablado —dijo Huáscar—: “¡ya no se separará de ti!”. Este es el rito, ¿no es verdad?

Los tres guardianes del templo balanceaban sus cráneos.

Entonces Huáscar, antes de marcharse, pronunció las palabras del salmo aimara: “Bienaventurados los que entren puros en el reino del Sol, puros como los corazones de los niños, en la aurora del mundo.”

—¡Huáscar! ¡Huáscar, acuérdate de mi madre! ¡Ten piedad de nosotros!...

Pero Huáscar saludó a los guardianes del templo y se marchó. María Teresa abrazó a Cristobalito, le estrechó contra su pecho como una loca.

—Infeliz niño, ¿por qué has venido?

—Para decirte que no tengas miedo, María Teresa. Papá y Raimundo van a llegar... Te buscan y vienen detrás. Nos salvarán...; ¡pero, si mueres, quiero morir contigo!

Entonces lloraron, lloraron los dos, y no cesaban de besarse y sus rostros estaban bañados por las lágrimas confundidas de entrambos.

Luego volvieron las “mamaconas”, que prepararon su trípodes y sus vasos sagrados y quemaron la “sandia”. Y los dos se durmieron abrazados.

Y ahora se despertaba en la Casa de la Serpiente y ya no sentía los besos ni las lágrimas de Cristóbal. Sin embargo, gritaba, la llamaba... Consiguió incorporarse en la butaca en donde la habían acostado. Y entonces vio, enfrente de ella, al niño, completamente desnudo, entre las manos de las “mamaconas”. Aterrada, María Teresa quiso correr en auxilio de Cristobalito; pero seis “mamaconas” la rodearon y la calmaron momentáneamente, asegurándole que no harían ningún daño al niño, y que procedían sencillamente a engalanarle, como harían con ella, porque los dos debían ponerse la túnica de “piel de murciélago”^[32].

Al hablarle le daban un título que hasta entonces no había oído en sus bocas. La llamaban “Coya”, que en inca significa “Reina”.

La tomaron en sus poderosos brazos, como a una muñeca, le quitaron la túnica color de azufre que le habían puesto en el primer descanso, en la hacienda de Ondegardo, y, como entonces hicieran, comenzaron a frotarla con aceite y ungüentos perfumados, cantando una lenta melopea que adormecía la inteligencia de un modo extraño. Eran mujeres de la provincia de Puno, altas y robustas, nacidas a orillas del lago Titicaca. Fuertes y hermosas, su andar era algo saltarín, casi siempre rítmico, pero ligero y armonioso. Sus brazos, bronceados y vigorosos, asomaban desnudos por entre negros velos. Tenían unos ojos magníficos, lo único que de su cara permitían ver.

María Teresa y Cristobalito las tenían miedo, pero no eran malas. Dos de ellas debían morir con María Teresa para prepararle la alcoba nupcial en el palacio del Sol, y esas eran las que se mostraban más dispuestas, más cantarinas, las que más la “animaban”. Eran completamente dichosas y lamentaban que la joven no manifestase la misma alegría. Sin embargo, hacían todo lo necesario para que así fuese; le describían los placeres que la esperaban allá arriba, y la ponderaban con espíritu de proselitismo su dicha por haber sido elegida “Coya” entre todas las demás. Llevaban pesadas pulseras de oro en los pies, que sonaban cuando se entrechocaban sus tobillos, y grandes aros en las orejas.

Ya no se oía al niño. Era juicioso. Le habían prometido, si se estaba quieto, ponerle nuevamente en los brazos de María Teresa. Esta también se dejaba manejar por las “mamaconas” con docilidad. La letanía con que

arrullaban sus oídos adormecía asimismo su inteligencia, embotada aún por el sueño mágico de que acababa de despertar.

También la sostenía un pensamiento. El de que sabían en dónde estaba, qué había sido de ella, quiénes la habían robado y para qué. Estaba segura de que no se llevaría a cabo semejante horror. Los salvarían a los dos. Cristobalito había logrado reunirse con ella; ¡qué no podrían hacer su padre y Raimundo! Si no habían intervenido antes, era evidentemente porque querían ir sobre seguro. De un momento a otro esperaba ver aparecer a sus salvadores con la policía y los soldados. Y todos aquellos salvajes huirían a su montaña, y ya no se les volvería a ver. Y olvidarían aquel espantoso sueño. Entretanto, no oponía ninguna resistencia. Se sentía débil como un niño ante el destino. El llanto de Cristobalito era lo único que lograba conmoverla.

LA ESPOSA DEL SOL SE PONE LA TÚNICA NUPCIAL.

En la morada del Sol —cantan las “mamaconas” por la centésima vez— los árboles dan frutos pesados, y cuando están maduros, las ramas se doblan para que el indio no tenga que tomarse el trabajo de alzar el brazo para cogerlos. ¡No lloréis! ¡Viviréis eternamente, eternamente, eternamente! La muerte viene a llamar a las puertas del palacio terrestre, y el genio del mal extiende sus alas malditas sobre nuestros bosques; pero no lloréis, porque allá arriba, junto al sol y la luna, que es su hermana y su primera esposa legítima^[33], y junto a Charca^[34], que es su fiel paje, ¡viviréis eternamente, eternamente, eternamente!”

Sobre los perfumados cabellos de María Teresa colocaron la borla real cuyos flecos le caían hasta los ojos, y le prestaban ya una especie de belleza hierática. Se estremeció cuando deslizaron por sus hombros desnudos la túnica de piel de murciélago. Parecióla que penetraba en algo viscoso y glacial, y que, desde aquel momento, pertenecía a la noche eterna en que el murciélago es la “Coya”.

Luego le cogieron la muñeca y deslizaron en ella un aro, que miró... y que reconoció. ¡Era la “pulsera del Sol de oro”! Entonces comprendió que desde aquel instante comenzaba verdaderamente su agonía, y recordó con amargura la hora feliz y terrible en que viera por primera vez aquella pulsera, las bromas que provocara, a su tía Inés, aterrada, a la dueña Irene, santiguándose, a su padre, escéptico, y a Raimundo enamorado. ¿En dónde estaban todos a la sazón? ¿Por qué no iban a buscarla? ¿A qué esperaban? ¡Ya era tiempo! ¡Ya era tiempo!...

Tendió los brazos hacia la salvación providencial, que no llegó, y al cerrarlos estrechó entre ellos a Cristobalito, que acababan de entregarle, vestido ya con su siniestra túnica de piel de murciélago.

Cuando le vio vestido como ella, lloró por aquella víctima inocente. Quiso hablar a los guardianes del templo, que se la acercaron balanceando sus

cráneos inmundos. ¡Ah! Eran los mismos que aparecieron ante ella y Raimundo en las “huacas” fúnebres, que surgían de la tumba y que a la tumba iban a llevarla. ¡Sólo para eso habían vuelto a este mundo! ¡Eran los mismos que la acechaban tras los cristales de su balcón! ¡Dijera Conchita lo que quisiera, no era aquella esclava la que había recogido de la arena de la playa la pulsera de Sol de oro!... ¡Fueron ellos! ¡Fueron ellos, a quienes ya pertenecía, a quienes estaba prometida, los que recibieron en sus repugnantes manos la pulsera que se le cayó de la muñeca! ¡Y ellos fueron los que volvieron a ponerle aquel aro, más temible que las cadenas que les ponen a los condenados a muerte! ¡Ah, sí los reconocía! ¡Ahí estaba “el del cráneo semejante a un capacete!...” ¡y “el del cráneo en forma de pilón de azúcar”, y “el del cráneo en figura de maletita!” Si por lo menos pudieran suspender su movimiento de péndolas... Les hablaría, y tal vez la comprenderían. ¡Pero no se paran! ¡No se paran! Entonces, sin mirarlos, porque aquel perpetuo balanceo la aturde y podría adormecerla, les dice que está decidida a morir correctamente, como debe morir una esposa del Sol, pero con la condición de que no han de hacer ningún daño al niño y de que le llevarán inmediatamente, sano y salvo, a Lima.

—¡Yo no quiero separarme de María Teresa! ¡Yo no quiero separarme de María Teresa!

—“¡El niño ha hablado”; es el rito!... —dicen los guardianes mirándose, y sin añadir una palabra más se alejan balanceándose, balanceándose... María Teresa lanza un sollozo de loca. Cristobalito, para calmar a su hermana, la estrecha entre sus brazos hasta sofocarla.

—¡Van a venir, María Teresa, no llores! ¡Van a venir!... ¡Chist! ¡Escucha!...

Oyese, en efecto, tras de los muros una extraña música, y casi inmediatamente entra la cuadrilla de flautistas. Son unos hombres arrogantes y tristes que se sientan en corro alrededor de María Teresa y del niño, y “que tocan la flauta en huesos de muertos”^[35]. Son los músicos sagrados de la “quenia”. Su canto es más triste que un “de profundis”. Nada más que de oírlo corre un sudor helado por los miembros de María Teresa, cuya mirada extraviada recorre aquella vasta sala completamente vacía, que es, indudablemente, la antesala de su sepulcro.

Piedras ciclópeas, monstruosas, hexagonales, colocadas unas sobre otras, sin cemento, sin que las una otra cosa que su enorme peso, forman los muros de la “Casa de la Serpiente”. Las “mamaconas” le han dicho: “Es la Casa de la Serpiente”. En otro tiempo oyó hablar de ella. Hay dos casas de la

Serpiente: una en Cajamarca^[36], otra en Cuzco. Se llaman así por la serpiente de piedra esculpida encima de la puerta de entrada. Esta Serpiente está allí para guardar el recinto sagrado. Jamás deja salir a las víctimas destinadas al Sol La anciana tía Inés y la dueña Irene saben esto se lo dijeron a María Teresa, que se rió mucho al conocer este último detalle. María Teresa está pues, en Cuzco, en un palacio muy conocido de los viajeros, de los extranjeros que visitan el Perú, de los historiadores, de los arqueólogos, en fin, de los hombres civilizados...; un palacio que está en pleno Cuzco... y en el que todos pueden entrar, del que todos pueden salir...; ¡un palacio que los fondistas hacen visitar a sus clientes trashumantes! ¡Entonces!... ¿entonces... qué?... ¿Qué significa esta comedia?... ¡Van a llegar!... ¡Van a llegar!... ¿Por qué no llegan?

¿Por dónde vendrán? ¡Ah! Ha oído ruido, murmullos...; sí, dominando los fúnebres sonos de las flautas de huesos de muerto, se oye como el rumor de una multitud que se acerca... que está allí, detrás de la inmensa cortina, de la ancha cortina, de la ancha cortina amarilla que se extiende de un lado a otro de la sala y que la impide ver lo que sucede. ¿Por qué esos rumores, esos cuchicheos, ese arrastrar de innumerables pies?

Interroga a las dos “mamaconas” que deben morir con ella y que están tendidas a sus plantas, envueltas en sus largos velos negros. Ellas le responden, con respeto y afecto, que se preparan a adorar al rey Huayna Capac, el cual debe venir a buscarla para llevarla al lado de Atahualpa. María Teresa no comprende. Aquel rey murió hace mucho tiempo. ¿Cómo quieren que venga? Ni siquiera saben en dónde está. Las “mamaconas” le responden que saben perfectamente en dónde está. Se encuentra en lo profundo de las tinieblas; vendrá y se las llevará a las tres. Y cruzarán las tinieblas, ellas con sus trajes de luto, María Teresa con su túnica de piel de murciélago, y llegarán a las encantadas moradas del Sol. Y entonces vestirán completamente de oro para toda la eternidad, con trajes de oro y joyas de oro.

—¿Y el niño? —pregunta María Teresa—. ¿Qué harán del niño?

¡Horror!; vuelven la cabeza y no responden. María Teresa estrecha aún con más fuerza al chiquillo y le cubre de besos, como si quisiera ahogarle por sí misma, como si quisiera matarle con sus besos. Y Cristóbal le repite: “¡No llores, hermanita mía; no es ese infame rey quien va a venir, sino papá y Raimundo; no llores!” —y le devuelve sus besos.

En una de las enormes piedras hay unos signos misteriosos que las “mamaconas” miran a cada instante, y que los hombres que tocan las flautas de huesos de muerto se señalan unos a otros, tocando cada vez más fuerte su

“de profundis”. Son extrañas esculturas que representan pájaros con cabeza de hombre y cuerpo de “coraquenque”. El “coraquenque” es un ave inca cuya imagen ha visto ya María Teresa en los museos de Lima. Sabe que en todo tiempo y en toda la tierra no ha existido a la vez más que una pareja de esas aves, que aparecen en la montaña en el momento de la investidura de un nuevo rey, al cual dan dos de sus plumas para que se adorne la cabeza^[37]. Aquéllas son de piedra y forman parte de la piedra. ¿Por qué las miran así?

Pero cesa el ruido detrás de cortina, y los hombres que tocan las flautas de huesos de muertos dejan oír unos sonidos tan estridentes que parece que taladran los oídos. El niño tiene miedo y se acurruca aún más junto al pecho de María Teresa, y de repente se descorre la cortina y se ve toda la sala.

¡VA A VENIR EL MUERTO; ESCUCHAD!

La llena una muchedumbre prosternada y silenciosa. Los únicos que están de pie delante de todos, en las gradas de pórvido rojo que llegan hasta aquella muchedumbre, son los tres guardianes del templo, los de los cráneos inverosímiles. Visten túnicas de vicuña. Detrás de ellos, un escalón más abajo, y de pie también, está Huáscar, con los brazos cruzados bajo su poncho rojo. Y luego, más abajo aún, en el otro escalón, hay cuatro ponchos rojos prosternados. Son los “directores del sacrificio”. Sus cabezas, cubiertas con el gorro sagrado con orejeras, se inclinan hacia las losas de tal manera, que no se les ve la cara. Cuando María Teresa ve esta muchedumbre no puede creer que no haya allí alguien para salvarla. Se levanta con el niño en brazos y grita: “¡Salvadnos! ¡Salvadnos!”; pero un gran clamoreo la responde: “¡Muera la Coya! ¡Muera la Coya!” Le dan el nombre de reina en aimar-quichúa, pero le gritan “muera” en español, para que comprenda bien que nada debe esperar de su piedad: “¡Muera la reina!”

Las cuatro “mamaconas” que están a su derecha, las cuatro “mamaconas” que están a su izquierda y las dos que deben morir y que permanecen delante de ella, la obligan a sentarse de nuevo en su silla. Pero se resiste, vuelve a ponerse de pie, levanta por sobre su cabeza a Cristobalito y grita: “¡Que se salve éste, por lo menos!”; pero todos responden: “¡Ese es para Pacahuamac! ¡Ese es para Pacahuamac!...” Y las doce “mamaconas” cantan: “¡Al principio, antes del dios Sol y de su hermana la Luna, su esposa, existía Pacahuamac, que era el espíritu, el espíritu puro!”

“¡Pacahuamac necesita sangre pura!”, responden, cantando, los presentes; y como uno de ellos repitiera: “¡Ese es para Pacahuamac!” Huáscar se volvió y le hizo callar.

Todos estaban de pie a la sazón, excepto los cuatro ponchos rojos, los “directores del sacrificio”, que seguían prosternados. Los hombres que tocaban las “quenias” hacían un ruido terrible con sus flautas de huesos de

muerto. Pronto no se les oyó más que a ellos, porque aquel ruido dominaba todos los demás ruidos. María Teresa, aniquilada, vencida, ya no gritaba, ya no se resistía. Ninguna voz, ninguna seña había respondido a su llamamiento. ¡Cristóbal y ella estaban perdidos! Con voz débil suplicó a las “mamaconas” que la rodeaban: “¡Quemad los perfumes! ¡No sufriremos!” Pero las dos que debían morir con ella le dijeron: “Debemos morir con todo nuestro conocimiento y todas nuestras energías, para volver luego a la vida con todo nuestro conocimiento y nuestras energías todas. ¡No quemaremos los perfumes!”

Y he aquí que los hombres que tocan las “quenias” callan a su vez y se hace un silencio aterrador. Todos los presentes se prosternan de nuevo. Y la sonora voz de Huáscar dice: “¡Silencio en la Casa de la Serpiente! ¡Va a venir el muerto! ¡Escuchad!”

Entonces, una especie de temblor de tierra parece conmover los muros ciclópeos, en tanto que se oye el tableteo del trueno, sólo que en lugar de venir del cielo sube de las mismas entrañas de la tierra.

En este momento Cristobalito se estremeció en los brazos de su hermana, y ésta creyó que era de miedo. Pero el niño le dijo al oído: “Mira, María Teresa, mira a los cuatro ponchos rojos.” Y ella alzó la cabeza dolorida, y miró, y se estremeció también. Mientras que a impulsos del miedo que les causaban estos extraños fenómenos, todos los presentes se inclinaban sobre las losas, cuatro cabezas aparecían levantadas, vueltas hacia María Teresa, y bajo sus gorros con orejeras, bajo los cabellos que cubrían sus rostros aterrados, ennegrecidos por los afeites indios, la Esposa del Sol acababa de reconocer a su novio, a su padre, a Natividad y al tío Francisco Gaspar.

Una alegría inmensa inundó su corazón. Cristobalito y ella se abrazaron con transporte.

Los cuatro gorros de los cuatro ponchos rojos se inclinaron de nuevo sobre las losas, a tiempo que todos los presentes levantaban la cabeza al oír el grito lanzado por Huáscar, para anunciar la llegada del difunto rey Huayna Capac.

En tanto que un nuevo sacudimiento de la tierra parecía estremecer todo el edificio. Huáscar, tendidos los brazos hacia la pared que se entreabría, gritaba a María Teresa: “¡Aquí está el muerto!”^[38].

LIBRO QUINTO

La parte del muro en donde estaban esculpidos los signos misteriosos y el par de aves con la cabeza de hombre, pareció girar sobre sí misma, y en el mismo momento María Teresa lanzó un pito espantoso porque llegaba el muerto. Fue basta ella desde el fondo del negro abismo que dejaran descubierto las piedras ciclópeas al entreabrirse^[39]. Cuando éstas hubieron recobrado su posición primera, María Teresa le vio sentado delante de ella en un sitial de oro con dos asientos. Uno de aquellos asientos junto al rey muerto, estaba aún desocupado. Los indios gritaron: “¡Gloria al Inca!”, y se prosternaron de nuevo. Los hombres que tocaban las “quenias” ejecutaron sus tocatas más fúnebres en los huesos de muerto. Las dos “mamaconas” que debían acompañar a María Teresa a las moradas encantadas del Sol, se colocaron a su derecha y a su izquierda, y las otras diez sacerdotisas formaron dos filas que no cesaron de entrecruzarse agitando sus velos. Cuando llegaban ante el rey embalsamado se arrodillaban, levantaban la cabeza y gritaban: “Este es Huayna Capac, rey de reyes, hijo del gran Tapac Inca Yupanqui. ¡Ha venido por los caminos de la noche a buscar a la nueva “Coya” que el pueblo inca ofrece a su hijo Atahualpa! “Luego se levantaban y se entrecruzaban y comenzaban nuevamente a agitar sus velos. Hicieron esta maniobra unas doce veces. Cada vez gritaban más fuerte y cada vez eran más estridentes las tocatas que ejecutaban los flautistas en los huesos de muerto. María Teresa, siempre estrechando entre sus brazos a Cristobalito, que había ocultado la cabeza en su seno al aparecer Huayna Capac, miraba al Muerto y el Muerto la miraba a ella. Parecíales a todos que un terror hipnótico paralizaba a la joven frente al enviado del infierno inca, “que iba a buscarla”.

También el rey vestía la túnica de piel de murciélago, propia para recorrer los caminos de las tinieblas, pero bajo este ropaje dejaba entrever el manto real y las sandalias de oro. Tenía descubierto el noble rostro impassible y

severo, que conservaba el color moreno que fuera natural en él. Sobre sus cabellos, negros como el ala del cuervo, sólo llevaba el “llanta”, la corona ligera de cintas y flecos, semejante a la que ciñeran a las penes de María Teresa; pero la del rey tenía, además, dos plumas de “coraquenque”. ¿Era que los guardianes del Templo de la Muerte habían deslizado bajo los párpados embalsamados el falso brillo de dos bolas de cristal, o que el prodigioso secreto de los embalsamadores había conservado a través de los siglos la luz de las regias pupilas? ¿Pues no le parecía a María Teresa que aquel fúnebre monarca clavaba en ella una mirada terriblemente llena de vida? Estaba sentado con gran naturalidad, apoyadas las manos en sus rodillas. La joven creía que respiraba: hasta el punto era perfecta la apariencia de la vida real en aquel muerto^[40]. Lanzó un gemido de horror que nadie más que Cristobalito oyó, porque aquella era la duodécima vuelta que daban las “mamaconas” cantando cada vez más fuerte, y los hombres que tocaban las “quemadas” las acompañaban, y todos habían llegado a un diapasón tal, que en la “Casa de la Serpiente” sólo se oían ya sus gritos desgarradores y salvajes.

Los indios de la asamblea comenzaban también a moverse ululando, de derecha a izquierda, imitando a los tres guardianes del templo. María Teresa seguía mirando al muerto, no sólo porque no podía hacer otra cosa, puesto que estaba enfrente de él y como hipnotizada, sino porque “no quería mirar a los ponchos rojos”. Comprendía que sus ojos, si no permanecían clavados en el muerto, se volverían fatalmente a aquéllos y los descubrirían.

María Teresa estaba ya como medio absorbida por la idea de la muerte; parecíale que la tierra la poseía, que debía ahogarla, pero que aún conservaba libre la cabeza. Y no tenía más que un temor determinado en medio de aquel insondable abismo de espanto en el que se precipitaba: que su cabeza se volviese, a pesar suyo, hacia los que aún podían salvarla y revelase su presencia a aquel pueblo fanático. Por ello se esforzaba en “hipnotizarse” frente al muerto. Y el pueblo inca al ver que se realizaba este milagro y que ya la tenía el muerto en su poder, daba gracias a la divinidad.

Pero Huáscar levantó el brazo, hizo una señal con dos dedos de la mano derecha y hubo un silencio, y la inmovilidad de todos fue instantánea y completa. ¿Qué iba a pasar? El hombre del “cráneo en forma de pilón de azúcar”, el del “cráneo en figura de maletita” y el del “cráneo semejante a un capacete”, se acercaron e indicaron a las “mamaconas” que debían morir el sitio que permanecía desocupado en el doble trono de oro. Las “mamaconas” dijeron inmediatamente a María Teresa en indio “aimara”: “¡Vamos, “Coya”, ven! ¡Feliz tú! ¡El rey te llama!” Y la levantaron y la sentaron en el sitio vacío

del doble trono de oro, al lado del rey difunto Huayna Capac, hijo del gran Tupac Inca Yupanqui. Y hecho esto, volvieron el trono hacia la asamblea, hacia los “ponchos rojos”.

SU CUERPO SE ENCORVA EN REPLIEGUES TORTUOSOS

María Teresa cerró los ojos para sustraerse al horror de verse en el mismo sillón que el muerto que debía llevarla a las entrañas de la tierra y también para no “verles”, para no ver a los ponchos rojos... para no “verles”... para no verles... porque comprendía que si su mirada se cruzaba con la de Raimundo y con la su padre, prorrumpiría en sollozos, o se levantaría como una loca para correr hacia ellos, o les diría algo que los perdería a todos. Sin embargo, aunque tenía los ojos cerrados y aunque parecía tan momificada ya como su compañero el rey, se enteraba de lo que sucedía. Cristobalito lo veía todo por encima de los brazos doblados de su hermana, y se lo contaba en voz tan baja, tan baja, que María Teresa apenas sentía su aliento ascender a lo largo de su garganta desnuda: “Raimundo ha levantado la cabeza... y papá también... papá ha hecho una seña... pero no digas nada”. María Teresa apoyó su mano trémula en la boca del niño, y éste comprendió que debía callar.

—¡De modo que están aquí! —pensaba María Teresa—. ¿Qué intentarán? ¿Qué podrán hacer?

Era horrible saber que estaban allí, ocultos e impotentes... ¡Porque si no se creyesen impotentes no se esconderían! ¡Hubieran ido con la policía, con los soldados!... ¡Esto era lo que no comprendía!... ¿Por qué se ocultaban para salvarla? ¿Serían los indios los dueños del país?... Pensó en la revolución, en el general García que había pedido su mano... ¿Por qué no habían ido a buscar a García? Hubiera acudido con su ejército en su auxilio. Pero ellos, disfrazados con sus ponchos rojos, ¿qué iban a hacer entre toda aquella gente que quería matarla? ¿Qué podían hacer? Sin embargo, debían tener su plan.

Las “mamaconas” cantaban: “Los terremotos agrietaron la tierra, la luna apareció rodeada de anillos de fuego de diversos colores; el rayo cayó en uno de los palacios reales y lo redujo a cenizas; vióse un águila perseguida por varios halcones atronar el espacio con sus gritos, cernerse sobre la plaza de la ciudad y, herida por las garras de sus agresores, caer sin vida en presencia de

los incas más nobles”. Al oír estas últimas palabras que recordaban, con arreglo al rito, la derrota y la muerte de su último rey, todos inclinaron la cabeza sollozando, y el aliento de los tocadores de “quenía” pasó temblando a través de los huesos de muerto. También Huáscar se había inclinado; luego levantó la cabeza; sus ojos se clavaron en los de María Teresa que se entreabrían. La joven le vio y se estremeció. Tenía la seguridad de que el indio la amaba y deseaba su muerte. Cuando Huáscar dio algunos pasos hacia ella, creyó llegada su última hora, tan sombría era la expresión de su mirada. Habría podido suplicar a la multitud anónima; suplicar a aquel hombre le hubiese sido imposible. Cerró los ojos.

Entonces le oyó decir con una entonación lenta y monótona como la que adoptan los sacerdotes en la iglesia: “Coya, perteneces a Huayna Capac, el gran rey que ha venido de los infiernos para guiarte a la casa de los hijos del Sol. Te dejamos con él. El te revelará el misterio que los vivos no deben conocer. Te hará atravesar las galerías de las tinieblas y te mostrará, con arreglo al rito, la gloria de Cuzco, hija del Sol. En fin, él será quien, una vez en el templo, te obligará a sentarte entre las cien esposas. Debes obedecerle y, “si quieres que no se rompa el encanto, no te levantes hasta que él se levante. Y acuérdate de que la serpiente vela en la Casa de la Serpiente”.

Se retiró andando de espaldas entre los tres guardianes del templo, mientras que el pueblo salía lentamente por las tres puertas. Todas las “mamaconas” se marcharon también, recogiendo sus largos velos negros sobre sus cabezas, como las mujeres enlutadas que salen del cementerio. Y hasta las dos que debían morir se retiraron después de besar los pies de María Teresa que asomaban desnudos bajo la túnica de piel de murciélago.

La idea de que iban a dejarla completamente sola en aquella sala que las sombras de la noche invadían rápidamente, sola con su hermanito Cristóbal en los brazos, al lado del Muerto, le causaba un horror más grande que el espectáculo que acababan de ofrecerle aquellos salvajes. ¿Por qué se marchaban?... Sin duda porque iba a suceder algo tan horrible que no se encontraban con valor para presenciarlo. Huáscar lo había dicho: “Hay misterios que los vivos no deben conocer.” ¿Qué iba a hacer con ella aquel muerto? ¿Por qué le habían prohibido levantarse? “No te levantes hasta que él se levante”. ¿Iba a levantarse? ¿Aquel muerto iba, pues, a echar a andar delante de ella? ¿Iba a cogerla de la mano con su repugnante mano de momia? ¿Iba a llevarla junto a los muertos, por las galerías de las tinieblas?

Hubiérase dicho que a medida que la sala se vaciaba iba disminuyendo la luz.

¿Y los “ponchos rojos”? ¿No acudirían al fin en su socorro? ¿No la arrancarían de entre los brazos del muerto... ¿O bien se marcharían lo mismo que los demás?... Ahora los mira, mira a los cuatro ponchos rojos que siguen prosternados sobre las losas... Las “mamaconas” le han dicho: Son los directores del sacrificio”... Entonces se quedarán seguramente... porque el instante del sacrificio se acerca... y tienen el deber de quedarse... Huáscar ha dicho que se marcharán todos excepto el Muerto... Indudablemente no pensaba en los “directores del sacrificio” que deben tener la obligación de quedarse. Sin embargo, sería preciso saber... Los guardianes del templo se han marchado... Huáscar se ha marchado... Tal vez los cuatro ponchos rojos se dispongan a seguirles. ¡No! ¡No se mueven!... ¡Ah! María Teresa puede mirarlos... ellos no la miran. Están ahí, caídos sobre las losas, como unos cuerpos inertes...

Pero ya no quedan más que veinte indios en la sala. ¿Qué esperan los ponchos rojos para correr hacia ella?... ¿Qué espera Raimundo?... ¿Qué espera Raimundo!... “¡Oh! María Teresa, vamos a quedarnos solos con ellos —murmura Cristóbal—, ¡nos salvarán!...” ¡Eso es, evidentemente —piensa la joven—, eso es!... ¡Ese es su plan!... Han debido seducir a los verdaderos directores del sacrificio, han debido sobornarles o matarles, comprar la complicidad de algunos caciques (¡son tan aficionados al dinero!)... y gracias a esto se han introducido en la “Casa de la Serpiente” disfrazados con los ponchos rojos, ¡sabiendo que al final de la ceremonia los dejarían completamente solos con María Teresa, Cristóbal y el Muerto!... ¡Vamos, todo iba a arreglarse de la manera más sencilla del mundo, porque todo estaría preparado para la huida, y seguramente no sería el Muerto quien se opondría a ella!

Ahora el muerto inspiraba menos miedo a María Teresa.

Besó a Cristobalito, que la devolvió su beso y la estrechó entre sus bracitos... Ya sólo quedan cinco, cuatro, tres indios... Se vuelven a mirarla antes de marcharse... ¡Ah! No quiere moverse... no... no... ni un solo movimiento... ¡está prohibido!... ¡No debe levantarse hasta que el Muerto se levante!... Y permanece inmóvil, con su hermanito en brazos, en su butaca de oro... ¡Ya no hay un solo indio! ¡Ni uno solo!... Nadie más que los directores del sacrificio, que se levantan a su vez y lentamente se dirigen hacia las puertas... ¡Sí, también ellos se van... se van!...

¡Ah! María Teresa lanza un gemido ahogado... No se atreve a gritar, no sabe si debe y puede gritar... Pero, verles marchar como los demás, sin dirigirle una mirada... se le parte el corazón... Y Cristobalito llora... no

puede contener el llanto..., “¡Se marchan! ¡Se marchan!” —dice entre sollozos, pero ella le hace callar... Es preciso ver... es preciso tener valor hasta el último momento... Tres, tres directores del sacrificio se alejan lentamente, con las cabezas inclinadas bajo el peso del tocado sacerdotal... y se dirigen hacia las tres puertas... pero uno, el cuarto, se ha parado en medio de la sala, volviéndose a medias hacia María Teresa... y le hace una seña... ¡y aquel poncho rojo es Raimundo!... ¡Ah! ¡Seguramente están salvados! Pero, es preciso tener prudencia, ¿no es verdad?... Mucha prudencia... Los tres ponchos rojos se dirigen, pues, hacia las tres puertas y miran con precaución hacia los patios, porque cada puerta da a un patio como en todos los palacios incas en los que ninguna habitación se comunica con otra habitación.

¿Se han marchado los indios? ¿Se han marchado en realidad?... Evidentemente, eso es lo que miran, de eso es de lo que quieren cerciorarse. Y Raimundo piensa indudablemente que tardan mucho. ¡Espera la señal! ¡Espera la señal! Y sus manos, en las que empuña un arma, un arma horrible, se tienden hacia María Teresa, que olvidando la recomendación de Huáscar, se incorpora en su trono de oro, mientras que el Muerto permanece inmóvil, como corresponde a los muertos, sobre todo a los reyes muertos que tienen dignidad y se respetan a sí mismos... ¡Ah! ¡La señal! ¡La señal!... ¡Es el marqués quien la da!... “¡Recuerda!”...

Al oír esta palabra que esperaba con una impaciencia cruel, Raimundo se precipita hacia María Teresa. El marqués le sigue y, en tanto que los otros dos continúan vigilando en las puertas, ellos corren, suben los altos escalones de pórvido, tienden los brazos a María Teresa... Y María Teresa, levantándose del todo esta vez, lanza un grito de alegría y de triunfo y ya se dispone a arrojarle en sus brazos con Cristobalito... cuando de repente, en el mismo instante en que va a abandonar el trono fatal, se oye un silbido siniestro, en tanto que ella exhala un alarido espantoso y trata de huir con el niño de entre los repliegues monstruosos de un animal enorme que acaba de “surgir a su lado”, que la oprime entre sus anillos, que la estruja, que la sujeta, que la encadena al trono de la Muerte, ¡junto al Muerto! “¡Es la Serpiente de la Casa de la Serpiente que guarda su presa!”...

Raimundo y el marqués han lanzado un grito de horror al ver alzarse ante ellos aquella muralla inesperada y se precipitan sobre el monstruo cuya cabeza se balancea por sobre ellos con un extraño rumor de cascabeles.

¡Quieren arrancarle sus dos víctimas!... ¡La golpean! ¡La estrechan entre sus brazos a su vez! ¡Quisieran matarla!... ¡ahogarla! ¡Horror!... Sus manos no tocan la carne de un ser vivo, sino el frío del metal, anillos que rechinan,

que se deslizan unos en otros, movidos por algún mecanismo infernal^[41], escamas de cobre^[42] que defienden a María Teresa y al niño de los esfuerzos de los que intentan salvarles, ¡mejor que las rejas de una cárcel!

En vano trata Raimundo de atraer hacia sí el cuerpo helado de María Teresa; en vano coge el marqués entre sus brazos a Cristobalito... No pueden arrebatarse su presa al monstruo que surgía balanceando por sobre ellos su cabeza triangular cuya boca entreabierta deja escapar un silbido cada vez más agudo y aquel ensordecedor repiqueteo de cascabeles... que hace acudir a los indios...

Natividad grita “¡Aquí están! ¡Aquí están!” y escapa... pero, ¿por dónde escapar? Y el marqués no quiere huir... ¡Y Raimundo no quiere separarse de María Teresa!... Y la sala se llena nuevamente de indios... de dignatarios, de caciques... de ponchos rojos que gritan: “¡Sacrilegio!”... de mamaconas” que agitan desesperadamente sus velos negros, de soldados quichúas que hacen abiertamente causa común con la partida de Oviedo Runtu, en tanto que él es el único que permanece insensible.

LAS PRECAUCIONES DE ORELLANA EL LOCO

Al fin aparece Huáscar. ¿De dónde viene? Su calma, su inmovilidad, en medio de todo aquel tumulto, parecen indicar que semejante escena no le ha sorprendido... que nada puede sorprenderle... No hubiese dado muestras de mayor tranquilidad si hubiera sabido lo que iba a ocurrir. El es el que manda, el que hace cargar de cadenas a los prisioneros, al marqués, a Natividad y al tío Francisco Gaspar, el cual, ante la brutalidad de sus agresores, comienza a preocuparse y a dejarse vencer por el terror... Huáscar es quien manda a sus indios que se lleven a los desdichados.

El marqués grita por última vez: “¡Cristóbal! ¡María Teresa!”, pero ellos no le responden, porque ya están como muertos entre los anillos de la serpiente.

Huáscar tiene una expresión cada vez más sombría, porque en vano, en la sala llena de gente, buscan por orden suya a Raimundo. Raimundo ha huido. ¿Será Raimundo el único que logre sustraerse a su venganza?

Los indios salen de la sala detrás de los cautivos, celebrando la gloria, la fuerza, la astucia y la habilidad de la serpiente de la Casa de la Serpiente. Durante el tumulto, las “mamaconas” cubrieron con sus velos negros la momia sentada de Huaynac Capac. En cuanto los indios se van, recogen sus velos y se marchan a su vez. Luego salen los demás dignatarios, excepto Huáscar y los tres guardianes del templo, cuyas repugnantes manecitas acarician a la serpiente. Huáscar se desliza por detrás del doble trono de oro. Y como si hubiese recibido una orden, la serpiente cesa de silbar, y cierra su innoble boca ahogando el rumor de cascabeles... y poco a poco, va replegándose... con una lentitud sólo comparable a la rapidez que desplegara al distenderse y enroscarse al cuerpo de María Teresa y de Cristóbal. Al fin la serpiente acaba por desaparecer detrás del sillón de oro. Huáscar, entonces, toca la piedra de la pared, en el sitio en que está esculpido el “coraquenque”, el pájaro con cabeza de hombre, y la piedra gira de nuevo, dejando abierta la

“galería de las tinieblas”. Inmediatamente el doble trono se desliza por la “galería de las tinieblas”, llevando al rey muerto, a María Teresa y a Cristóbal. Y, la pared se cierra tras ellos, porque hay misterios que aquellos cuya muerte no está próxima, no deben conocer. Inmediatamente, los tres guardianes del templo inclinan sus tres cabezas de monstruos ante Huáscar y Huáscar se queda solo en la Casa de la Serpiente, porque tiene derecho a ello, pues Huáscar es el último sacerdote supremo de los últimos incas. Está solo, a oscuras, sentado en el escalón más alto de la escalera de pórfido, con la cabeza entre las manos. En esta postura permanece hasta la aurora.

Oculto en un nicho de piedra labrado por las manos de los incas, Raimundo esperó toda la noche a Huáscar, delante de la Casa de la Serpiente. Pero no vio salir a ninguno de aquellos por los cuales se había quedado allí, no obstante el peligro que corría de ser reconocido por los quichúas, dignatarios del “Interaymi”. Algunos, al pasar, miraron a aquel pobre indio que parecía dormir, envuelto en su poncho, pero ninguno sospechó que aquel hombre era el que se había escapado de entre sus manos en el momento en que fue descubierto el sacrilegio. La obscuridad de la noche favorecía a Raimundo. Ella le había salvado en aquella vasta sala a la que se habían precipitado los indios, al oír el silbido de la serpiente de cascabel. Entre el tumulto y la confusión general, tuvo la presencia de ánimo suficiente para volver del revés su poncho rojo, que de esta suerte se confundió con todos los ponchos quichúas. Salió con la multitud, se encontró en la calle y se ocultó en aquel nicho, vencido por los acontecimientos.

Ya no había esperanza; los quichúas eran los amos de la población. La última victoria de García había puesto en sus manos la ciudad de Cuzco. Todos los que no eran indios habían huido. Ahora bien: de los 50.000 habitantes de la antigua capital, las siete octavas partes eran indios de pura raza, que no se habían visto en semejante fiesta desde la conquista española. Las escasas tropas que García había dejado allí, y a las cuales, por lo demás, se habían unido con entusiasmo los soldados vencidos de Veintemilla, hacían causa común con el vecindario indio, a cuya raza pertenecían y cuyas costumbres, creencias y fetichismo compartían.

Toda la región estaba en un estado de exaltación que nada podía calmar desde que García se alejara por prudencia. El general no había querido oponerse personalmente a estas manifestaciones de un fanatismo que, según él, debía decaer, naturalmente, una vez terminadas las fiestas del “Interaymi”.

Entretanto, la ciudad se había convertido nuevamente en el dominio sagrado de los hijos del Sol, como en los tiempos de mayor esplendor de los Incas. Ni un instante cesaban los cantos, las procesiones y los bailes.

Cuando Raimundo y sus compañeros llegaron a los alrededores de Cuzco, en donde ocultaron su automóvil en un “tambo” (ventorro), al dueño del cual habían “sobornado”, no tuvieron más remedio que convencerse de que por la fuerza no podrían intentar nada. Afortunadamente aún les quedaba el oro de García, su suprema esperanza.

Al posadero, un mestizo muy pobre, que no deseaba más que ser rico, le prometieron una fortuna si conseguía encontrar uno o dos “ponchos rojos”, capaces de entenderse con ellos para arreglar un asunto de importancia mediante una cantidad considerable. Y todo había de hacerse sin que se enterase Huáscar.

El mestizo llevó al ventorro cuatro indios que aquella misma noche debían llenar las funciones de “directores del sacrificio”, funciones que consistían en quedarse solos en la Casa de la Serpiente, delante de la Coya y de Huayna, antes del misterio de “las galerías de las tinieblas”. A decir verdad, todo se presentaba perfectamente”. “Se presentaba” demasiado bien y hubiesen debido desconfiar. Pero a Raimundo y al marqués les causaba demasiada alegría la idea de que al fin iban a llegar hasta María Teresa para reparar en detalles que hubiesen despertado la desconfianza de los menos avisados. Francisco Gaspar, que estaba presente cuando se hizo la “combinazione” pudo, con algún motivo esta vez, encogerse de hombros con desprecio ante lo burdo de la intriga. Todo quedó ultimado con los “ponchos”, que cobraron inmediatamente la mitad de la cantidad, y que debían percibir el resto una vez alcanzado el triunfo.

Prometieron, por lo demás, contribuir a él facilitando el rapto y constituyéndose en guardianes de una de las puertas por la cual, una vez dado el golpe, podrían escaparse los viajeros con su precioso botín. En seguida, nuestros cuatro amigos se pusieron los ponchos de los “directores del sacrificio”, se pintarrajearon y se cubrieron con el gorro con orejeras. La ceremonia debía tener lugar al anochecer, ante un populacho ebrio de alegría: quién iba a reconocer a aquellos falsos sacerdotes cuyo papel consistía en prosternarse hasta tocar con sus frentes los escalones de piedra. Como es natural, Francisco Gaspar fue el primero en prestarse a esta mascarada, como él la llamaba; aceptó su papel con un valor y una serenidad tal que reconquistó la estimación del marqués y la de su sobrino.

Natividad por su parte, pensaba en Jenny la obrera, pero la aventura parecía estar próxima a su desenlace. Por su oficio sabía que en aquel país se podían hacer muchas cosas con dinero y conocía la venalidad de los indios. No dudaba del buen éxito final de aquella tragicomedia. ¡El indio había sido burlado tantas veces por el blanco!

Ahora bien: en aquella ocasión el indio era el que engañaba al blanco. Lo comprendieron a sus expensas. ¡Bien se la había “pegado” Huáscar con sus “ponchos rojos”!

¿Dónde estaban a la sazón los sacerdotes? ¿Los que debían salvar a María Teresa y a Cristóbal? ¿En dónde estaba el marqués? ¿Y Natividad? ¿Y el ilustre académico? ¿En el fondo de qué calabozo se hallaban y qué destino les esperaba?

En aquella calle oscura, delante de aquel palacio fatal, Raimundo esperaba a Huáscar para matarle. Pero nadie salía de la Casa de la Serpiente. Al amanecer, una mano se apoyó en el brazo del falso indio. Este levantó la cabeza. Reconoció al anciano que seguía a Huáscar en la plaza de Arequipa. Tenía delante al padre de María Cristina de Orellana.

—¿Por qué estás aquí? —le preguntó el anciano—. La procesión no pasará por esta calle. Ven conmigo; podrás ver a mi hija que va a salir de “la galería de las tinieblas”.

Estas palabras del pobre loco llamaron la atención de Raimundo, tanto más cuanto que en aquellos momentos pasaban por la calle numerosos grupos, todos en la misma dirección. El anciano añadió:

—Ve con ellos. Mira, todos van a la procesión de “la Esposa del Sol”!

Raimundo se levantó y le siguió. En aquella situación espantosa, que no era comparable a nada de cuanto se hubiese podido imaginar en el mundo civilizado, acababa por encontrar muy natural dejarse guiar por un loco. El anciano le decía mientras andaban:

—Te conozco muy bien. ¡Has venido para ver a la Esposa del Sol! Y hasta te has disfrazado de indio para conseguirlo, pero tu disfraz es inútil. ¡No tienes más que venir conmigo y verás a la Esposa del Sol! Yo conozco perfectamente Cuzco y su provincia, “por encima y por debajo”. He vivido diez años en los subterráneos. Cuando no estoy en los subterráneos enseño la ciudad a los extranjeros. Y les hago recorrer todas las etapas que recorría en otro tiempo la Esposa del Sol antes de reunirse con el Sol en el templo de la muerte, que es al mismo tiempo el templo del Sol, pero por “debajo de la tierra”. ¡Ya verás, es muy curioso!... Hoy será más curioso que la última vez, porque la última vez tenía que ocultarse y las procesiones sólo se celebraban

en “las galerías de las tinieblas”, pero hoy son los amos, “lo mismo arriba que abajo”. Huayna Capac, el rey muerto, se atreverá a mirar una vez más al Sol vivo. Y se paseará por las calles de la ciudad. Si no sabes esto, es porque no escuchas lo que dicen a tu alrededor. ¿En dónde están tus compañeros? ¡Hubiese podido enseñarles la ciudad también a ellos! ¡Y hacerles recorrer las “etapas”! Y no les hubiera pedido mucho dinero. Con unos cuantos “centavos” puedo vivir semanas enteras. Los fondistas lo saben y me confían sus huéspedes para que les enseñe la ciudad, porque no hay quien la conozca mejor que yo. Tú has venido a ver las fiestas del “Interaymi”. Te he visto por primera vez en Moliendo, luego junto a la casa del río Chile, en Arequipa, y por último delante de la Casa de la Serpiente. Estas son todas las etapas que hay que recorrer antes de llegar a las “galerías de las tinieblas”. Por allí es por donde se llevaron hace diez años a mi hija María Cristina, que era la muchacha más linda de Lima y a la que juzgaron digna de su dios. Yo no estaba prevenido. Pero, esta vez no sucederá lo que ellos creen. Cuando vi que se acercaban las fiestas del “Interaymi”, me dije: “Orellana, es preciso que tomes tus precauciones”. Y las he tomado, palabra de honor. ¡Ven, oigo el rumor de las flautas de huesos de muerto!”

EL CORTEJO DEL “INTERAYMI”

Le hizo atravesar todo Cuzco y Raimundo no veía nada de aquel antiguo Cuzco ciclópeo sobre el cual está construido el Cuzco moderno; recorrió aquella ciudad prodigiosa que fue fundada, sin duda, por gigantes o por dioses, porque los bloques de granito y de pórfido de sus edificios no se han movido desde que una fuerza desconocida de los hombres de nuestra época los colocó allí. Y no se moverán nunca, y morirán con el mundo, muchos años después de que el huracán o los temblores de tierra hayan hecho desaparecer las construcciones de los “conquistadores”. Pasaba sin mirar aquellos maravillosos vestigios del pasado. Caminaba en pos de la multitud, en pos del anciano que le conducía a una nueva etapa del martirio de María Teresa.

Salieron de la ciudad, y Orellana, cogiéndole de mano, como hubiese hecho con un niño, le hizo subir a un montículo llamado en quichúa, “qqisillo Hungu-Ina” (el lugar en donde baila el mono). Una vez en lo alto del montículo tuvieron que encaramarse a uno de los bloques de granito esculpidos y transformados por los obreros incas en terrazas, en galerías y en gigantescas gradas. Infinidad de indios ocupaban ya aquellas laderas, y todos miraban hacia el “Sacsay Huaynam”, la colina de piedra, el fuerte ciclópeo, el primer testigo del esplendor de la Edad Antigua. Tiene más de mil pies de extensión y posee tres murallas escalonadas y llenas de nichos, en los que aquel día, lo mismo que en otro tiempo, se refugiaban los centinelas.

Todos los ojos estaban, pues, vueltos hacia el “Sacsay Huaynam”, y todos los ojos buscaban en el “Sacsay Huaynam” el “Intihuatana”, que es el pilar “al cual encadenan el Sol”.

Orellana lo explicaba todo con su voz cascada, como un guía que no puede perder la costumbre de explicar.

—Vea usted “señor”, el pilar que servía a los indios para medir el tiempo. El es el que hoy indica convenientemente la hora a que ha de celebrarse cada una de las ceremonias de la fiesta. Es una piedra sagrada, erigida para

determinar la época exacta de los equinoccios. Por eso la llaman “Intihuatana”, “en donde encadenan al sol”. ¡Ah, ah, atención... Mire usted!... ¡Empieza la procesión! Ha de saber usted que las “galerías de las tinieblas” se extienden bajo la ciudad y el campo entre la “Casa de la Serpiente” y el “Sacsay Huaynam”^[43]. Cuando mi hija salga de las galerías de las tinieblas será para dar una vuelta alrededor del “Sacsay Huaynam” y del “Intihuatana”. Entonces, cuando el sumo sacerdote deje en libertad al Sol, la procesión se dirigirá a las puertas de la ciudad.

En efecto, Raimundo veía distintamente todo un cortejo que se formaba alrededor de las murallas y a la cabecera del cual descubrió a Huáscar, que daba órdenes. Ya no volvió a ocuparse de Orellana; corrió hacia aquel lado y se acercó cuanto pudo a la procesión, sin lograr, sin embargo, atravesar las primeras filas de indios que atronaban el espacio con sus gritos.

No estaba muy lejos del pilar que servía para determinar los solsticios. Pudo ver que aquella columna aislada, colocada en el centro de un círculo, y cubierta de guirnaldas, de flores y de frutas, estaba coronada por un trono dorado. Exclusivamente reservado al Sol^[44], aquel trono, desaparecido hacía siglos, había sido trasladado desde las galerías de las tinieblas y colocado allí antes del alba. Aturdido por los gritos, los cantos y las danzas. Raimundo tuvo que esperar en el mismo sitio durante dos horas, esforzándose disimuladamente en conservar su puesto. Ya no veía a Huáscar y acabó por comprender que los sacerdotes que daban vueltas sin cesar alrededor del “Intihuatana” esperaban el momento del mediodía.

Al fin, vio a Huáscar, que se había puesto una capa pluvial de oro, que brillaba como el mismo Sol. Vuelto hacia el trono del Sol, el sumo sacerdote esperó unos segundos. Luego gritó en “aimara” esta frase que todos repitieron en quichúa y en español: “¡El Dios está sentado en la columna en todo su esplendor!” Y después, tras de algunos instantes más de espera, dio con una palmada la señal de marcha. El dios estaba libre, queremos decir que después de haber visitado a su pueblo continuaba libremente su carrera por los cielos. El pueblo le siguió desde la tierra, de Este a Oeste.

Primero se puso en marcha el cortejo sagrado; Huáscar iba a la cabeza, seguido de algunos centenares de servidores del dios, vestidos con mucha sencillez y cuya misión consistía en desembarazar el camino de todo obstáculo y cantar mientras andaban himnos triunfales. Tras ellos apareció un centenar de personajes vestidos con túnicas vistosas a cuadros rojos y blancos, dispuestos como los casilleros de un tablero de damas. Al verlos, el pueblo gritó: “¡Los amautas, los amautas!” es decir: ¡los sabios!, y los

aclamó. Luego pasaron otros, todos vestidos de blanco, armados de martillos y mazas de plata y cobre: eran los “porteros” del palacio real; después desfilaron los guardias y la servidumbre del príncipe, que se distinguía por una rica librea azul y por la profusión de adornos resplandecientes; y por último los nobles, que lucían enormes pendientes. Toda la procesión bajaba desde el “Sacsay-Huaynam” al valle y al fin apareció ante los ojos deslumbrados del pueblo congregado en aquel lugar, la colosal litera en la que conducían el doble trono de oro. Al ver al rey difunto y a su compañera viva, la muchedumbre prorrumpió en aclamaciones, manifestando con sus gritos el entusiasmo hacia el descendiente de Manco Capac y su odio salvaje hacia la que representaba la raza conquistadora, hacia la víctima que iban a ofrecer en holocausto al astro del día. Por todo el trayecto la saludó un clamoreo lúgubre: “¡Muera la Coya!” “¡Muera la Coya!” María Teresa parecía ya tan muerta como el rey, su compañero. Se dejaba balancear al compás de los pasos de los nobles incas que llevaban la litera. Tenía una belleza de estatua, estaba tan blanca como el mármol más blanco, y llevaba en los brazos a Cristobalito, como una Virgen al Niño Jesús.

Al sacarles de las galerías de las tinieblas les habían quitado sus trajes de piel de murciélago para ponerles la túnica de lana de vicuña, tan fina que parecía seda. Las dos “mamaconas” que debían morir, iban detrás de la litera, con la cabeza cubierta por sus velos negros. Las demás “mamaconas” y los guardianes del templo habían desaparecido. Terminaba el cortejo con una compañía de soldados quichúas que llevaban el fusil al hombro y que caminaban lentamente, al son de las flautas de huesos de muerto; los tocadores de “quenia” cerraban la marcha.

Era bastante chocante el contraste entre aquel cortejo antiguo y aquellos soldados de un ejército moderno, pero el tío Ozoux era el único que hubiese podido saborearlo, y el tío Ozoux no estaba allí. Por lo que hace a Raimundo, en cuanto vio a María Teresa se puso como loco.

Como no podía abrirse paso por entre la multitud, retrocedió para correr hacia las puertas de la ciudad en donde esperaba situarse en un buen sitio para presenciar el paso del cortejo. Pero en el momento en que llegaba al pie de la colina del mono que baila, se vio reducido a la inmovilidad por la multitud inmóvil que contemplaba la cima del “Sacsay-Huaynam” en donde, en lo alto de la torre más alta, aparecía, destacándose sobre el cielo, la silueta roja de un sacerdote cuya voz resonaba en todo el valle.

Raimundo reconoció al predicador de la piedra del sacrificio, al monje rojo de Cajamarca. Y supo que era, porque lo decían a su alrededor: “el sumo

sacerdote de los “quipucamyas”, es decir, “de los guardianes del quipo”, esto es, los guardianes de la historia. Y la voz que resonaba en lo alto del “Sacsay-Huaynam”, contaba, mientras el cortejo permanecía parado, las glorias de otros tiempos; luego recordó el día en que el “extranjero” entró por primera vez en aquella llanura con un ejército diabólico después de la muerte de Atahualpa. Lo mismo que aquel día el sol inundaba con sus rayos la ciudad imperial en la que había tantos altares consagrados a su culto. Innumerables edificios, que debían convertirse en ruinas, ocupaban en aquella época el centro del valle y las laderas de las montañas en las que se recortaban sus blancas siluetas. Los incas habían huido ante su nuevo amo, aterrados por el horrible sacrilegio, por el horrible crimen de que había sido víctima la divinidad en la tierra. Y miraban con espanto a aquellos soldados de cuyas hazañas se hablaba hasta en los lugares más apartados del imperio. Contemplaron maravillados sus armas resplandecientes y su tez tan blanca que parecían ellos los hijos del Sol y escucharon con un sentimiento de misterioso terror las trompetas que lanzaban sus notas prolongadas a través de las calles de la capital, y el rumor de las pisadas de los caballos que hacían retemblar el suelo^[45]. Y acabaron por preguntarse, quién era el impostor, porque el jefe de los extranjeros llevaba a su lado a Manco, el descendiente de los reyes, y en su nombre disponía. ¡Y cuando el sol se ocultó aquel día tras las cordilleras, hubiera podido creerse que el Imperio de los Incas había muerto!

Pero no era así —añadió la voz con nueva energía—. No era así, puesto que el sol sigue luciendo para sus hijos, puesto que los Andes aún alzan al cielo sus picachos, puesto que Cuzco^[46] el ombligo del mundo, se estremece aún al oír la voz de sus sacerdotes, puesto que todavía permanecen en pie en el valle sagrado el “Sacsay-Huaynam” y el “Intihuatana”, y puesto que al pie de las murallas santas, desfila como en otro tiempo el cortejo del “Interaymi!”

UN GRITO QUE VIENE DEL CIELO

Al pronunciar el sacerdote estas últimas palabras, la procesión volvió a ponerse en marcha, y a no ser por el anacronismo de aquellos soldados quichúas con sus fusiles al hombro, hubiera podido creerse que nada había cambiado en el valle de Cuzco, desde hacía cuatrocientos años.

Raimundo pudo al fin echar a andar, pero por todas partes tropezaba con una muralla de gente, y desesperaba de abrirse paso hasta María Teresa, cuando se encontró de nuevo con el anciano que le había llevado a la colina del mono que baila.

—¿Qué buscas? ¿Un sitio para verlo todo? —le preguntó Orellana—; ven conmigo y te enseñaré a mi hija. ¡Conozco Cuzco mejor que los Incas!... ¡Ven!... ¡Ven!

Raimundo se dejó llevar por el loco. Hasta entonces sólo tenía motivos para estar satisfecho de sus servicios; parecía un excelente guía, y como ambos tenían la misma idea fija, la de acercarse a María Teresa, el joven siguió a Orellana.

El viejo le hizo entrar en la ciudad por la orilla del torrente Huatanay, sobre el cual se ven aún los vetustos puentes construidos por los “conquistadores”. Alejáronse rápidamente de la multitud por caminos extraviados. De este modo dieron la vuelta al maravilloso muro “Hatun Rumioc” (esto es: hecho de una sola piedra), que no puede compararse con ningún otro muro del mundo, por su mole y su solidez; pasaron por junto al “Calcaurpata”, que según la tradición, fue el palacio del mismísimo Manco Capac, primer rey Inca, fundador de Cuzco, y luego bajaron hacia la “plaza principal”, la “Huacaypata”, como la llamaban antes los incas, como aún la llaman hoy día los quichúas. Para llegar a la plaza, Orellana hizo cruzar a Raimundo el palacio de las vírgenes del Sol (“Accha Huasi”), en donde las doncellas de sangre real vivían desde los ocho años al cuidado de las “mamaconas”, literalmente “madres institutrices”. Las quinientas doncellas

que en aquel palacio habitaban, aunque vírgenes del Sol y consagradas a su culto, eran las prometidas del rey Inca, y cuando llegaban a la edad conveniente, las más bellas ingresaban en el serrallo real. Orellana, con los mismos gestos y las mismas palabras de siempre, señalaba aquellas paredes, aquellas habitaciones, aquellos patios, y daba las explicaciones correspondientes. Con aquel oficio se ganaba la vida.

Raimundo le empujaba, lleno de cólera, haciéndole andar a la fuerza, pero el anciano no se alteraba por tan poca cosa, y decía:

—Tenemos tiempo. Te prometo que verás a mi hija tan cerca, que podrás hablarla. Detente y escucha la voz del pasado y la música de los tocadores de “quenia”; seguramente el cortejo no ha llegado aún a “Santo Domingo”, que ha sido construido sobre los mismos cimientos del Templo del Sol. Nunca he visto un viajero tan poco curioso como tú. Has de saber que en este antiguo claustro de las Vírgenes del Sol, viven aún seres entregados a la oración y a la práctica de la virtud. Los cristianos lo han convertido en un convento, bajo la advocación de Santa Catalina.

Raimundo echó a correr, guiándose por el rumor del cortejo que se acercaba. Pero el loco corrió tras él, gritando:

—¡Págame siquiera, págame! ¡Dame lo que me debes!

Raimundo le arrojó un puñado de centavos, que el anciano recogió. Cuando corría hacia la plaza principal, lleno de rabia por haber perdido el tiempo con aquel anciano evocador del pasado, tropezó de nuevo con las últimas filas de indios, y se consideró muy dichoso al encontrarse otra vez con Orellana, que le tiraba del poncho.

—Mucho has adelantado —le dijo el viejo—; más te hubiera valido quedarte conmigo. Conozco un corredor subterráneo que nos llevará al Sol, a la piedra más alta del antiguo templo erigido en honor del paje del Sol, que es la divina Venus, a quien ellos llaman “Chasca”, o el mancebo de cabellos largos y rizados.

Orellana cogió de la mano a Raimundo con autoridad, y le hizo bajar a una cueva en donde encontraron una escalera que subieron y al fin de la cual se hallaron efectivamente en pleno sol y en la parte más alta de la plaza central. Indudablemente estaban en el sitio mejor para ver la ceremonia, y el cortejo y la muchedumbre que afluía, porque todas las calles convergían a aquella plaza, como los rayos al centro de una rueda.

Hallábanse en una de las piedras más altas de aquellos templos que rodeaban antiguamente el Templo del Sol, ruinas consagradas a la luna, “a los ejércitos del cielo” que son las estrellas, el arco iris, el relámpago, el trueno...

Aún están en pie las paredes, pero los templos se han convertido en tiendas, en talleres, en cuadras...

Inclinándose de tal manera que hubiese caído de no haberle sujetado el loco más cuerdo que él, Raimundo miraba... pero todavía no veía a los nobles que conducían la litera, el trono de oro en el que María Teresa, sentada al lado de la momia del rey, adoptaba ya una actitud de momia.

La cabeza del cortejo dio la vuelta a la plaza en el mismo orden ya descrito que observara a la salida del “Sacsay-Huaynam”. Todos los “servidores” hicieron retroceder a la multitud, que de repente se prosternó lanzando grandes gritos y prolongados gemidos. La litera de oro acababa de aparecer y el rey Huayna Capac volvía a ver por primera vez, después de muchos siglos, el centro del mundo, el “ombligo” del cual había sido el amo, la plaza santa, la “Huacaypata”, en donde se alzaban los pilares de los equinoccios delante del Templo del Sol. La piedad hizo que toda aquella multitud se arrodillase ante aquella augusta sombra y ante aquella maravillosa evocación del pasado, olvidando su odio hacia la extranjera, hacia la “Coya”, que permanecía inmóvil, con el niño en los brazos.

Llegó la litera al centro de la plaza. Entonces todo el pueblo se levantó lanzando exclamaciones de alegría, porque, en torno a la litera, los caciques y los jefes, y todos los nobles y los amautas, que son los sabios, se cogieron de la mano y se pusieron a bailar en corro, como antiguamente, cuando cada uno de ellos tenía un eslabón de la cadena de oro y bailaban la danza de la cadena. Pero ya no la tenían, porque, como es sabido, al enterarse de la muerte de Atahualpa, los nobles de Cuzco arrojaron esta cadena a lo más profundo del lago Titicaca, para que no cayese en manos del vencedor, puesto que ya no podía servir para rescate del vencido^[47].

La danza sagrada de la cadena de oro combinaba rítmicamente sus eslabones, cuando un acontecimiento inesperado vino a alterar su armonía. ¡Una exclamación, un grito penetrante pareció bajar del cielo! “¡Recuerda!”

Aquella palabra española que había sido la señal de la tentativa del rapto de María Teresa en la Casa de la Serpiente, hizo estremecer a la “Coya”, que, en su trono, parecía en aquel instante más muerta que su compañero, el rey muerto. El niño que tenía en los brazos levantó la cabeza, y ambos, clavados los ojos en el cielo, trataban de adivinar de dónde podía llegar hasta ellos aquella palabra de aliento.

—¡Oh! Dios mío —murmuraron los trémulos labios de María Teresa—, ¿no has reconocido la voz de Raimundo, Cristóbal?

—¡Sí! ¡Sí! —dijo el niño—, ¡la he reconocido! ¡Es Raimundo! ¡Viene a salvarnos!

¿En dónde estaba? ¿En dónde se ocultaba? La voz venía de arriba. Miraron hacia las plataformas de piedra ocupadas por los indios. Pero, ¿cómo reconocerle entre toda aquella multitud? ¿Cómo verle? ¿Cómo saber por dónde vendría la salvación? Porque desde que habían oído su voz, no desesperaban de salvarse. Y recorrieron con la vista todas las piedras y no le vieron. En aquel momento la palabra resonó de nuevo por sobre sus cabezas, y con tal fuerza que se oyó en toda la plaza y en las calles inmediatas: “¡Recuerda!”

Interrumpióse la fiesta, se suspendió la danza. Todos miraron al cielo y un murmullo hostil comenzó a elevarse de entre aquella muchedumbre, a la que una palabra española despertaba de su sueño de regeneración y de libertad. ¿Por qué “Recuerda”? ¡Acuérdate! ¿De qué debía acordarse aquella multitud? ¿De que era esclava? ¿Y de que aquellas fiestas que trataban de hacer revivir un pasado para siempre muerto sólo durarían un día? ¿Y de que el sol de mañana, olvidando el sol de hoy, alumbraría de nuevo su esclavitud? Vióse a María Teresa ponerse de pie en su trono de oro con el niño en los brazos; aquel grito que venía a interrumpir las fiestas sagradas le devolvía a ella la vida.

Y todos, mirando aún más arriba, vieron al fin, en la piedra más alta, destacándose sobre el cielo, una silueta inclinada que tendía la mano hacia la “Coya” y le decía: “¡María Teresa! ¡María Teresa!...” Y la “Coya” gritaba a su vez: “¡Raimundo!” Entonces todos comprendieron que allá arriba había alguien que no era de su raza y que había ido a arrebatarnos, para llevársela consigo, el alma de la “Coya”.

EN EL DÉDALO DE LAS GALERÍAS DE LAS TINIEBLAS

Hubieran querido verla ya muerta. ¡Aquello era un sacrilegio! ¿No pertenecía ya a los dioses? ¡También el que había gritado merecía la muerte! Y se produjo un gran barullo; todos corrían a lo largo de las paredes, escalaban las piedras, las ruinas de los templos, se lanzaban en persecución del extranjero, del falso indio. Y en tanto que los directores del sacrificio y los “amautas” se llevaban rápidamente la litera con el rey muerto y la reina que iba a morir, y que atronaban el espacio los gritos de: “¡Muera la Coya! ¡Muera la Coya!” María Teresa cerró los ojos, llevándose al otro mundo el beso de Raimundo que tal vez muriera también por haberle enviado aquel beso.

El loco Orellana, al ver a Raimundo inclinarse, al oírle gritar y llamar a la Coya, le dijo: “¿Estás loco?” Y cuando la Coya, de pie en su trono, levantó hacia ellos su frente pura, le preguntó: “¿Conocías a mi hija?”

La cólera popular les envolvía, ascendía hasta ellos, se acercaba... Le costó un trabajo inmenso hacer salir a Raimundo del extraño entorpecimiento que le tenía allí, inmóvil en la piedra, como si se hubiese convertido en una estatua de granito, después de trocar con la Coya aquel beso supremo.

Al fin se le llevó, le hizo entrar nuevamente en el agujero de donde poco antes le hiciera salir, le ocultó en las galerías de las tinieblas cuyas revueltas nadie más que él conocía y le hizo caminar largo tiempo en la obscuridad, interrumpida aquí y allá por algunos rayos de luz que iluminaban un espacio redondo o cuadrado, o entrelargo, y que descendían de la superficie de la tierra filtrándose por entre las piedras milenarias. De cuando en cuando decía: “Aquí, encima de nuestras cabezas, está tal templo, tal palacio. ¡Mira, en este momento estamos debajo del “Yaca-Huasi” que también se llama la Casa de la Serpiente”.

Raimundo le detuvo.

—¿No habrán conducido a ese templo a la Esposa del Sol?

—¡No! ¡No! Ya se concluyeron las etapas; créeme, la Esposa del Sol va ahora al Templo de la Muerte!

—¿Y nosotros? ¿Adónde vamos? ¿Adónde me llevas?

—¡Al Templo de la Muerte!

Desde aquel instante Raimundo le siguió sin hacerle más preguntas. Sin embargo, al salir del subterráneo y encontrarse en pleno campo, se manifestó muy sorprendido.

—¿En dónde está el Templo de la Muerte?

—¡El Templo de la Muerte —contestó el otro— está en la isla de Titicaca! ¡Ten paciencia!

En uno de los “tambos” que se encuentran en la carretera alquilaron caballos que los llevaron a Sicuani en donde tomaron el tren, y por la línea de Juliaca se dirigieron a Puno, ciudad situada en las márgenes del lago. Durante el camino, Orellana no cesó de hablar a Raimundo, dándole detalles acerca del país que atravesaban y de la ceremonia que iban a presenciar, “una ceremonia a la que no había asistido jamás un extranjero”, pero Orellana no pedía permiso a nadie, y puesto que iban a casar a su hija con el Sol, justo era que él asistiese a las bodas. Tanto más cuanto que lo tenía preparado todo para asistir a la ceremonia. ¡Ah, había tardado mucho tiempo en encontrar el Templo de la Muerte, porque aquel templo estaba muy escondido, pero, cuando se quiere, con la paciencia que dan los muchos años, se consigue todo! No había un canal subterráneo, del que las aguas hubieran desertado, no había una mina de oro que él no conociese y no pudiese recorrer con los ojos cerrados. ¡Ah!, ¡qué de fortunas!, ¡qué de fortunas en las entrañas de la tierra!, ¡una fortuna igual a todas las fortunas del mundo reunidas! Evidentemente los incas habían debido sacar de alguna parte todo el oro que poseían. ¡Y aún quedaba! ¡Y aún quedaba mucho! El día en que un ingeniero inteligente se lo propusiera (sonrisa amarga del joven que ya ni siquiera piensa en su célebre sifón), con solo agacharse... Pero a él, a Orellana, le tenía sin cuidado todo el oro del mundo, y sólo amaba a su hija, a su María Cristina, a quien los indios habían llevado al Templo de la Muerte, y sólo se había ocupado de encontrar el Templo de la Muerte, para ir a buscar allí a su hija la primera vez que se celebrase una ceremonia como aquella. Había esperado muchos años. Ahora todo estaba dispuesto. En confianza, ¡sería para él una alegría inmensa el abrazar a María Cristina por primera vez después de diez años! —De este modo divagaba el loco y estas divagaciones le parecían interesantísimas a Raimundo. El joven le preguntó:

—Y ellos, ¿cómo van desde Cuzco al Templo de la Muerte?

—No te ocupes de eso.

¡Por las galerías de las tinieblas! ¡Por las galerías de las tinieblas! ¡Por las galerías de las montañas de las tinieblas! ¡Y por las galerías del lago de las tinieblas! A propósito, ¿sabes pescar con caña?

Raimundo no tuvo tiempo de contestar a esta extraña pregunta, porque el conductor del tren fue a buscarles para invitarles a ver bailar la “samacueca” en el furgón de equipajes. No tuvieron más remedio que aceptar la invitación por no singularizarse. Todos los viajeros se dirigían al furgón de cola. Allí encontraron una infinidad de indígenas que bailaban, cantaban, tocaban la guitarra y bebían de firme. Cada vez que se paraba el tren, el conductor, en señal de regocijo por las victorias de García, disparaba algunos cohetes, cuyos estampidos repetían alegremente los ecos de las montañas. Luego, los pocos soldados quichúas que iban en el tren, se entregaron al placer de la caza. Al cruzar un cerro, vieron numerosos rebaños de vicuñas que pastaban tranquilamente. Desde la plataforma de su vagón, los soldados espiaban todos los movimientos de aquellos rebaños errantes y de cuando en cuando, se echaban el fusil a la cara y enviaban una bala al animal que estaba más próximo. Cayó una vicuña. Inmediatamente el maquinista dio freno, paró el tren y el conductor corrió él mismo a recoger la víctima. Raimundo, impaciente, hubiese querido saltar a la locomotora y dirigir por sí mismo el tren, llevándolo a toda velocidad. Pero Orellana le tranquilizó:

—¡Llegaremos antes que ellos, ya lo verás! Aún tendremos tiempo de pescar con caña. ¡Ya lo creo, toda una noche y todo un día!

Y se le llevó, en tanto que bailarines y bailarinas despedazaban la vicuña, junto a la estufa instalada en su vagón. La temperatura, en efecto, había descendido considerablemente. Estaban en la región de las nieves y se hallaban a una altura de más de catorce mil pies, casi al nivel de la cima del Monte Blanco. Raimundo empezó a sentir ese malestar que se experimenta en las montañas, llamado en el país “soroche”; comenzó a salirle sangre por la nariz y por los oídos y quedó sumido en un sopor en el que pudo olvidar todos sus dolores morales. No volvió a atormentarle su espantosa pesadilla hasta que llegaron a Puno, que es una ciudad situada a orillas del lago. Una vez allí, exigió a Orellana, con furor y energía, que le llevase al Templo de la Muerte.

—¡A él vamos! —le respondió el singular anciano; pero antes le hizo pasar por la plaza en donde encontraron un centenar de indias muy hermosas, con faldas de color oscuro y justillos muy escotados, como exige la moda por aquellas tierras. Estaban sentadas, en hileras simétricas, y vendían frutas y legumbres secas por efecto del frío.

—Ordinariamente son doscientas —observó Orellana—, pero los ponchos rojos han pasado por aquí y han escogido las cien más hermosas para la ceremonia. Lo mismo hacen cada diez años.

Y les hizo varias compras, con el dinero de Raimundo. Se proveyó igualmente de una calabaza llena de “pisco” y salieron de la ciudad. Al anochecer llegaron a los inmensos pantanos, de los que se alzaban bandadas enteras de pájaros. Cruzaron después una espesura de la que huyeron algunos llamas y alpacas y al fin se hallaron en cierto paraje bastante lúgubre de las márgenes del lago. El Titicaca, en su lecho formado por las montañas, es el lago de la Sierra que a mayor altura se encuentra. Aquella noche, las aguas aparecían sombrías, silenciosas, muertas.

Pero a lo lejos, retumbaba el trueno y pronto toda la naturaleza comenzó a animarse. Los relámpagos sucedíanse rápidamente. La tempestad llegó a su apogeo. Las olas se estrellaron con furia contra la orilla y el fulgor del rayo iluminó todas las montañas de alrededor. La lluvia caía a torrentes.

—Todo esto es muy conveniente, porque así mañana hará buen tiempo —declaró Orellana—. Entretanto, vamos a comer.

Llevó al joven a un enorme monolito labrado en forma de puerta. En un nicho de esta piedra formidable, logró encender fuego con “taquia”, que es estiércol seco de llama que arde como yesca. Sentados alrededor del fuego tomaron un bocado y se calentaron con unos tragos de “pisco”. Raimundo sintió que poco a poco se le iban cerrando los ojos y no se despertó hasta el alba. Encontró a su lado al anciano que velaba por él y que le había tapado paternalmente con sus “pellones”, (pellejas curtidas para la montura).

—Este refugio me ha traído siempre buena suerte desde que busco a mi hija —dijo Orellana—, pero no sé a quién debo manifestar mi gratitud. El dios que está aquí es indescifrable.

Y enseñó al joven los bajo-relieves que cubrían la piedra. Representaban un ser humano cuya cabeza aparecía rodeada de rayos alegóricos y que empuñaba en cada mano un cetro diferente; a su alrededor, simétricamente alineadas, había algunas figuras con rostro de hombre las unas y con cabeza de cóndor las otras, y todas con un cetro en la mano y mirando hacia el centro.

—Sí —continuó Orellana, insistiendo muy preocupado—, esto no se parece en nada a lo que hacían los incas. Es mucho más escultural, pero también es mucho más antiguo. “Han existido otros pueblos” en estas márgenes antes de los incas, que no son más que salvajes que roban muchachas. Pero, ven a recibir al Sol.

Entonces Raimundo vio en una caleta, medio escondida entre las hierbas, una piragua de juncos en la cual Orellana arboló un mástil e izó una vela que hinchó inmediatamente la brisa propicia.

—Ven a pescar con caña —dijo el anciano— por aquí se va al Templo de la Muerte.

Raimundo saltó a la lancha de “totora”, a la embarcación de juncos, y bogaron hacia las islas. Llegaron a la vista de éstas al anochecer.

Aquella noche Orellana no atracó a la orilla. Inmovilizó su barca arrojando al agua una enorme piedra sujeta por una cuerda; luego arrió la vela y dio a Raimundo una caña para pescar. El joven no comprendía para qué era aquello. El loco, que pensaba en todo, le replicó:

—Vienen a las islas para pescar, porque en las islas la pesca bendita por el dios, es más abundante que en ninguna otra parte. ¿No puedes hacer lo que todo el mundo?

Y le enseñó en torno las antorchas que encendían en la proa de las lanchas y, dentro de aquellas lanchas, las siluetas inmóviles de los indios pescadores.

—Son los indios que pescan en sus botes de “totora” —dijo el anciano—. Haz lo que ellos o duérmete y déjanos en paz. ¡Mañana tendrás un buen despertar!

Se despertó, en efecto, un poco antes de amanecer. Próxima ya la aparición del astro rey, las últimas estrellas se apagaban en el cielo de los trópicos. Sobre las aguas profundas del lago no aparecía ya ninguna luz, y Raimundo no percibía ni la más leve sombra. Ningún rumor en la naturaleza; ni un soplo de aire. De pronto, por Oriente, se incendió la cima de los montes; una gigantesca llamarada surgió al otro lado de la cortina de la cordillera, y los reflejos rojizos del astro hicieron salir de entre las sombras las siluetas teñidas de rosa de las islas santas.

Cuando los indios que se deslizan sobre las aguas en sus frágiles piraguas pasan por delante de la principal de estas islas, que es la isla Titicaca, jamás olvidan prosternarse y cantar en aimara el himno de los Antepasados al dios del día, porque en esta isla nació, hace años, la raza de los incas, en la persona de Manco-Capac y de Mama Cello, marido y mujer, a la par que hermano y hermana, ambos hijos del Sol. De aquella isla salieron para fundar la ciudad de Cuzco y echar los cimientos de su imperio sagrado.

Desde el centro del lago véñese en la costa del Titicaca ruinas formidables o hacinamientos de piedras enormes superpuestas de una manera inexplicable y cuya antigüedad jamás ha podido fijar la ciencia: son los baños, los palacios y los templos de los incas^[48]. Lo que Raimundo vio desde el fondo de su

piragua, le arrancó un grito de sorpresa y le causó profundo estupor. ¿Soñaba? ¿Era presa de alguna alucinación determinada por las angustias y las horribles preocupaciones de aquella semana maldita? ¿Veían realmente sus ojos lo que otros ojos habían contemplado en éxtasis, hacía siglos y siglos, en la aurora de la civilización incaica? Pero, a medida que se desvanecían las sombras de la noche y que se acusaban los contornos de la isla que emergía de entre las aguas, no fueron ya solamente las piedras muertas, templos derruidos, palacios abandonados lo que apareció ante sus ojos a las primeras luces del alba: todas aquellas piedras ciclópeas, todas aquellas ruinas estaban ocupadas por una multitud inmóvil y silenciosa, que contemplaba el oriente envuelto en llamas.

Y lo que hacía creer en un sueño era precisamente aquella inmovilidad y aquel silencio. Había allí millones de criaturas que parecían no respirar en espera de algún acontecimiento misterioso y sagrado.

El disco del sol está aún oculto por los Andes inmediatos, pero todo hace prever su aparición victoriosa. Las laderas de los montes se engalanan con mil pedrerías rutilantes; los arroyos son cintas de fuego. El lago no es sino un inmenso espejo rosa que refleja la imagen inmóvil de los palacios y de los templos. Las vírgenes se agolpan bajo los pórticos, llevando, como en otro tiempo, los emblemas sagrados y las más hermosas flores de la estación. En lo alto de las torres inundadas de luz por la aurora, los sacerdotes esperan la aparición del rostro de su dios.

De repente, surge... Se eleva... Resplandece sobre su imperio, y una inmensa aclamación le saluda. “¡Salve, Sol, rey de los cielos, padre de los hombres!” La tierra tiembla, las aguas se agitan, el cielo se conmueve de tal manera ante aquel clamoreo que asciende de la isla sagrada, que deja caer en ella los pajarillos aturcidos^[49]. “¡Salve, Sol, padre del Inca!” Los brazos se tienden hacia él, las manos cargadas de ofrendas se alzan por encima de las cabezas y todas las bocas cantan su gloria. “¿Reconoces a tus hijos? ¿Te acompañan aún las almas de los innumerables guerreros muertos por la patria?” El grito de alegría parte de la muchedumbre toda, acompañado de los cánticos de triunfo y del estruendo de los groseros instrumentos. Y este entusiasmo salvaje aumenta a medida que el disco rutilante del astro asciende por Oriente e inunda de luz a sus adoradores. ¡Oh, Sol! ¡Mira tu imperio! ¡Después de tantos siglos, mira a los hombres que pueblan estos campos y estas montañas, vueltas las frentes hacia ti! ¡Todas las bocas se abren para alabarte! ¡Hoy, lo mismo que ayer, tus hijos se embriagan con tus rayos!...

Las vírgenes alzan sus brazos morenos y ofrecen al dios la libación en los vasos sagrados, llenos del licor fermentado del maíz o del “maguey”; y los sacerdotes, a la cabeza de la comitiva religiosa, entonan los cantos litúrgicos que, después de elevarse hasta el cielo, parecen hundirse en la tierra. ¿Qué milagro es éste? ¡La visión ha desaparecido! Se ha desvanecido, como se desvanecía a los primeros rayos del sol la ligera neblina de la madrugada!...

Raimundo se restriega los ojos como un niño en el momento de despertar. ¿Dónde está esa multitud que hace un instante poblaba aquel desierto de piedras? ¿Quién ha aclamado al Sol? Ahora que el astro se halla en lo alto de los cielos y que las cosas aparecen bajo su forma ordinaria, que la imaginación no puede ya embellecer, Raimundo no ve más que lo que hay: ¡palacios en ruinas y soledad! Pero Orellana impulsa rápidamente su piragua hacia la orilla; atraca. Ordena al joven que salte con él a tierra. Y cuando se acercan al acantilado, le hace señas de que escuche: la piadosa multitud ha desaparecido bajo tierra; las piedras retumban con los cánticos interiores.

—Y ahora ven —dice el anciano—. Han bajado al Templo de la Muerte, pero nosotros llegaremos antes que ellos.

MIRA, ESTE ES EL TEMPLO DE LA MUERTE

Entran en una gruta. Raimundo no tiene ya, voluntad. ¡María Teresa está perdida! El beso que le ha enviado es el que les unirá en la muerte, porque el joven está decidido a no sobreviviría. Cuando tenga la seguridad de que ella ha muerto, le llegará a él su hora. Hubiese querido matarse a su lado, como hacen los enamorados, ante la tumba de la amada. Le han dicho que debe morir en el Templo de la Muerte; por ello sigue a aquel viejo a quien en otro tiempo le mataron la hija en ese Templo, que ha estado buscando ese Templo durante diez años y que a la sazón pretende saber en dónde se encuentra.

La gruta es profunda. Después de caminar unos instantes por sobre la arena y las conchas, el anciano enciende una rama de resina. La llama ilumina la entrada de una angosta “galería de las tinieblas”, pero, antes de penetrar en ella, Orellana recoge en una excavación una cosa que llama la atención de Raimundo. ¿Qué es aquéllo? Es un pico.

—Anciano, ¿qué te propones hacer con ese pico?

—Me propongo salvar a mi hija —responde Orellana—. ¡Ya verás!... Esta vez no dejaré que esos bandidos la ahoguen, como hace diez años. ¡Figúrate, la emparedan viva!... Pues bien: no tenemos que hacer más que esperar a que se marchen y la salvaremos!... ¿Has comprendido?... ¿Has comprendido bien? ¡Es sencillísimo!... Cuando encontré el Templo de la Muerte y vi en el muro todas las piedras que ocultaban a las esposas del Sol, exclamé: “¡No me hubiese sido muy difícil salvarla si hubiera estado aquí”, pero ya era demasiado tarde, y además no sabía en dónde estaba. ¿Estaba a la derecha, estaba a la izquierda, o en medio?... ¡pero la próxima vez, ya veremos!, ¡ya veremos!... ¡Ven!

Raimundo temblaba al escuchar las palabras de Orellana. ¿Era posible que fuera tan fácil “salvarla”?... ¡Los locos con sus ideas fijas tienen a veces más razón que todos los hombres que gozan de su cabal razón!... Y siguió al anciano impaciente y febril, por el oscuro corredor iluminado por la antorcha

que Orellana sostenía con su mano temblona. Pero Raimundo se había apoderado del pico. Sólo se oía el rumor de sus pasos sobre la roca. La tierra, en cuyas entrañas habían penetrado y en la cual se hundían, había ahogado los cánticos, como tal vez los ahogase a ellos dentro de un instante.

Aquel corredor habría sido abierto en la roca y desembocaba en unas salitas cuadradas en donde debían de hallarse los sepulcros de los sacerdotes y de los altos dignatarios, como se ve en las pirámides y en los hipogeos de Egipto. En la última de estas salas, Orellana apagó su antorcha y se arrodilló. Era imposible, en efecto, caminar de pie por el angosto pasadizo por el que se deslizó, seguido de Raimundo. Pero, pronto pudieron levantarse; estaban en un nicho de piedra menos oscuro que el corredor que acababan de cruzar. Orellana detuvo a Raimundo y le dijo: “¡Aquí es!” Los ojos del joven iban habituándose a las tinieblas ya menos opacas. ¿De dónde procedía aquella débil claridad difusa gracias a la cual entreveía formas, ángulos, columnas?... Al pronto no le fue posible darse cuenta de ello, pero pudo determinar fácilmente la posición que ocupaba en una hendidura de la piedra situada a unos cuantos pies del suelo de la vasta sala cuyos límites no percibía aún.

—¡El Templo de la Muerte! —murmuró Orellana—. ¡Escucha!... ¡El Templo de la Muerte!...

En efecto, a la sazón llegaba a sus oídos el lejano rumor de los cánticos. Parecía un rugido rítmico de la tierra. Y de repente, todo se inundó de luz, y, deslumbrados, retrocedieron instintivamente. Por encima de sus cabezas, en la parte más elevada y en el centro de la inmensa sala, acababa de girar una piedra, dejando un orificio por el que penetraba a torrentes una claridad dorada.

Allí, practicado en la bóveda^[50] había una especie de cono truncado cuyo vértice estaba de tal manera dispuesto, que los rayos del sol se deslizaban oblicuamente a lo largo de sus paredes y bañaban en luz todos los muros, iluminando sucesivamente cada una de las piedras que formaban el recinto interior de aquel templo misterioso. En las losas, en los altares, en las gradas, en los nichos, en todas partes resplandecía el oro con una magnificencia incomparable; veíanse losas de oro unidas unas a otras con una especie de argamasa maravillosa en cuya composición entraba el oro líquido^[51].

Aquel templo escondido era literalmente una mina de oro. Formaba un inmenso círculo. En la pared, por la parte oriental, estaba representada la divinidad. Era una figura humana, centro de innumerables rayos de luz que parecían brotar de toda ella. Así se personifica algunas veces entre nosotros el

sol. Aquella figura estaba grabada en una plancha de oro maciza de dimensiones enormes, cuajada de esmeraldas y de piedras preciosas^[52].

Los rayos del sol naciente heríanla directamente, iluminando todo el templo con una claridad que parecía sobrenatural, y que reflejaban por todas partes los adornos de oro embutidos en los muros y en el techo. El pueblo, en su lenguaje figurado, llamaba al oro “las lágrimas del sol”, y en el interior del templo no se veían más que bruñidas planchas y clavos del precioso metal.

Las cornisas que adornaban los muros del santuario, eran de la misma materia, y un ancho cordón o friso de oro corría a lo largo de toda la sala.

Desde el sitio en que Raimundo y Orellana se hallaban, veíanse varias capillas dispuestas simétricamente alrededor de la vasta sala central. Una de ellas estaba consagrada a la luna, divinidad que ocupaba el segundo lugar en el culto, como madre de los incas. Su efigie estaba representada de la misma manera que la del sol, en una plancha colosal, pero esta plancha era de plata como correspondía a la luz pálida y argentada del planeta. Otra capilla estaba dedicada a los ejércitos del cielo, que son las estrellas, brillante corte de la hermana del sol; otra estaba consagrada a los terribles ejecutores de sus venganzas: el trueno y el rayo, y otra al arco iris. Y en todas estas capillas, todo lo que no era plata, era oro, oro, oro...^[53].

El Templo de la Muerte tenía, sobre poco más o menos, la misma forma que el antiguo templo del Sol de Cuzco y si se había conservado en toda su magnificencia a través de los siglos lo debía, indudablemente, a la montaña y al lago que lo protegían, y al misterio de que los sacerdotes habían sabido rodearle, pues eran muchos los que habían oído hablar de él sin haberlo visto jamás, hasta entre los mismos indios que, aún hoy en día comparten su piedad y sus oraciones entre las ceremonias de la nueva religión y los ritos de sus antepasados^[54].

Las “galerías de las tinieblas” estaban muy bien guardadas; el pueblo jamás había sido admitido en ellas, y, excepto los altos dignatarios y las víctimas, las cuales entraban en las galerías para no volver a salir, después de haber contemplado el rostro de la Muerte, nadie podía visitarlas a no ser por una verdadera casualidad, como la que había favorecido a Raimundo y a Orellana para penetrar en aquel recinto por un angosto pasadizo abandonado desde hacía muchos siglos.

Cuando sus ojos se fueron acostumbrando poco a poco a la luz, como antes se habían acostumbrado a la oscuridad, Raimundo distinguió todos los detalles del Templo. Atrajo sus miradas el altar mayor, que se elevaba sobre algunas gradas, y en el cual estaban dispuestos los vasos de oro llenos de

granos de maíz, los incensarios para los perfumes, los aguamaniles destinados a recibir la sangre de la víctima y el inmenso cuchillo de oro en la bandeja de oro.

EL DIOS SENTADO EN SU ESPLENDOR

La mirada de Raimundo desciende aún más, y ve, deslizándose por sobre las losas del templo, que él creía desierto, corriendo de capilla en capilla y de altar en altar, consagrados a sus deberes religiosos y ultimando todos los preparativos para la ceremonia, a los tres gnomos, a los tres guardianes del Templo de cráneos horripilantes. El hombre del “cráneo en figura de capacete” en quien las “mamaconas”, mediante la deformación de su cabeza, despertaron desde su más tierna infancia la afición a la sangre, estimula la actividad de los otros dos, y de cuando en cuando sube las gradas del altar, se encarama hasta alcanzar la bandeja de oro y “contempla el cuchillo”. Detrás del altar y encima del altar, hay una especie de pirámide de oro en cuyo vértice se ve un trono del mismo metal. “El trono del rey”, dice Orellana. A ambos lados del altar y delante de él, hay otras tres pirámides bastante altas, pero que no son de oro. Y bien puede decirse que son las únicas cosas del templo que no están hechas de oro. Son pirámides de madera. “Las tres piras” —afirma Orellana.

—¿Las piras?... “¿pero van a quemarla?” —pregunta la voz expirante de Raimundo.

—¡No! ¡No! ¡Van a emparedarla viva! ¡Es la Esposa del Sol! ¿Cómo quieres que quemen a la Esposa del Sol? ¡Eso no se hace! Por lo visto no has hablado de estas cosas ni con un simple niño “aimara”! Los niños no ven el Templo de la Muerte, a no ser que deban morir en él, pero todo el pueblo “aimara” y hasta los niños “aimaras” saben lo que sucede en el templo. ¡Cállate, pues, y mira! Más te valdrá. ¡Quemar a la Esposa del Sol! ¡Qué desatino!... ¡Quemar a mi hija! ¿Y tú crees que yo permitiría una cosa tan horrible? ¿Por quién me tomas? ¿Y para qué había yo de traer mi pico? Te pregunto que para qué había yo de traerle. No me respondes. ¡Haces bien! Mira a tu alrededor, mira las paredes del Templo. Entre las losetas de oro verás losas de granito rojo. Es el pórfido con el cual cierran las tumbas de las

Esposas del Sol, emparedadas vivas! Cuenta esas losas de pórvido, cuéntalas todas; hay ciento. ¡Ciento!, ¡ni una más ni una menos! He venido muchas veces aquí completamente solo, —continuó el anciano suspirando—, sí, he venido muchas veces desde que descubrí las “galerías de las tinieblas” una mañana que me desperté en la gruta, a orillas del lago!... Pues bien: ¡te digo que son ciento! Si hubiera sabido en cuál de esas tumbas de pórtico habían encerrado a mi hija, ya comprenderás que la hubiese salvado. Pero, ¿cómo saberlo? ¡Imposible! Esas tumbas en nada se diferencian unas de otras. Todas las losas de pórvido son iguales. Pero, “ellos” no se figuran que hoy estoy yo aquí con mi piqueta! Esta vez veré en dónde meten a mi hija! ¡Y en cuanto se marchen, la salvaré!

—Tal vez esté ya muerta cuando la saques; tal vez esté ya asfixiada, —murmuró Raimundo que se ahogaba, pero que, en su espantosa agonía, trataba de vislumbrar un rayo de esperanza en la extraña charla de aquel anciano y en lo que decía acerca de las tumbas.

—¡No, no! ¡No tendrá tiempo de asfixiarse! El nicho es profundo. Puede sentarse dentro. Ya sabes que nuestros muertos se sientan en sus sepulcros como si estuviesen en su casa. Puede respirar ahí dentro lo menos durante una hora, y tal vez durante dos horas. ¡Y ya la sacaré antes de diez minutos, no te quepa duda!

Raimundo no apartaba los ojos de aquellas losas de pórvido detrás de las cuales dormían las Esposas del Sol. Aquella disposición de las tumbas no podía llamarle la atención porque en los “panteones” (cementérios) peruanos, había visto muros enteros llenos de cuerpos. Y aun actualmente los emparedan así, pero no vivos, como es natural, sino bien muertos. Y las losas que los cubren están dispuestas con mucho orden, como los estantes de una biblioteca.

—¡Pero si en esas cien tumbas hay cien mujeres, ya no queda sitio para nadie! —dijo Raimundo—. ¡Esas piras me dan miedo! ¿Estás seguro de que no la quemarán?...

—¡Te digo que sí! ¡Que estoy seguro! —afirmó el anciano encolerizado—. Tranquilízate. ¡Las piras son para las dos “mamaconas” que deben morir y esperar a la Esposa del Sol en los palacios encantados del Sol!

—Pero hay tres piras —replicó Raimundo que se sentía enloquecer.

—Justamente, la pira que está delante del altar es para la Esposa del Sol más antigua, a la que sacarán de su nicho para emparedar a mi hija en su lugar. ¡Y a esa esposa, la quemarán! ¿Qué quieres que hagan de ella?

—¡Ves cómo queman a las Esposas del Sol! —insistió Raimundo a quien obsesionaba la idea del fuego, contra el cual nada podría si era por medio del fuego como María Teresa había de morir, en tanto que el emparedamiento, tal como lo describía Orellana, le permitía abrigar alguna esperanza.

—Ya te he dicho —replicó el anciano, esta vez muy enfadado— que en esas tumbas hay cien Esposas del Sol, al cual le ofrecen una cada diez años. ¿Sabes contar, si o no? Pues bien: la más antigua que sacan de un nicho para poner otra en su lugar, la más antigua, tiene mil años!... ¡Bien pueden quemar a una esposa de mil años!... ¡El Sol está harto de ella, al cabo de mil años!... Y la prueba es “que él mismo la quema!” ¡Sí!, ¡sí! El Sol prende fuego a las tres piras!... De no ser así, nadie se atrevería. ¡Es el Sol en persona! ¡Ya lo verás!... ¡Escucha, escucha!... ¡aquí están!... ¡aquí están!...

Los cánticos se acercaban y pronto aparecieron los sacerdotes.

En efecto, percibíase el rumor lejano de los cánticos, y pronto hicieron su entrada los nobles, a los que se reconocía por sus pendientes, sus collares y sus agujones que sólo podían llevar los descendientes del Inca. Iban vestidos con una especie de camisa roja, sin mangas, y cada uno de ellos llevaba una banderola con un arco iris bordado en colores diferentes, que constituía el escudo de cada casa. Después apareció un grupo de doncellas, las cuales agitaban al andar guirnalda de flores naturales y llevaban los cabellos adornados con coronas de rosas. Eran las hijas de los nobles, que en otro tiempo hubiesen entrado en los conventos de las Vírgenes del Sol, para ofrecerse después en holocausto al Dios o ser elegidas para esposas del Inca. Tras ellas iban sus hermanos adultos: un grupo de mancebos ataviados con camisas blancas, en las cuales se veía “una cruz”^[55] bordada, como acostumbraban llevar los hijos de los nobles que iban a ser armados caballeros. Luego se adelantaron los “curacas”, que eran los caciques o descendientes de caciques, jefes de los pueblos sometidos por el Inca y de las tribus que habían prestado juramento de fidelidad al Inca. Estos lucían camisas multicolores, sin ningún bordado en oro.

Se adelantaron hasta el centro del Templo y de repente, como cesaran los cánticos, dieron media vuelta, y todo el cortejo se volvió hacia la puerta por la cual habían entrado. Un extraño silencio sucedió a la especie de zumbido rítmico que producían los cánticos bajo tierra, y Raimundo, cuya espantosa angustia aumentaba de minuto en minuto, se preguntaba lo que iba a pasar, cuando un grito espantoso, terrible, el clamor desesperado de un niño al que degüellan, resonó hasta en el rincón más escondido del templo. A Raimundo se le erizaron los cabellos.

—¿Qué es eso? —preguntó con voz ahogada.

—Eso —respondió Orellana— nos tiene sin cuidado. Es el niño que sacrifican a la entrada del Templo, en la capilla negra de Pacahuamac, el Dios del Espíritu Puro.

—¡Miserables! —exclamó Raimundo. Y se disponía a precipitarse sobre ellos, a cometer alguna locura, cuando Orellana le detuvo.

—Si quieres ayudarme a salvar a la Esposa del Sol, no digas nada, no des un paso, no hagas un gesto, o todo está perdido... Si no te sientes con fuerzas para hacer lo que digo, márchate.

El joven cogió la mano del anciano y la apretó hasta triturársela.

—¡Me haces daño! —dijo Orellana—... ¡Es preciso que tengas calma, suceda lo que suceda, suceda lo que suceda!

—¡Ah!, ¡pobre niño!... ¡pobre niño!... —sollozó Raimundo—, ¡han degollado a Cristóbal!... que acaben de una vez y que nos maten a todos... ¡quisiera haberme muerto ya!

—¡Deberías avergonzarte, hijo mío, de hablar así! —replicó el loco, que estaba extraordinariamente tranquilo—. ¡El que tiene nervios de mujer no debe penetrar en el Templo de la Muerte!

Y ahora, ya no se oía nada. Los nobles, los mancebos y los “curacas” se volvieron y siguieron andando en silencio, dando la vuelta al Templo.

Tras ellos aparecieron los “amantas” (los sabios) que educaban a los hijos del Inca. Luego entraron los “ponchos rojos”, que rodearon el altar como una guardia sagrada. Ni unos ni otros llevaban armas. En seguida desfilaron los altos dignatarios de la casa real, vestidos con el “blanchana”, que es una camisa de corteza muy ligera, muy amplia y de colores vistosos. Cada uno de los dignatarios llevaba como emblema un monstruo con las fauces abiertas, destinado a ahuyentar a los espíritus maléficos que constantemente rondan alrededor de la casa.

En el momento en que Raimundo creía ver aparecer a María Teresa, vio una gran litera, conducida por los nobles y en la cual iba sentado un personaje a quien no reconoció al pronto. Su túnica y sus sandalias parecían de oro, y de sus orejas pendían unos enormes, unos colosales aros de oro que le llegaban hasta los hombros. En la cabeza llevaba el “llantu” real, turbante del más delicado tejido, dispuesto en pliegues, de colores vivos y variados y adornado con dos plumas de “coraquenque”. Además ceñía sus sienes el “borla”, cuya franja escarlata con hilillos de oro, le cubría en parte los ojos. Bajó de su litera apoyándose en dos pajes y subió las gradas de la pirámide de oro, en tanto que todos los presentes se arrodillaban y humillaban la cabeza. Era el rey.

Cuando llegó al vértice de la pirámide, se sentó en su trono, diciendo a todos: “Dios anki tiourata”, que es el saludo en lengua “aimara”. Entonces todos se levantaron, y desde aquel instante el rey no volvió a hacer un movimiento. Raimundo le veía de frente. Le reconoció. “¡El empleado del Banco franco-belga!” —murmuró—. Era, en efecto, Oviedo Huayna Runtu, Rey de los Incas.

La asamblea repitió por tres veces, siempre en “aimara”, “¡El dios se ha sentado en su trono de luz!”, e inmediatamente se oyeron los acordes de las flautas. Eran los tañedores de “quenias” que tocaban con sus huesos de muerto y que precedían al cortejo religioso: delante iban los cuatro “directores del sacrificio”, que esta vez podían levantar la cabeza, porque sus gorros con orejeras no ocultaban ningún subterfugio. Seguía otro poncho rojo que llevaba en las manos infinidad de cuerdas con nudos de diferentes colores. Raimundo reconoció al monje predicador de Cajamarca. Era el guardián de los “quipos”, el que transmitía la tradición, el jefe venerado del “quipucamya”: ¡el que conoce la Historia! Tras él, delante de un grupo de servidores, apareció Huáscar, con la amplia túnica color azafrán de sumo sacerdote. El sumo sacerdote llamado “Uillas Umu”, iba bajo un dosel que sostenían cuatro “curacas”. El dosel era de plumas de colores vistosos. Todos se inclinaron al paso de Huáscar. Sólo el Inca era superior a él.

Raimundo advirtió la expresión trágica de su rostro, su mirar sombrío, y trató de ver si sus manos no aparecían ya manchadas con la sangre de la víctima. Y cuando pasó cerca de él, por debajo de él, pensó por un instante en matarle allí como a un perro, en arrancarle la vida como a un animal dañino, a tiros, delante de su séquito, de sus sacerdotes y de todos los Incas. Pero las “mamaconas” aparecieron cantando. Levantó la cabeza, buscando a María Teresa. Al pronto no la vio; tuvo que esperar a que las “mamaconas” dejaran de agitar en torno suyo sus negros velos. Entonces se apartaron y las dos mujeres que debían morir se adelantaron con el rostro descubierto, sonriendo a todos con una alegría casi infantil. Callaron las “quenias”, y, en medio de un silencio solemne, apareció la segunda litera, en la que conducían dos estatuas de oro sentadas. El rey difunto Huayna Capac y María Teresa, en su doble trono de oro. Tras ellos iban, cerrando la marcha, los tres gnomos de cráneos monstruosos, los tres guardianes del Templo que habían desaparecido un instante y que volvían con María Teresa, porque como ya sabemos, ellos y las “mamaconas” eran los únicos que tenían derecho a tocar a la Esposa del Sol. Raimundo, que ya ni respiraba, esperaba que la litera de María Teresa pasase junto a él como había pasado el dosel de Huáscar. Y lo esperaba porque

deseaba saber si su prometida estaba muerta. No parecía más viva que el muerto. “¡Y ya no tenía a Cristobalito en los brazos!”

Lo que las joyas de oro que la cubrían dejaban ver de su rostro pertenecía ya a la tumba. No deben estar más pálidas la frente y las mejillas de los difuntos. Y los párpados estaban inmóviles, como cuando la piedad de los parientes más cercanos los ha cerrado ocultando con ellos para siempre las pupilas sin vista.

¡Ah! ¡Si hubiese pasado cerca de él, Raimundo hubiera tratado una vez más de abrir aquellos ojos con una palabra caída del cielo! Pero el doble trono de oro fue colocado inmediatamente entre el altar y las tres piras. Huáscar se sentó a la derecha del altar y el jefe de los “quipucamyas” a la izquierda. Las “mamaconas” se acomodaron en las gradas con una armonía lúgubre. Las dos que iban a morir y que habían trocado sus negros velos por trajes de fiesta y de colores llamativos y que llevaban flores prendidas en el pelo, estaban tendidas a los pies de María Teresa.

Los nobles y los “curacas” se alinearon alrededor del templo, dejando en medio a los mancebos y a las vírgenes. Los tres guardianes del Templo cerraron las puertas. El pueblo, que no asiste jamás a estos misterios, había quedado afuera, en oración en las “galerías de las tinieblas” que son innumerables y cuyas revueltas se ignoran, esperando a los sacerdotes que, después de la ceremonia debían sacar a los peregrinos a la luz del sol.

EL JURAMENTO DE LOS HIJOS DEL SOL

Huáscar se levantó y, con las palabras sagradas, dio la señal para que comenzara la ceremonia.

—“En el principio de los tiempos, Pacahuamac, el espíritu puro, reinaba en las tinieblas, después nació su hijo el Sol, luego su hija, la Luna, y Pacahuamac les dio ejércitos, que son las estrellas.

El Sol y la Luna tuvieron hijos. Primero nacieron los “Pirhuas”, reyes pontífices, después los “amautas”, pontífices reyes, y por último los Incas, reyes de reyes, encargados de gobernar al género humano”.

La asamblea repetía las palabras de Huáscar como una letanía. Terminada ésta, dos jóvenes llevaron a Huáscar un llama vivo. Huáscar ordenó que tendiesen la víctima en la tabla de oro del altar, y el guardián del Templo encargado de la custodia de los cuchillos de oro, abrió las entrañas del llama, sobre las cuales se inclinó Huáscar.

Huáscar, después de haberlas interrogado, se levantó y declaró al rey que los dioses le eran propicios. Entonces el rey concedió la palabra al jefe de los “quipucamyas”, que refirió en algunos versículos los principales episodios de la historia de los Incas. La asamblea respondía con otros versículos. El canto era monótono y nunca variaba de ritmo; mientras cantaba el jefe de los “quipucamyas”, pasaba los nudos de sus “quipos” como un cristiano las cuentas de su rosario.

Cuando hubo salmodiado el versículo que recordaba el martirio de Atahualpa y la invasión de la patria de sus antepasados por el extranjero, todos los presentes prorrumpieron en un alarido ensordecedor, y el rey, sentado en su trono, en el vértice de la pirámide, alzó la mano que empuñaba el cetro y anunció a todos que la prueba enviada a su pueblo por los dioses tocaba a su fin; que él había sido elegido por el Sol para rechazar al extranjero y que en prenda de reconciliación con su pueblo, el Sol había permitido que le

ofreciesen la más bella y la más noble de las vírgenes descendiente directa de aquellos que habían matado a Atahualpa.

Al pronunciar Oviedo Runtu estas palabras, todos los ojos se volvieron hacia María Teresa y de nuevo se oyeron las amenazas de muerte: “¡Muera la Coya, muera! ¡Muera la Reina del Rey muerto!”. Pero, ¿por qué querían matarla? ¿No estaba ya muerta? Raimundo lo creyó firmemente, porque ni siquiera estos gritos espantosos la hicieron estremecer, ni siquiera la hicieron abrir los ojos... Si no estaba muerta, debía estar privada de conocimiento, y Raimundo dio por ello gracias al cielo.

El rey continuó su discurso, y todos le oyeron afirmar, llenos de satisfacción, que el imperio recobraría su antiguo esplendor y que ellos practicarían nuevamente sus costumbres, públicas y privadas, sus ritos, que desde hacía tanto tiempo ocultos en la soledad de las montañas o en el seno de la tierra, y sus más bellas ceremonias.

Los ancianos podrían morir dichosos, porque habrían visto aquella fiesta del “Interaymi”, como no se había celebrado desde la muerte del Inca mártir. Los padres y las madres debían mirar con orgullo su prole, llamada a los más gloriosos destinos y el corazón de las vírgenes debía henchirse de esperanza, porque para ellas crecían en fuerza, en valor y en gallardía los libres hijos del Sol.

Entonces el rey se levantó, y dijo:

—¡Que se adelanten “los hijos del Sol!”

Y los mancebos se adelantaron.

Durante treinta días habían practicado, como en otro tiempo, los ejercicios necesarios; habían ayunado, luchado, demostrado su fuerza y habilidad en las carreras, en el pugilato y en el manejo de las armas, habían herido y matado a algunos de sus camaradas, habían dormido en el suelo y habían vestido túnicas groseras y caminado con los pies descalzos. Ahora se adelantaban con sus túnicas blancas, con una cruz en el pecho, como los jóvenes cristianos de la Edad Media, cuando se preparaban a armarse caballeros. Pero aún llevaban los pies descalzos.

Rodearon la pirámide de oro y Huáscar, al cual las vírgenes ofrecían una vasija de oro llena de plantas verdes, presentó los mancebos al rey. Los iba nombrando a medida que pasaban por delante de él y daban la vuelta a la pirámide y les prendía en los cabellos hojas de una planta siempre verde para indicar que las virtudes que habían adquirido debían durar eternamente^[56].

Luego los jóvenes subieron uno a uno las pirámides y se arrodillaron ante el rey, y el rey, con un punzón de oro, les hizo un agujero en las orejas^[57].

Volvían a bajar, con su túnica blanca llena de sangre y santificada ya, y Huáscar, sacando de otra vasija de oro que dos vírgenes le presentaban unos enormes discos de oro, se los colgaba en las orejas. En su fisonomía nada revelaba el sufrimiento.

Cuando todos tuvieron puestos los pendientes, se colocaron en fila delante del rey, que les dirigió una alocución. Felicitó a los jóvenes por sus progresos en todos los ejercicios militares, y les recordó las obligaciones propias de su nacimiento y de su rango. “¡Hijos del Sol —les dijo—, os exhorto a imitar a nuestro padre el Rey de los Cielos, en su carrera gloriosa en la que no hace más que derramar beneficios sobre el género humano! Y sobre todo, no olvidéis nunca que nuestro glorioso antepasado, el rey Huayna Capac, ha abandonado los palacios encantados del Sol para recibir vuestro juramento!”

Todos se volvieron entonces hacia la momia del rey, levantaron la mano y juraron ser valientes y fieles al Inca.

—¡Está bien! —dijo el rey sentándose—, ¡ahora podéis calzaros la sandalia!

Esta parte del ceremonial incumbía al guardián de los “quipos”, uno de los sacerdotes más venerados, que calzó a cada uno de los candidatos las sandalias de la orden de los Incas^[58].

—¡Está bien! —repitió el rey—; ahora podéis ceñiros el cinturón.

Y el guardián de los “quipos” les sujetó a la cintura el cinturón del cual colgaban en la guerra sus armas de combate^[59].

—¡Está bien! —dijo por tercera vez el rey—. Ahora afirmo delante del Rey Muerto y de la “Coya” que va a morir, para que ellos se lo repitan a los antepasados, que nuestra raza es la primera de las razas del mundo, que vosotros sois sus representantes en la tierra, porque “sois hijos puros del cielo, sin ninguna mezcla terrenal!; ¡porque el hermano ha bebido siempre la sangre de la hermana!

Y dio la señal para que el cuchillo de oro punzase la garganta de las vírgenes. Estas se adelantaron a su vez y subieron las gradas del altar, en tanto que los padres y los hermanos entonaban el himno de triunfo “aimara”.

—¡Ah! ¡Salvajes!... ¡Salvajes!... —murmuraba Raimundo, que desde que creía muerta a María Teresa no pensaba más que en la venganza—. ¡Ah! ¡Si yo pudiese matarlos!... ¡Matarlos a todos!... ¡Hacerles sufrir!... ¡Hacerles sucumbir a todos en la misma catástrofe!... ¡Y morir yo con ellos entre sus ruinas!...

Pero, ¿qué hacer? Si hubiese podido prender fuego a aquellas paredes, a aquel granito, a aquellos muros de oro, no hubiera vacilado... ¿Qué hacer?...

Podía matar a unos cuantos con su revólver. Si se precipitaba sobre aquellos locos, más locos, más peligrosos que Orellana, “se las pagarían todas juntas!” Y les demostraría cómo puede un hombre enviar al otro mundo a los hijos del Sol!... ¡y a Huáscar, el sumo sacerdote!... ¡y al rey Runtu, empleado del Banco franco-belga!... ¡Sí, siempre podría matar a aquellos dos!... ¡y matarse luego!

¡Evidentemente!, ¡evidentemente si María Teresa estaba muerta! ¿Pero estaba muerta María Teresa?... Precisamente en aquel instante le pareció que se agitaba, que su cabeza se había movido y que las joyas de oro habían resbalado ligeramente a lo largo de las mejillas y por los hombros. ¿Era una ilusión? Interrogó a Orellana, el cual le respondió que su hija estaba muy fatigada y que debía dormir.

Entre tanto, el guardián del Templo, el que tenía el horrible “cráneo en figura de capacete” (deformación que había despertado en él la afición a la sangre), hería en el pecho a las vírgenes y recogía en una copa de oro la sangre que brotaba de las heridas. Cuando la copa estuvo llena, mojó en ella sus labios y en seguida se la entregó a los mancebos, entre los que corrió de mano en mano, en tanto que las vírgenes, orgullosas de su ligera herida, cantaban frente a ellos: “¡Gloria a los hijos del Sol!” Cuando la copa quedó vacía, se lo dijeron al rey, que, levantando los brazos al cielo, rogó al Sol que diera él mismo la señal para comenzar los sacrificios.

LA “COYA” MILENARIA EN SU PIRA

Un olor semejante al del incienso, pero más intenso, más penetrante, se esparció por el Templo; las columnas de humo que ascendían de los pebeteros fueron a reunirse bajo la bóveda, para buscar su salida por el agujero circular que recortaba por encima de todas las cabezas un disco azul al cual no tardaron en velar. Entonces, las dos “mamaconas” que debían morir, se levantaron y corrieron hacia el rey, protestando con arreglo al ritual.

—¡Oh, Rey! —dijeron—, te suplicamos que hagas cesar todas las humaredas de la tierra. ¿Cómo quieres que el Sol dé la señal para comenzar el sacrificio, si nos ocultas su rostro?

El Rey hizo una seña y los pebeteros se apagaron y el rutilante disco azul apareció de nuevo.

Entonces, vióse sobre tres piras a los tres guardianes del Templo, a los tres gnomos de cráneos deformados, que sostenían en sus manos inmóviles un espejo de metal, haciendo converger sus rayos a un montoncito de algodón colocado en el centro de la plataforma de resina. ¡De este modo atraían la buena voluntad del dios para prender fuego a la pira!...^[60]. En aquella plataforma no había ningún poste, nada que sirviera para atar a las víctimas que debían quemarse “voluntariamente”. Pero lo peor que podía sucederles era que el dios no las quisiera para sí. Si no las quería, no tenía más que ocultarse el rostro con una nube y la pira no ardía. Las que debían morir, estaban condenadas a vivir, pero tenían que desaparecer. Se convertían en “la vergüenza de la nación”.

Esto lo sabían aquellas que, llenas de ansiedad, con las pupilas dilatadas por la esperanza en la bondad del dios, aguardaban la primera llamada. ¡Alrededor de ellas la asamblea cantaba y rogaba al dios que les fuese propicio y los espejos seguían inmóviles en las manos de los tres guardianes del Templo!

Si la pira destinada al cuerpo de la “Coya” muerta mil años antes, cuyo lugar en el muro del Templo iba a ocupar la nueva “Coya”, no ardía, ello no significaba que el dios no admitiese la nueva esposa, (y ésta descendía viva a la tumba de la otra) significaba que la esposa milenaria no habría sabido agradar al dios durante los mil años de matrimonio solar, y que sus restos no merecían la honrosa sepultura del fuego. Y los arrojaban a los muladares de la montaña, dominio de los cuervos negros.

Ahora bien: aquel día la pira que ardió primero fue la de la antigua “Coya”, e inmediatamente corrieron a buscarla. Estaba dispuesta. Entonaron cánticos en su honor y los sacerdotes dejaron caer un velo de púrpura en el que Raimundo, deslumbrado por la magnificencia de aquel templo de oro y de pórvido, no había parado la atención.

La cortina, una vez arrancada, dejó ver en la pared una cavidad en la cual cabía una persona sentada. Aquella cavidad era una de las cien tumbas del templo de la Muerte y, dentro, se entreveía la confusa silueta de la “Coya” milenaria, i aún sostenida por sus bandeletas. No era más que un esqueleto, porque enterrada viva como todas las demás “coyas” del Templo, una vez muerta sólo había tenido por todo embalsamamiento sus bandeletas perfumadas; sin embargo, la virtud que tiene el suelo peruano “de conservar sus muertos”, se manifestó una vez más, al aparecer entre las bandeletas no los huesos, sino la piel del rostro. De ello pudieron darse cuenta los “curacas”, los neófitos, y los sacerdotes que estaban en aquel lado del Templo; Raimundo no veía más que una muerta sentada, y no pensaba más que en una cosa: en que iba a ceder su puesto a María Teresa, que quizá no estuviera muerta.

Y, una vez más, sinceramente, deseó que lo estuviera.

¡Si no lo estaba, cuánto debía sufrir si aún podía pensar! ¿Qué pensamientos serían los suyos? Tal vez en aquel momento supremo pensara que Raimundo no habría sabido librarla de sus verdugos. Tal vez en aquel instante infernal en que, para suplicio suyo, presenciaba todas las horripilantes ceremonias de la antigua superstición, pensase en su amor tranquilo y burgués, que había nacido tan plácidamente en sus corazones sencillos y tan poco deseosos de aventuras. ¡Qué destino aquel que había arrebatado del seno de la civilización moderna, que no vive de cuentos fantásticos, sino de buenas y sanas matemáticas, a aquella muchacha a quien únicamente preocupaban los intereses de una empresa comercial! ¡Qué destino aquel que la había arrancado de su despacho, de entre un libro de caja y un copiador, para arrojlarla a la grupa de la quimera!

Y ésta, monstruo fabuloso que salva todas las distancias, la habían llevado en pocas horas de un extremo a otro del camino recorrido por los hombres durante muchos siglos y acababa de dejarla en la selvática ribera en donde aún crepitaban las hogueras de la aurora del mundo. ¡Ay! Así, pues, aún podía morir una mujer como Ifigenia, joven, bella, en plena salud y ya dispuesta para ir al encuentro del esposo. ¡Ah! Cómo cerraba los párpados para no ver la espantosa pesadilla, la quimera, la horripilante quimera que rondaba en torno suyo con su olor a azufre y sus perfumes repugnantes y su cabeza de “mamacona”... Pero, Raimundo se repetía una vez más que quizá estuviera muerta. Había debido morir al sentir que le arrebataban el niño, al oír el grito del niño sacrificado en la capilla del gran Pacahuamac.

Los sacerdotes sacaron a la “Coya” milenaria de su nicho y la llevaron a la pira en su sillón real. Aquella “Coya” que iba a quemarse había conservado la actitud que deben tener las Coyas cuando mueren ahogadas en su tumba por falta de aire; es decir, una actitud de las más dignas, de reina sentada en su trono, y esta actitud la obtenían haciendo el nicho de las Coyas tan estrecho que, en su agonía, sólo podían permanecer sentadas.

Por ello, ésta ardió sentada y tan tranquila, en medio de las llamas, que las “mamaconas” condenadas a este mismo suplicio, sintieron envidia.

Raimundo no miraba ya las piras, ni a María Teresa, sino la tumba en la cual iban a enterrarla. Se decía que si aún vivía y si aún era posible salvarla, sería preciso sacarla de allí sin perder un instante. Y su mano se crispaba ante el mango de la piqueta de Orellana, pero la otra mano no soltaba el revólver y seguía sintiendo furiosos deseos de matar. También hubiera querido que María Teresa hubiese abierto los ojos, si no estaba muerta.

Pero las otras dos piras no ardían, y las “mamaconas” comenzaron a lamentarse porque debían morir antes que María Teresa, según estaba escrito, para prepararle su cámara en los palacios encantados del Sol, y si el Sol no encendía las piras no llegarían a tiempo. Anhelantes, volviéronse hacia el astro, y alzando las manos en ademán de súplica, exclamaron: “¡Oh, Sol, somos mujeres! ¡Daños el valor que puede faltarnos! ¡Divinos rayos del Sol, sednos propicios! ¡Rey del cielo, mira cuál es nuestro destino! ¡Envíanos tu fuego! ¡Ten piedad de nosotras!...”

Todos los coros repitieron por diez veces, después que ellas, la letanía: “¡Envíanos tu fuego, ten piedad de nosotros!”

Pero el Sol no envió su fuego hasta que el humo de la primera pira se disipó casi por completo, lo que por lo demás no tardó en suceder, porque los “sacrificadores” activaban la combustión rociando la hoguera con alcohol

perfumado. En cuanto los guardianes del Templo bajaron con sus espejos y la resina empezó a chisporrotear, las dos “mamaconas”, dejando caer al suelo sus túnicas de fiesta, se precipitaron a las piras como locas, entre carcajadas de alegría, y clavando en el cielo sus miradas extáticas, esperaron el momento en que las llamas habían de hacer presa en ellas, mientras en torno suyo resonaba una música infernal, y en tanto que las demás “mamaconas”, dominadas por feroz exaltación, bailaban alrededor de las piras. Las llamas envolvieron al fin a las dos desgraciadas, que lanzaron un grito terrible, y una de ellas saltó de la pira.

“¡Vuelve a la hoguera! ¡Vuelve a la hoguera!”, le decían sus compañeras, rodeándola; pero ella aullaba de dolor y reclamaba el cuchillo del sacrificador.

Entonces, el guardián del Templo, el del cráneo horripilante (el del cráneo en figura de capacete, que amaba la sangre), le hundió su cuchillo de oro en el pecho y la sangre salpicó los negros velos de las “mamaconas”, que reanudaron sus danzas y sus cánticos. En cuanto a la víctima, cayó medio muerta entre las repugnantes manecitas de los guardianes del Templo, que la arrojaron a la pira, en donde desapareció. La otra “mamacona” soportó el tormento de pie, sin lanzar más que el primer grito terrible y, cuando se desplomó en el centro de la gigantesca corola purpúrea que el dios le había enviado para transportarla a los palacios del Sol, entusiastas aclamaciones saludaron este triunfal martirio.

MARÍA TERESA EMPAREDADA VIVA

Las “mamaconas”, cada vez más enloquecidas por el fuego, la sangre de que estaban cubiertas, el insoportable hedor y la humareda odiosamente perfumada de las piras, reclamaban también el martirio. Tres de ellas, se precipitaron entre las llamas, pero saltaron de las piras casi inmediatamente, presentando el pecho al sacrificador, que las mató, como ellas deseaban. Y no sabemos hasta dónde hubiese llegado este delirio de sacrificio y de muerte, si un gesto de Huáscar no hubiese puesto término a esta exaltación.

A una señal suya, cesó la música infernal, concluyeron las danzas y los cánticos, y los guardianes del Templo apagaron entre cenizas los restos de las piras. Le había llegado la vez a María Teresa.

Raimundo, casi desvanecido, abrió los ojos al oír la voz de Orellana.

Vio que las “mamaconas” despojaban a María Teresa de las joyas valiosísimas de que literalmente estaba cubierta. En todo su cuerpo, desde la cabeza hasta los pies, “las lágrimas del sol”, según la expresión consagrada, lanzaban sus áureos destellos. En su cabellera, en sus orejas, en sus mejillas, en su pecho, en sus hombros, en sus hermosos brazos, en sus piernas, en sus pies aprisionados por las sandalias de oro, sólo se veían alhajas, placas y discos refulgentes, collares y pulseras. Todo se lo quitaron y lo guardaron cuidadosamente en una caja de oro. También la quitaron la fatal pulsera de oro. Estas alhajas, debían esconderlas nuevamente hasta el día en que, transcurridos diez años, necesitara el Inca una nueva esposa para el Sol.

Conforme la despojaban de su envoltura de oro y a medida que adelantaba el trabajo de las “mamaconas”, María Teresa, siempre con los ojos cebrados, aparecía enteramente cubierta de bandeletas. Exteriormente, la habían convertido ya en una momia. Tenía los brazos atados al cuerpo. Ya sólo faltaba depositarla en su tumba. Los ojos de Raimundo no se apartaban de lo que aún podía ver de aquel rostro adorado bajo las bandeletas perfumadas que le cubrían la barbilla, la frente y las mejillas, dejando solamente al

descubierto los ojos cerrados y la boca entreabierta pero inmóvil, como si acabase de exhalar el último suspiro. Y creyó firmemente que María Teresa estaba muerta. Y esto, no cesaba de repetírsele, era lo mejor que podía haber sucedido. Así no se sentiría levantar por los tres repugnantes guardianes del Templo que la sentaban en su trono funerario y que, seguidos de toda la comitiva de “mamaconas”, la metían en aquel agujero abierto en el espesor del muro, en aquel nicho en el que debía permanecer mil años, para ser quemada a su vez.

En aquel momento, los rayos del sol, como para ofrecer una escala de oro a la esposa que la cruel piedad de los incas, sus hijos, le enviaban, fueron a posarse junto a María Teresa. Iluminaban su angosta tumba y Raimundo no perdió ni un solo detalle de esta lúgubre ceremonia. Se trataba de colocar nuevamente en su sitio las tres pesadas losas de granito rosa que, deslizándose unas sobre otras y ajustándose y adaptándose perfectamente, iban a cerrar la tumba, con arreglo al sistema arquitectónico de los incas.

La operación prosiguió en medio del más terrible silencio.

Todos tenían los ojos fijos en aquella a quien emparedaban, pero nadie hubiese podido decir si no estaba ya muerta.

La primera losa deslizada por los guardianes del Templo que se encorvaban bajo su carga, ocultó a María Teresa hasta las rodillas. La segunda, izada hasta el borde superior de la primera por medio de una plataforma giratoria, fue colocada a su vez y ocultó a María Teresa hasta los hombros.

Ya sólo se veía su cabeza en aquel nicho funerario, su cabeza rodeada de bandeletas, su cabeza de momia, su rostro de muerta. Y entonces fue cuando, de repente, un prolongado estremecimiento agitó a toda aquella multitud que había presenciado sin conmoverse los precedentes horrores: los ojos de María Teresa acababan de abrirse...

¡Acababan de abrirse de par en par en el fondo de aquella tumba que se cerraba! Los ojos estaban llenos de vida, espantosamente dilatados, muy abiertos, para abarcar lo que aún les era dado ver de la tierra antes de que llegase el instante a partir del cual sólo podría contemplar las tinieblas eternas. Sus ojos llenos de vida, miraban aquellas gentes que la veían morir, aquella multitud vestida de fiesta, aquel Templo resplandeciente, y, por última vez, la suave, la bellísima luz del día.

Una angustia sobrehumana dilataba aquellos ojos que se abrían para lanzar una mirada suprema y que ya nunca verían nada más... Los labios se agitaron y hubiera podido creerse que de ellos iba a escaparse un supremo

adiós a la vida, un grito de horror hacia las tinieblas del sepulcro. Pero se cerraron después de exhalar un débil gemido, en tanto que la última losa ocultaba las pupilas llenas de vida.

Desde aquel instante pertenecía al dios.

Huáscar hizo una señal, y el éxodo comenzó en silencio. Todos debían retirarse del Templo como los antiguos se retiraban de la cámara nupcial después de conducir a la tímida esposa. Retirábanse sin cánticos, sin ruido, sin murmullos. Oyóse sobre las losas el roce de innumerables sandalias. Y los sacerdotes, con Huáscar a la cabeza, y los nobles y los “curacas”, y los mancebos, y las vírgenes y las “mamaconas” franquearon el dintel de las puertas de oro.

Oviedo Runtu bajó de su trono y se sentó al lado de la momia real, en el sillón de oro ocupado hasta hacía pocos instantes por María Teresa; los “ponchos rojos” se acercaron al trono en que estaban sentados los dos monarcas, el muerto y el vivo, y cargándose a hombros, desaparecieron a su vez por la galería de las tinieblas.

Ya sólo quedaban en el templo los tres guardianes y las cenizas de las víctimas.

Apenas habían cerrado los tres gnomos las pesadas puertas para consagrarse tranquilamente a sus tareas, cuando vieron que un bulto se precipitaba sobre ellos con desatentada furia, y huyeron, aterrados, a la capilla de la luna. Pero la hermana del dios no les protegió. Sobre las gradas de su altar cayeron aniquilados por el rayo humano, como animales dañinos. ¡Allí saltaron en pedazos los tres cráneos inmundos, destrozados por las balas de Raimundo! Y, terminada la ejecución, el joven volvió corriendo al Templo en donde ya Orellana atacaba las piedras con la piqueta. Le arrebató la herramienta y, jadeante, golpeó a su vez.

Pero las piedras no se movían, y Raimundo, con la frente cubierta de sudor, se preguntaba si no sería inútil tanta violencia. Trataba de ver, de razonar en aquel momento supremo. Quería valerse de su ciencia de ingeniero, de sus recuerdos de la escuela. Esforzábese en olvidar a María Teresa que agonizaba detrás de aquellas piedras, para no pensar más que en el secreto que las haría saltar. No pesaban mucho. El y Orellana podrían levantarlas fácilmente, puesto que habían obedecido a los esfuerzos de los tres gnomos. Y si no las habían hecho más pesadas, era evidentemente porque los sacerdotes incas necesitaban moverlas para ciertas ceremonias. Pero, ¿por dónde atacarlas? ¿Por dónde atacarlas?^[61].

¿SE ABRIRÁ LA PRISIÓN DE GRANITO?

Serena, tranquilamente, dominando la tempestad interior que le hubiera precipitado ciegamente contra aquel muro, trató de “encontrar las juntas”. Ordenando a sus manos que no temblasen, intentó deslizar la parte plana de la herramienta por entre dos piedras, pero no lo consiguió. Precisamente lo notable de la arquitectura inca es que, aun sin argamasa, las piedras se unen tan perfectamente, que muchas veces resulta imposible encontrar la línea divisoria. ¿Cómo las movían? ¿Cómo las habían movido? Porque las habían sacado de su alveolo. ¿Girarían sobre sí mismas? ¿Pero, en dónde sería necesario tocar? ¿Dónde debía golpear? Y entre tanto, María Teresa se moría en su prisión de granito.

Desesperado, cogió nuevamente la piqueta, que tuvo que disputar a Orellana, el cual le aturdiría ya con sus desgarradores lamentos, y, con toda la violencia posible, dio un golpe al azar, en el ángulo izquierdo de la losa. Lo dio con todas sus fuerzas. Para darle había reunido todas sus energías.

Fue un golpe de titán. La piedra giró un poco sobre sí misma, hacia la derecha. ¡Sí, sobresalía un poco! Lanzó un grito de triunfo y siguió golpeando furiosamente.

El alveolo semicircular estaba hecho de tal modo, que la piedra podía deslizarse y girar hacia la derecha y por la derecha escaparse de entre las demás piedras que la sujetaban. Entonces comenzó a gritar: “¡María Teresa! ¡María Teresa!”, como si la joven pudiese oírle, y Orellana, que no hacía más que dar vueltas detrás de él, gritaba también: “¡María Cristina! ¡María Cristina!”

Raimundo daba golpe tras golpe, golpe tras golpe, y llegó un momento en que la piedra sobresalió por la derecha lo suficiente para que pudiera cogerla entre sus manos, entre sus uñas, que se rompió inútilmente al tirar de ella. Entonces con el mango de la piqueta siguió empujando por la izquierda, y todo el lado derecho de la piedra se escapó del alveolo.

Pudo así coger ya la piedra, y Orellana se unió a él, y ambos tiraron de la losa, tiraron... ¡y la losa cedía!... ¡María Teresa! ¡María Teresa!... ¡Iba a salvar a María Teresa!... ¡Ah! ¡Estaba salvada!...

Un supremo esfuerzo, un prodigioso impulso... y la piedra cedió, cayó con estrépito sobre las losas del Templo. ¡María Teresa!... La figura rodeada de bandeletas apareció en el fondo del oscuro nicho... “¡No era María Teresa!”...

Raimundo lanza un grito de rabia indescriptible... ¡Tiene delante el rostro de una reina muerta, la momia de una “Coya” antigua! ¡Se ha equivocado!...

Agitado por un temblor espantoso, se vuelve hacia Orellana, alargando las manos, dispuesto a estrangular al desdichado loco que con su piqueta arremete ya contra otra tumba... ¡Y él, Raimundo, el más insensato, había continuado la obra emprendida por un loco!... ¡en aquel instante supremo del que dependía la vida de María Teresa se había dejado guiar por un loco!...

¡TODAS LAS TUMBAS SE PARECEN!

Y ahora, ¿es la tumba de la derecha?... ¿Es la de la izquierda?... ¡Ah! ¡Todas esas horribles piedras se parecen!... ¡Todas esas tumbas que circundan el Templo son iguales!...

Sin embargo, no puede haber un nuevo error. Puesto que la tumba que acaba de abrir no es la que encierra a María Teresa, será seguramente la otra, la de la derecha.

Esto puede determinarlo fácilmente por el ángulo del altar por sobre el cual se deslizaba su mirada, desde lo alto del nicho, para llegar a la tumba en donde habían enterrado a María Teresa. ¡No hay duda!... ¡No hay duda!... Y golpeó con ahínco la tumba de la derecha. Comenzó nuevamente el mismo trabajo brutal. ¡Da un golpe!... ¡Otro!... y tras él Orellana, Orellana, que está más loco que nunca, porque no ha reconocido a su hija, grita a cada golpe: ¡Ah!... ¡Ah!... ¡Ah!... como si él mismo lo diera... Al fin gira la piedra... Se desprende... Se desliza sobre sus manos... ¡Ya está abierto el nicho!... ¡María Teresa!...

¡Soy yo, Raimundo!... ¡Respóndeme!... Y se inclina sobre aquella cabeza inmóvil de muerta. “¡No es María Teresa! ¡No es María Teresa!”

¡Ah! ¡Dios del cielo! Raimundo cae sobre las losas, anonadado y desesperado. Y lanza un sollozo terrible que expresa toda su rabia, y toda su impotencia, y toda la desesperación de su ser, que se rebela contra el destino... Pero, ya está de pie otra vez, ya ha vuelto a reanudar su trabajo. Orellana es quien le ha dado el ejemplo. ¡Porque Orellana está ya trabajando!... ¡Puesto que no era la tumba de la derecha, será la de la izquierda!... ¡Y Raimundo arranca otra vez la piqueta de las débiles manos del anciano, y golpea furiosamente el granito!... ¡Ah!... ¡Cuánto tiempo ha pasado ya, cuántos instantes perdidos!... ¡Y mientras, María Teresa se ahoga, víctima de su error!... ¡Da otro golpe, Raimundo!... ¡Da otro golpe!... ¡Otro!

¡La piedra cede!... Y al fin vas a ver a tu prometida... Vas a salvarla... al fin vas a “reconocerla”!...

¡Hala!... ¡Hala!... ¡Tira de la piedra!... ¡Otro esfuerzo más!... ¡Así!... ¡Ya es tuya la piedra!... ¡Déjala caer al suelo!... ¡Mira!... ¡Ah desdichado!... ¡No la reconoces!... “¡No es María Teresa!”... ¡No es ella!... ¡Es otra... es una muerta!...

Pero mientras tú lanzas por tercera vez tu grito de infernal desesperación y te golpeas la cabeza contra las paredes y ansias morir para sustraerte a este espantoso suplicio, Orellana deja escapar una exclamación de alegría y de triunfo:

—¡Mi hija! ¡Mi hija! ¡Mi María Cristina!...

¡Aquí me tienes!... ¡Soy yo!... ¡Es tu padre que viene a salvarte!...

El loco ha reconocido a su hija... ¡Es ella, es ella, es la hija que le robaron hace diez años y a la que busca desde entonces en el fondo de todas las galerías de las tinieblas y en todos los Templos de la Muerte!...

—¡María Cristina!, espera, espera!... ¡No falta más que una piedra! ¡No falta más que una piedra!... ¡Y te sacaré de tu prisión!... ¡Hija mía!... ¡Hija mía!...

Llora, solloza de gozo, le ahoga la alegría. Sus manos trémulas recogen la piqueta y golpean el granito.

Pero Raimundo se precipita sobre él.

—¡Pierdes el tiempo tratando de salvar a una muerta, y en estas tumbas hay una criatura viva!

Entáblase una lucha entre el anciano y Raimundo por la posesión de la herramienta, que, naturalmente, queda en manos del joven. Entonces, mientras Raimundo comienza nuevamente a demoler con rabia aquellos muros, el anciano, merced a un supremo esfuerzo, consigue arrancar la segunda piedra y saca de la tumba el esqueleto envuelto en bandeletas de su hija querida, de su María Cristina, al que estrecha entre sus brazos, al que oprime contra su pecho, al que cubre de besos y con el que rueda sobre las losas del Templo, y sobre el cual se duerme para siempre con un suspiro de satisfacción.

Orellana ha muerto, pero ha encontrado a su hija.

LA DESESPERACIÓN DE RAIMUNDO

Y Raimundo, ¿encontrará a María Teresa?...

Abre otra tumba... y halla otra muerta... ¡Oh, misterio de los dioses! ¡Misterio del Templo de la Muerte que no devuelve más que muertos y conserva en su poder a esposa viva!... Tambaleándose, gritando, llorando, clavándose las uñas en las carnes, desgarrándose, pronto a ofrecerse él mismo, víctima palpitante, al dios feroz que necesita carne y sangre, Raimundo, tropezando, cayendo, levantándose, arrastrando tras sí su piqueta inútil que no sabe dónde golpear... trata aún de comprender, de darse cuenta... Su mirada extraviada recorre aquel templo circular en el que todos los motivos de ornamentación se repiten, en el que es casi imposible encontrar un punto de partida... Y como no logra lo que desea... golpea al azar... ¡Tal vez sea esto lo mejor!... Tal vez la casualidad le dé lo que el cálculo le ha negado; ¡tal vez la casualidad le revele aquella tumba en la que está encerrada una mujer viva entre las noventa y nueve muertas! ¡Y golpea nuevamente las piedras!... ¡Pero, cuán débilmente esta vez!... ¡Oh! ¡Cuán débilmente!... ¡Ah! ¡Cómo pesa la piqueta en sus manos trémulas!... ¡Ya no puede más!... “¡No puede más!”... La deja caer... Y él permanece de pie, con los brazos colgando, con la mirada extraviada... con los ojos clavados en los ojos de las muertas que le miran confundidas entre los escombros que le rodean al terminar su sacrílega obra. ¿Cuántas horas lleva trabajando? Los rayos oblicuos del sol han ascendido a lo largo de las paredes para desaparecer al fin; y la claridad que les sigue se ha extinguido a su vez, Y las tinieblas lo invaden todo. Y llega la noche... Raimundo yace en las gradas del altar, hasta el cual se ha arrastrado, envuelto en las sombras de la noche que tiende sobre su agonía velos tan negros como los de las “mamaconas”, y cierra los ojos para dormir o para morir... ¡Puesto que María Teresa ha muerto!...

CAPÍTULO ÚLTIMO

EN EL QUE QUEDA DEMOSTRADO QUE LOS ENAMORADOS NO DEBEN DESESPERAR
NUNCA DE LA PROVIDENCIA

Una mañana que el vaporcito del lago Titicaca pasaba a la vista de las islas, comenzó a hacerle señas un arrogante indio quichúa que estaba de pie en su piragua de “totora” y que, bajo su poncho, agitaba desesperadamente los brazos. El barco acertó la marcha y el capitán, comprendiendo que se trataba de salvar a un blanco que sin duda yacía en el fondo de la lancha, consintió en detenerse. Así fue como Raimundo Ozoux volvió al mundo civilizado.

Después de una fiebre que le hubiese llevado al sepulcro sin remisión, de no haberse hallado precisamente en el país en donde el mundo aprendió a curarla, se despertó en el modesto lecho de un comerciante en lana de alpaca de Puno, el cual se encontraba a bordo del “Yavari” en el momento en que izaron el pobre cuerpo de Raimundo, que temblaba de fiebre, y se había compadecido de él. El indio contó que la noche anterior había encontrado al extranjero —algún turista sin duda— en medio de las ruinas de la isla santa, perdido, abandonado y moribundo. Le había dado a beber “agua rosada”^[62] y le había transportado a su piragua, con la esperanza de encontrar al “Yavari” al amanecer. Después de contar lo que antecede, el indio se alejó, sin querer aceptar ninguna recompensa. Indudablemente era muy honrado, porque, al registrar a Raimundo, encontraron en sus bolsillos una importante cantidad, y nadie pudo explicarse cómo el quichúa no le había robado.

Cuando el enfermo estuvo en estado de comprender lo que se decía en torno suyo y le contaron el incidente del indio, no dudó ni por un momento de que el generoso quichúa cuyo retrato le hicieron fuese Huáscar.

En su cualidad de sumo sacerdote del Templo de la Muerte, Huáscar se había visto obligado a volver a aquellos lugares malditos para cumplir sus deberes sacerdotales, y había descubierto allí a Raimundo, las huellas de su sacrílega empresa y los cadáveres de los tres guardianes del Templo en las gradas de la capilla de la Luna. La cólera fría y calculadora del indio inventó

entonces para Raimundo el peor de los suplicios: el de dejarle vivir habiendo muerto María Teresa.

Pero el joven estaba decidido a no soportar por mucho tiempo este suplicio. La idea de que hubiese podido salvar a María Teresa y de que ésta había sucumbido por su culpa, por su falta de sangre fría, le era insoportable; y se daba cuenta de que jamás podría rechazar aquella idea, de que le atormentaría siempre, de que acabaría por matarle, y pensaba que era mejor acabar cuanto antes.

Pero no quería morir en aquellas sombrías montañas, testigos de tantos horrores. La imagen de María Teresa, que no se apartaba de su mente, no se parecía, desde que decidiera reunirse a ella, a la trágica figura de momia viviente que se le apareciera por encima de la losa... sino a la silueta de aquella muchacha que, tranquila, serena, feliz, se ocupaba de sus asuntos comerciales en las oficinas del Callao, rodeada de sus libros de asientos. Allí era en donde la habría vuelto a ver después de una larga ausencia; allí era en donde ella le había dicho por primera vez: “¿Me quieres?” y allí era adonde iría a buscarla para morir.

La idea de esta muerte le devolvió la salud en el acto. Después de manifestar su gratitud a su huésped, tomó el primer tren que salía para la costa, para Moliendo, en donde pensaba embarcarse en algún vapor que zarpara con rumbo al Callao. El viaje le pareció largo; al pasar por Arequipa, vio desde lejos la casita de adobes, y pensó en lo inútil de sus gestiones cerca de aquel bandido de García, y, por primera vez desde que había salido del Templo de la Muerte, se preguntó lo que habría sido de sus compañeros de viaje, de su tío Francisco Gaspar, del marqués y de Natividad.

Tal vez hubiesen muerto también, condenados a algún terrible suplicio, en las galerías de las tinieblas, en la Casa de la Serpiente. ¡Pobre tío Francisco Gaspar, que no daría ya más conferencias! ¡Pobre Natividad, que no volvería a ver a Jenny la obrera! Pero, si habían muerto, el marqués, por lo menos, no había experimentado el tormento de asistir, impotente, al martirio de sus dos hijos.

Al llegar a Moliendo, Raimundo, no obstante el temporal que reinaba, se dirigió inmediatamente al embarcadero, en donde vio dos sombras que vagaban por la playa. Sin embargo, como corrían hacia él haciendo señas, tuvo que reconocer que aquellas sombras eran dos personas vivas: ¡el tío Francisco Gaspar!... ¡Natividad!...

Aunque la expresión de sus rostros fuera de las más tristes, no parecían haber sufrido mucho. Raimundo les estrechó la mano, sin preguntarles lo que

les había sucedido. En cuanto a ellos, veían al joven tan pálido y tan abatido, que no se atrevieron a decirle una sola palabra acerca de María Teresa y de Cristobalito.

Los tres caminaron durante algún tiempo, absortos en sus pensamientos. Al fin, el tío Ozoux, le preguntó a su sobrino:

—¿Y el marqués, no sabes lo que ha sido de él?

—Le creía con ustedes —respondió Raimundo con una entonación que revelaba la mayor indiferencia hacia las cosas de este mundo.

DULCÍSIMA APARICIÓN

Entonces fue cuando Natividad explicó, sin que nadie se lo pidiese, que después de la funesta tentativa de la Casa de la Serpiente, ambos, M. Ozoux y él, habían sido encerrados en un calabozo, en el que permanecieron cuatro días, y en el que el ilustre miembro de la Academia, pudo darse exacta cuenta de la realidad de su aventura. Al cabo de estos cuatro días, encontraron abierta la puerta de su prisión y se escaparon sin haber tenido tiempo de preguntar por el marqués. En aquel momento, en efecto, todos los indios abandonaban precipitadamente a Cuzco y huían a la montaña. Ignorando qué nueva catástrofe acababa de ocurrir, Natividad y Francisco Gaspar se marcharon a Sicuani, en donde tomaron el tren y se enteraron de que precisamente aquella catástrofe era lo que les había salvado. Veintemilla acababa de sorprender y de “sentar las costuras” a las tropas de García, indisciplinadas y embrutecidas por las fiestas del “Interaymi”. Millares de quichúas, soldados y paisanos, fueron expulsados de Cuzco en el espacio de unas horas por los cuatro escuadrones de caballería que habían permanecido fieles al presidente de la República y al frente de los cuales había combatido éste para intentar atraerse nuevamente, merced a un esfuerzo supremo, los favores de la fortuna. Aquellos quinientos hombres de sangre española, habían vencido a los incas como en otro tiempo los venciera Pizarro en aquel mismo valle de Jauja y al pie de aquellos mismos muros que presenciaban con la impasibilidad de las cosas insensibles, la lucha de razas.

García tuvo que huir a Bolivia. Se disponía a saltarse la tapa de los sesos cuando una revolución que estalló en el Paraguay le reconcilió con la vida y le animó a cruzar la frontera del Paraguay, acompañado de todo su ministerio peruano, con gran alegría del presidente de la República de Bolivia.

Natividad y Ozoux salieron de Sicuani y ya no se detuvieron hasta llegar a Moliendo, en donde esperaban encontrar al marqués, en el caso de que el nuevo cambio político hubiese abierto también las puertas de su prisión. Por

lo que hacía a Raimundo, que había logrado huir, no esperaban verle hasta llegar a Lima, adonde habría regresado “después de intentar lo imposible para salvar a María Teresa”.

Esta era la primera vez que pronunciaban su nombre desde que habían encontrado al joven. Raimundo vio que le miraban con verdadera angustia. El rostro del tío Francisco Gaspar expresaba un dolor conmovedor. “¡Tío, ha muerto!” Y se arrojó en sus brazos. Francisco Gaspar lloró y abrazó a su sobrino con inmensa, con verdadera ternura. Raimundo se apartó de él, sollozando, y le dejaron alejarse a lo largo de la playa, en donde la marejada les tenía prisioneros desde hacía diez días. El Pacífico les traicionaba a su vez, y se oponía a su embarque.

—¡Pobre Raimundo!... ¡Pobre María Teresa!... ¡Pobre Cristobalito!... — gemía Francisco Gaspar. Había sido preciso que ocurrieran todas aquellas desgracias para que se mostrase en toda su desnudez el excelente corazón del tío Ozoux, atrofiado en otro tiempo por el abuso de la fría y perniciosa literatura oficial. Arrepentíase amargamente de haber adoptado, al principio de la expedición, y hasta en el mismo Cuzco, una actitud indiferente que había indignado, con justo motivo, a sus compañeros; pero, ¿cómo hubiese podido sospechar?... ¡Una cosa tan horrible!... ¡Aquella pobre muchacha!... ¡Aquel niño!... ¡Era espantoso!... ¿Quién lo hubiera creído?... ¡En Francia no le creerían! ¡No le creerían... aunque hablase de ello en conferencias con proyecciones y pruebas en apoyo de sus palabras... no le creerían! ¡Era horrible! Lloraba, y Natividad lloraba también. “Esta vez —decía el policía— será preciso que Veintemilla me escuche. Nos vengará; ¿qué digo? Ya nos ha vengado con sus victorias. El Perú le debe todo. Es un grande hombre. ¡García nos hubiese hecho caer en la barbarie! Bien lo ha probado en esta ocasión, y hemos estado a punto de ser sus víctimas”.

Pasaron otros ocho días. Mientras estuvieron esperando el vapor del Callao, Ozoux y Natividad vigilaron la desesperación de Raimundo, pero éste aparentaba una calma que les engañó y, cuando estuvieron a bordo, Natividad y Ozoux se permitieron interrogarle acerca de los terribles acontecimientos a que había asistido. El joven les contó todo lo que había visto en el Templo de la Muerte y la agonía de María Teresa. Esta narración, hecha con una voz dulce y singularmente tranquila, fue escuchada con horror por Natividad y Francisco Gaspar, el cual huyó inmediatamente a su camarote, en donde se encerró para llorar, sin que nadie le molestase, sobre su librito de memorias que debía perpetuar tan extraño relato.

Raimundo, apoyado en la borda, veía aproximarse aquella costa a la que abordaron hacía poco tiempo con tanta alegría, y en la que dentro de una hora iba a morir. ¡Ah! ¡El Perú de Pizarro y de los Incas! ¡El país fabuloso del oro y de la leyenda! ¡La tierra de su ambición juvenil y de su amor! ¡Murió su amor! ¡Murió su ambición! ¡Sólo vivía la leyenda, de la que él se mofara! ¡La leyenda, que había matado su amor y su ambición, y que iba a matarle a él después de haber asesinado a María Teresa, por haberse reído de lo que contaban las dos venerables ancianas desprendidas de un cuadro de Velázquez, y que parecían levantarse con tanta dificultad: la tía Inés y la dueña Irene que referían tan curiosas historias a propósito de “la pulsera del Sol de oro!”...

Lo mismo que la primera vez, él fue el primero en saltar a la pequeña embarcación del botero alborotador, pero en esta ocasión no necesitó preguntar dónde estaba la calle de Lima. Y sus ojos no se apartaban un instante de aquel punto de la ciudad al que en otro tiempo corriera con el corazón henchido de esperanza, en el que en otro tiempo le esperaba María Teresa!

¡Ay!, ¡hoy, no bien desembarca, sube sin prisa por las angostas callejuelas, penetra en el laberinto por ellas formado, se desliza bajo la sombra de los porches y llega al fin a la plazoleta, desde la cual se ve la baranda!... Allí había oído su voz adorada, allí iba a recogerla todas las tardes, allí rué a buscarla un día y no la encontré... Ya no volvería la pobre María Teresa... ya no se doblaría, bajo el peso de los libros de caja, su grácil talle ceñido por la cadena de oro de la que pendía el lapicero que usaba para tomar apuntes... Ya no la oíría discutir con su voz clara el precio y la calidad del guano... Ya no se asomaría a la ventana para verle llegar... Y Raimundo se adelanta, y, de repente, se detiene y vacila. Se lleva la mano al corazón. ¡Ah!, ¡se siente morir! ¡Tanto mejor! ¡No ha venido más que para eso!...

Esa aparición, allí, en la ventana de la “veranda”, le hace sufrir demasiado... ¡Se ahoga!... ¡Es la más cruel de las alucinaciones!... o bien, tal vez sea que las almas, después de la muerte, vienen a vagar por los lugares que les fueron queridos... porque Raimundo ve la sombra de María Teresa... ¡y estas sombras tienen indudablemente el poder de aparecerse a aquellos que las han amado!... ¡La sombra de María Teresa está en la ventana!... ¡Señor, qué pálida está... qué expresión de tristeza tienen las sombras de los muertos que vienen a pasearse por la tierra...!

Se inclina como en otro tiempo... vuelve la cabeza como en otro tiempo... hace los mismos movimientos que en otro tiempo... pero sus

movimientos son los movimientos de una sombra... Y Raimundo apenas se atreve a murmurar: “¡María Teresa!”, por temor a que la sombra desaparezca, a que la dulcísima aparición se desvanezca al sólo eco de su voz... Adelántase con precaución... Deslizase con la prudencia de un niño que se dispone a coger una mariposa y que teme verla echarse a volar... Y su corazón late, su corazón late... su corazón se dilata... su corazón va a hacerse pedazos... porque de los labios de la sombra se escapa un grito: —¡Raimundo!

—¡María Teresa!...

Y una vez más se hallan el uno en brazos del otro...

El joven abraza a la adorada sombra y no sospecha que ella, lo mismo que él, tal vez crea estrechar entre sus brazos sólo una sombra... ¡Han sufrido tanto los dos... ¡Han sufrido tanto!... Desfallecen el uno en brazos del otro... Caerían al suelo si no los rodeasen, si no los sostuviesen... Allí están las bondadosas ancianas, Inés e Irene, que, sollozando, sostienen a María Teresa por el talle. Y el marqués, más animoso, sale corriendo la calle y vuelve con Raimundo colgado de su brazo, y todos lloran, lloran... Cristobalito es el único que no llora; salta loco de gozo en la puerta del despacho, al ver a su amigo Raimundo, y palmotea alegremente, diciendo:

—¿No te decía yo María Teresa que no había muerto? ¡Ahora te curarás!... ¡Te curarás!...

Y María Teresa, en los brazos de Raimundo, murmura:

—¡Ya sabía yo que de volver, vendría aquí!... Pero ¿eres tú efectivamente?... ¿Eres tú, Raimundo mío?

—¿Y tú, María Teresa?... ¿Es a ti verdaderamente a quien estrecho entre mis brazos?

—¡Oh! Mana Teresa ha estado muy mala y creímos que se moría —dice Cristobalito, mientras las dos ancianas lloran y el marqués se suena—, pero la hemos curado, diciéndole que Raimundo no había muerto. Yo le decía: “¡Ya verás! Huáscar le habrá salvado también”... Huáscar nos ha salvado a todos, a todos. Habrá que quererle mucho cuando vuelva a casa... Papá lo dice: a no ser por el, hubiésemos muerto todos... ¡Pero ahora no hay que pensar en morirse!

EL SUMO SACERDOTE HA CUMPLIDO SU PALABRA

María Teresa había querido ver por última vez su despacho antes de morir, el despacho al cual iba Raimundo a buscarla. Y Raimundo ha vuelto... ¡María Teresa ya no desea morir!... ¿Cómo había podido salvar Huáscar a María Teresa? ¡Raimundo estaba seguro de que antes de que él se desmayase en el Templo de la Muerte, después de sus desesperadas tentativas, María Teresa habría tenido tiempo de sobra para morir asfixiada!

—¡María Teresa —le dijo—, te vi cuando te metieron en la tumba!

—¡Estabas allí! —exclamó ella, con repentina energía, evocando el espantoso drama, a despecho del marqués y de las tías, que hacían señas a Raimundo y que querían impedirle hablar de lo pasado—... ¡Si, estabas allí!... para salvarme, ¿no es verdad?... Mis ojos se abrieron de repente, porque sabía que tú estabas allí... sentía tus ojos en mis ojos... ¡y los abrí! ¡Y los infames cerraron la tumba!...

—¡Calla! ¡Calla, María Teresa, te lo suplico! —dijo el marqués—. ¡Es preciso olvidar todo eso!... ¡Es preciso no volver a hablar de todo eso!...

—¡Sí, sí!... Ahora Raimundo está aquí... ¡Ya no hay peligro!... ¡Es preciso que Raimundo sepa!... ¡Me encerraron en la tumba!... ¡Ah!... ¡Seguramente verías que yo estaba como muerta!... Desde que me separaron de mi Cristobalito, que lanzó aquel grito terrible cuando Huáscar me lo arrebató de los brazos, puede decirse que yo estaba ya muerta... Creí que iban a matarle... En vano Huáscar me había dicho que respetarían su vida... Yo no creía a Huáscar... y cerraba los ojos para morir... los cerré en cuanto entré en el odioso Templo... y los abrí cuando comprendí que estabas allí... ¿Qué ibas a hacer para salvarme?... Porque yo sabía que tú lo intentarías todo... ¡todo!... ¡Ah, amor mío!... ¡Hasta en la tumba esperaba en ti!... Durante los instantes terribles que pasé allí, en el dominio de los muertos, no me abandonó un punto el pensamiento de que tú me salvarías. No me dejarías morir así, entre aquellas piedras... y te esperaba... te esperaba, yo, a quien la

muerte aprisionaba ya entre sus brazos... y luego, sentí que empezaba a ahogarme... y entonces me dije: “¡Vendrá demasiado tarde!... ¡Demasiado tarde!... ¡Cuando llegue ya estaré muerta!”... Bajo mis bandeletas, mi pecho se alzaba, mi boca buscaba el aire que comenzaba a faltarme... ¡Oh, papá! ¡Papá querido!... ¡Déjame que se lo cuente a Raimundo, ya que todo acabó!... Ya que estoy viva... Ya que viviremos... y nos amaremos... ¡Yo me ahogaba... y empezaba a sentir en los oídos extraños zumbidos... cuando de repente, el muro se estremeció en tomo mío! Golpes sordos hacían retemblar la montaña que me servía de sepulcro... ¡Es él!... —me decía yo—. ¡Es él!... ¡Pronto!... ¡Pronto!... ¡Que se dé prisa!... Mis ojos se abrieron de par en par en las tinieblas, buscando la luz... y después de un último golpe espantoso contra el muro, entró la luz. Yo cerré los ojos gritando: “¡Raimundo!” Sentí que tiraban de mí por detrás. Volví a abrir los ojos. ¡Me encontré en brazos de Huáscar!... De Huáscar, que me apretaba fuertemente contra su pecho, y cuyo rostro alterado por la pasión se inclinaba sobre el mío, y cuya mirada de fuego me abrasaba... ¡y yo me pregunté por qué Dios no me había dejado morir!... El indio me llevó a un oscuro corredor iluminado por una antorcha, y allí comenzó a despojarme de las bandeletas. Cuando tuve las manos y los brazos libres, me echó sobre los hombros la túnica de piel de murciélago que me habían quitado al entrar en el Templo de la Muerte.

Yo le miraba con espanto, como una esclava a quien nada puede salvar de su amo. Pero, Huáscar me anunció con voz ronca que nada tenía que temer de él, y que él era quien me había salvado. Yo no podía creer a Huáscar. Le miraba mientras colocaba en la sepultura de donde me había sacado una momia igual a las que se encuentran en nuestros “panteones” y cerraba el nicho que había ahondado y preparado de antemano en lo posible, sin despertar sospechas: “No hay sacrilegio —dijo—, puesto que el dios tiene las esposas que necesita”.

Se volvió hacia mí, e, instintivamente, retrocedí.

—Te inspiro miedo —me dijo—... Sabe, pues, que a no ser por mí, hubieses muerto y que yo había dispuesto todo para salvarte. Y no me des ¡as gracias, porque he hecho esto porque te amo...

Yo retrocedí más aún, o mejor dicho me arrastré, abatida y sin fuerzas, hasta quedar fuera del alcance de sus brazos, que se tendían hacia mí.

—También otros te aman —continuó— y hubiesen querido salvarte... y han hecho todo lo posible para perderte... “¡Me he visto obligado a destruir

todos sus planes”, porque los quichúas te hubiesen ofrecido al dios muerta si no hubieran podido conservarte viva.

Yo no creía a Huáscar. Le dije:

—¿Qué has hecho de mi hermano?

—¡Vas a verlo —me contestó—, ven!

Y como no podía dar un paso, me cogió entre sus brazos y se internó conmigo en las galerías de las tinieblas, que no deben tener ningún secreto para él.

Yo sentía contra mi cuerpo los latidos de su corazón, y tenía más miedo que cuando estaba encerrada en el nicho del Templo de la Muerte.

UN JURAMENTO INÚTIL

Al fin abrió una puerta, y resonaron dos gritos de alegría. Me encontré enfrente de Cristóbal y de papá, que me cogieron de los brazos de Huáscar y me cubrieron de besos. El indio dijo:

—Le prometí a usted devolverle su hija y su hijo, “señor”, y aquí están. ¡Ahora ya no corren ustedes ningún peligro! ¡Un inca no falta jamás a su palabra!

Dicho esto, saludó, y no le hemos vuelto a ver... He querido contarte todo esto, Raimundo, para que si por casualidad encuentras alguna vez a ese hombre, “sepas lo que le debemos”...

Al oír estas últimas palabras, el joven se estremeció y estrechó nerviosamente la mano de María Teresa.

—¡Oh, María Teresa! —dijo con voz trémula—, “yo sé lo que le debo”. Te ha salvado, me ha salvado... y yo le juré que si te salvaba no serías mi mujer.

—¡Raimundo! ¡Raimundo mío! ¡Ya lo sé! ¡Se lo dijo Huáscar a papá!... ¿No es verdad, papá, que te lo dijo?... ¡Oh! ¡Papá te explicará lo que tanto te preocupa!... ¡Es una tontería!...

—Tal vez te haya salvado por ese juramento —dijo Raimundo con expresión sombría...

—A pesar de ese juramento, querrá usted decir —interrumpió el marqués—. Huáscar lo consideró como un insulto. Una noche en que, hallándome en la isla a donde me llevaron prisionero en pos del cortejo de María Teresa, me encontré a solas con el hombre a quien yo acusaba de todas nuestras desgracias, quise escupirle al rostro todo mi odio y mi desprecio, pero no me dio tiempo. Atajó mis primeras invectivas para hacerme conducir a una gruta próxima a la playa, a donde fue a buscarme al poco tiempo, y en donde yo esperaba morir a sus manos. Allí me explicó fríamente que no había cesado un instante de trabajar para salvarnos de nosotros mismos y de nuestras

imprudencias, que todo estaba preparado para nuestra huida, que pronto me entregaría mis hijos, y que yo no tendría que hacer más que embarcarme con ellos a la noche siguiente en su piragua y confiarme a los dos indios que me había dado por carceleros y que le eran fieles hasta la muerte.

Su acento era tan solemne que ni por un momento sospeché de su buena fe. Nada le obligaba a mentir, puesto que éramos sus prisioneros. Le tendí la mano, pero él no la estrechó. Entonces fue cuando me habló del singular juramento que le hizo usted una noche en Arequipa: “Yo no conozco a ese muchacho —me dijo— e ignoro por qué me ha hecho semejante proposición. La “señorita” es libre, y yo no puedo disponer de su corazón. No me corresponde a mí apoderarme de él; ni entregarle a otra persona, ni reservármelo para mí. Es preciso que todo esto lo sepa ese muchacho a quien nunca he hecho ningún daño y que me ha insultado. Yo le perdono”. Se disponía a salir, y como yo intentase darle nuevamente las gracias, porque tenía la seguridad de que haría cuanto estuviese en su mano para salvarnos, me interrumpió diciéndome:

—Dé usted gracias a aquella que está en el cielo y que fue la “señora” de la Torre, y no le agradezca usted nada a Huáscar, que a cambio del servicio que ha de prestarle, no pide más que una cosa: que no vuelva usted a hablar de esto. “Es preciso que la memoria del sacerdote supremo del Inca no quede deshonrada”. Así habló Huáscar. ¡Puede usted casarse con María Teresa, Raimundo!...

En esto se presentaron el tío Ozoux y Natividad. Por el camino se habían enterado de que el marqués estaba de regreso en Lima, de que aquel día le habían visto en el Callao y de que, no se sabía por qué milagro, se había traído consigo a María Teresa y a Cristobalito, y llegaban desalados.

¡FIGURÉMONOS QUE HEMOS SOÑADO!

Y ahora reían, Moraban de sorpresa y de alegría, y se abrazaban unos a otros. En vano las dos venerables ancianas quisieron llevarse a María Teresa y sustraerla a todas estas demostraciones: María Teresa les hizo comprender que la alegría general era la mejor medicina para recuerdos tan espantosos:

—¡Es una pesadilla!... —dijo— ¡figurémonos que todo ha sido una pesadilla!...

—¡Sí, debemos figurárnoslo! —afirmó el marqués—. He visto a Veintemilla y se lo he contado todo; nos ruega que nos figuremos que lo ocurrido ha sido una pesadilla. Nos lo pide por patriotismo. En cambio nos ha prometido ayudarnos en la liquidación de nuestro negocio de guano y en la venta de nuestras concesiones. La boda de María Teresa y de Raimundo se celebrará en Francia, si ninguno de ustedes tiene inconveniente en ello; regresaremos después, para ensayar el sifón del ingeniero Ozoux en las antiguas minas de Cuzco, cuando tengamos la seguridad de que los que intenten visitarlas no se expondrán a tener tan espantosas pesadillas.

—¡Ah! Si me hicieran caso, le aseguro a usted que pronto se haría la luz en las “galerías de las tinieblas” —exclamó Natividad—; pero no, seguimos con el sistema de siempre... no quieren ver nada, se tapan los ojos... aun después de una aventura tan horrible en la que todos nosotros hemos estado a punto de perder la vida. Veintemilla, que debía escarmentar de una vez a los indios, les dice a ustedes que se figuren que lo ocurrido ha sido una pesadilla.

Y el pobre Natividad alzó los brazos al cielo, con ademán de desaliento.

—Señor Natividad, es usted muy descontentadizo —declaró el marqués—. Pero tengo que darle a usted una mala noticia. ¡Ya no es usted “inspector superior” del Callao! ¡Le han destituido a usted, querido Natividad!

Natividad se dejó caer en una silla, con la boca abierta, sin encontrar palabras para calificar la alegría con que el hombre por el cual lo había sacrificado todo, le anunciaba su desgracia.

Tenía una expresión tan cómica, que todos se echaron a reír. Entonces se levantó, furioso, y se dirigió precipitadamente hacia la puerta. Le ahogaba la indignación. ¡Así aprendería a pasar semanas enteras sin ver a Jenny la obrera!

—¡No se marche usted tan pronto! —le gritó el marqués—. ¡No se marche usted tan pronto, querido Natividad! Si le he dado una mala noticia, también tengo que comunicarle otra excelente. ¡Le han nombrado a usted “inspector superior” de Lima!

Natividad se desplomó nuevamente sobre una silla, pero esta vez, loco de alegría.

—¡Esto es un sueño! —murmuró el buen hombre.

Y no sabía cómo expresar su reconocimiento al marqués, gracias al cual veía realizado su “sueño dorado”.

—¡Pero yo podía haberme muerto! —acabó por exclamar.

—¡Oh! —replicó sonriendo el marqués—; el nombramiento que me entregó el presidente de la República no es válido, evidentemente, sino en el caso de que usted viva... Pero, puesto que no se le han comido, puede usted vigilar a los indios...

—¡Chist! —dijo Natividad, en quien renacía la prudencia propia del policía—. ¡Que nadie se entere!...

Oyóse la voz de Francisco Gaspar:

—Vamos a marchar a Francia, querido marqués. ¿Podré hablar en... mis... conferencias?...

—Dirá usted que ha tenido un sueño, mi querido académico, durante el cual ha podido usted contemplar en todo su esplendor y horror, las ceremonias del Perú antiguo.

—¿Y nosotros? ¿Creeremos algún día que todo ha sido un sueño? —preguntó en voz queda Raimundo a María Teresa, considerando con tristeza aquel rostro que bien a las claras decía que la realidad estaba aún muy reciente.

—Lo creeremos cuando recobremos los colores —le respondió María Teresa que miraba, con el corazón oprimido, el pálido semblante de su prometido—... La verdad es —continuó— que al verme aquí, en este despacho, disponiéndome a tomar el té con mi tía y la buena Irene, y a dejarme mimar por todos vosotros; al mirar esos libros sobre los cuales me he inclinado tantas veces para alinear números, y ese copiador de cartas que aún espera la contestación a mi corresponsal de Amberes, ya sabes, Raimundo, aquello de: “Por ese precio no encontrará usted más que guano fosfatado con

un cuatro por ciento de ázoe, y para eso...”, sí, al contemplar este cuadro familiar, en donde juega Cristobalito, al “vernors” a todos vivos después de haber estado en el Templo de la Muerte, no puedo menos de decirme: “¿No habré soñado?”...

TRÁGICA REALIDAD

En aquel momento Natividad se despidió del marqués y abrió la puerta del despacho. De pronto retrocedió, lanzando una exclamación allegada.

Un cuerpo, sostenido por la puerta, acababa de desplomarse sobre las baldosas del despacho. Y aquel cuerpo era el cadáver de un indio. María Teresa, que fue la primera en reconocerle, cayó de rodillas. “¡No, no! ¡Raimundo —exclamó—, no hemos soñado!”...

Y lloró junto a Huáscar, que se había arrastrado hasta el umbral de aquel despacho de donde ella le había echado y que moría, con un cuchillo clavado en el corazón.

EPÍLOGO

Esta historia necesita un epílogo, ya que en el último capítulo no tuvimos ocasión de hablar de Oviedo Huayna Runtu, ex empleado del Banco franco-belga de Lima, y último rey de los Incas.

Después de mil aventuras misteriosas en los Andes, que acaso relatemos algún día, perseguido sin tregua por la policía del excelente Natividad, con todos los indios que habían apoyado el levantamiento de García, Oviedo Runtu pidió cuartel.

Se le dejó la vida, a condición de que aconsejara sumisión a los últimos rebeldes. Condenado por un tribunal militar a extrañamiento perpetuo, obtuvo gracia por las artimañas de Natividad y el ex-comisario del Callao fue quien le proporcionó un empleo en Puno, en una sucursal del Banco franco-belga.

Allí, Natividad pudo vigilar todos sus actos y comprobar que no hacía ya nada para resucitar al maravilloso “Raymi”. Oviedo Runtu murió prosaicamente después de haberse casado con una dama de Lima que había hecho un viaje al lago Titicaca sólo por conocer al último rey de los Incas. Se casaron y los viajeros que pasaban por Puno y a los cuales enseñaban el matrimonio real, sonreían cuando les decían que el rey ganaba en su escritorio ciento cincuenta “soles” al mes.

Un día en que algunas personas se burlaban de la modestia con que vivía la viuda del rey, a la que por mofa llamaban la “Coya”, ésta contó que si ella y su marido hubiesen querido, hubieran sido los esposos más ricos de la tierra, pero los tesoros de los Incas, según dijo, pertenecen “a los muertos y a los dioses”, y está prohibido tocarlos. Entonces le preguntaron si ella había visto aquellos tesoros.

La viuda contestó que su marido se los había enseñado, y contó infinidad de historias fantásticas a propósito de las riquezas del Templo de la Muerte, que nadie creyó, como es natural^[63].

¡Tampoco creía nadie a los soldados de Pizarro cuando contaban que en el Perú herraban a sus caballos con herraduras de oro!